GALERÍA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

B - 3124 G/75

GALERIA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

POR

PON EMILIO CASTELAR

2034

TOMO OCTAVO Y ÚLTIMO

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15 — Ronda de Atocha — 15
1889

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquineto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA VIRGEN MARÍA

I

Las varias imágenes, ó si queréis, sombras, presentadas en esta galería, indican bien claramente la necesidad que iba sintiendo el espíritu humano de un cambio radical, tanto en su nativa complexión como en las direcciones de su movimiento y en el objeto de su vida. Las mujeres, que reinaban sobre la tierra en aquella sazón, casi nacían para demostrar solamente cómo se pudriera y envenenara la raíz de toda vida moral. Fulvia, Julia, Mesalina, indicaban á las claras que hasta los primordiales afectos de pudor congénitos al sexo tierno y dulce habíanse menguado en ellas al punto de tornarse un verdadero impudor animal. Cleopatra, en su desvarío por la reacción asiática, desde los templos egipcios compuso toda suerte de filtros para enervar á Roma y rehacer el Dios Naturaleza. La sensualidad más grosera se apoderaba en

tal sazón de todo el Universo. Y así como el alma republicana de Bruto no impidió el avasallador cesarismo, el alma estoica de Porcia no cortó la gangrena moral. Toda la metafísica griega iba resolviéndose poco á poco en triste y desolador positivismo. Toda la moral se refugiaba en los jardines del voluptuoso Epicuro. La escuela estoica no sabía oponer á semejante daño ningún otro remedio que su fría indiferencia. Necesitaba, pues, el espíritu humano, á toda prisa, profunda renovación. Y en esta necesidad se volvía doquier pudiera satisfacerla. El mundo romano fructificó por aquel tiempo, abriendo el seno de los pueblos á la unidad. El sistema de ideas y hechos, que podríamos llamar latinismo, completaba del todo al sistema de ideas y hechos que podríamos llamar helenismo. El uno, éste, resultaba la unidad en la ciencia y arte; el otro, aquél, resultaba la unidad en el derecho y en la política. Pero, como dice Hegel con su nativa profundidad, tiende á la trilogia el entendimiento humano. Y el judaísmo completaba con la unidad en Dios la unidad en el derecho y la unidad en el arte. Había por aquel tiempo tres ciudades, quienes formaban los términos de humana trinidad. Eran éstas Roma con sus jurisconsultos, Alejandría con sus sabios, Jerusalén con sus profetas. Y tal trilogia se había reunido bajo un solo imperio,

como para formar un solo espíritu. Hasta entonces, hasta el advenimiento de Cristo, hallábanse como separadas y divididas las tres ilustres ciudades. Hechos que, mirados á la ligera, parecen puras casualidades, y, mirados profundamente, series de un sistema providencial, habían reunido, siquier fuera por la conquista y por la fuerza, en foco de luz, los tres rayos componentes del éter de nuestro humano espíritu. Lo cierto es que Jerusalén volcaba sus ideas en Alejandría, y Alejandría volcaba sus ideas en Roma, y Roma sentíase como poseída y embargada por un misterioso presentimiento de trabajar y elaborar con los guerreros y con los conquistadores suyos, no en su pro, no, en pro de una idea, por ella misteriosamente presentida en el corazón que no aclaraba bien su alta y sintética inteligencia.

El pueblo judío, cuyo espíritu iba levantándose á medida que se conocían fuera sus libros y su templo, no solamente guardaba la idea de Dios, guardaba otro ideal no menos concordante con la cultura de aquel tiempo y no menos correspondiente con las necesidades en aquella sazón experimentadas y sentidas. Este otro ideal se componía de una serie luminosa, en la cual iban guardadas múltiples, benditas, consoladoras esperanzas. A su conjunto le llamaremos con el nombre de me-

sianismo, cual hemos llamado latinismo al conjunto de las ideas romanas, helenismo al conjunto de las ideas griegas, judaísmo al conjunto de las ideas judías. El mesianismo se distingue de los tres mencionados sistemas en que representa, no ya suma de creencias, no, suma de sentimientos y de afectos. La idea de un prometido, y esperado, y redentor, y Mesías, es una idea esencialmente semítica. Estos pueblos del desierto no pierden la esperanza nunca, y tras aquel cielo de colores deslumbrantes y espléndidos adivinaban á la continua un Dios próvido que aplaca la sed infinita de sus labios con rocío de bendiciones y esperanzas. A mayor abundamiento el pueblo semita, componente de la gran familia judía, después de haber estado en el cautiverio egipcio, encontró guías cual Moisés, y después de haber estado en cautiverios como el babilonio y el ninivita, profetas de suyo tan videntes y tan adivinadores como Esdras y como Daniel. Colgando, pueblos cantores, las arpas de los melancólicos sauces á orillas de río extranjero, un viento celestial pulsaba sus calladas cuerdas y extraía de la vibración suya misteriosa divinas esperanzas. El mesianismo, natural, como el profetismo, á la gran familia semítica, se recrudeció en los calabozos de Babilonia bajo los árboles del Éufrates. Todos los profetas, aun aquellos que parecían más amargados por

una desesperación profunda é infinita, así que lloraban las desgracias patrias, el velo rasgado, el templo destruído, las piedras del santuario dispersas, los hijos de Israel llevados por dolorosas vías con las manos atadas al cautiverio, Jerusalén de luto y viuda, convirtiendo á lo porvenir la mirada y clavándola en lo infinito, anunciaban una edad en que las colinas habrían de saltar como cabritillos y los desiertos habrían de florecer como jardines y el Dios de sus gentes aplacarse como desagraviado por innumerables holocaustos, á causa de un redentor venido á traer la paz y á levantar el pueblo. Lo cierto es que, recluídos los israelitas, cual cadáveres, en calabozos á sepulturas parecidos, anunciaban el destronamiento de los déspotas, el desastre de los guerreros, el fin de los ídolos; y cual si llevara un rayo fulminante su palabra, todo lo por ellos anunciado como próximo á caer, caía y se precipitaba en los insondables abismos.

II

¡Cuán preparado se hallaba el mundo á recibir la idea judía y el Mesías mismo en esta idea contenido! Las almas grandes protestaban contra el despotismo; pero ¡ay! el despotismo venía, en último término, á ser incontrastable fatalidad. Pocos hom-

bres de tanta estatura moral, en aquellos tiempos, como Bruto, como Séneca, como Catón, como Lucano, protestando los unos con sus elevadas acciones, protestando los otros con sus elevados pensamientos y sublimes frases, contra la tiranía vencedora. Pero el esfuerzo de la voluntad humana se había frustrado: el ideal de la ciencia estoica se había extinguido: la razón y la libertad estaban como vacías y agotadas. El derecho regulaba mejor el estado de las familias que no el estado de la sociedad. Ni había ya en la política, ni había ya en la ciencia, refugio alguno adonde recurrir fácilmente. Reproducíanse los imperios asiáticos en la Roma del tribunado y de las grandes Asambleas. Nabucodonosor y Baltasar, dioses y bestias á un mismo tiempo, roncaban, borrachos, ahitos, exhaustos, bajo la figura de los Césares, en la pocilga de los tronos. El Occidente había con esfuerzo increíble agotado todos sus medios en Farsalia, en Filippos, en Munda. Ya no producía la tierra ni filósofos que vertieran una idea, ni oradores que propagaran esta idea en sus reveladoras arengas, ni tribunos capaces de refrenar la tiranía, ni mártires con valor bastante á morir por la libertad y por el derecho. Silencioso el Verbo humano ya no hubo ningun otro remedio que acudir al Verbo divino. Roto el tribunado, precisó crear el mesianis-

mo. Perdida la idea y el esfuerzo de Occidente, vino á llenar tanto vacío la idea y el esfuerzo de Asia. Los profetas pulularon por todas partes. Las ciudades griegas asemejáronse á ciudades asiáticas. Los ídolos gimieron. Temblaron los antiguos altares sobre sus cimientos. Aquí un mago volaba por los aires y creían en aquel vuelo gentes acostumbradas al positivismo romano. Allí un teúrgo, llamado Apolonio Thyaneo, embargaba el ánimo de las muchedumbres con sus augurios quirománticos y con sus profecías mágicas. Más allá los pueblos adoraban de hinojos, tomándolo por su prometido, al primer general manchado de sangre que les anunciaba cualquier victoria. Las viejas sibilas, con sus ojos gastados en escudriñar lo porvenir, despertábanse por las cuevas de Cumas y decían secretos mortales en los oídos de los dioses rientes que flotaban sobre las aguas del Tirreno. Malográbase achacoso enfermizo infante, como aquel hijo de Octavia, sobrino de Augusto, á quien llamaron Marcelo; y la universal superstición, por boca de Virgilio, lo trocaba en algo parecido á un Mesías, y colocaba su nombre, cuasi divino, entre los nombres inmortales, coronándolo con las estrellas del cielo y con algo superior á las estrellas del cielo mismas, con los hexámetros de sus cánticos. Este genio singularísimo de Virgilio apresurábase á re-

construir la religion de Roma para evitar la religión del nuevo espíritu, dañosísima de suyo á la Ciudad Eterna. Y poeta de tal inspiración romana dejábase llevar por el curso impetuoso de las ideas y de los hechos á un desasosiego, en el cual se rompía todo el equilibrio de las fuerzas universales que sustentaban al Imperio y se desconcertaban todas las cadenciosas armonías en que viviera y brillara por siglos de siglos el secular genio clásico.

Así las palabras de los profetas y las palabras de las sibilas uníanse por modo bien extraño en sus versos. La égloga cuarta parece á un tiempo sugerida por Jerusalén y por Cumas. Hay en ella un espíritu sintético muy superior al espíritu de Alejandría. Corre por sus estrofas un verbo idéntico al que resplandece con resplandor misterioso en los versículos del Evangelio de San Juan. El poeta de las grandezas romanas vuelve los ojos á los cielos orientales. Diríase que presiente, y como lo presiente lo augura, un triunfo del Asia, después de concluído y acabado el poder asiático en la fuga de Accio y en la muerte de Cleopatra. Así aquellos anuncios de un orden regular nuevo, de una florescencia en que los ramilletes del campo huelan más y ostenten más vivos colores, un rocío que todo lo refresque, una miel que todo lo endulce, tetas ubérrimas en las vacas, arroyos de blanca leche como

aquellos de la tierra prometida, el tigre vuelto cordero, sin aguijón las abejas, sin amargor las retamas, el mar sin tormentas, el cielo sin tempestades, la inteligencia sin dudas, el mundo sin mal; en dos palabras, el verdadero mesianismo. ¿Qué habían de hacer espíritus faltos de libertad, actividades lanzadas del foro y del Senado, conciencias mudas, verbos esclavos? Aquello mismo que hicieran los profetas en su cautiverio del Tigris y del Éufrates, apocalipsis de sobrenaturales creencias, poesías y salmos de místicas esperanzas, reverberaciones del pensamiento en lo infinito, clamores al cielo, plegarias y oraciones á un Dios nuevo, capaz de concluir por un milagro con la irremediable servidumbre. Así todas las antiguas creencias paganas iban muriéndose poco á poco. En Atenas las gentes no acudían al templo antiguo de la hermosa Delfos ni á los misterios de la maternal Eleúsis, acudían al templo del Dios desconocido, buscando alguien que les descifrase un enigma tan pavoroso cual aquel encerrado en sus siniestros presentimientos, que sólo acertaban á producir elegías. No es mucho, pues, no es mucho que los desiertos, en tal estado, así de los espíritus como de los ánimos, pobláranse á una con ascetas y con penitentes. Las ruinas de Tebas en los arenales líbicos ofrecían refugio á los leones y á los solitarios. El esenio, que

poblaba con sus sectarios las costas de Asia Menor, aparecía como una sombra de todas estas creencias, las cuales, llamadas por muchos romanos, en la soberbia suya, supersticiones, constituían algo así como la nueva base intelectual y moral aparejada y apercibida para las futuras sociedades. No era mucho, pues, en estas extraordinarias é increíbles circunstancias, el sucedido, que nos refiere Plutarco, así del estruendo armado por los dioses del paganismo en los primeros estertores de Antonio, dejando Alejandría, como la voz elegíaca oída por el piloto griego Thamo, á quien dijeran los mares de la magna Grecia, los cabos Miseno y Minerva, las islas y escollos de Circe, las nereidas y las sirenas, en estrellada noche, cuando las aguas parecían como un cielo sembrado de vías lácteas por las fosforescencias de sus estelas, cómo el dios Pan había muerto, y con el dios Pan todas las divinidades á una de la naturaleza, quienes rompían su tirso de oro, rasgaban su túnica de lino, perdían su corona de verbenas, como si alguna maldición les cayera encima y las precipitara en los abismos. El humano espíritu no podía, no, atenerse á una religión extinta, y á unos dioses caídos, y á un sacerdocio muerto y á un ideal apagado. Sus ojos se volvieron hacia lo porvenir y adivinaron por fuerza y por necesidad el mesianismo.

III

Si tal estado no se conoce, bien imposible de toda imposibilidad explicar, ni la venida del Mesías, ni la venida del precursor. Para comprender bien á Cristo y á la persona de Cristo, hay antes que comprender bien á San Juan y á la persona de San Juan. El Bautista representa un tal ministerio en la religión cristiana, que su natividad se corresponde con la natividad misma de nuestro Salvador. Acaece por un solsticio ésta y aquélla por otro solsticio. El día de Cristo es el día más corto del año y el día de San Juan es el día más largo del año. El 24 de Junio celebra la Iglesia con regocijo el advenimiento del Bautista y el 24 de Diciembre celebra la Iglesia con regocijo el advenimiento del Salvador. Los pueblos, por su parte, conmemoran ambas fiestas con festejos correspondientes á los meses en que vienen una y otra. La noche del nacimiento de Cristo es noche del hogar, noche de la familia, noche de los niños; y la noche del nacimiento de San Juan es noche de las hogueras al aire libre, de las serenatas amantes, de los augurios matrimoniales, de las novias y novios, del profetismo vulgar. El Bautista prepara y apercibe las vías divinas de Cristo, representando como el alba, como

la esperanza, como el anuncio de lo porvenir, como el crepúsculo matutino de la buena nueva. El espíritu religioso asócialo de antiguo al Redentor. Aquellos pintores del Renacimiento, que asistían á una pascua de la naturaleza y de la humanidad, invocaron la figura de San Juan en sus luminosos talleres. Pintólo Rafael sentado en una roca bruñida por el sol, desnudo como un efebo helénico, de proporciones parecidas á las estatuarias proporciones en lo antiguo, con algo de las matemáticas de Fidias en su armoniosa estatura, esférica la cabeza, espaciosa la frente, vibradores los labios, luminosísimos los ojos, el dedo índice levantado á los cielos, despidiendo por todos sus poros el regocijo de la esperanza. Nuestros pintores, mucho más católicos y mucho más místicos que los pintores del Renacimiento, han trazado á San Juan de otra suerte, pero asociándolo á la persona de Cristo. En la hispana liturgia el niño de la pasión tiene un lugar, apenas conocido en otras liturgias menos severas y ortodoxas. Este niño de la pasión lleva ya su corona de zarzas, sus lágrimas de sangre, la soga en los riñones, la cruz en los hombros, las llagas en las manos y en los pies, como señales impresas en su breve cuerpo y en todo su sér por los presentimientos de la pasión y muerte que le aguardan. Murillo ha pintado estas afecciones, que se dirían privativas

del Niño Dios en la persona del niño Bautista. No hablamos del sonriente que, á la orilla de un arroyo, comparte con Jesús las aguas clarísimas escanciadas en el nácar de una concha, no; hablamos de aquel solitario, sentado en las piedras del camino, con su blanco y gordo borrego delante, la mano sobre su pecho y los ojos fijos en dolorosas contemplaciones de un visible sacrificio. Pero ¿qué decimos de Murillo? El pintor monástico por excelencia en la tierra es el inmortal Zurbarán; y serálo siempre, porque difícilmente, muy difícilmente, podrá el corazón humano sentir de nuevo los afectos por él sentidos en su tiempo. Y Zurbarán ha pintado el Bautista, poseído por la tristeza de los mismos presentimientos que atosigan á su hermoso Niño Dios, quien aparece acostado sobre su negra cruz, la cual, á su vez, reposa tristemente sobre zarzas y abrojos. El profetismo semita, las ideas mesiánicas judías, el asceta egipcio, el esenio y el ebionita sirios, el penitente de la Tebaida, el teúrgo griego de aquellos días, explican la vida y la persona de San Juan en toda su ingenua verdad. Desnudos los pies y desnuda la cabeza, mal envuelto en una piel de cordero, fidelísimo á las abluciones litúrgicas, apartado y muy lejos de la sociedad y de la familia, sin más alimento que las hierbas del campo como las aves del cielo, sin más bebida que la es-

canciada por sus manos en las riberas del Jordán, sin más casa que las cavernas del desierto, vertiendo en su desnudez y en su miseria vivificadoras esperanzas, anunciando con su palabra de fuego la buena nueva; errante y nómada, cual aquellos pastores que traían la idea reveladora de los campos caldeos, personifica San Juan, en personificación brillantísima, su tiempo henchido de santas esperanzas y su generación de todo en todo mesianista. El Evangelio de San Lucas narra mejor que ningún otro Evangelio, con más extensión y con mayor seguridad, la historia del Bautista. ¡Cómo se conoce que aquella su narración está por completo á la sombra del templo judío trazada! La sinagoga inspiró su relato. Los caracteres todos sin excepción de los héroes israelitas reprodúcense y avívanse á una en la persona del precursor. Como Isaac, y como Sansón, y como Samuel, y como tantos otros de los grandes personajes hebreos, tócale nacer á San Juan Bautista de madre muy vieja, incapacitada por la edad para la generación, pero capacitada por el milagro. Cuando se le anuncia que suena la hora de tener un hijo, aquella mujer, denominada, como la esposa de Aarón, Isabel, no quiere creerlo. Mas para verdaderamente representar la tradición y la liturgia del judaísmo, necesítase que su padre tenga los años de Abraham, y su madre los

años de Sara, y su familia todos los caracteres conocidos en la familia de Isaac y de Jacob. Debe pertenecer por su nacimiento y por su estirpe al antiguo judaísmo ese precursor de la nueva idea.

IV

El Evangelio pone un grandísimo empeño en presentar los personajes primeros ó protagonistas de las escenas por él historiadas en las mismas condiciones que los grandes personajes de la Biblia. El Nuevo Testamento completa en esto, como en otras muchas cosas, al Viejo Testamento. Parecen de rúbrica padres muy viejos para hombres muy grandes. Lo tardío de un fruto, desprendido lentamente de robusta encina, préstale sazón anticipada y madurez, que se burlan de todas cuantas deficiencias aquejan á la niñez humana y á la misma juventud. Consideran los santos autores bíblicos y evangélicos indispensable á los héroes, á los mártires, á los profetas, á los reveladores, una vida exenta de manchas, y por lo mismo libre de la debilidad á toda infancia congénita y de la pasión que acompaña y sigue á toda juventud. El más antiguo de los nacidos tarde se llama Isaac. Su historia trasciende á toda la historia de Juan. Los orígenes del Bautista se calcan sobre los orígenes

del patriarca. La misma duda que atravesó las almas de Sara y Abraham atraviesa las almas de Isabel y Zacarías. El viejo nómada caldeo no puede creer la venida indeclinable de un hijo al hogar de su ancianidad, y mucho menos que tal venida le traiga consigo la inmediata posesión de Canaán. Aturdido por la inesperada noticia, incrédulo á una felicidad puesta de súbito en sus manos, cuando angélicas visiones le sorprenden y sobrenaturales voces le hablan, pregunta con escéptico recelo y hasta con finísima ironía cuáles títulos acreditarían la propiedad prometida y en qué momentos podrá reivindicarla. Otra semejante historia encontramos en los libros eclesiásticos, la historia de Sansón. Para leerla no hay más que abrir en la Biblia el viejo libro de los Jueces y detenerse ante su capítulo décimotercero. Allí también se aparece angelical figura y habla de guisa igual que la notada en el divino Evangelio de San Lucas. Sólo una diferencia existe: mientras el evangelista cristiano refiere cómo el ángel se apareció á Zacarías y no á su mujer; por lo contrario, el historiador bíblico, refiriendo la generación de un héroe, refiere que se apareció á la madre y no al padre, á la esposa y no al esposo, el enviado celestial. Vivía en aquella sazón un hombre de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoa. Y este hombre tenía una mujer, aquejada por comple-

to de tristísima esterilidad. Y á esta mujer se apareció el ángel de Jehovah y le dijo cómo después de haber estado tanto tiempo de toda generación privada, veríase por su felicidad engendrando y pariendo un robusto hijo. Así le previno que no bebiera zumo ni de manzanas ni mucho menos de uva ó dátil, y no comiera manjar ninguno prohibido, pues las entrañas suyas debían apercibirse á llevar un hijo nazareo, es decir, un hijo consagrado al Eterno. Asombróse la mujer de tal relación, y corrió á depositarla en el pecho de su marido. Cayó éste á los pies del altar, una vez conocido el anuncio, y levantando al cielo sus ojos, pidió celestiales instrucciones respecto de aquella revelación. Y volvió á descender el ángel, pero no á la presencia del esposo, á la presencia de su mujer. Y ésta llamó á Moab, viendo así el matrimonio al enviado. Ambos á dos, marido y mujer, dudaron de igual suerte que Zacarías é Isabel. Y ofrecieron al ángel un cabrito, y el ángel declaró no merecerlo él, sino Dios. Y á este apercibimiento ó advertencia presentó el matrimonio en holocausto un cabrito á Jehovah, notando cómo entre las humaredas y llamas de tal sacrificio subía el ángel en su forma sobrehumana é increíble á las alturas, por todo lo cual creyeron los esposos y esperaron al prometido. En efecto, la mujer parió á los nueve meses

un hijo, y llamóle por nombre Sansón. De modo muy semejante á este nace también Samuel. Su madre Anna fué á su vez herida por la esterilidad y lo engendró y lo parió bien tarde. Así tuvo el evangelista San Lucas precedentes gloriosísimos en que fundar y establecer la narración evangélica de natividad tan milagrosa como la natividad de San Juan Bautista.

Corrían los tiempos del gran rey Herodes. El sacerdote Zacarías, descendiente de David, estaba casado con la vieja mujer Isabel, descendiente de Aarón. La sangre regia y la sangre sacerdotal de Israel habíanse fundido en aquel matrimonio. Pero inútilmente: la esterilidad los abrumaba. Esta desgracia de marrar á los fines matrimoniales, á la propagación de nuestra especie, desgracia grandísima en todos los tiempos y entre todos los pueblos, crecía de punto en Israel, donde se la tomaba por una maldición directa de Dios. Inútilmente Zacarías entraba, casi á diario, en el templo, por motivo y razón de su oficio, dirigiendo preces y presentando sacrificios á Dios. Los cielos estaban sordos á sus clamores, y ninguna piedad había en ellos para el desdichado sacerdote. Consumida la juventud, pasados los tiempos de la esperanza y del amor, acabada toda posibilidad de tener hijos, conformóse con pena Zacarías á la divina voluntad, y aguardó

con tristeza la hora de su ingreso en el seno de Abraham, sin esperanza de ver sus retoños al pasar de esta vida sobre nuestra implacable tierra. ¿Cuánto no se asombraría en el minuto de la súbita y no esperada revelación? Hallábase á la puerta del santuario atizando las luces del gran candelabro y poniendo en las cazoletas el incienso grato á Jehovah. La muchedumbre israelita se había quedado á la puerta, quizá por no ser aquella la hora litúrgica propia para penetrar en el templo. Solo Zacarías en aquel sacro sitio, una fascinación extraña posee y domina su espíritu; un sacudimiento cuasi epiléptico remueve y agita sus nervios; los ojos extáticos le salen de las órbitas, como atraídos por extrañas visiones; le zumban las orejas con voces verdaderamente sobrenaturales; un temblor, como el producido por frío tercianario, le asalta; y sus rodillas tiemblan, y sus manos se cruzan, y sus labios vibran, y todo el sér suyo se turba, como si le atrajeran los abismos y le azotaran las tempestades. En efecto, uno de aquellos arcángeles, pertenecientes á las jerarquías que ya los caldeos habían visto antes de Abraham en el cielo y copiado en sus monumentos, el arcángel Gabriel, murmura, embajador celestial, palabras increíbles en las orejas atónitas de Zacarías, palabras increíbles, porque le anuncian y le prometen un hijo. Y no solamente

le prometen un hijo, sino que añaden ha de venir con distinciones y privilegios aparte y singularísimos, magno en presencia de Dios, á misiones divinas llamado desde las entrañas maternales, capaz de tocar en el corazón á los israelitas y precursor de aquel en quien creerán los justos y se redimirán los pueblos. Un asomo de duda sobrecogió á Zacarías, y una socarrona sonrisa, proviniente de interior excepticismo, se dibujó en sus labios. Tal estado del ánimo disgustaba profundamente á los cielos. Jehovah y su ángel no podían tolerar que los mortales desoyeran sus palabras y dudaran de sus promesas. Mas llevó tan lejos la duda Zacarías, que fué osado á pedir prendas y á esperar seguridades ciertas del cumplimiento de aquellas palabras. A tal incredulidad se airó Dios como, según Isaías, también se airara en otros tiempos á la incredulidad terrible del rey Acaz. Así le castigó anunciándole que Asiria caería sobre su casa, y las moscas brotadas en los ríos del Egipto irían á todas sus matas, y las viñas donde había mil vides importantes mil siclos de plata se cubrirían de cardos, y los surcos de la siembra sólo servirían para pasto de los bueyes, y la saeta disparada por enemigo arco sólo se clavaría en el corazón de los incrédulos. No podía en este momento marrar justicia que no se interrumpe ni un minuto; y Gabriel,

viendo la irremediable desconfianza del sacerdote, le condenó á temporal mudez. Y cuando, concluído este próvido encuentro, vuelto Gabriel á los cielos, desde la derecha del ara de los perfumes, y tratando Zacarías, por su parte, de volver á su casa, al encontrarse con el pueblo inquieto por su larguísima tardanza, no pudo articular palabra. Encajábansele unos en otros los dientes; pegábansele uno á otro los labios; deteníasele como paralizada la lengua, y ni siquiera por señas expresaba su admiración y su asombro.

A los nueve meses había parido Isabel, su esposa, un hijo, á quien dieron el regocijado nombre de Juan. Entonces Gabriel desató la callada lengua del sacerdote y comenzó éste á cantar el cántico de alabanzas al Señor que aun se repite bajo las bóvedas sacratísimas de nuestras iglesias en las grandes fiestas litúrgicas. «Bendito, exclamaba como un pobre niño que balbucea sílabas de incipientes palabras, el Dios de Israel, porque visitó á su pueblo con voluntad resuelta de redimirlo, y volcó el cuerno de la abundancia en su cabeza, y lo extrajo del poder de sus enemigos, y le habló por la boca de sus sacerdotes, y le renovó las promesas dadas al santo Abraham, y le trajo misterioso niño á quien debían llamar profeta del Altísimo todas las generaciones, por llegado á disponer, y

apercibir, y aparejar las vías del Redentor, dando al pueblo conocimiento de su salvacion, esclareciéndolo con el resplandor de su palabra, merced á la cual se tornaron fecundos los desiertos.» Veinte siglos han pasado ya desde que se compusieron tales cánticos. La crítica más adusta no puede negar que San Lucas escribió toda esta relación pocos lustros después de muerto Cristo; la doctrina del Salvador apenas había salido aún del radio dominado por la vieja sinagoga; y, sin embargo, cual visión profética de lo porvenir y como adivinaba Zacarías que aquel nombre de Juan debía representar por siglos de siglos la renovación y la esperanza. Bautistas llamarán todas las generaciones á los que preveen, á los que pronostican, á los que auguran, á los que adelantan y aperciben lo porvenir, ya sean flores de almendro, alboradas del día, cánticos de alondra, presentimientos del corazón, avisos y anuncios de la conciencia. Indudablemente Zacarías vió su hijo á la puerta de todas las iglesias, sobre las pilas del bautismo, cantado en el hermosísimo solsticio de verano por las más límpidas voces del planeta en siglos de siglos, surgiendo su figura en los cuadros de innumerables artistas inspirados, cristalizándose á su nombre y á su idea esos baptisterios como el de Florencia y como el de Pisa, en cuyas bóvedas resuenan eternamente melo-

días angélicas y por cuyas puertas esculpidas con maravillosas inspiraciones entra el espíritu de la Humanidad, regenerado con tal aliento y fuerza, que se cree dentro, por el total rescate de su primera culpa, dentro ya del Paraíso.

La historia tiene sus horas de providenciales creaciones; el espíritu sus momentos de revelación súbita. Cuando todo está preparado para una obra sublime, aparece como el artífice que ha de realizarla; cuando el artífice aparece, la conciencia y el corazón á una siguen como esclavizados su misterioso llamamiento. Por estos días de San Juan el dolor de Jerusalén, la ciudad santa, no es la desesperación; por lo contrario, aviva la esperanza; y la esperanza viva trae una fe ardorosa en la llegada misteriosísima del Mesías. Reuníanse los judíos en sus grandes festividades, y se comunicaban unos á otros estos consuelos supremos de su triste suerte. Ibanse hacia los desiertos, y tornábanlos fecundos al grito de sus oraciones y al riego de sus lágrimas. En la penitencia maceraban las carnes y disciplinaban los ánimos. De aquí, de tal estado, el ebionismo y el esienismo, la exaltación tanto del dolor como de la pobreza. Y de la exaltación así del dolor como de la pobreza el número de santos, que llenaban los caminos, siendo sus almas como los capullos donde se contenía el florecimiento uni-

versal de las ideas. San Juan Bautista personifica esta suprema crisis de la humana conciencia. Mas eran Bautistas, como él, en tan supremo trance y momento, la sibila de Eritrea, que contaba con los dedos la consumación de las semanas de Daniel, y que iba escribiendo sus misteriosos anuncios á medida que iban faltando los resplandores de la fe antigua; el filósofo de Roma y de Atenas, que veía con seguras íntimas intuiciones la necesidad imprescindible de una revelación nueva para los espíritus; el peregrino israelita, que se partía desde los últimos extremos del mundo á la montaña de Sión en pos de las festividades religiosas; el judío alejandrino, que adoraba su Verbo intermediario entre la divina y la humana inteligencia; el poeta mismo de la Ciudad Eterna, que recogía los coros formados por las sibilas y por los profetas, anunciando una nueva edad, en que las nubes henchidas de rocío volarían por el cielo como blancas bandadas de palomas, sin truenos, y sin rayos, y sin relámpagos; y las abejas, destituídas por completo de aguijón, depositarían la miel en el tronco de la encina cargada de frutas; y el surco abierto sin necesidad de arado, se cubriría de racimos y espigas; viniendo el cumplimiento de las profecías y la consumación de los siglos en que la justicia será como ceñidor de los riñones del hombre, y morará el cor-

dero con el lobo, y el tigre se acostará junto al cabrito, y el león y el becerrillo andarán en compañía pastoreándoles cualquier muchacho; y se disipará la envidia; y se acabará la servidumbre, viniendo el reino verdadero de Dios sobre la tierra.

Hasta el momento en que aparece Juan, la nueva semilla se oculta en el seno de la tierra. Pero desde su predicación apunta sobre la superficie, á guisa de tierno, más verdadero y seguro tallo. El profeta conoce que algo de Dios late con viveza en su espíritu é invoca el divino mandato. Las orillas del Jordán ofrecen mayor espacio que los estrechos muros de Jerusalén al movimiento de su tierno corazón y á la libertad de su fecundísima palabra. Deseoso de mostrar que trae la regeneración por el bautismo y por la humildad; es decir, por las renovaciones morales y por el sometimiento y sujeción á la voluntad divina, se lava en el Jordán como el último de los esenios y entona las alabanzas de Dios en el desierto, sin curarse de si lo escuchan ó no, como el ave sobre su nido. Las palabras suyas van como encaminadas á componer una comunidad digna de suceder á Abraham y de recibir al Mesías, decidida por su voluntad y por su fe á la iniciación de esta grande obra. Por tanto, clama en todas partes: «Haced penitencia, que se acerca el reino de Dios.» Y, en efecto, sencillo co-

mo la verdad moral que predica; sublime como la religión que prepara; espontáneo en sus palabras, que salen del espíritu como la esencia del cáliz de las flores; echando á los cuatro vientos sus ideas como las palmas del desierto sus semillas; errante por aquella tierra, donde los nopales retorcidos entre los pedruscos y las higueras blanqueadas por el polvo de las sendas ofrecen alimento á las fuerzas, como abrigo al cuerpo el cielo azul sembrado de astros que parece un manto de seda, Juan, para semejarse en todo á Jesús, de quien es como albor, encierra en sencillos apólogos los más divinos pensamientos, cual encierra el planeta su virtud magnética en el extremo de imantada aguja, y da gracias al cielo por haberle permitido vivir en aquellos tiempos de renovación, que ven acercarse, no el Dios airado de la Biblia, quien por principal atributo tiene la justicia y por primer ministro el castigo; á cuya mirada enciéndense como yesca los bosques y como epilépticas se bambolean las montañas; precedido de ángeles exterminadores con cometas por espadas y acompañado del relámpago y del trueno, resonantes mensajeros de sus iras; no aquel Dios que ha echado en el sepulcro las generaciones, como el segador echa en el surco las espigas; cubierto de sangre, cuando vuelve del combate, según la expresión de sus profetas, como

de mosto el vendimiador que ha pisado la uva en el lagar; no aquel Dios, no, el Dios todo bondad, todo amor, todo misericordia, padre tierno más que monarca omnipotente, del cual somos los hombres hijos, y por el cual entre nosotros hermanos; que nos contiene á una en su seno igualmente, pidiéndonos busquemos su reino espiritual y lo demás nos será por añadidura dado, como al ave que no siembra se le da el sustento y al lirio que no hila se le da su vestidura, en la efusión del amor universal y divino, cuyos efluvios penetran desde los cielos hasta los corazones é iluminan desde los astros hasta los espíritus.

La tierra se hallaba suficientemente apercibida para esta predicación, y con especialidad la tierra judía. No puede abrirse un libro hebreo ni estudiarse un acontecimiento histórico del tiempo de persecución y de prueba cuando los choques con los grandes imperios hacen retemblar las paredes del templo de Jerusalén sobre sus cimientos, sin que se vean surgir en el estilo apocalíptico de los profetas las esperanzas confiadas al Mesías, al prometido y enviado de los cielos. El aliento abrasador de estas esperanzas infundió en el alma de los Macabeos la cólera divina, que les llevó á combatir, como los héroes griegos, con el mismo aliento, con el mismo valor, con el mismo arte, por la

tierra de sus padres y por el templo de sus leyes. Al reclamo de las esperanzas mesiánicas las viejas sibilas van acercándose al templo de Jerusalén y diciendo en palabras simbólicas, no escuchadas antes de los labios de ningún profeta, cómo los impíos reinos de Gog y de Magog serían devorados por antorchas desprendidas del cielo para nutrir voracísimo incendio, y cómo tras aquella catástrofe vendría, cual vienen las alboradas tras las noches, enviado de Dios, el Mesías prometido, para dar justicia y paz á las gentes. Así, cuando los prefectos ó procuradores romanos, despues que Pompeyo rompiera el muro donde se resguardaba Jerusalén, la esposa de David, continúan su obra de tiranía y remachan la esclavitud mísera de Israel, encontramos las esperanzas mesiánicas descendiendo desde las estrofas de los profetas á la vida vulgar, á los dichos corrientes, á los refranes populares. El judío, que ve pasar por las puertas de su maldita casa el guerrero romano, murmura en las orejas de sus hijos á media voz y en palabras entrecortadas á veces por el sollozo, la llegada indudable del heredero de David, que debe restaurar el reino de Israel, antes del cual descenderá de los cielos su precursor Elías, y después del cual se hincarán de hinojos ante las puertas del templo todos los pueblos del mundo. Ya ha nacido, ya, se dicen

los unos á los otros en su angustia; pero se halla oculto, mirando al horizonte, para columbrar las señales que deben decir á la tierra su misterioso advenimiento. Apenas venido tenderá su mano y quebrantará el yugo extranjero, alzará su voz y reunirá todos los cautivos dispersos en todos los pueblos de la tierra. Y los hijos de Israel recogerán los despojos de todos los campos de batalla y reinarán sobre sus mismos dominadores.» Tales nubes del alma, rojas y ardientes como las que ilumina el sol de los desiertos, promovieron mil rebeliones inútiles, en las cuales se acrecentaba el número de los sacrificios estériles, sin que apareciese jamás la sombra del escarmentador desengaño. Al contrario, la sublime aspiración, henchida por el aliento de las almas heroicas y mártires, tomaba cuerpo, y sangre, y vida, y calor en la persona de aquel penitente, alimentado con hierbas del campo, vestido con pieles de alimaña, desnudo de cabeza y de pies, el Bautista, que daba grandes voces en las soledades de Palestina, llamando á todos á que lavaran su interior con el arrepentimiento de las culpas, su carne con las aguas del Jordán, preparando en estas ceremonias simbólicas la buena nueva traída por el espíritu divino. Herodes Antipas creyó ahogar tal predicación religiosa con descabezar al Bautista; pero la pertinacia de la

idea mesiánica, engendrada en el seno de tantos profetas; la pertinacia de esa idea que resucita la patria en las orillas de extranjero río; que consuela y fortalece á los cautivos del Éufrates; que sostiene á pobres niños entre las llamas de los hornos y á viejos nabíes entre las uñas de los leones; que prospera bajo el cetro de Antioco el sirio y bajo la espada de Pompeyo el latino; que suscita los esfuerzos sublimes de los Macabeos y el suicidio de cien generaciones combatientes; que contrasta los tiranos con profetas, anunciando la caída de Nínive, y de Babilonia, y de Roma con igual seguridad é igual certidumbre; que inspira inmortales poemas, en cuyos fantásticos versículos vienen los ángeles exterminadores á segar los ejércitos y los ángeles propicios á facilitar las vías de los nuevos tiempos; esa pertinacia, decíamos, en la idea mesiánica, que un coro de sacerdotes entona en Judea y otro coro de sibilas en los mares helenos é itálicos, había cincelado la tierra y apercibido el espíritu en aquella hora de santidad, por cuya virtud apareció en la penumbra de las antiguas y de las nuevas edades la imagen de Cristo á cumplirla y realizarla, para que no se pierda ningún esfuerzo progresivo en el mundo y no se malogre ninguna de las promesas dadas y de las revelaciones transmitidas por el espíritu de Dios al espíritu del hombre.

V

La idea del mesianismo, idea judía, se halló con la idea del Verbo, idea griega. Como el Mesías provino de los profetas, el Verbo provino de los filósofos. La idea del Dios único, debida primeramente á la teología hebrea, no cuadraba con el genio difusivo heleno, quien, al admitirla en toda su verdad, tuvo que adaptarla sabiamente á su naturaleza y complexión. Dificilísimo de comprender aquel Dios puramente semita, encerrado en la solitaria eternidad, comunicándose con el hombre y con la tierra por medio de sus enviados naturales, ó sean los profetas, y por medio de sus enviados sobrenaturales, ó sean los ángeles. A la uniformidad y monotonía del desierto cuadraba ese Dios, pero no á la vida múltiple de Grecia y á su carácter, más humano, pero mucho más, que la naturaleza y carácter de Israel. Así la idea, por Grecia lógicamente á todas las ideas antepuesta, fué la comunicación de Dios con el mundo y con el hombre. Para esta concepción se necesitaba humanizar de suerte la divinidad que se hiciese perceptible á nuestra contingente inteligencia y divinizar de suerte á la humanidad que llegase á confundirse con Dios mismo. El griego, como había visto sus históricas di-

vinidades mezclarse y hasta confundirse con la naturaleza y con la humanidad, estaba en el caso de levantar la naturaleza y la humanidad hasta Dios. De aquí dos ideas capitales, á saber: la idea del Verbo y la idea del Espíritu. No se necesita una fuerza de abstracción demasiado intensa para comprender que ambas ideas tocan muy principalmente á la comunicación y relaciones entre Dios y los hombres, entre la criatura y el Criador. Aunque los traductores griegos de la Biblia se hayan esforzado por hallar en sus páginas esta palabra Espíritu, fuerza nos es, tras largos estudios, reconocer que idealizaron expresiones de cosas materiales, como soplo, vendaval, viento, huracán. Todos cuantos en otro tiempo veían el espíritu de Dios llevado sobre las aguas del caos han debido sustituir este concepto con aquel otro de viento huracanado rafagueando sobre los mares gelatinosos y solitarios que anegaban al planeta en los primeros días de la creación. El génesis de las grandes ideas cristianas para mí es aqueste sencillamente: Jerusalén produce la idea del Dios criador, Atenas produce la idea del Verbo divino, Alejandría produce la idea del Espíritu Santo. Estas tres ideas, que andaban como separadas en la historia, se unen, suman, identifican en la Trinidad cristiana. Y toda la metafísica del mundo asiático y del mundo he-

leno coopera y contribuye á esta obra. Y mientras el Cristianismo en su Trinidad une Padre, Verbo y Espíritu, Roma une Oriente y Occidente, Asia, Grecia y África bajo su mando. Luego, no contenta con esto la Ciudad Eterna, tráenos las aplicaciones de la moral antigua, de la moral estoica especialmente, á la política y á los códigos. Por eso todo lo refererte á metafísica y teología cristianas es judeo-heleno; y todo lo referente á cánones, á jurisprudencia y á organización es heleno-latino. Al mismo tiempo que la teología israelita daba la idea mesiánica, daba la teología helena esta otra idea, su complemento, la idea del Verbo. Corresponde por su naturaleza el Mesías al profetismo semita; corresponde por su naturaleza el Verbo al sistema oriental-heleno admirablemente profesado por aquel sublime sacerdote á quien denominarán siglos de siglos el divino Platón. Así la concepción mesiánica en Israel hará de su Mesías un hijo de Dios; no llegará más lejos, ni puede llegar. El Verbo, pues, resulta Dios mismo. Difícil explicar estas ideas, que sólo traemos por cuanto sirven á la historia de María. Difícil explicarlas, sino por símiles, no del todo exactos, pero de alguna aproximación y analogía. El Verbo divino y el Espíritu Santo se hallan en Dios, como los vapores en el agua y los rocíos en el vapor, como la vida y sus vivificantes

calores en el éter y en el sol. No podéis apartar el calor de la luz; pues tampoco podéis apartar el Verbo y el Espíritu de Dios. ¡Cuánta distancia entre las criaturas y el Criador! Para llenarla no puede bastarnos el ángel sobrenatural ó el profeta revelador. Sólo Dios mismo puede por completo llenarla y henchirla. Dios llega, por medio de su Verbo y de su Espíritu, á nosotros, como llega, por medio de sus efluvios y de sus rayos, el sol á la retina. El Espíritu y el Verbo son Dios en persona, Dios difundido, comunicado, mediador entre la supra esencia divina y nuestra débil naturaleza. Mas como quiera que la pequeñez del entendimiento nuestro exija para compenetrarse con lo inefable y lo inaccesible un Dios humanado, el Verbo divino revestirá carne humana en la especie nuestra. Para subir el hombre hasta Dios, bajará Dios hasta el hombre. Y deberá encarnarse de suyo en las entrañas femeniles, como le sucede por fuerza y por necesidad al hijo mismo del hombre. Estas entrañas habían de hallarse por completo exentas del mal á que toda la humanidad nace sujeta. Como la sombra sigue al cuerpo, sigue al espíritu el pecado. Lo cometimos por ley de solidaridad todos á una en el primer hombre y todos á una lo llevaremos hasta la consumación de las edades. Por tal causa nacemos enfermos y sufrimos de la nati-

va culpa original. Heredámosla de nuestros progenitores, no sólo en la complexión fisiológica de nuestro temperamento natural, en la complexión psicológica de nuestro temperamento moral. Diseminado y diluído el mal en toda la creación, enferma también, desde que dejamos con Adán y Eva el Paraíso, contraemos fácilmente así el pecado como el error á la manera de aquellos que, propensos á las fiebres, viven y respiran en atmósferas palúdicas, todas ellas envenadas por ponzoñosas moléculas.

El dogma de la Inmaculada Concepción proviene, por lógica natural, del dogma que sirve de fundamento al Cristianismo, del dogma de la divinidad reconocida en la persona de Cristo por todas las Iglesias y por todas las almas cristianas. Así como el Salvador ha sabido hacer de un patíbulo, de un signo ignominioso, de la cruz, lábaro eterno de honor y de triunfo, ha sabido también raer toda culpa en las entrañas que lo concibieran y engendraran. El fuego de su divinidad ha volatizado en persona completamente aparte y privilegiadísima, en María, todas las partículas del mal, todos los ingredientes de pecado que pudo contraer perteneciendo á nuestra especie y entrando en las condiciones fundamentales de nuestro sér y de nuestra vida. Por tal modo, las entrañas materna-

les, con el sér á quien generan se identifican y confunden; por tal modo, á nuestras venas pasa la sangre suya que la bondad suprema y el apartamiento de todo mal ajeno á su sér singularísimo debían verse, como en Cristo, en su Madre Santísima. Indudablemente, la diferencia capital entre las religiones de los pueblos semitas y las religiones de los pueblos arios está en el culto á la mujer. La Biblia, el Corán, presentan mujeres de virtudes extraordinarias, como Débora, como Fátima, como tantas otras de un renombre inmortal. Pero ninguna tiene los caracteres de aquellas divinidades femeninas, adoradas por los arios desde las orillas del río Ganges hasta las orillas del mar jónico. En la Trinidad india entra como entidad integrante la diosa. Al lado de las divinidades varoniles resplandecen las divinidades femeninas como en la familia y en el hogar al lado del marido y del padre la esposa y la madre. Ni los dioses que habitan las profundidades insondables del mar, ni los dioses que lucen allá entre las constelaciones del cielo, se nos aparecen solos en las viejas teogonías helenas. Están acompañados á una sin excepción de sus respectivas mujeres. El aura y la brisa, el aroma y el perfume parecen aliento de amada; el cáliz de las flores y sus mieles, sonrisas; el centelleo de las estrellas, retinas; la onda en el arroyo y en el mar azul, palpitación;

las afinidades en las moléculas que se atraen, verdadero amor, y el origen de todos los seres, una generación. Por consiguiente, la mujer y los afectos por la mujer inspirados han de existir en toda teogonía indo-europea y heleno-romana lógica y necesariamente, si la teogonía tiene que armonizarse y corresponderse con los fundamentos capitales y con las propensiones nativas de la naturaleza nuestra. Un cielo donde no se halle la virgen, la esposa, la madre, aquella virtud eficaz del amor, merced á la cual nacemos y vivimos; un cielo destituído de todo esto parece á los arios por fuerza, dado su temperamento fisiológico y su carácter moral, un cielo completamente vacío. El semita, que tiende á la unidad, que anda por los arenales uniformes, que oye la voz del Eterno en los monótonos simoúnes, que habita, nómada, territorios sin repliegues bajo cielos sin variaciones y sin nubes, puede conformarse muy bien, dado su temperamento, con el solitario Dios recluído en las inaccesibles alturas del universo. Pero la raza indo-europea, especialmente la familia greco-latina, con dificultad podrá resignarse á esta sublime unidad semítica. Por eso, admitiendo en su religión cristiana todo aquello que de fundamental haya podido el judaísmo darle, complétalo con el Verbo divino, con el Espíritu, con la comunión de los santos, con la Virgen

María, Madre de Dios, la cual debía ser para los fieles cristianos concebida sin átomo ni sombra de pecado.

Y á pesar de parecernos, dada la divinidad de Cristo, rigorosamente lógico tal dogma, no ha llegado á componer un artículo de la fe católica, sino en esta edad nuestra, ¿qué decimos en esta edad nuestra?, en esta nuestra generación. Hace treinta y cinco años el dogma de la Concepción se contaba entre las creencias piadosas, las cuales, como todo el mundo sabe, ni obligan á los fieles, ni constituyen parte integrante del símbolo de la fe. Podía creerse, ó no podía creerse tal tradición piadosísima, sin que arguyera esto un abandono de la doctrina ortodoxa ó una infidelidad á la Iglesia de Dios. Y discutióse durante siglos y siglos tal dogma. Unos padres lo sostuvieron, otros lo negaron: no hubo decisión definitiva en las grandes Asambleas conciliares que definen y declaran los dogmas. En 1854 Pío IX proclamó cómo la Virgen María, Madre de Jesús, hase, por un acto especial de la omnipotencia divina, exentado, en el momento mismo que la concibiera su madre Ana, de la culpa original transmitida por Adán á toda la descendencia suya, por consiguiente del estado de condenación á que todos nos hallamos, antes del bautismo, sometidos por el hecho mismo de nuestra generación y de

nuestro nacimiento. Así, poco más ó menos, la Iglesia define y consagra el dogma de la Inmaculada Concepción. Adoradores, muy adoradores los pueblos católicos de la Virgen María, creyéronla siempre Inmaculada, siempre. Allá, en los campos meridionales nuestros, á las orillas del Mediterráneo; cuando las gentes anuncian su entrada en los hogares propios ó ajenos; cuando el sereno canta en larguísimas salmodías la hora de la tranquila noche; á los usuales saludos, á las fórmulas de comunicación y de trato social va unido un recuerdo más ó menos consciente, pero un recuerdo vivo al cabo, de la Inmaculada Concepción. A las mientes mías viene la extrañeza causada en las ancianas devotas de mi pueblo, al saber que se declaraba la Concepción dogma de fe, cuando para ellas constituyó toda la vida un dogma consustancial con el mismo dogma de la Divinidad en Cristo. Y, sin embargo, por siglos de siglos no se menciona tamaña idea. En el Oriente no consta creencia tal, con ser la Iglesia griega verdadera matriz de todas las iglesias cristianas. Antes los griegos llegaron á celebrar por un rescripto de Manuel Comeno la Concepción de Ana que la Concepción de su hija María. En su Iglesia la Virgen, como entre nosotros, está excluída por completo de la culpa y del pecado, mas por obra y gracia de una derogación especialísima, con ella sola

efectuada por acto singular del Eterno. Esta exención de María no se une tanto al acto de ser concebida como á los demás actos de su existencia. Engendrada, como todos, en la culpa; contingente, como todos, por su naturaleza; recluída en el estrecho círculo de la condicionalidad humana, un acto especial y aparte lava todos los pecados á nuestro sér congénitos, y le quita, no solamente la culpa, sino hasta la posibilidad misma de la culpa. San Agustín, el gran padre de la Iglesia occidental, allá por incidencia, en algunos de sus libros dice que, al hablar de la culpa original, exceptúa siempre á María, siquier haya nacido en carne por el pecado corrupta y sujeta como carne de Adán á la muerte. Ocupado el mundo griego durante los siglos primeros en la elaboración progresiva y lenta del dogma, como á su vez el mundo latino en la organización y disciplina, encontráronse tarde, muy tarde, frente á las creencias que se refieren á la Virgen María. Mucho antes de que celebrara concilios á este respecto, celebrólos unos, como el de Jerusalén, para tratar de si debía ó no admitir en su seno á los incircuncisos; otros, como el de Nicea para tratar de si debía reconocer ó no la Divinidad en Cristo y su consustancialidad con el Padre y con el Espíritu. Allá, por el siglo IX, un escritor eclesiástico empezó á proclamar el dogma

de la Concepción, pero sin precisarlo ni definirlo, más bien como un sentimiento y afecto propio de su piedad que como una idea religiosa destinada en la serie de los principios cristianos á constituir un dogma capital. No debió prosperar mucho tal idea, cuando siglos después el gran doctor, que trajo á la teología cristiana una rigorosa demostración de la existencia de Dios, San Anselmo, proclama ba, sin promover ni suscitar escándalo ninguno, con el asentimiento de la Iglesia universal, á María incursa en todas las contingencias fundamentales del humano linaje, sometida, por tanto, como verdadera mujer, á la inmanencia en ella, cual en todos los humanos, de la nativa culpa. El pecado primero tiene una desmedida importancia en el conjunto de los dogmas cristianos, pues por el pecado solamente puede comprenderse cómo, siendo la suprema perfección y la suprema bondad nuestro Creador, puede permitir el mal en la creación; y por el pecado pueden explicarse los castigos que todos hemos heredado solidariamente, las enfermedades que pasan de una en otra generación humana con la sangre, las malas inclinaciones y los perversísimos errores á que nos hallamos todos á una sujetos, la debilidad y la contingencia de nuestra misérrima naturaleza. Trabajo debía costarles, pues, á los teólogos cristianos, exentar en la humanidad á

sér ninguno, por grande y excelso que pareciese, de la nativa culpa y de aquel original pecado, clave primera que nos explica nuestros errores y nuestros males.

Pero en el siglo XII comenzó á fijarse creencia tan piadosa como esta creencia de la Virgen Madre concebida sin mácula ni sombra de pecado. Entre las ciudades europeas Lión ha brillado siempre, no sólo á causa de hallarse sobre la confluencia de dos ríos tan caudalosos como los que besan sus plantas y llevan sus ideas y sus productos al comunicativo Mediterráneo, no sólo á causa de esto, á causa de hallarse en las encrucijadas donde se verifica la intersección de tantos caminos como desde allí conducen á Suiza y á Italia. Ora fuese por su posición geográfica, tan excelente; ora fuese por sus tradiciones históricas de colonia romana; ora fuese porque su colocación entre Italia, Suiza y Provenza le daban excepcional influjo, es lo cierto que dentro de sus muros hanse concilios ecuménicos reunido, y que tales reuniones han gozado de una excepcional influencia en el desarrollo de las ideas cristianas y en el esplendor de la Iglesia católica. Quizá por congregarse allí muchos fieles, quizá por tener estos fieles un fondo y acervo colectivo de ideas comunes, brotó en Lión el culto primero á la Inmaculada Concepción de María.

Desengañémonos, cuanto más fuertes resultan las generaciones, y lo eran mucho aquellas que iniciaron las cruzadas; cuanto más valerosos y más arriesgados los pueblos, han de sentir por fuerza ternura mayor en su corazón y en sus entrañas hacia todos los dogmas que divinizan á la mujer y la engrandecen. Los corazones más abiertos al odio, por razón de sus combates y de sus porfías, ven con mayor facilidad la mujer colocada en una especie de atmósfera inaccesible á las debilidades humanas. Todos hemos nacido de mujer y todos adorado á nuestras madres como á la imagen más perfecta del Creador sobre la tierra. Hemos creído á todos los seres capaces de faltarnos, menos á ellas; hemos creído todos los labios prontos á engañarnos, menos aquellos labios suyos que han fluído en el espíritu nuestro divinas enseñanzas; la culpa, el error, el pecado, las consecuencias de la primer humana caída, el vínculo de males amayorazgado en la humana estirpe, no hemos creído nunca que pudieran llegar hasta nuestras madres, ni entrarse por los hogares que santificaran ellas como verdaderos templos. Si á esto se han unido ensueños é imaginaciones de la primera juventud, afectos puros en los cuales no ha penetrado nunca la menor sensualidad, apariciones de musas divinas que os traían ó una idea, ó un cincel, ó un

arpa, el culto á la mujer, el culto sobre todo á la Madre Santísima, el culto al numen verdaderamente creador, el culto al ideal femenino se os impone con soberana imposición y os lleva como llevó de la mano al poeta por excelencia católico en pos de idolatrada Beatrice, sobre la cual veis levantarse una idealidad femenil más alta, flores místicas, increadas melodías religiosas incomunicables de infinita dulzura, lumínico éter semejante al espíritu del espíritu, almas de ángeles en coro, ideas divinas en arquetipo, la virginidad inmaculada que ha mantenido con su atracción magnética la pureza del sér entre las tentaciones y los combates propios de nuestra tumultuosa combatiente adolescencia, la maternidad que después de daros el aliento de la vida y el calor de la sangre os ha dado también la inspiración que forma como la esencia del espíritu, en fin, un culto íntimo á la Inmaculada María.

¿Sabéis á quién tuvo por capitalísimo adversario el dogma de la Concepción Inmaculada en aquel siglo de ardiente fe católica? Pues tuvo al ilustre motor de las Cruzadas, tuvo á San Bernardo en persona. Para conocer todo el peso de su autoridad basta decir lo que representó, y cómo lo representó en plena Edad Media. San Bernardo no significa el Catolicismo en idea sino el Catolicis-

mo en acción. Dios le había llamado á la vida en el momento solemne de los combates supremos. Viviendo él, en su presencia, un filósofo como Abelardo, hería con ideas extrañas los dogmas de la Iglesia; y un tribuno, como Arnaldo, la política de los papas. Pues enemigo igual tuvieron el hombre de pensamiento y el hombre de acción, el filósofo y el tribuno en San Bernardo. Fué inspiración y alma de las Cruzadas éste, consejero de los reyes, mantenedor de la estabilidad social, árbitro en las discordias de los caballeros feudales y en los cismas de la Iglesia católica, renunciando á cuantas sugestiones le hicieran para ceñirse la mitra de los arzobispos y la tiara de los papas, contento con arrogarse la divinidad altísima de protector espiritual sobre la monarquía y sobre la Iglesia. En medio del mundo fué un penitente solitario y en el oleaje de las pasiones como una grande abstracción. Pasó por la naturaleza cual un espíritu puro destituído de forma y por la historia cual una idea etérea con verbo y sin cuerpo. Parecía en la vida un muerto. Sus ojos miraban hacia dentro y su palabra tenía toda la extraña resonancia de una palabra sobrenatural que saliese de los cementerios. Cien mil hombres lanzó con una voz al Asia, demandando Jerusalén y el Sepulcro de Cristo. Las gentes, á quienes predicaba, huían del mundo

y se iban al frío seno de los claustros. Imaginaos cómo tal teólogo escucharía las temeridades filosóficas de Abelardo y cómo tal político las arengas republicanas de Arnaldo. Contra el uno suscitó los teólogos de Francia, contra el otro suscitó los ejércitos de Alemania. Los dos jóvenes, cuyas ideas representaban las fuerzas vivas de verdadera expansión que hay en las sociedades todas, cayeron derribados por aquel monje, cuyas ideas representaban las fuerzas concentradoras, la autoridad y la disciplina. El papa condenó á Abelardo por amigo de Arnaldo y condenó á Arnaldo por amigo de Abelardo, apoyándose así en los materiales socorros del emperador de Alemania como en los morales socorros del omnipotente San Bernardo. Sugerido por éste recurrió contra la política republicana de Arnaldo el pontífice á la excomunión y al entredicho como recurriera Gregorio VII contra la política imperial de Enrique IV. El pueblo romano fué como despedido de la Iglesia católica. Si una excomunión atribuló tanto al emperador, que tenía de su autoridad altísimo concepto, imaginaos cuánto atribularía en aquellos tiempos al pueblo herido siempre de humillación irremediable. Las familias caían al rayo pontificio en la desolación; tornábanse los hogares purgatorios; suspendíase toda ceremonia religiosa; negábase implacablemen-

te al excomulgado todo consuelo eclesiástico; cerrábanse las puertas de aquella Iglesia, refugio de las almas, resumen de la vida, plaza, templo, mercado, teatro, sepulcro, santuario; nacían los hijuelos y no les daban el bautizo; amaban los mozos y no podían legitimar sus amores; la mujer propia se convertía en concubina y el hijo en bastardo; agonizaban los enfermos de enfermedad mortal sin confesión ni comunión, sin auxilio espiritual ninguno de los que fortalecen y sustentan al hombre todo en tan tremendo trance; caían los muertos peor que los perros sin esperanza de tener asilo sagrado en la tierra ni perdón ni misericordia en el cielo, pues á lo temporal y á lo eterno alcanzaba con idéntico alcance una excomunión pontificia. Horrible caso aquel para un monje como Arnaldo, á quien sólo su conciencia le acusaba de ideas políticas opuestas á un rey facultado por su doble carácter de monarca y pontífice á perseguir sus vasallos, no sólo en la tierra, en la eternidad también. Las almas débiles se apenaban y dolían de tal estado que, alcanzando á todas las edades y á todas las fases de la vida, no obstante su puro carácter religioso, convertíase en tristísimo estado social también. Para mayor angustia sobrevino, tras la excomunión, la Semana Santa. Doloroso á las almas piadosas carecer del agua bendita, de los sa-

grados oficios en todo tiempo y lugar; pero mucho más en el espacio donde se alzan las capitales basílicas, en Roma, y por el tiempo sacro, en la semana mayor. Los romanos, hechos á recibir las peregrinaciones en estos días solemnes, hallábanse aterradísimos de su triste soledad, sin poder, ni oir las lamentaciones de Jeremías, ni contemplar los misterios de la Pasión, ni sumergirse tampoco en las ideas que inspiran los estremecimientos de la tierra durante las tinieblas de los divinos oficios, ni cantar el *Miserere* dirigido al desarme de los rayos de ira que atraen desde los cielos á la tierra el pecado y el error nativo á nuestra misérrima naturaleza y complexión. Así las mujeres se lanzaban por las calles dando alaridos, como si las tuviera ya entre sus garras el infierno; y los sacerdotes clamaban por calles y plazas, añadiendo al terror natural en los ánimos los horrores de las tristísimas pinturas animadas por el relampagueo siniestro de los castigos perdurables. Aguijoneádo de todos estos motivos el pueblo romano se lanzó á los pies del papa, y el papa exigió para levantar el entredicho la entrega del tribuno. Pues bien, este San Bernardo, que así disponía de los rayos pontificios y así precipitaba en la excomunión á los pueblos, dijo, sin que nadie lo excomulgara por tal dicho á él, antes por lo contrario, mereciendo la bienaven-

turanza tras la muerte, que sus padres engendraron á María en condiciones iguales á todas las condiciones de nuestra especie y que la indudable santificación suya consiguióla tras su purísimo nacimiento y la divinización de sus entrañas por haber en ellas habitado el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero ¿qué hablamos de San Bernardo? El autor católico por excelencia es Santo Tomás. En su alma se resume y se formula toda la teología de los siglos medios. El filósofo antiguo, que parecía más ajeno á la idealidad cristiana, Aristóteles, entra en la Iglesia por obra y virtud de la Suma Teológica, cual antes había entrado Platón, este filósofo de carácter idealista y aun cristiano por obra y gracia de las escuelas alejandrinas. Aquel movimiento intelectual de las madrizas arábigo-andaluzas y aquel tesoro científico de las enseñanzas judías, que parecían, no solamente ajenos de la Iglesia, contrarios á la Iglesia, desemboca, cual un río desviado de su curso, en el espíritu eclesiástico de la Edad Media, merced al genio del Angel de las escuelas, tan paciente como sintético. Llámase á su conocido sistema *La Escolástica*, porque parece la quinta esencia de toda enseñanza teológica. Bajo tal concepto hanlo guardado nuestras iglesias de la Edad Media, como pudieran los sacerdocios

antiguos y las castas sacerdotales guardar un vínculo y un mayorazgo de símbolos y de tradiciones orientales. En vano la orden de San Francisco, mucho más platónica que Santo Tomás y los suyos, todos aristotélicos; en vano la pascua del Renacimiento, donde las ideas opuestas al oráculo peripatético volvieran de nuevo á resucitar; en vano el espíritu moderno en sus direcciones y desarrollos capitales quisieron despedir de la Iglesia el espíritu clásico tomista; quedó perenne, como un apéndice casi al dogma y como un oráculo de la sede apostólica en este nuestro mismo siglo. Si el primer hombre de acción en la Iglesia católica es, como antes hemos dicho, San Bernardo, el primer hombre de ciencia es Santo Tomás. Y á pesar de semejante altísima situación, reconocida por todos los siglos y confirmada por el asentimiento universal, este sapientísimo doctor enseña respecto de María que, si bien la bienaventurada Virgen fuera concebida en el pecado original como los demás humanos, santificóla Dios con muy especial santificación, antes ó después de su gloriosa natividad. Indudablemente la orden de los franciscanos, originaria, como la orden de los dominicos, del siglo décimotercio, siente por María la devoción propia del alma poética é inefable, anidada en el gloriosísimo San Francisco. Era éste una especie de místico poeta,

que sabía la idea dejada por los astros en sus elipses, el incienso contenido en el cáliz de las flores, el *Te Deum* entonado por el coro de las aves, el espíritu religioso puesto por la vida y por el sér universal hasta en lo más inanimado é inerte, porque á los ojos de tan piadoso penitente aparecíase como un templo el universo, y los ecos, y los rumores, y los susurros de todo cuanto vibra y suena como un concierto de órgano y como un repique de campanas acompañando á la plegaria universal, dirigida por todas las criaturas consciente ó inconscientemente á su divino Criador. Quien alguna vez se haya encontrado en el campo, á la hora de anochecer, y cuando los últimos arreboles en el Occidente se apagan y los primeros astros lucen, haya oído esa campana del Ave María, que tantas veces le habrá con su evocación sacratísima patentizado en las nubes ó en las retinas el recuerdo vivo de la Virgen, hecha una imagen de relieve y de bulto, con su túnica de azucena, con sus sandalias de oro, con su manto de cielo, con su corona de astros, al rezar en la efusión de fe que á todos nos inspira nuestra educación católica, olvidárase del divino San Francisco, institutor de tan piadosa costumbre, ya tradicional en todas las iglesias del mundo. El doctor de la escuela dominicana es, como ya hemos dicho, Santo Tomás, y el doctor de la escue-

la franciscana es, á no dudarlo, San Buenaventura. Entre dominicos y franciscanos existe una indudable rivalidad; entre la escuela del doctor angélico y la escuela de San Buenaventura existe una competencia, más idealista la segunda que la primera. Parecía natural, consiguientemente con todo esto, que disintieran los dos teólogos respecto al dogma de la Concepción. Pues no disienten. San Buenaventura dice así: «Algunos fieles celebran la Concepción de María por devoción particular. No quiero ni alabarlos ni argüirles. No quiero alabarlos, porque los Santos Padres, que instituyeron otras solemnidades de la bienaventurada Virgen, como henchidos de amor y afectados de veneración por esta bienaventurada Madre, jamás nos enseñaron á celebrar su Concepción. Por lo contrario, San Bernardo, celosísimo de suyo por todo culto á María, condenaba estas festividades religiosas conmemoratorias de la Concepción. Y yo, añade, creo más conforme con el recto sentido de la fe y con la tradicional autoridad de los Padres creer que la gloriosa Virgen fué santificada por Dios, después de haber contraído en su concepción la culpa original.» Entre los varios bienaventurados que la Iglesia celebra, ninguno tan popular, sobre todo en las regiones mediterráneas nuestras, como San Vicente Ferrer. El espíritu de la elocuencia cristiana por tal

modo ardió en sus labios, que, al predicar, trocaba las calles y las plazas en templo, los guardacantones en púlpito, los transeuntes en devotos, penetrando con su voz agudísima los corazones más fríos y moviendo á la piedad exaltada los ánimos y los espíritus más indiferentes. Su influjo trascendió hasta la política, pues con la presencia y la palabra suyas en el Parlamento de Caspe, Ferrer preparó la unión entre Aragón y Castilla, echando así las bases de nuestra gloriosa unidad nacional, por todo lo que, si la Iglesia lo cuenta entre sus bienaventurados, la patria lo cuenta entre sus redentores y sus héroes. Santo de suyo tan popular parece que debía responder á las creencias del pueblo. Y hallándose viva en una parte principal de éste hoy mismo el dogma de la Concepción, parecía que allá, en el siglo décimoquinto, debía prevalecer más aún esta piadosa creencia. Y, sin embargo, San Vicente asegura que Ana concibió á la Virgen María en pecado original, mas que á su animación quedó libre y purificada por completo del pecado contraído. Y por tanto la fiesta de su Concepción debe aplicarse á su santificación. La verdad es que, así como el aristotelismo eclesiástico se debe á la orden dominicana, el dogma de la Concepción se debe á la orden de San Francisco.

En Pisa, y al mediar el siglo décimotercio, los

franciscanos reunieron célebre asamblea general, donde ya consagraron la fiesta de la Concepción de María, no obstante restricciones más ó menos amplias de tal dogma. Scott, el sutil doctor de la orden seráfica, aparece á los ojos de la historia, y quedará en el concepto de las generaciones como autor principalísimo de la creencia en la Concepción Inmaculada. El principal argumento aducido, á pesar de probar poco, por lo mismo que probaba mucho, ejerció soberano influjo en pro de tal creencia religiosa «nada imposible á la divina omnipotencia.» Dos muy célebres santas, escritoras ambas, tuvieron á este respecto sendas contradictorias visiones. La Virgen se apareció á Santa Brígida para confirmar el dogma de su Concepción, y se presentó á Santa Catalina para negarlo. A resultas de todo esto una batalla intelectual, de las frecuentísimas en los monasterios, llegó á empeñarse con furia entre franciscanos y dominicos, adversos éstos, favorables aquéllos al dogma de la Concepción. Las cátedras resonaban á una con toda suerte de argumentos, muy parecidos á resuellos de guerra. La Universidad, primera entonces entre todas las universidades católicas, la Universidad célebre de París, propendió al dogma, y esta propensión suya le atrajo grandísimos asentimientos. Crecía el culto, porque, dada la crudeza de los tiempos

y los horrores del feudalismo en su agonía, los grandísimos combates entre todas las ideas y todas las escuelas, un dogma de ternura, un dogma de sensibilidad, un dogma favorable á la mujer, cuya sonrisa en aquel férreo mundo serenaba tantas tempestades, había necesariamente de prosperar y conciliar muchas almas. Un hombre tan grande como Gerson, á quien se atribuye por muchos la *Imitación de Jesucristo*, libro por excelencia del mundo cristiano en la Edad Media, proclamó la Inmaculada Concepción como dogma capitalísimo, que plugo al Espíritu Santo revelar en la vida misma de su generación y en el transcurso de sus años. Creció en tales términos la idea, que llegó á formularla una grande reunión religiosa, como artículo de fe viva y universal. Nos referimos al concilio de Basilea. Mas como quiera que las decisiones del concilio de Basilea no fueran jamás aprobadas ni reconocidas cual dogma de la Iglesia ortodoxa, quedó completamente baldía y sin consecuencias el dogma relativo á la Purísima. Sin embargo, Sixto IV, ascendido en la segunda mitad del siglo décimoquinto al trono pontificio, favoreció la fiesta de María concebida sin mancha de pecado, y refrenó las disputas que la contestaban. Así bien pronto París, Colonia, universidades y escuelas importantes, exigieron, como condición para el ingreso

en sus claustros, declaraciones previas de fe viva en tal dogma. El combate de franciscanos y dominicos duró, á pesar de todo esto, largo tiempo. Los últimos no dudaron en apelar á la falsificación y al fraude para sostener su tradicional creencia. Cuatro dominicos murieron en la hoguera el año noveno de la centuria décimasexta por complicados en tal fechoría. Los jesuitas estuvieron á punto de inscribir la Purísima Concepción entre los dogmas del símbolo católico, y no lo alcanzaron por invencibles resistencias dominicas. Pero en las familias imperiales de Austria, en las regias familias de nuestra España, en muchas de las dinastías dotadas con excepcional y soberano influjo, el dogma de la Concepción privaba en términos de que tuvieran á honra imponerlo. Felipe II, Felipe IV, Carlos III instituyendo la Concepción como patrona de nuestra España, los reyes de Portugal con su orden de Villaviciosa, mantuvieron viva siempre la piadosa creencia, muy popularizada. En el siglo nuestro, Gregorio XVI tuvo ya tentaciones de proclamar el dogma de la Concepción. Por fin Pío IX, al cual un larguísimo reinado le permitió reunir concilios é intentar varias definiciones de fe, proclamó dos capitales dogmas, que creyera gloria de su pontificado, el dogma de la propia infalibilidad y el dogma de la Concepción de María. Por

Febrero de 1849 dirigió á los prelados católicos una encíclica en requerimiento de la opinión que tuvieran sobre tal creencia. Todos, en sus respuestas, declararon dogma de fe viva el dogma de la Concepción Inmaculada. Hubo disidentes, y disidentes de la importancia que monseñor Sibour debía tener en la Iglesia, por asentado en sede tan alta como la sede arzobispal de París. Mas estos mismos disidentes no contestaban la verdad intrínseca del dogma, contestaban, atendiendo al tiempo corriente, su oportunidad. Por fin el 8 de Diciembre de 1854 Pío IX, circuído por numeroso cortejo de príncipes eclesiásticos, proclamó á María Inmaculada entre demostraciones de verdadero regocijo religioso.

Estas ideas religiosas han animado mucho el arte cristiano y han tenido su encarnación ideal en obras de primer orden. Las tradiciones respecto de la serpiente bíblica, tentadora de nuestra madre común Eva y respecto del quebrantamiento de su cabeza por los pies de María se han revelado en esas maravillosas creaciones del humano espíritu, resplandecientes con el resplandor de lo ideal. Aunque la Iglesia católica, desde los más apartados siglos, bien al revés de la Iglesia bizantina y de las Iglesias orientales, se ha guardado mucho de regir con códigos más ó menos rigorosos las artes

plásticas, puestas al servicio suyo; ciertos atributos y símbolos corresponden á un convenio tácito, pero universal, y por voluntario de suyo, rigurosamente obedecido. El primer carácter de una Concepción es el acto de quebrar la cabeza con su pie al reptil maléfico. Entre las nubes, ora perladas por albores, ora purpúreas y enrojecidas por arreboles; entre los iris que componen como un himno de matices en el inmenso espacio azul; por los coros de querubes, de ángeles y de astros, deslizárase forzosamente, cuando se trace la Inmaculada Concepción, el reptil, símbolo de la culpa original, vencida por el advenimiento de María sobre la tierra. El cielo debe aparecer como un santuario para su figura; la modestia y humildad deben brillar en todas sus actitudes; el globo terráqueo y la luna creciente servirle de pedestal; la pureza inmaculada envolverla por completo; las alas de los ángeles al empíreo subirla en vuelo raudo; la increada luz coronarla y la Trinidad Santísima recibirla en lo infinito. El dogma de la Concepción embargó en términos á los piadosos artistas de la Edad Media, que nos presentaron en sus cuadros María sin mancha, en el vientre mismo de su madre Ana. Girolamo de Mazzuola, Dosso Dossi, Carlos Marata y otros muchos, nos han ofrecido la Virgen Inmaculada en composiciones complicadísimas, donde se descubren desde la

escena de la expulsión de nuestros primeros padres al salir de su Paraíso hasta las meditaciones que poseen y embargan á los más esclarecidos filósofos de la Iglesia, cuando comentan, ó predican, ó defienden el tierno dogma de la divina Inmaculada. Mas realmente quien ha logrado entre todos los pintores expresar la Concepción es nuestro inmortal Murillo, que parece haber tenido en su paleta el medio de retrotraer nuestra humanidad á sus tiempos edénicos y restituirle toda la inocencia perdida en su primera culpa. No busquéis allí, no, la perfección clásica y griega que ostenta Rafael, en quien resucita la destreza de Fidias para el dibujo. No hay, no, las exactísimas proporciones, las acabadas armonías, la correspondencia entre los miembros, la matemática exactitud que distinguen y enaltecen al pintor entre los pintores clásicos. Mas aquellas figuras incorrectas parecen la forma de una oración mística subiendo á lo infinito. Viento espiritual, como de una inspiración profética, la impulsa; luminoso éter increado, que semeja como una difusión de la idea del Verbo, la circunda; concierto celestial, cuyas cadencias adivináis sin comprenderlas, absorben aquellos oídos abiertos á todas las divinas armonías; recoge su pecho, en respiración intensa, el aire purísimo de las regiones inaccesibles; los pies, calzados por la me-

dia luna de argénteos reflejos, despréndense por siempre de las fatalidades reinantes sobre nuestro bajo suelo; ángeles, representantes de una nueva eflorescencia de la vida, en que la niñez recobra sus antiguos paradisíacos bienes, la sigue y acompaña; crúzanse las manos como agitadas por los sacudimientos del amor místico; y allá, en la mirada sobrenatural de sus ojos estáticos, alzados á las alturas, vese resplandecer en una revelación increíble y misteriosa el espíritu de Dios. ¡Bendito dogma, que ha dado al mundo la Concepción de Murillo!

VI

La Natividad santísima de María. ¡Cuál fiesta en las playas mediterráneas! Eclipsaba en mucho la Navidad: que así llamamos, elidiendo una sílaba del centro, á la Natividad santísima de Cristo. Cada pueblo vive allí bajo una tradicional advocación de la Virgen. Diríase que tan grandes y superiores entidades necesitan tener también su madre, y que para perpetuarla por siglos de siglos sobre las generaciones cambiantes, colócanla en el cielo. Tronará cuanto quiera el frío escepticismo contra los exvotos y las promesas. Pero yo declaro no

haber podido entrar nunca dentro de una ermita, levantada en las costas á la Estrella del Mar, sin profundamente conmoverme, y traer á la imaginación cómo esta fe viva y espiritual del alma contrae una intensidad tan milagrosa en los horrores y peligros del naufragio, que cree vencer las fatalidades materiales con sus plegarias y con sus invocaciones, cuando se muestran más implacables y rugen más fragorosas. Allá, en Galicia, contrasta mucho la placidez de rías, y montañas, y radas, y puertos, con el embravecimiento y tumulto de las oceánicas aguas. Y es de ver sobre la falda inferior del monte, con todo esmero cultivada, en guisa de jardincillos, los bancales llenos de maíz circuídos por castañares cargados de pinchantes zurrones y robledales cargados de bellotas, mientras por las cumbres encinas y pinares de matices cuyas contradicciones forman pintorescas armonías; y en la más alta cima ó cúspide, allí donde falta casi espacio, como riéndose de la gravedad y volando por las alturas, cual un tabernáculo aéreo rodeado muchas veces de nieblas multicolores, la ermitilla, desde cuya puerta el mar se descubre á lo lejos, la ermitilla con su Virgen dentro, faro místico, donde ponen sus ojos al partirse y al tornarse los forzudos marineros y los añorados nostálgicos emigrantes, entre opuestos afectos, de los que avivan los

movimientos del corazón y centuplican las potencias del alma. Imaginaos cuando cae de súbito inmenso nubarrón, que parece pesado cual el plomo y oscuro cual si fuera de ceniza; cuando vibran cuerdas y lonas despidiendo gemidos sobrenaturales y tiemblan palos y tablas entre formidables sacudimentos que van á destrozarlos; cuando bajo la quilla casi deshecha hierve la tormenta y sobre las velas empapadas culebrea y truena el rayo; cuando las olas del mar, batidas por el huracán, parecen trasladarse á la región de los vientos y deshacerse por completo en espesísimos diluvios; cuando el huracán levanta con sus resuellos en espirales de trombas aquellas líquidas montañas de base negra y bituminosa, de cumbre relampagueante y eléctrica; cuando mugen como manadas de innumerables toros bravos heridos, así las profundidades insondables del mar encrespado, como las profundidades insondables del cielo tenebroso; y entre tantos horrores como centellean en torno vuestro, caéis desde nuestra nave rota en pedazos al abismo, con qué fervor invocaréis á la Virgen Madre, cuya piedad milagrosa tan sólo puede amansar aquellos odios y cuya sonrisa dulce serenar aquella tempestad.

Muchos fantaseadores de la historia imputan lo extendido del culto á María entre los gallegos al carácter puramente céltico de la raza galaica. Y así

como en las romerías ven una especie de festividad, semejante á la que celebraban los antiguos celtas en los bosques, descritos por Lucano, ven, á su vez, en la devoción á la Virgen Madre, algo del fervor con que oían cual oráculos y adoraban cual representantes de la divinidad sobre nuestro suelo, á las inspiradas sacerdotisas de Irminsal. Pero en las tierras orientales de nuestra península, tan helénicas, acontece lo mismo, exactamente lo mismo, que allá en las tierras occidentales, tan de suyo celtas. Al recorrer los caminos bordados á un lado y otro de pitas y nopales; por las campiñas donde los verdaderos setos de granados contrastan fuertemente con los verdinegros olivares erguidos en roja tierra; entre los torrentes secos, hermoseados por floridas adelfas; tras las coronas de palmas, y sobre los jardines cubiertas de naranjos; veis destacarse una rotonda compuesta con tejas de brillos metálicos, parecidos á esmaltes, los cuales forman como un astro diurno en aquel cielo azul y entre aquellos mares de luz resplandeciente é indican el santuario y coronan la capilla de la sacra Virgen Madre. Yo me acuerdo siempre de la fiesta consagrada por nuestro alicantino pueblo de Elda en los tiempos de mi niñez á este misterio religioso de la Natividad de María. Era el 8 de Septiembre. La vida está entonces en su completa ma-

durez. La panoja del maíz amarillea; la dulce almendra cae, cubierta de gomas, desde los atercio-pelados zurrones, al seco terrón donde brilla con toques de ámbar oscuro; engordan las aceitunas y verdean entre las hojas de leñoso aspecto; el racimo se carga del jugo azucarado, que dará, en el apercibido lagar, mosto bien oliente y embriagador; las colmenas rebosan de mieles y de semillas los hormigueros; cantan una especie de tristísima elegía las aves de paso casi al par que los vendimiadores llegan; tocan en su colmo y en su punto, por el suelo tendidos, los melones y las sandías, mientras las granadas se abren mostrando sus pepitas de ópalo, y los higos negrean en los higuerales pomposos, y los dátiles se doran en las altas palmeras, indicando todo la fecundidad y abundancia representadas por todos los pueblos desde los más apartados tiempos en la santa y fecunda maternidad. No quiero hablar yo de cómo se haya transmitido desde unas á otras generaciones humanas esta coincidencia de la madurez, traída por el otoño á los campos con el culto á la divina Madre universal de todos los seres. Las Avantaras del brahmanismo, que, pariendo un Dios á la sombra del cocotero, sobre la flor de loto, quedan vírgenes; la Isis misteriosa del Nilo, envuelta en su velo, negro como la noche, bordado de luminosas estrellas, cual los horizontes del

desierto, llevando en sí la virginidad con los privilegios maternos; la Maha, de quien brotó por milagro el revelador Buda, tan venerado entre los pueblos amarillos; las jóvenes, generadoras en las tradiciones líbicas de redentores al soplo tan sólo de un Dios; los pequeñuelos nacidos como Krichna en gruta donde se reunen los pastores del monte con los ángeles del cielo en adoración; la idolatría de las viejas liturgias célticas á la mujer que ha engendrado sin mancha y parido sin pena; esa corona de poesía, que sobre las sienes de una madre ideal han puesto lo mismo el adivino caldeo en sus oraciones dirigidas al resplandor de la luz, que allá el abisinio á su diosa negra como la tiniebla, tan brillante como el mármol oscuro, anticipan la inacabable letanía que todos consagramos á la Virgen, cuando, al olor de las flores y al concierto de las aves, con las mieles de los dulces frutos en los labios, entonamos aquellas palabras, en las cuales se le llama lirio del valle, regocijo de los ángeles, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, causa de todas nuestras alegrías, amor de todos nuestros amores, mística rosa, sin que hayan podido agotarse las loas y alabanzas que la mujer merece como amante, como esposa, como madre.

Pero volvamos á la Natividad. Yo recuerdo cuanto sucedía en tales festejos, como si estuviese ahora

mismo presenciándolos. Todos los niños de la escuela contábamos con los dedos de las manos, desde los comienzos del estío, los días que faltaban al advenimiento de tan sublime día. Conforme se acercaba, nos íbamos poniendo enfermos de impaciencia. Íbamos á ver en nuestras calles la Virgen, todo el año recluída en su áureo camarín, y alguna que otra vez entrevista con amor al través del espeso incienso y de las áureas gasas, muy lejos, en sitios inaccesibles así á nuestros ojos y á nuestras manos. Comenzaba la festividad por la víspera en punto de las doce de su noche. A esta hora crítica le llamábamos albada. No puede concebir ni comprender un artesano cómo á un campesino le duele trasnochar hasta las doce, cuando suelen llevar por la costumbre de dos á tres horas del sueño bendito, consiguiente al trabajo forzoso y diario. Costábanos trabajo sumo estar de pies á hora tan tardía de suyo y tan ajena en último término á nuestros peculiares hábitos. Mas así que rompían las bandas varias de música en himnos, y tronaban los morteretes en salvas, y repicaban las campanas al vuelo, y henchían de voces regocijadas las gentes el aire, y una procesión de antorchas, parecida mucho á las retretas y pasacalles corrientes ahora en las ciudades europeas, interrumpía el silencio de la noche y lanzaba toda la población fuera y

lejos de sus hogares, corríamos nosotros al festejo y gozábamos de todas sus incidencias y de todo su conjunto con una intensidad tal de goces, que no podrá luego reproducirse jamás en todo el curso de la vida, embotada por los años la sensibilidad y extinta por el cálculo y por la experiencia nuestra entonces viva y creadora fantasía. ¡Cómo volaban á la vista nuestra, fascinada en aquel hipnotismo producido por indescifrables corrientes magnéticas, los cohetes de mil varias luces y colores en la serena inmensidad celestial, donde nos parecían inesperados cometas, como los anunciados por las epopeyas fantásticas para la edad en que llegase á entrar la creación dentro de armonías prometidas por pronósticos propicios y aguardadas en místicas esperanzas. Ya, desde aquel punto, hasta dos ó tres días después, no teníamos espacio ni tiempo sino para los más exaltados regocijos, en que solían mezclarse, cual aconteciera por los tiempos y los pueblos paganos, satisfacciones personales con una mística idealidad religiosa. Las calles, enramadas con salvia y romero, á gloria olientes; las fachadas, ceñidas todas con tarajes y adelfas, de las cuales pendían vistosísimos y aromados ramilletes; los balcones, vistosos con las colgaduras que pendían de cuantos huecos y puertas daban fuera; desde un tejado hasta el teja-

do frontero líneas de gallardetes multicolores; por las esquinas altares al aire libre consagrados por efigies que tornaban en templo los más profanos sitios; todos estos objetos múltiples disponían el ánimo y el espíritu á la procesión admirable, donde nos embargaban, sacándonos de nosotros mismos, las enseñas y los guiones de brocados que recamaban brillantes bordaduras, las cruces de plata esmaltadas con primor y seguidas de magníficos candelabros, las gentes del pueblo llevando cirios que lucían con inusitado brillo en el arrebolado anochecer, el coro exhalando cánticos de sacra liturgia sostenido por concertadas orquestas, la Virgen conducida en áureas andas con los ángeles en legión á sus plantas, el manto de tisú en los hombros, la corona y el nimbo de pedrería en la cabeza, bajo un palio deslumbrador, entre un clero vestido de arrogantes dalmáticas, realzada por nubes de humo que despiden los incensarios, y por cánticos que levantan voces suavísimas, ante un pueblo hincado de hinojos y extático en una contemplación arrobada é interminable. Seríamos por aquella sazón inocentes en demasía y contentadizos y optimistas; pero debemos decir con toda sencillez que, desde Natividad á Natividad, nutríamos las incesantes aspiraciones estéticas de nuestro espíritu con el recuerdo que nos había dejado la

Natividad anterior y con la esperanza de otra Natividad próxima, pues, aunque se repetían en todas las mismas fiestas y ceremonias, con ellas también se repetían en todas nuestras almas las mismas emociones.

Las historias eclesiásticas no aciertan á fijarnos cuándo se declaró fiesta mayor la Natividad santísima de María en 8 de Septiembre. Dicen los libros ortodoxos que místico innominado, muy absorto en sus contemplaciones, oía en 8 de Septiembre, todos los años, conciertos celestiales, donde instrumentos nunca oídos por orejas humanas unían sus acordes con voces angélicas, de todo lo cual resultaban himnos capaces de mover los corazones más fríos y embargar los ánimos más rebeldes. En sus antífonas, la Iglesia dice á María cómo su Natividad trajo regocijo al mundo, porque de su seno surgió el sol de justicia, Cristo nuestro Dios, quien, deshaciendo la maldición, debajo de la cual estábamos todos comprendidos, echó sus copiosas bendiciones sobre nosotros, y venciendo y matando la muerte, nos dió vida sempiterna. Y es natural semejante alegría, porque la Virgen de nuestra redención corresponde con la era de nuestra culpa, y al anunciarse la Inmaculada Concepción de aquélla, y al advenir la Santa Natividad suya, desenróscase la serpiente, que á Eva tentara,

del árbol de la vida y rueda inerte al abismo. El bien de la redención cristiana trasciende á los seres inanimados é inertes. Los gozosos albores del día en que penetra dentro de nuestra vida mortal, debía parecer de nueva y nunca vista luz, como nuncio de renovación profundísima, porque la triste y acerba levadura de mal se acababa en todo sér y nacía la esperanza de un triunfo definitivo del bien. Antes de tal suprema hora podían las almas imaginarse que al mal, triunfante allá en el Paraíso perdido, le tocaba decir la última palabra en la consumación de los siglos, á la hora de acabarse la tierra y extinguirse los soles entre los estremecimientos precursores del juicio final. Mas, en cuanto María llega, viene con su presencia en el universo la flor donde se halla contenido el bien, á cuya virtud corresponde la victoria definitiva en los grandes y porfiados combates contra el mal. Todos los profetas judíos á una, en sus apocalípticas visiones religiosas, no se habían sólo contentado con anunciar la ruina de aquellas Babilonias y Nínives, donde habitaba la tiranía; tras el anuncio de tamañas catástrofes difundían la siembra de consoladoras esperanzas resumidas en la tierna inmaculada Virgen, que debía quebrantar la serpiente y aplastarle bajo sus pies la cabeza. Y así, cuando la lengua de María se desata y la palabra suya se

anima, como luz pura, en el aire, lo primero que anuncia es la bendición universal consagrada por todos los siglos venideros á su nacimiento. Poco después de su muerte los Evangelios están escritos, y por todos ellos corre la esperanza, que se ha cumplido, contenida en esta sublime palabra: *Beata me dicent omnes generationes*. Y no solamente los Evangelios ortodoxos contienen esta esperanza; confírmanla también los Evangelios apócrifos, en los cuales entran á una, con fragmentos de noticias verídicas, mezclas de gnosticismo, de magia, de ideas sintéticas judeo-alejandrinas, de tantas y tantas enseñanzas como á la sazón pululaban por el mundo, agitado de sentimientos, pero henchido de grandes y luminosas ideas. En todos ellos, con mayor ó menor amplitud, predomina la idea de que María fué la vara milagrosa, como de una rosa mística, en la cual se hallaban las blancas azucenas que debían aromar los aires de nuestro planeta y las cándidas palomas que debían traer en su pico el ramo de oliva reconciliatorio entre la tierra y el cielo. Convengamos en que sucede con esta parte del símbolo de nuestra fe algo de lo que sucede, y no se crea muy dispar la comparación con el resplandor de la mustia luna y el resplandor de nuestro almo sol. Cánsase la retina mirando al sol frente á frente. Cánsase la idea mirando á Dios

frente á frente. La luz demasiado viva quema nuestros ojos, como la idea demasiado sublime quema nuestro espíritu. Pero esa misma luz reflejada en el disco de la luna y venida por él á nuestra vista, como que se endulza y nos permite una tranquila y serena contemplación. Hay almas tiernas, hasta en los varones, á las cuales una comunicación espiritual con Dios les parece como superior á sus fuerzas espirituales y abrumadora para su voluntad y para su conciencia. El sér de todos los seres, absolutamente bueno, perfecto, sobrepuja de tal manera su pensamiento, que lo anonada y aniquila. Pero esa luna de más humilde disco, de resplandor más suave, nadando nacarada en el cielo azul, con su corona de astros medio borrados por su propia tibia luz, nos tamiza y cierne aquellos rayos de las ideas divinas demasiado abrasadoras para nuestra pobre inteligencia, y nos permite largas contemplaciones, en las cuales absorbemos tranquilos y contentos nuestro espíritu, sin esa desproporción entre nuestro sér y su sér, al fin y á la postre humano, como la que hay entre nosotros y el sér perfecto y absoluto á quien llamamos por modo inefable nuestro divino Criador. Podemos añadir á las letanías místicas otras muchas más de seguro, si quisiéramos expresar con fidelidad todo lo que María significa para los creyentes. En músi-

ca, la melodía; en estaciones, aquella de la florescencia universal; en afectos, lo dulce y tierno; en nuestras de nuestra incansable actividad, el arte puro; en religión, la plegaria; en virtudes, la misericordia; todo esto representa de suyo María, y por ingenuamente representarlo, merece un culto fervoroso de los hombres y aun de los pueblos más varoniles, que buscan instintivamente aquello que los completa, y al completarlos, también los perfecciona. Decidme, ¿no creéis que á los fuertes aragoneses, en cuyos pechos ha encontrado la patria su fortaleza y en cuyos brazos sus mejores armas, les cuadra, como á ningún otro pueblo, ese culto á la mujer que se idealiza en el religioso culto á su Virgen tradicional é histórica?

Y con las angustias, que nos atenacean la vida, bien habemos todos menester de un consuelo ideal para fortalecernos el ánimo y sustentarnos en el mundo. A veces nos asomamos á mirar nuestro eterno destino y sólo vemos entre sombras la nada. Otras veces, al recorrer lo celeste llevados por las alas del pensamiento, nos encontramos con la materia por todas partes y sobre la materia infinita la fatalidad implacable. Nuestro espíritu inmenso choca y se hiere contra los estrechos límites que lo rodean, como el ave prisionera contra los hierros de su cárcel cuando quiere volar. Mundos y soles

se nos antojan dados que la casualidad hace rodar en el infinito espacio. Si no encendemos un ideal sobre todas las moles dispersas por lo vacío y sobre todas las fuerzas mecánicas en ejercicio y movimiento, quedámonos á oscuras, tropezando con el error y cayendo en la negación absoluta. El hombre necesita creer y amar. Todo aquello que le impele hacia las cimas del ideal vivo lo prospera y lo esclarece. Podrán pareceros fantásticas sombras los númenes que han movido el cincel de Fidias, el arpa de Homero, el habla de Demóstenes; pero ¿cuáles sombras tan benéficas para la humanidad y sus progresos, tan fecundas en largas generaciones de inextinguibles ideas? Cuando la inspiración del arte antiguo parece por completo extinta, María la renueva; y no solamente ocupa los altares donde se presta culto á la verdad y al bien, sino los altares donde se presta culto á la hermosura eterna. María renueva las artes. Y es tan cierta mi afirmación que, según y conforme va creciendo el culto á la Virgen, van creciendo también las inspiraciones artísticas. Lo que algunos espíritus superficiales denominan Marilatria es el sentimiento de amor á las virtudes femeninas, creciente con la civilización cristiana misma en los pueblos europeos, que contrastan las tiranías feudales y sus fuerzas ciegas. El guerrero, armado

hasta los dientes, resultara un verdadero ángel exterminador, de no haber concebido ese culto amoroso á la dama de sus pensamientos y ese culto místico á la Virgen de sus inspiraciones y de sus plegarias que lo amansa y que lo civiliza. El férreo señor feudal, especie de fiera, con sus aves rapaces al puño, su espada incontrastable al cinto, su lanzón al hombro, su vestidura de hierro al cuerpo; bajo sus ancas el caballo, que parece destilar de sus crines sangre, como el caballo apocalíptico de los Antecristos soñados en Patmos; las mesnadas terribles de siervos alrededor, se trueca de caballero feroz en caballero andante para los afligidos y los débiles, en caballero caritativo y hospitalario para los enfermos, en caballero cruzado para la religión, perdiendo así las garras que tenía como hundidas en el vientre de los oprimidos y de los esclavos. Pues lo que decimos de la influencia del culto á María sobre las instituciones sociales, también lo decimos del culto á María sobre los corazones. El amor purísimo creó en el antiguo mundo como una excepción extraña. El más idealista de los filósofos antiguos no puede comprender la vida junto al sér amado sin la satisfacción de aquellos goces materiales á que nos convida con tanta fuerza é insistencia el amor. Y en la sociedad cristiana y en la poesía cristiana, Petrarca dedica los versos más

dulces que haya compuesto la inspiración á una pasión profunda, pero sin esperanza en la tierra; Dante á una especie de visión mística, sin forma y sin color, ángel de luz, en celestiales alturas; Miguel Angel á Victoria Collonna, cuyos oídos no profanó jamás con una palabra expresiva de aquel afecto que le acompañó toda la vida y endulzó las horas próximas á su traspaso y á su muerte. Pero donde principalmente se conoce la influencia ejercida por el culto á María, es en el arte y en los artistas. No puede su Natividad compararse con la Natividad de Cristo en punto al número y esplendor de cuadros inspirados por uno y otro suceso. Yo recuerdo ahora mismo dos, en los cuales esos magos del color que se llaman Pablo Veronés y Bartolomé Murillo han dejado figuras cuyo esplendor parece tomado á una luz verdaderamente sobrenatural, por vencer á cuanto descubrimos de coloraciones y matizados diversos en este nuestro mundo material. Santa Ana está, en uno y otro, sobre camas imperiales á la usanza del Renacimiento, bajo colchas de sedas indias, entre doseles de brocados, adornada como para una fiesta, circuída de numerosas damas, las cuales toda suerte de presentes le ofrecen, teniendo alrededor suyo vasijas de metales preciosos y aguamaniles repujados y cinceladísimos que recuerdan las preseas y las riquezas

del Renacimiento. ¿Qué más? No se necesita ir muy lejos para ver el cuadro bellísimo de la educación de María, que guarda nuestro Museo Nacional, donde Santa Ana, envuelta en una especie de capa, que la viste de pies á cabeza, da lecciones en libro de corte moderno á su hija, muy compuesta con el tontillo de las princesas austriacas, y muy peinada con los rizos y con los adornos propios de las mujeres copiadas por Velázquez en la real familia de Felipe IV. Pero estos anacronismos no pueden obstar á la belleza y á la poesía del cuadro por consuetudinarios y extendidos en aquel tiempo. Los pastores en cualquier nacimiento de Rafael van como los pastores de Umbría; los héroes de la Iglesia primitiva llevan el traje riquísimo, y los brocados de realce, y los cintillos de pedrería que César Borgia; una Virgen de Rubens tiene su halcón en la mano y su diadema en la cabeza como cualquier dama principal de la dinastía estuarda ó de la dinastía borgoñona; los apóstoles de Ribera tomados están á lo vivo de lazaronis napolitanos ó de campesinos jativenses: que así combinaban lo real con lo ideal aquellos incomparables artistas. Pero lo que debemos decir con verdad es que, al nacer la Virgen María, nace con ella la pintura moderna. Los cuadros capitales, producidos por el pincel cristiano, se consagran á ella,

sólo á ella. Bien puede asegurarse que María supera por el número de obras pictóricas inspiradas en su culto y en su devoción al mismo Jesucristo. Y no hay para qué maravillarnos. El ideal femenino es la estrella que acalora y esclarece las obras artísticas. Y el ideal femenino es el sol de la pintura. En sus profundos libros estéticos Hegel ha dicho que, así como la escultura es el arte clásico por excelencia, la pintura es por excelencia el arte cristiano. Los frescos de Roma y Pompeya, como las figuras de los vasos antiguos y los fragmentos del palacio augustal en el Palatino, enséñannos cuán cerca del escultórico se hallaba el arte pictórico entre los antiguos. Las líneas de sus cuadros se parecen á las líneas de sus bajorelieves. Las figuras de sus frescos diríase que se hallan esculpidas como las figuras puestas sobre los antiguos pedestales. No puede, no, el arte moderno escultórico de ningún modo compararse al arte antiguo escultórico; pero tampoco puede, tampoco, el arte antiguo pictórico de ningún modo compararse al arte moderno pictórico. El cincel sirve para delinear en los fríos mármoles y hasta en los metales aquella interior serenidad, tanto de los héroes como de los dioses antiguos, muy límpidos de alma y muy equilibrados en sus proporcionadas y armoniosas facultades. Pero el alma cristiana, las tempesta-

des que atraviesan sus espacios infinitos, las grandes aspiraciones que la hinchan como el huracán á la ola en su esfuerzo para besar las alturas celestiales, el deseo sin satisfacción posible aquí en la tierra, el amor sin esperanza, la tristeza interior é íntima, el transporte desde nuestro mundo limitado á otro mundo superior, el trasunto de lo ideal á lo real, el éxtasis y el arrobamiento, esas contemplaciones de lo invisible que dan á la mirada un tan extraño aspecto, la idealidad no puede, no, expresarse con el cincel como en tablas y lienzos la transcriben con toda fidelidad los pinceles, que toman sus colores en el alma, vertiéndolos sobre composiciones, las cuales forman como la epopeya visible y tangible del cristianismo triunfante. Y á quien se debe con especialidad esta inspiración, que ha encendido en colores tan varios y ha poblado de figuras tan hermosas las tablas, es indudablemente á María, estrella de las almas y alma de todo el arte cristiano, avivado en el resplandor de sus místicos ojos y en las lámparas encendidas á su religioso culto.

La pintura y el nacimiento de la pintura en los siglos medios unen su historia con la historia de María. Necesítase un esfuerzo, comprensible apenas en la completa libertad y derecho de nuestro espíritu, un esfuerzo vigoroso y supremo, para des-

vestir el arte católico de los cendales con que la ortodoxia lo amortajara tristemente al pie de los altares bizantinos, é inspirarlo en la fantasía personal del artista libre, además de ponerlo en correlación estrecha con la naturaleza, y por este medio redimirlo de la tradición, hasta llegar á humanizarlo por completo. La prueba del servicio prestado con tal esfuerzo á la civilización y á la cultura cristiana está en la esterilidad así del Oriente semita como del Oriente bizantino respecto de manifestaciones del dibujo y en la fecundidad occidental. Como á una la Biblia y el Corán reprobaron la reproducción de seres vivos, y como á una las iglesias orientales dieron su patrón litúrgico sobre que calzar las composiciones religiosas, el arte de la pintura y más aún el arte de la escultura, ó prohibidos ó menguados, decayeron en tierras tan de suyo henchidas por un propio y natural espíritu artístico, cual Arabia, Judea, Egipto, Bizancio y toda la Grecia moderna. Cimabué y el Giotto prestaron las nobles alas de su libertad al genio pictórico cristiano. Ellos lo arrancaron al encierro monástico del santuario inaccesible y lo pusieron en libérrima comunicación estrecha con el aire y con el sol de los cielos. Aun aparecen las Vírgenes de Cimabué como aterradas del cambio y extrañadísimas de su propia transfiguración. Pero las figu-

ras del Giotto han tomado ya posesión del suelo, donde se levantan, é irradian por doquier de sus ojos el espíritu nuevo y cantan como el *Te Deum* de la Resurrección. Y Giotto cuenta entre sus discípulos á Tadeo Gadi, arquitecto, pintor, ingeniero, con las diversas aptitudes comunes en los hombres de aquel tiempo, como continuador de una edad inspirada y bautista de otra no menos inspirada edad. Y Tadeo Gadi tuvo por su parte de discípulo, de continuador, á Giovanni da Milano. Como Gadi acabó el Campanile de Giotto en Florencia, Giovanni acabó la historia de la Virgen por Giotto y Gadi comenzada en Santa Cruz. Siquier hayan seis larguísimos siglos, cayendo á torrentes sobre las imágenes, borrádolas en su mayor parte y número, tanto, que apenas quede cosa del Giotto, iniciador primero del poema cíclico en líneas y en colores extendido por aquellas paredes inmortales, aun queda una cándida y preciosa Natividad en fresco de la Virgen María, trazada por Giovanni da Milano, cuya contemplación os absorbe y enajena. Yo la estoy viendo. El ajuar de la escena pertenece al siglo décimocuarto. Estos artistas, para no equivocarse, transmitían á las paredes y las tablas lo que les rodeaba, copiándolo fielmente. Así veréis una vasija, un taburete, un lecho, un cortinaje de aquella edad, como tantos relieves en piedra ó bronce y

tantas ilustraciones en pergamino y papel, nos han guardado con toda su viva realidad y con toda su matemática exactitud. No busquéis la perspectiva todavía, pues cuadros bien célebres del siglo décimoquinto aun carecen de tan fascinadora ilusión, que dará visos de verdaderas á las fingidas composiciones. Para encontrarla precisará que aun estudien más la vida y la reproduzcan aquellos artífices en cuadros realistas como los cuadros de Lippi; que adelanten las matemáticas del dibujo como adelantaron en las puertas de Ghiberti; que Paolo Ucello corra por las cuencas del Arno y por las playas del Tirreno calculando con sus ojos muy observadores las distancias en el horizonte y siguiendo el vuelo de las aves por el aire y por el éter de los cielos. Todas las figuras del fresco parecen, pues, en la misma línea y todas están vestidas á la usanza del tiempo. Mas ¡cuánta naturalidad y belleza! Dos jóvenes, peinadas á la manera florentina de aquella sazón, que tanto se parece á la tradicional manera helénica, y envueltas en brocados esplendentes, aperciben y preparan los vestidillos de la niña con arte y con cuidado, puestas de pie y absortas en su faena. Parecen figuras egipcias por lo rígidas; y tiene aire todo este grupo de los grupos delineados en las vasijas etruscas. Junto á las dos esbeltas damas, puestas, como hemos dicho,

de pie, muy jóvenes y muy hermosas, vense asentadas tres mujeres de bien diversas edades. La del centro parece una comadre, ó partera, que acaba de recibir la niña, y después de haberla vendado, la retiene y acaricia en sus brazos, mientras las sendas figuras, puestas en taburetes á sus respectivos lados, acaso representando verdaderas domésticas, dispútanse la preciadísima carga con ese instinto maternal de su sexo, que se patentiza en los ademanes acariciadores dirigidos al objeto de sus cariciasy ansias. La expresión ya es tan verdadera y las actitudes tan por extremo naturales, que veis la disputa por su niñita entre las dos mujeres, de las cuales, una, en la derecha, tiende todo su cuerpo con amor, mientras otra, en la izquierda, reconviene por la inquietud á su compañera; y aquella que lleva en sus brazos la criatura, reposa y se recrea en una especie de meditación extática, cual si quisiera dar á su cuerpo cansado y viejo algo de la virtud contenida en el precioso cuerpecito de la reciénnacida, coronada desde su nacimiento con el nimbo religioso. Tras estas cinco figuras vese á Santa Ana, que se incorpora en su lecho, para lavarse las manos con agua servida por una doncella, la cual ase un jarro y ostenta una toalla. Todos estos objetos y personajes artísticos representan en realidad el nacimiento de María; mas, en símbolo, en ideal, en

las altísimas eminencias del arte representan el nacimiento no menos bello de la pintura cristiana, todo él relacionado en sus términos y fases con el nacimiento de María, cuyo numen anima y esclarece tales hermosísimos portentos de inspiraciones creadoras.

VII

Indispensable para el conocimiento de una gran escena histórica otro previo conocimiento, la ciencia del teatro donde la escena se desarrolla. Por muy espiritual y libre que juzguemos nuestro sér interior, precisa reconocer cómo la conciencia toma del cielo mucha luz y jugo muchísimo de la tierra el corazón y el sentimiento. La pedregosa Palestina pasará por siglos de siglos como terreno privilegiado y aparte, por haber ofrecido cuna en sus establos, y sepulcro en sus colinas, y apóstoles en sus riberas, y tribuna en sus montañas, y transfiguración en su Thabor, á la santísima persona de Cristo. Cuando el Eterno le prometió al predilecto Abraham esta tierra de Palestina, designóla pura y sencillamente con el nombre, tan conocido y universalizado, de tierra de Canaán. Desposeídos por los hebreos, en consonancia con las palabras divinas y en cumplimiento con sus promesas, llamóse, des-

pués de aquellas victorias ganadas por Josué y por Jepthé, ó sea tras la conquista de los hebreos, tierra de Israel, nombre conservado hasta el cautiverio en Babilonia. Desde que volvieron del cautiverio llamóse Judea, como los israelitas judíos, por haber compuesto la tribu de Judá muy principalmente, y por extraordinario privilegio, el núcleo de su población. Al nacer María, Palestina se hallaba en poder de los romanos. Azotada por muchas guerras cambió de límites, angostándose unas veces y otras espaciándose al empuje de la conquista. El antiguo territorio de Canaán conteníase dentro de las riberas mediterráneas, que lo bañaban á Occidente; del Jordán, que lo bañaba á Oriente; del desierto, donde lo limitaba Gaza por el Mediodía, mientras por el Norte la línea que, partiendo de Hermón, iba en último término á dar en aquel célebre sitio tan conocido en todas las historias bajo el nombre de Sidón. Al menos industriado en erudicion bíblica le son familiares provincias como aquella Idumea, tan de suyo semita; lagos como aquel bituminoso Mar Muerto, que parecía plúmbeo según lo inerte y pesado; ciudades como aquellas poblaciones fenicias, Tiro y Sidón, á cada paso invocadas en la Biblia y en el Evangelio; montes como aquel sublime Líbano, en cuyas cavernas asilábanse los penitentes y de cuyos cedros altísimos

y seculares los profetas se hacían lenguas; aguas como aquellas de Tiberiades, que debían ofrecer las pescas milagrosas divinizadas así por la religión como por el arte y que debían oir el más alto y sublime de todos los discursos que hayan jamás resonado en los aires, aquel discurso que contiene dentro de sí un espíritu nuevo, el sermón de la montaña. Las tres provincias, donde pasa completamente la historia de María y de su hijo, estaban una sobre otra extendidas entre las orillas del mar y las orillas del Jordán, hacia el Mediodía Judea, en el centro Samaria y en el Norte la más interesante de todas, la que debemos considerar en este punto de nuestra historia, Galilea, patria de María. Por una de las muchas contradicciones históricas proviénele su nombre de las mezclas y tratos que tenían sus habitantes con los paganos, allí numerosísimos. Esto nunca obstó, sin embargo, para que fuese como el Paraíso de Palestina. Todo en ella idílico, su aire puro, su clima dulce, sus valles frondosísimos, sus montañas con esmaltes de piedras preciosas, sus praderas cubiertas de rebaños, sus colinas coronadas por gigantescos árboles, el suelo á cien aromas oliente, la viña cargada de racimos, el olivo de aceitunas, la higuera de higos, en los altitudes reverberaciones muy esplendentes y en los hondos aquel encarecido lago

donde se mezclaban las blancas palomas con las blancas velas y se repetía el cielo cual si quisiera engarzarse y prenderse aquí en la tierra.

Detengámonos ante los valles y pueblecillos donde nació María, y detengámonos con recogimiento y religiosidad. Nazareth lo merece todo. Aquella Babilonia de Semíramis con sus jardines colgantes y sus palacios guardados por colosos de pórfido; aquella Memphis de cien puertas donde Isis tendría quizá templos de mil columnas; aquella incomparable Alejandría de Cleopatra, que iba despidiendo, como enjambres de zumbadoras abejas, ideas divinas, jamás produjeron sér alguno, para el bien de la humanidad tan indispensable, como esta Virgen Madre María, tierna, modesta, humilde, sencilla, destinada en los designios providenciales á renovar la vida moral, y renovando la vida moral, á rehacer el género humano y redimir de la esclavitud al mundo. Los viajeros como Stapfer, que han recorrido Palestina con espacio y con verdadera ciencia, refiérennos cómo Nazareth se conserva hoy tal cual estaba en tiempo de Jesús. Las ciudades, objeto de codicia para el conquistador, sufren enormes invasiones y se alteran bajo la inundación terrible de los tiempos en cambios incesantes y continuos. Pero estas aldehuelas, perdidas como humildes nidos en los abandonados re-

codos de un valle, al pie de colinas nunca holladas por guerreras plantas, entre ignorados espacios, acaban por salvarse y por conservar su fisonomía preservadas, merced á la virtud misma de su modestia, cual Pompeya y Herculano bajo las lavas del Vesubio, merced á su preservación del aire y del sol. Nada encontraréis ya en Jerusalén de lo que había, ni en tiempo de los profetas, ni en tiempo de Jesús. Alejandro, las ufanadas dinastías seleucidas, Pompeyo, Vespasiano, Tito, el árabe unas veces, el mongol otras veces, el mismo cruzado, hanle traído más catástrofes que los terremotos removedores del suelo. Pero Nazareth, apenas poblada por cuatro mil habitantes en el siglo primero; desconocida por completo de Josepho, que no la menciona en sus historias; olvidada por el Talmud mismo, tan prolijo y minucioso; á veinticinco leguas de Jerusalén, á nueve horas de Capharuamu, yacía feliz en su ignorancia y en su oscuridad. Por eso puede verse todavía el camino que las plantas de Jesús hollaran; el sitio donde tuvo su taller de carpintero; la colina, desde cuya cumbre oró mil veces; y la fuente en que María tomaba el agua para su hogar á diario en el ánfora, volviéndola cargada y erguida sobre su armoniosa cabeza. También Renán visitó hace años, en compañía de su hermana, este privilegiado sitio, y lo describe como Stapfer. El

aire le pareció vivísimo, el clima salubre. La población ofrece de suyo, con sus casas semejantes á viejos aljibes, un aspecto modestísimo, cual suelen todas las pequeñas poblaciones de Oriente. La desolación de Palestina no alcanza, no, á este sitio de habitantes felicísimos y de huertos verdes. La fuente aquella reunió en tiempo de María todas las muchachas de la población, que iban allí á escanciar el agua. Antonino Mártir, citado por el mismo Renán, refiérenos que los tipos de sus mujeres, todas ellas medio sirias, tenían una belleza tal, que de común acuerdo las gentes piadosas en el siglo sexto la imputaban al nacimiento y presencia en aquel sitio de María, quien legó, como vínculo hereditario, gracia y belleza de consuno á sus amadas convecinas hasta la consumación de los siglos. Dice también el gran escritor francés que desde la hoya donde Nazareth está, el cielo es muy estrecho; mas así que subís á cualquiera de las vecinas alturas y miráis por todas partes, entrevéis los valles del Jordán; las altas llanuras de la Perea esmaltadas por las reverberaciones de un cielo candente; las tierras de Siquem realzadas por las sacras figuras patriarcales; á un lado aquel Thabor, comparable á blando hermosísimo seno y que muchas veces parece rotonda esférica de lapislázuli; á otro lado el Carmelo, despidiendo incienso de poesía y

reverberando el sol en su cono abrupto que toma tintes de ópalo, esmeralda, zafiro y rubí, según las refracciones de los rayos solares en sus aristas; y allá, tras las cordilleras de Safed, el golfo de Raifa, cuyas aguas, confundidas á la simple vista con el aire, presentan una línea imperceptible azul, tan celeste como todas las que dibuja y colora el Mediterráneo en sus espléndidos horizontes, dignos por cierto de aquellas almas que volaban al impulso de sus brisas y se sumergían en los resplandores de su éter.

Tal fué, según lo describen quienes lo han visitado, el escenario donde pasó la infancia de María. Pocos, muy pocos datos acerca de tal período y edad tranquila de su existencia podemos presentar. Ni los Evangelios admitidos por la Iglesia nos dan á este respecto amplias noticias, ni los apócrifos noticias verdaderas. Hay entre los últimos algunos que sólo cuentan la natividad é infancia de María, mas con tales tachas de magia y de gnoticismo, que no podemos prestarles ningún asenso. Tampoco se los presta la Iglesia. Fábulas árabes, abisinias, siriacas, mezcla de tradiciones helenas con tradiciones judías, dicen cuánto el cristianismo se difundiera, pero dicen también cuánto se adulteraera en su difusión y propaganda. No podemos, pues, extendernos muy lejos en la investigación de cosa

tan ignorada como la juventud é infancia de María, si hemos de atenernos á lo que rezan narraciones admisibles de una sobriedad y de una concisión desesperantes. En cambio los escritores eclesiásticos, calcando sus historias sobre comentarios como los del piadoso Eutimio y otros, ó prevaliéndose de los mismos apócrifos desechados por la Iglesia, dan á sus imaginaciones rienda suelta, y refieren la vida é historia de María con señales y noticias apenas comprensibles. Para contraernos á libro muy divulgado como la *Vida y Misterios de la Gloriosa Virgen María* por el padre Ribadeneira, diremos aquí todo cuanto él mismo dice, dejándolo por completo al juicio y discreción de nuestros lectores. Así cuenta que, siendo ya María de tres años, para cumplir el voto hecho de ofrecerla en todo al Eterno, la llevaron sus padres á Jerusalén y la introdujeron en el templo á los veintiuno de Noviembre. Declararon al sacerdote mismo el voto que habían hecho, encargándole de tener cuenta con su hija como con cosa dedicada ya de suyo á Dios, y ponerla entre las otras doncellas que le servían, junto al templo, en una casa construída para estos efectos, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartándose del ruido y bullicio podían ocuparse con facilidad en santas y loables tareas. Tras esto, Ribadeneira sigue refi-

riendo cómo admiró á todos por extremo la belleza y gracia de tan bienaventurada niña, y más aún la prontitud y regocijo con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor, como cualquier monja de nuestro tiempo, añadiremos nosotros. Y así continúa refiriendo que fué puesta la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios. Y ya en este punto de su narración, Ribadeneira nos refiere cómo aprendió muy perfectamente á hilar lana, y lino, y seda, y hasta holanda, pero sobre todo á coser y labrar, en guisa de buena religiosa, los ornamentos sacerdotales. Aprendió, según el padre jesuita, asimismo, las letras hebreas; y leía con mucho cuidado á menudo y meditaba con grande dulzura aquellos divinos libros, los cuales entendía perfectamente. Y puesto á contar, añade que nunca estuvo la Virgen ociosa; que ayunaba mucho; que los ángeles á la continua se le mostraban y conversaban con ella; que algunas veces recibía manjares no aparejados en cocina de hombre, venidos del cielo; que á los once años perdió sus padres, Joaquín y Ana, los cuales murieron de ochenta; que hizo voto de guardar perpetua virginidad; y con su ejemplo incitó á tantos y tantos escuadrones de purisímas doncellas, quienes por no perderla, perdiesen sus vidas, y por esto se llama

Virgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. El padre Ribadeneira sigue pintando á María como pudiera pintar á San Ignacio, y la viste de verdadera monja, cual Murillo y Rubens acostumbraban á vestirla de reina ó dama con los brocados y con los arreos del siglo XVII.

No podemos nosotros decir cómo vivió María; pero sí podemos decir cómo se vivía en su tiempo. Tenemos para ello todo el Nuevo Testamento. Y además de tan sacro y religioso manantial tenemos los fragmentos de Polibio, las noticias geográficas del sabio Estrabón, las biografías de Plutarco, las narraciones de Suetonio y Tácito, los escritos de Flavio Josepho, el inmortal historiador judío, la indigesta pero copiosa compilación del Talmud, lleno de tradiciones rabínicas, que comprenden desde los códigos judíos hasta las costumbres y que nos dan inapreciables noticias acerca de la vida vulgar y pública en aquellos apartadísimos tiempos. La inmovilidad natural á los pueblos orientales nos aprovecha muchísimo y nos industria en todo cuanto pasaba por el siglo de María. En Palestina las costumbres judías han sobrevivido á la raza y han pasado á los árabes. El advenimiento de niña, como la Virgen, causaba regocijo extraordinario en los padres, por lo mismo que creían la esterilidad una verdadera maldición del cielo. Al

parto asistía siempre una comadrona, siempre. Nacida la criatura, bañábanla en agua fría, y la frotaban después con sal para curtir y endurecer su piel. No podía el marido estar presente mientras iba de parto la mujer. Una vez parida, llamábanlo y hacían que se pusiera el reciénnacido sobre sus rodillas. Las madres lactaban á sus hijos con lactancia tan larga, que solía durar tres años, por miedo á las contingencias de las denticiones, del sarampión y de la viruela. Catorce días duraba la impurificación; pero las presentaciones al templo de las niñas debían hacerse á los sesenta y seis días de su nacimiento, y en aquellas complicadas ceremonias ofrecía la familia, según sus recursos, ya un cordero, ya un par de pichones ó de tórtolas. Para que se vea cuánto fantaseaba el padre Ribadeneira en su historia de la Virgen, baste decir que apenas existía en Judea por aquellos tiempos alguna que otra escuela, y esa en Jerusalén, de niños, y para fines puramente religiosos. La mujer alcanzaba allí un extraordinario respeto. Los proverbios lo decían, cuando enseñaban que por las mujeres llega la prosperidad á los hombres; que precisa querer á la esposa como á sí propio y respetarla más que á sí propio; que la muerte de una buena mujer debe considerarla quien la perdiera como si fuese la ruina misma de Jerusalén.

Sin embargo, la mujer no tenía en el judaísmo los ministerios religiosos que tuviera el hombre. En el nacimiento de las hembras no había ceremonias religiosas. Su educación pecaba de tradicional descuido. Mientras los niños asistían al templo, en cuanto llegaban á los doce años, las mujeres no tenían edad fija para cumplir este deber litúrgico. No podía, pues, existir en Nazareth la especie de monasterio fantaseado por el padre Ribadeneira. El Talmud cuenta, entre las plagas de este mundo, la viuda charlatana ó chismosa y la doncella que dispendia su tiempo en oraciones. En sus rostros, sobre todo las mujeres casadas, tenían á la continua el velo mismo que les ha decretado el Corán. No estaba permitido saludarlas. «No habléis mucho con las mujeres,» decían todos los rabinos. Así no recitaban aquéllas el *schema* de la liturgia, no asistían á la lectura de la ley, no habitaban bajo las tiendas en la fiesta de los Tabernáculos.

Las casas de Nazareth adolecían de una sencillez primitiva. Para fingirnos el hogar de María necesitamos bien poco esfuerzo. Imaginaos un cubo pesadísimo, blanqueado fuertemente de cal, y tendréis rehecho el hogar donde naciera la Virgen. Por los campos de nuestro Elche, la casa con aljibe junto á sí, con palmeras á la puerta, sin ventanas casi, nos reproduce los hogares de Siria, de Pales-

tina, de Arabia. Aun es más primitiva la casa de Nazareth, si creemos las narraciones del Antiguo y Nuevo Testamento. No había en ellas más que una singular habitación tan sólo. Alcoba, cocina, taller, estaban reunidos bajo el mismo techo. No se componían las habitaciones de piedras duras, se componían de ladrillos groseramente fabricados. Dentro de ellas, como construídas para contrastar el calor palestino, precisaba encender luz en pleno sol, cuando había que buscar cualquier objeto por el suelo. No creáis que las casas burguesas, como ahora se dice, de Nazareth, podían compararse con las casas aristocráticas de Jerusalén. Allí las piedras duras y pulimentadas, los pórticos airosos, los patios amplios, las alberças rebosantes, los baños bien apercibidos, las puertas de maderas preciosas, las columnas traídas de lejos, las celosías doradas, las azoteas elegantísimas adornadas con objetos de arte y cubiertas con toldos preciosos, los alojamientos amplios para ejercer la hospitalidad con los amigos, el verdadero lujo de Oriente y su grande abundancia. Pero esto nada tenía que ver con las casas de Galilea, donde habitaron Joaquín, Ana y María. Esterillas de junco, á lo sumo cojines de lino, cántaros y alcarrazas de barro, armarios para guardar la ropa, toscas lámparas, viejos almudes, una escoba y un molino: he ahí toda la casa del ga-

lileo bien acomodado. Para comprender la rareza de los objetos bastará recordar que hay un refrán evangélico, el cual dice cómo no deben ponerse las lámparas bajo los almudes, sino sobre los almudes; palabras significativas de que tales objetos á un mismo tiempo servían de medidas en las compras y en las ventas y de mesa para colocar las luces. ¡En cuántas ocasiones el Evangelio de San Mateo repite la misma recomendación, y cómo pasa de generaciones en generaciones al artículo del periódico diario, al discurso del orador político, sin que nadie recuerde su modesta fuente, la miseria de aquellos seres destinados á darnos nuestro Dios, quienes, andando los tiempos, debían tener iglesias costeadas con los dispendios que pidieron el Escorial y San Pedro! La mujer barría toda la casa, y por ende, hallábase como adscrita bajo su advocación la escoba. Cosa penosísima dar vueltas á la rueda del molino casero, esencialísimo al mobiliario palestino, como puede verse por el segundo libro de Samuel. Pues bien, la muela se movía, ó por el siervo de la casa, ó por el asno de la labor, ó por dos mujeres de la familia. Todo cuanto venimos diciendo prueba la humildad en que nació, vivió y murió aquella Virgen, cuyas efigies debían coronar con toda suerte de metales ricos y piedras preciosas los reyes y los potentados de la tierra. El

origen humildísimo, la vida pobre, la vestidura modesta, el trabajo por necesidad, el pan adquirido á tanta costa y tasado con tanta parsimonia, quieren decir que todos aquellos pobres seres tenían una riqueza espiritual inapreciable, su idea, con la cual vencieron á los fuertes y destronaron á los omnipotentes.

El vestido usado por María no era más lujoso que su habitación. Unas sandalias de cuero, atadas al tobillo con correas, la calzaban. Un turbante de blanco lino, del cual colgaba espesísimo velo, cubría su cabeza. La túnica de lienzo, tinta en aquellos colores brillantísimos que de antiguo daba la purpúrea Tiro á todas las telas, envolvíala en sus amplios majestuosos pliegues. El oscuro manto le caía de los hombros á los tobillos y realzaba la majestad natural de su modesto porte. Brazaletes al puño en forma de cadena formada por anillos, amuletos judíos al cuello donde iban grabadas las palabras de la Ley Antigua, completarían su traje, si la Virgen se vestía como las mujeres de Nazareth y de Galilea descritas en los documentos y en las tradiciones de su época. El comer de los nazarenos corría con el vestir parejas en lo modesto. El pobre comía torta de cebada, como sucede hoy mismo en nuestro reino de Valencia. Sólo al rico se le reservaba el pan de harina candeal y

blanca. «Y vino, dice la Biblia en su libro de los Reyes, entonces un hombre de Baalsalisa, quien trajo al varón de Dios, panes de primicia, veinte de cebada y trigo nuevo.» El Éxodo nos cuenta que amasaban el pan de cada día en grandes manteles puestos dentro de las artesas, y cómo, una vez cocido, resultaba casi transparente, por muy delgado, en su forma natural de disco. Así no lo cortaban jamás con cuchillo, partíanlo en pedazos para distribuirlo. Isaías exclama: «Parte tu pan con el hambriento y á los pobres destituídos de hogar mételos en el tuyo.» Y Jeremías: «La sedienta lengua del niño de teta se pegó á su paladar, pidió pan y no hubo quién se lo partiese.» San Mateo: «Mandando á las gentes recostarse sobre la hierba, tomó los cinco panes con los dos peces, y después de convertir los ojos al cielo, bendíjolos y partió y dió los panes á los discípulos y los discípulos á las gentes.» Cual se ve por textos, que podríamos de seguro multiplicar desmedidamente, partíase y no se cortaba el pan. Usaban mucho los judíos pan ázimo, sin levadura, especie de torta muy tostada y en aceite puro y con flor de harina hecha. En su capítulo segundo trae la receta un libro tan autorizado como el célebre Levítico: «Y al ofrecer ofrenda de presente, cocida en horno, torta será de flor de harina sin levadura, con aceite amasa-

da.» Y más abajo: «Y si tu presente fuera de sartén, será hojaldre amasado con aceite, todo él de harina de flor, sin levadura.» En la cocina usaban dos ollas; el cántaro y alcarraza podían ser de tierra cocida, pero no los platos, de cobre, como podéis ver en el ya citado Levítico, donde se impone la sartén, y nada más que la sartén, para los fritos. De cobre debían ser también el cáliz y la copa. Como en los pueblos meridionales nuestros, comíase á mediodía en toda Galilea; y tras la comida sesteaban los galileos en largo reposo, pues el silencio de las usuales siestas aun parecía más profundo que todo el silencio de las noches en sus altas horas. Lavábanse al comer las manos, y este lavatorio tenía todos los caracteres de una ceremonia religiosa. Lucas, Marco, Mateo, los evangelistas más hebraicos refiérennos en sus respectivos Evangelios cuánto los fariseos se maravillaban de que los primeros cristianos, poco prácticos y duchos en la vieja liturgia, olvidasen aquella especie de antiguo sacramento. Lavadas las manos, asentábanse á la mesa. Y ya sentados rezaban la correspondiente plegaria de bendición á los manjares. Pero la comida solían tomarla, por regla general, acostados. Y al acostarse, uno cualquiera, el principal de la mesa, usualmente rezaba en voz baja otra oración, á la cual se asociaban los comensales pronuncian-

do cada uno su respectivo amén. Estas oraciones rezábanse con arreglo á fórmulas contenidas en la vieja ley. El Deuteronomio dice: «Comerás y te hartarás, y bendecirás á Jehovah tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.» Los comensales formaban un círculo, en cuyo centro se veía el dueño de la casa. Cuando invitaban, cosa frecuentísima en aquella región hospitalaria, adobábanle al huésped con aromático aceite de nardos la cabellera. Traían los platos ya dispuestos para servidos y cortaban sus viandas en la cocina. Cada comensal cogía con los dedos la tajada que le distribuía el dueño de la casa y la colocaba sobre su respectivo trozo de pan. Servíanse aparte, y en sólo un plato, los mojes ó salsas, donde todos humedecían su pan. Los cuchillos hállanse mencionados una vez en el capítulo XXIII, versículo II de los Proverbios; pero los tenedores y las cucharas ni por pienso en parte alguna. Comían vaca, una que otra gallina, cordero y caza, con sólo dos legumbres, por regla general compuestas con habas y lentejas. Gustaban mucho de miel, de leche, de queso, de uvas, de higos y de nueces, no tiernas éstas, secas. Cuando Jehovah encarecía la tierra prometida, loábala mucho por su abundancia en miel y leche. Aquélla se daba frecuentemente sin cuidado ni cultivo alguno, destilándola de sus

troncos los árboles y hasta de sus pedruscos las rocas; y era en tal copia, que San Juan Bautista no tomaba otro alimento. Como regalo solían llevar peces del Mediterráneo y peces del lago. Pero lo más particular es el plato que hacían de las terribles langostas del campo, esos azotes de los sembrados. Aderezábanlas frescas unas veces, y las ponían otras á tostarse al sol, moliéndolas y amasando con ellas pan bien amargo. Las bebidas, por los días en que vivió la Virgen, eran muchas y gustosas. Los medos y los asirios enseñaron á los israelitas licores compuestos por el fermento de la cebada y muy parecidos á nuestras cervezas. El Cantar de los Cantares dice las siguientes palabras, hablando de una bebida que debe parecerse á nuestra sangría mucho: «Yo te llevara, exclama, te metiera en casa de mi madre para darte á beber vino mío, adobado con mosto de granada.» Isaías canta en sus composiciones todas estas mezclas. «¡Ay!, dice, de los que son valientes para beber vino y fuertes para mezclar bebidas.» Como ahora, preferían el vino viejo al nuevo, pero solamente lo guardaban por espacio de tres años. «Y ninguno que bebiere del añejo, dice San Lucas, quiere luego el nuevo, porque el añejo es mejor.» Bebían también, sobre todo los jornaleros del campo, en las horas de los altos calores, agua y vinagre.

Como nuestros castellanos, guardaban el vino en pellejos, que sabían á la pez, y como los manchegos, en tinajas grandes, muy parecidas á las tinajas del Toboso. Colaban todas las bebidas por los muchos mosquitos que solían caer en ellas. Para beber vino usaban huevos duros antes. Así comían y vestían los compatriotas de Joaquín y Ana; así Joaquín y Ana daban de comer y de vestir á su familia, por ende, á la Virgen María.

Ana y Joaquín, muy cumplidores de las antiguas leyes, presentaron al templo su hija María, pero antes de la presentación debió proceder Ana, en observancia y cumplimiento de los ritos sacros, también á la purificación. Los pueblos meridionales han menester mucho de cuidadosa limpieza. Y la observan con escrupulosidad. No hay sino ver los encalados pueblos de Andalucía, cuyas casas á la continua se blanquean, y las frescas barracas de Valencia, que respiran alegría y limpieza. Los grandes legisladores orientales, con especialidad los dos de origen semítico, Moisés y Mahoma, prescriben hasta en sus menores minuciosidades, no solamente una exquisita limpieza, indispensable á la salud, sino también los medios y procedimientos para conseguirla y conservarla. Necesitaban así las mujeres, después del parto, purificarse para ir á los templos. Y purificada con todos los ritos

designados por las leyes Ana, presentó al templo la Virgen María. Esta presentación ha inspirado á muchos artistas, pero los dos, en mi sentir, más felices, son dos venecianos: el Carpacio y el Ticiano. Todo el mundo conoce las condiciones que tiene la pintura veneciana. El esplendente mar Adriático, la hermosísima laguna de San Marcos, las múltiples cintas de sus canales verdes ó azules; aquellas arenas materialmente cubiertas de nácares, de conchas, de coral, con los cuales compone la naturaleza mosaicos antes de componerlos sus artífices; el áureo color de los bancos y de los escollos cubiertos con violáceas algas; los jardines que parecen surgir de las aguas y flotar á las brisas; aquellas iglesias de mármoles y jaspes que bogan y navegan tornándose á una etéreas, entre los resplandores descendidos de un cielo claro y rebotados por el Mediterraneo más claro todavía; los palacios circuídos por las góndolas que parecen negros y airosísimos cisnes; tantas columnas de pórfido, tantos bajorelieves de mármol; aquellas ágatas relumbrantes como pedrería; los frontones asiáticos, las rotondas esclavonas, las torres de rosáceos matices, las velas pintadas de azafrán, por tal modo se imponen á sus hijos los soberanos artistas, que los diríais pintando, no con la espontaneidad propia del arte, con sujeción á una liturgia

tan rigorosa como lo fueron en su tiempo las liturgias del Asia. Por tanto, en aquellos cuadros Nazareth se parece á Venecia, por el esplendor de los monumentos; y en el sitio donde pasan estas pobres y modestas escenas judías óyense crujir los brocados, chocarse las copas de oro y cristal, sonar los conciertos de clásica moderna música y las estancias y los versos de nuestras representaciones dramáticas en aquella especie de nave, donde se habían aglomerado los despojos de todos los mares conocidos á la sazón en toda la redondez del planeta. Tales artistas no pintaban las escenas históricas, pintaban las escenas religiosas. Mas vestían á las mujeres del Evangelio como pudiera vestirse la Lucrecia Borgia de Ferrara ó las Foscaris y los Capelos de Venecia. En todos sus cuadros hay algo del cristal esmaltado, del mosaico multicolor, de la flora isleña, del Lido y del mar Adriático. La presentación al templo de María tiene todos estos caracteres; en los lejos el cielo espléndido; en los términos de tercer orden los monumentos venecianos con sus intercolumnios de mármoles maravillosos; en los términos segundos aquellos senadores, con sus túnicas de púrpura, y aquellos gentileshombres con sus gorros cubiertos de plumajes, y aquellas damas enrubiadas artificialmente, pero vestidas y ornadas con todas las joyas y

todas las preseas del Renacimiento; y en primer término, una escalinata que conduce al templo, en el promedio de sus escalones la niña María resplandeciente con su nimbo de luz y vestida con su túnica de color del cielo, y en lo alto los sumos sacerdotes con sus vestes y sobrevestes, con sus coronas y sus mantos, sus luengas barbas y sus luengas rozagas, los cuales parecen, después de haber envejecido en las piraterías de lejanos mares, colocados, como los ídolos sobre las aras, ellos, legión de reyes, sobre los tronos de la incomparable Venecia. Recordamos todos estos monumentos del arte moderno para corroborar nuestra tesis de que la Virgen es numen primero y casi único de toda la pintura cristiana.

VIII

María perdió á sus padres en bien temprana edad. Triste pensión esta de los engendrados tarde: quedarse huérfanos en la florida mocedad. Ana y Joaquín murieron en la gracia de Jehovah y bajaron felices al seno de Abraham. Aquel pueblo no quemaba los cadáveres como el pueblo romano. Creyendo y esperando en la resurrección confiaba el despojo de los suyos á la tierra, que debía devolvérselos como devuelve convertidas en plantas, en flores, en frutos, las semillas depositadas en sus

senos. El cadáver para los judíos aparecía como germen de un futuro cuerpo que vendrá con seguridad el día de la resurrección. Una mortaja recibía los restos fríos, un sudario los tapaba; la mirra, y el incienso, y el áloe servían para perfumarlos. La Virgen cerró los ojos de sus padres; les ató manos y pies con apretadas cintas; los roció de aromas dispuestos por las leyes; los amortajó en el sudario, y los depuso en el ataúd. Encargáronse los amigos de llevarlos sobre las espaldas, mientras sus parientes decían palabras lamentosas, lanzaban gemidos atronadores, caían por tierra cubriéndose la cabeza de ceniza y rasgándose las propias vestiduras, entre golpes y caídas tan fuertes, que les abrían profundas y duraderas llagas. Poco, muy poco de aparato litúrgico en estos entierros hebreos. A lo sumo pronunciaba el gran sacerdote alguna que otra oración fúnebre, pero no había nada más. Los sepulcros estaban fuera de las poblaciones; y como acaecía entre romanos, indios y griegos, en la propiedad particular del difunto. Los cementerios eran, entre aquellas tumbas, como la fosa común hoy en nuestros cementerios. Servía de abrigo á la tumba cualquier caverna que permitiese fácil acceso á ella como á un objeto querido. Sin embargo, las gentes profanas, mejor dicho, las ajenas á la familia del difunto, no podían tocarlas con sus cuerpos

sin que sus cuerpos quedaran en el acto impuros. Las leyes judías, religiosamente cumplidas por toda la familia de Joaquín y Ana, ordenaban la indispensable asistencia en los entierros y duelos de flautistas que tañesen melodías fúnebres y de plañideras oficiales que, después de llorar por fuerza ó grado, cantasen tristes elegías. Con arreglo al rito duró el duelo consagrado á los padres de la Virgen seis semanas. Celebrábanse banquetes fúnebres ofrecidos por los amigos del muerto á sus parientes. Pan de los enlutados llama Oseas al pan fúnebre. Samuel refiere del siguiente modo, en su capítulo III y volumen II, del célebre libro que lleva su nombre, los funerales judíos. Trátase allí la muerte de Abner: «Y dijo David á Joab y á todo el pueblo que con él estaba. «Romped vuestros »vestidos, y ceñíos de saco, y doleos ante Abner.» Y el rey iba tras del ferétro. Sepultaron al muerto Abner en Hebrón. Y alzando el rey su voz, lloró junto al sepulcro. Y también lloró todo el pueblo. Y endechando el rey al mismo Abner decía: «¿Mu»rió Abner, cual muere un villano? Tus manos no »estaban atadas, ni tus pies ligados con grillos. »Caíste, como los que caen delante de los malos.» Y todo el pueblo volvió á llorar sobre Abner. Y como viniesen á dar de comer pan á David, siendo aun de día, David juró, diciendo: «Así me haga Dios y

»así me añada, si antes que se ponga el sol gustare »yo pan ó cualquier otra cosa.» Y Ezequiel dice á su vez, hablando en sus profecías de cómo Dios le consolaba en la muerte de su mujer: «Hijo del hombre, he aquí yo te quito de golpe el deseo de tus ojos. No endeches, no gimas, no llores. Reprime todo suspiro, desiste de todo luto mortuorio, ajusta el turbante á la cabeza y el pie al zapato, no te cubras con rebozo ni comas pan de duelo.» Las gentes de Nazareth cumplieron todo lo prescrito en la ritualidad hebraica. Ésta regulaba el banquete fúnebre como la cena pascual. El número de copas que debían apurarse ya estaba señalado; á saber, dos antes de sentarse á la mesa, en la comida cinco, tres á los postres. Los parientes y los amigos cumplieron todo el ceremonial usado en las visitas de pésame. Al volver asentáronse unos al pie de María para consolarla; otros para llorar con ella; otros para meditar sobre la mortalidad, levantándose y reasentándose hasta siete veces seguidas sin abrir la boca, sino después que la dolorida ó llorosa pronunciaba cualquier frase ó despedía cualquier suspiro de pena. El duelo iba poco á poco aminorándose. Durante los tres primeros días no podían los parientes cercanos del muerto ni saludar ni ser saludados. Durante siete días no podían ni lavarse, ni calzarse, ni cubrirse, ni leer la Biblia ó

el Talmud. Un saco de groseras pieles, sin mangas, sin costuras, sin pliegues, atado á los riñones con una cuerda, ceñía el cuerpo, y la ceniza manchaba el cabello. Así necesariamente debió proceder María en la muerte de sus padres para cumplir lo que habéis visto prevenido por las leyes y por los profetas.

Ana y Joaquín habían provisto á la tranquilidad completa de María, prometiéndola desde su niñez á un artesano de muy buenas condiciones y de una santidad natural. Por tres fases pasaban las bodas en estos tiempos de José y María. Primero se prometían los novios, después se desposaban, por último se casaban. La promesa indicó solamente allí la mutua propensión de los novios. Festejar le llaman á esto en unas provincias españolas, festear en otras; arrullos de verdaderos enamorados, entrevistas gozosas, llenas todas á una de ilusiones y esperanzas. Las jóvenes prometidas de cualquier aldea ó pueblo daban al viento su cabellera en ciertos días del año, vestíanse de blanco, y, danzando por las viñas en flor, cantaban severos epitalamios, cuyos acentos conjuraban á sus novios para que atendiesen no tanto á la belleza y á la gracia femeniles como á los informes recibidos de sus familias, pues la gracia y la hermosura se van y la virtud queda; como que sólo recibirá perpetuas alabanzas la mu-

jer temerosa de Dios. Los desposorios venían luego. Acto de la mayor importancia, siquier no fuese la posesión definitiva ni el matrimonio acabado. Como antes los novios tan sólo cambiaran promesas, en este minuto se daban mutuamente la palabra de matrimonio. Entre los desposorios y la boda pasaban doce meses; pero la palabra unía en tales términos á los desposados, que si la novia faltaba por cualquier motivo, lapidábanla como á las adúlteras. Un largo procedimiento civil precedía en aquel tiempo al definitivo arreglo. Los tratos y contratos duraban mucho. El matrimonio era una compra de la mujer por el hombre. Los hermanos del novio regateaban como en cualquier simple mercadeo el precio á dar por la novia y el número de los regalos. El padre concluía por fijar la tasa de tal venta, pedida por su futuro yerno. Éste se hallaba en el caso de admitir ó rehusar. Una vez admitida pagaba ó en dineros, ó en especies, ó en servicios. Yerno recuerda la Biblia que se vendió por esclavo del suegro. Verificábanse los desposorios reuniéndose las dos familias con testigos extraños y mandando el desposado, bien á la desposada, bien á su padre, si la desposada no había salido de la menor edad, anillos de oro, joyas de precio, palabras y promesas de honor, lo cual, en tales términos y con tantos vínculos estrechos lo unía y ligaba con su pro-

metida, que se consideraban ya como casados, pues la muerte solamente podía romper é invalidar aquel trato, prólogo de una boda remitida para un año más tarde, á fin de que tuviese la novia tiempo de reunir su ajuar y coser sus galas. Durante aquel año, posterior á la promesa y anterior al matrimonio, las leyes hebreas cuidaban del desposado con tal solicitud, que no podían alcanzarlo de ningún modo las levas para el ejército, y se le prohibía terminantemente pasar por ningún cementerio ni asistir á ningún entierro, á fin de que su corazón sólo se abriese al más puro, y más intenso, y más exaltado regocijo. La edad para contraer matrimonio era, el mínimum se entiende, de doce años en la novia, de diez y ocho en el novio. La boda se concluía siempre al crepúsculo vespertino, cuando acababa el sol de trasponer los cielos y sólo se veían arreboles comparables al rubor encendido en las mejillas de una virgen. Los parientes, siquier fuesen lejanos, acudían casa de la novia para conducirla en procesión al hogar, donde la esperaba el novio. Como á los entierros iban plañideras encargadas de producir endechas y elegías, á las bodas iban comadres regocijadísimas encargadas de producir epitalamios. Las doncellas, vestidas de blanco, con coronas de mirtos adornadas, llevando en las manos lámparas alimentadas por aceites y resinas,

rodeaban á la muchacha, objeto de tal fiesta, que lucía una diadema en sus sienes y brillaba por sus arreos y por sus adornos entre todas y sobre todas, acompañadas de orquestas, á cuyas cadencias bailaban parejas de ambos sexos en danzas concertadísimas y alegres, muy semejantes á las usadas hoy en todos los pueblos españoles, donde han dejado recuerdos vivos las razas semíticas. Tras esta procesión había una cena, donde parecía cosa de rúbrica regocijarse hasta la demencia, pero sin caer en la embriaguez. Los viejos no estaban exentos del universal regocijo, y á veces en sus alegrías y transportes superaban á los jóvenes. Como todas estas disposiciones se hallaban á una en la tradición rabínica, en los libros de las leyes, en la Biblia y en el Talmud, todas estas disposiciones debieron observarse por natural razón en familias de suyo tan escrupulosas y observantes como la familia de María. Mas debemos fijar el pensamiento de quien leyere nuestra historia sobre esta particularidad, muy digna de meditarse, que no tenía carácter ninguno religioso entonces el matrimonio judío. Al templo no se acude para cosa ninguna. El sacerdote no aparece. Hay allí un contrato civil más que una ceremonia litúrgica. La bendición proviene del padre, no del sacerdote. La escritura y el notario sustituyen á lo que podríamos llamar por la presencia de personas

consagradas el sacramento. Moisés no había prescrito nada respecto á la intervención sacerdotal en este acto de unirse públicamente los cónyuges; y Esdras, al refundir los sacros libros, había repetido el silencio de Moisés. Todo cuanto se hacía estaba consagrado en las tradiciones rabínicas; pero no gozaba de ninguna otra especial autoridad. Los profetas y demás escritores, á quienes debemos asenso, nos hablan del matrimonio judío en términos que vienen á corroborar todas las afirmaciones nuestras. San Mateo, en su apólogo de las vírgenes fatuas y de las vírgenes prudentes, háblanos del acompañamiento usual en las bodas y de las lámparas encendidas por las muchachas doncellas en el acompañamiento y procesión de los esposos. Isaías, para encarecer cuánto ama en su corazón á Jehovah, dice: «Por gran manera se gozará mi espíritu en su Dios, porque me vistió con vestiduras de salud, me abrigó con la capa de su justicia, y como á novio me atavió, y como á novia compuesta, con sus joyas.» Salomón habla en los términos siguientes: «¿Quién es aquesta que sube del desierto como columnita de humo zahumada de mirra, y de incienso, y de otros cien aromas? El rey Salomón se talló un tálamo nupcial en madera del Líbano, con columnas de plata, fondo de oro, cielo de grana, recamado con labores epitalámicas por las donce-

llas de Jerusalén.» Y Jeremías dice: «¿Olvídase la doncella de su atavío y la desposada de sus sartales? Pues el pueblo mío hase olvidado de mí por días que no tienen número.» Y Ezequiel compara Jerusalén, la ciudad santa, con una novia, y le dice: «Y te lavé con agua; y lavé tu sangre de encima; y te ungí con aceite; y te vestí de bordado; y te abrigué con pieles de tejón; y te adorné con linos y sedas; y comiste flor de harina de trigo, y mieles, y aceite, y fuiste por extremo hermoseada de mí hasta reinar.» Y el célebre libro de Ruth confirma todo cuanto hemos dicho cuando refiere cómo Boor la tomó por esposa con sólo darle algunas prendas en señal de compra y traer como testigos de su contrato á dos ancianos de Israel. No se procedía de otra suerte allá en la centuria primera del cristianismo, y como no se procedía de otra suerte, con tales y tan viejas ceremonias y usos debieron casarse María y José.

Los pintores cristianos, al tratar los desposorios, como quiera que las propias ideas suyas les hayan inspirado más que las viejas tradiciones bíblicas, ponen un sacerdote, si bien vestido con los arreos judaicos, en tal maravillosa escena. Tres cuadros capitales conocemos acerca de tal asunto, acerca de los desposorios entre María y José. Uno debido al pincel de quien fuera en Perusa maestro del

pintor de Urbino, del pintor eterno y por excelencia; otro debido al genio incomparable de este mismo; y el tercero debido á Francia, en quien la escuela bolonesa tuvo una de sus mayores glorias. Aunque Vasari, al historiarnos los pintores italianos haya querido presentar el Perugino como redomado incrédulo, sin fe alguna en la idea de Dios y en la inmortalidad del alma, pocos artistas rayaron donde rayara él en expresar el misticismo y sus deliquios; pocos tuvieron la verdad suya, por tal extremo apreciada en su tiempo, que los cuadros religiosos de su creadora fábrica ó taller alcanzaron el dón de los milagros. A un pintor como el que trazó la Sala del Cambio en Perusa le inspiraban mucho los profanos asuntos, pues los caballeros lujosamente vestidos, gallardeando allí, recuerdan la pagana Florencia del Renacimiento y los riquísimos variados versos del Ariosto. Mas ya le inspirase un sentimiento propio, ya se adaptara de suyo Perugino á los encargos ajenos y lograse desempeñarlos como sugeridos por su propia inspiración, hay en él profundas ternuras y religiosas expansiones muy conformes con las que aroman los versos de San Francisco de Asís, cuyas florecillas huelen á santidad y prestan verdadero deliquio. No obstante todo esto, el cuadro de los Desposorios es un profanísimo cuadro. Aquel

templo, que no aparecía en las bodas judaicas, aparece aquí; mas por tal manera contrahecho y desfigurado, que semeja un teatral pabellón de jardín, muy destituído, no sólo de lo que llamamos color local, sino de todo carácter artístico. Vulgarísimo el sumo sacerdote y mal plantado; pesada y fría toda la composición; pésimamente agrupados así los jóvenes que acompañan á José como las jóvenes que acompañan á María; viejos y feos los desposados, especialmente San José; distraídas las figuras todas y apartadas del asunto principal, prosaico aquí, muy prosaico, cuando lleva el bálsamo de la más dulce poesía, es bien diverso el cuadro de los otros dos dejados por su pincel suavísimo en los altares del arte: la inmortal Ascensión y la Coronación de María. ¡Cuán diversa la obra de Rafael! Naturalmente cálcala el discípulo sobre la composición misma del maestro. Todos los accesorios aparecen idénticos en ambas composiciones; mas Rafael, en su poesía superior, ha querido pintarnos la satisfacción de José, cuya vara floreció como místicas azucenas reveladoras de su felicidad, y la tristeza de aquellos sus rivales, entre quienes hay uno que parece venir de Olimpia, según su aire ateniense, bellísimo como un efebo helénico, proporcionado y armonioso á la manera que los jóvenes trazados en las losas y

bajorelieves del Partenón, rompiendo su vara estéril en la rodilla después de haber visto roto su corazón por la desgracia. El templo, alzado sobre un zócalo en gradería, tiene allí toda la belleza del Renacimiento y demuestra cómo había en el pintor eximio un arquitecto no menos inspirado y armonioso; el paisaje se inunda de aquella luz regocijadora y consonantísima con las alegrías que retozaban por el cuerpo de los asistentes á nupcias israelitas; la Virgen, dibujada por magistral modo, respira no aprendido rubor y tiene algo en su modestia de la ingenuidad y de la inocencia edénicas; el joven y sesudo novio extiende con recelo su mano en busca de la otra mano, donde se guarda su felicidad, que impele un verdadero empuje del sacerdote venciendo su resistencia; las compañeras de María evocan las damas florentinas que brillaban por aquella sazón en los jardines platónicos del Arno y fluían de sus labios la inspiración artística; todo el cuadro merece llamarse idilio poético y religioso, como sólo sabía componerlos el intérprete de aquella conjunción entre la idea griega y la idea cristiana, cuyos dobles fulgores, de una hermosura sin igual, resplandecían entonces con luz muy semejante á la que destellaron, luz de ideas inspiradísimas generadora de afectos sublimes, Atenas y Alejandría.

IX

En la ortodoxia y en la tradición cristianas, el matrimonio de María y José fué un puro matrimonio de las almas. Imposible la vida para una doncella galilea, si no tenía un varón que la sostuviera y amparara, casáronse los cónyuges beatísimos, por tanto; pero con la condición expresa de prestar á su casamiento el carácter espiritual de pura y santa hermandad. Esta resolución es la primera que choca en la historia de María con las costumbres entonces arraigadas y con las leyes entonces vigentes. El matrimonio se imponía entre los hebreos, no solamente por sus códigos, por el horror sentido en todos á la falta de generación y descendencia. La mujer estéril se creía mujer maldita. La niña casadera y no casada se plañía de su desgracia en tristísimas endechas. Cuando las vírgenes de Israel acompañan al sacrificio la hija de Jefté, duélense y laméntanse á una de que muriera inmolada, sin haberse unido á un apuesto mancebo ni oídose llamar con el nombre dulcísimo de madre. Hallábase, pues, el matrimonio en sumo predicamento entre los judíos, que lo imponían estrechamente, no sólo á jueces y reyes, á sacerdotes y profetas. En la reacción indispensable hacia una cas-

tidad exigida por el desenfreno sensual de la vieja sociedad clásica, se fundó todo el cristianismo. Y la primera aparición, el dulce albor primero de semejante afecto, que debía fundar el monacato más tarde, la consagración de generaciones enteras al ideal y al culto, se halla en el Bautista que precede á Cristo y en el matrimonio castísimo y espiritual de San José con la Virgen. Este dogma de la virginidad, admitido y proclamado por el consentimiento universal cristiano, hase visto muy sujeto á controversias y á combates en el transcurso y sucesión de las edades. Una herejía semejante á la nuestra célebre de Prisciliano y nacida en Armenia se dilató por todo el mundo católico á comienzos del siglo VII, negando la humanidad efectiva en Cristo y reconociéndole su divinidad tan sólo, por cuya razón aparece María, según tal doctrina, como un mero medio de manifestación escogido por Dios, mas no como la carne y la sangre de su hijo, pues muerte y nacimiento en este último deben á una considerarse cual meras fantásticas ilusiones. Corrió mucho tan heterodoxa creencia en el siglo VII; pero no tenía novedad alguna. Dos centurias antes las entrañas del mundo cristiano se habían profundamente conmovido á la explosión de una idea muy análoga. El obispo Nestorio descollaba por su virtud y por su ciencia entre todos los

obispos. Hirviendo un cúmulo de ideas ardorosas en su cabeza é industriado en todas las ciencias, no empeció esto á profundos recogimientos en retiros y soledades por el corazón de aquellos vastos desiertos que circuían á las acumuladas poblaciones de aquel tiempo. Nestorio, como San Jerónimo, perteneció á la estirpe triple de los doctores, de los penitentes y de los solitarios. Nombrado para la sede altísima de Constantinopla, llevóse consigo al sacerdote adscrito en las antiguas liturgias á vigilar la vida y el sueño de los prelados, como testigos fehacientes de su castidad y de sus buenas costumbres. Pues bien, tras varios ardorosos sermones de Nestorio, en que pedía éste al imperio su brazo para el exterminio de los herejes y la proclamación del puro dogma por la fuerza coercitiva del imperio, su vigilante centinela se alzó contra el dogma de la maternidad augusta de María, proclamando que si el Dios católico tuviera una madre, no podíamos extrañar en los paganos el haber hecho provenir sus dioses de mujeres. Nestorio se adhirió á la doctrina del que pudiéramos llamar jefe activo en la guardia de su cuerpo y de su palacio. Como se recataba el obispo mucho al pueblo, y se recluía en el retiro años enteros, cualquier aparición suya conmovía tanto la muchedumbre cual si perteneciese á las apariciones milagrosas. El rostro de Nestorio, dema-

crado y pálido, se transfiguraba dentro de la capucha. Sus miradas penetrantes parecíanse todas en aquella oscuridad á relámpagos culebreando por la negra y profundísima noche. Uníanse á estos prestigios naturales de su persona el habla resonante y conmovedora, que fluía, unas veces con abundancia serena, y que otras veces, como las aguas torrenciales, se atropellaba, levantando á las alturas vapor de ideas y estruendo de pasiones. Un obispo alejandrino, Cirilo, contestaba todas estas ideas. Hombre de combate, había movido las agitaciones públicas que proscribieron al Crisóstomo y puesto la cuchilla sacrificadora en manos de los fanáticos y supersticiosos que inmolaran á Hypatia. El elocuente Nestorio prestó un cebo á sus cóleras y cebóse con furia en su persona y en su doctrina. Estos combates y estas competencias impusieron la convocación de un ecuménico concilio. Y el concilio se reunió en Éfeso, isla de antiguo consagrada por el paganismo al culto de los ideales femeninos, habiendo así tenido el célebre templo de Diana, donde se adoraba la virginidad tal como podían entenderla y presentarla en su carácter muy sensual, y en su poesía muy humana, y en su religión de la naturaleza, los antiguos pueblos clásicos. Éfeso colocó sobre los altares vacíos, donde brilló la efigie y simulacro de Diana, á la efigie y simula-

cro de María. El Oriente todo visitaba por aquel tiempo su afamado santuario, en ese afán de peregrinaciones religiosas que despertara el amor á los viajes y sirviera un tiempo á la comunicación entre los pueblos. El concilio ecuménico celebrado en Éfeso á mediados del siglo v bajo la incontestable autoridad del emperador bizantino, y con la posible anuencia del Papa romano, proclamó la maternidad y la virginidad á un tiempo de María.

El concilio deliberó entre las mayores agitaciones. Los partidarios de los dogmas opuestos no parecían fieles creyentes, parecían facciosos en armas. Los jefes eclesiásticos unos á otros con furia se deponían, é incitaban más las pasiones políticas que iluminaban las creencias religiosas. Cirilo, depuesto y repuesto, venció en toda la línea, mientras que Nestorio se vió precisado á emigrar como cualquiera de los delincuentes más vulgares. Encerrado en el claustro, frente á frente con su historia y con su conciencia, deducciones lógicas indeclinables le llevaron, una vez negada la virginidad y la maternidad en María, como corolario indeclinable, á negar la humanidad en Cristo. El dogma católico necesita que tenga el Redentor dos naturalezas. Para la Iglesia yerra tanto quien desconoce la humanidad como quien desconoce la divinidad en Cristo. Hereje Arrio por no haber visto en

el Salvador un Dios, y hereje Nestorio también por no haber visto en el Salvador un hombre. Harto cara pagó este último su herejía. Enterráronle vivo en celda tan oscura como un sepulcro. No satisfechos con esto, condujéronlo primeramente á los desiertos de Arabia, después á las orillas del Nilo. Los nubios, que caen sobre tan apartado Delta con frecuencia, cayeron sobre su retiro y lo llevaron de aduar en aduar, afligiéndolo y maltratándolo. Al fin murió entre penas horribles y aflicciones sin medida, ignorándose hoy mismo la hora de su muerte y el sitio donde su cuerpo duerme y descansa. Indudablemente había para disuadirse de cualquier herejía, viendo ya establecida la coacción cesarista, que se usaba con tan implacable crueldad. Y, sin embargo, así antes como después de Nestorio, hubo muchos herejes contrarios al dogma de María. San Jerónimo combatió duramente con Joviniano y Vigilancio, por haber sostenido éstos con la lista de hermanos dada por dos Evangelios ortodoxos á Jesús, la multiplicidad grandísima de otros hijos dados al mundo por María. El santo asceta, incansable traductor de la Biblia, adujo que los conocidos con el nombre de sus hermanos no lo eran, en el rigor exacto de la palabra, dentro de aquella sacra familia de Jesús, eran primos hermanos. Otros, á su

vez, mantenían la opinión de que si Cristo mereció el nombre de Hijo de Dios, fué porque Dios lo adoptara. Esta herejía tuvo tal crédito, que la defendió un obispo en Toledo, cuyo nombre se halla entre los enemigos de María, el obispo Elipando. A su vez Radaberto sostuvo más tarde aquí en Occidente una tesis bien análoga con motivo de la trasubstanciación. Para este pensador cristiano la vida y el sér de María no se transfundieron en la vida y sér de Cristo; por consecuencia, no adquirió éste la humanidad en el vientre de su madre. Sobre si habían ó no de colocarse imágenes en los templos cristianos, y sobre si había de ofrecerse ó no culto á la Virgen María, entablóse ardiente lucha en la misma Constantinopla, que sublevó los ánimos y ensangrentó las calles. Nunca los enemigos del dogma de la virginidad llegaron á extinguirse por completo. Paulicios, nestorianos, bogomiles, cátaros occidentales adoptaron más ó menos la idea de que María no pudo prestar la humanidad á Cristo. Para la mayoría de tales herejes, Dios, supremo Sér, Eterno Padre, engendró dos hijos, de los que uno, el primero, se llamó Satanael, y otro, el segundo, Logos. Quiso aquél, verdadero primogénito, igualar á su padre y ejercer el cargo y el ministerio divino de Criador. Mas así como el Padre generó una creación espiri-

tual puramente, generó el hijo rebelde una creación material llena de males sin cuento y de tristes degeneraciones sin medida. El hombre, criado por la culpa de Satanael, no podía moverse, ni pensar, ni querer como parte integrante de la materia bruta. Entonces el mismo que lo creara se volvió hacia Dios y le reclamó un soplo de su espíritu para el hombre. Y después que Dios, en su misericordia, lo prestara, este genio del mal oprimió en su orgullo al mismo sér á quien animara el Espíritu Santo. Compadecido el Eterno envió para la redención del hombre al divino Logos, que partió de su corazón para entrar en el mundo por los oídos sacros de la Virgen María. Duraron mucho tiempo todas estas controversias respecto de la Virgen y se reunieron á las controversias respecto de su Concepción inmaculada. Juan Huss, el mártir de Constanza, no solamente se revolvía contra la prohibición del cáliz á los laicos, sino contra el culto prestado á María. Bien es verdad que durante mucho tiempo los primeros pensadores del Cristianismo condenaron á una con energía vivísima el culto á las criaturas, teniéndolo como un acto idolátrico, aunque se dirigiese á Cristo en persona. El canon treinta y cinco de las dogmáticas decisiones tomadas por el concilio de Laodicea prohibió el culto á los ángeles, prohibición por la cual

exclamó Epifanio en su libro relativo á las herejías, que si los ángeles no deben ser adorados, menos debe serlo aún María la hija de Ana. En el dogma mismo de la Encarnación variaron mucho las opiniones cristianas y el sentir de los primeros doctores. Tertuliano, Cirilo de Jerusalén, dicen que María concibió por obra del Espíritu Santo. Pero Irineo cree que por obra del Padre; Justino, Clemente de Alejandría y Atanasio que por obra del Verbo, y Agustín que por obra de las tres personas que forman la Santísima Trinidad. En medio de todas estas controversias, lo que ha quedado fijo, y claro, y concreto, como dogma capital de la Iglesia católica, es que María fué Virgen antes del parto, en el parto, después del parto, concibiendo á su Hijo, no por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo y en virtud eficaz de un verdadero milagro. Tal es el sentir y el pensar de la Iglesia católica en todo el transcurso de los siglos.

La concepción de Cristo es contada por los evangelistas canónicos tal como sigue: «Y el nacimiento de Jesucristo, dice Mateo en el capítulo primero de su obra, fué así: que siendo María, su madre, desposada con José, antes de que se juntasen los cónyuges, hallóse haber concebido ella del Espíritu Santo. Y José, su marido, como varón justo, no

queriendo perderla, optó por abandonarla. Y cuando traía esto en mientes, como durmiera y soñara, he aquí un ángel del Señor que le habla en sueños y le dice: «José, hijo de David, no receles de María, »tu mujer, porque lo generado en ella generóse »por obra del Espíritu Santo. Y parirá un hijo. Y »le pondrán por nombre Jesús, á causa de haber »venido para salvar y redimir al pueblo del pecado.» Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor en boca de su Profeta, quien dijo: «He »aquí la Virgen, concebirá y parirá varón, y lla»maráslo Manuel, que tanto quiere decir como Dios »con nosotros.» Y despertando José del sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado. Y vivió con su mujer, pero sin tratarla ni tener comercio alguno con ella como esposo antes de haber parido á Jesús, su hijo primogénito.» San Mateo hasta aquí. Veamos ahora el texto de San Lucas: «El ángel Gabriel fué mandado de Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, donde vivía una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la estirpe de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el »Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las »mujeres.» Y cuando ella oyó esto, conturbóse con las palabras aquellas, y pensó qué género de salu-

tación le dirigía. Y el ángel le dijo: «No temas, no, »María, porque has hallado gracia delante de Dios. »He aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo, »y le llamarás por su nombre Jesús. Este será »grande y llamado hijo del Altísimo, y le dará el »Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará »en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin »su reino.» Y dijo al ángel María: «¿Cómo será »esto, porque no conozco varón?» Y díjole, respondiendo el ángel. «El Espíritu Santo sobre ti ven»drá. Y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y »por eso lo santo, que nacerá de ti, será llamado »Hijo de Dios.» El Evangelio de San Juan elide todas estas escenas, y en alguno que otro versículo denomina madre de Jesús á María y padre á José. «Hemos hallado, exclama por boca de Felipe, dirigiéndose á Natanael, hemos hallado aquel de quien escribió Moisés en la ley, como también los Profetas, á Jesús, el hijo de José de Nazareth. Y díjole Natanael: «¿De Nazareth puede haber »algo bueno?» Dícele Felipe: «ven y ve.» San Marcos habla de la siguiente manera con respecto á los generadores de Jesús, en el capítulo VI, versículos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º: «Y salió de allí Jesús, y llegó á su tierra, y le siguieron sus discípulos. Y venido el sábado comenzó á enseñar en la sinagoga, y muchos quedaban atónitos al oirlo, diciendo: «¿De

»quién tiene todas estas cosas? ¿Y cuál sabiduría »es aquesta que le han dado y por cuya virtud tan»tas maravillas hacen sus manos? ¿No es ese, por »ventura, el carpintero, hijo de María, hermano de »Jacobo, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿No »están también aquí con nosotros sus hermanas?» Y se escandalizaban de él. Y en este momento fué cuando Jesús dijo la célebre y siempre confirmada sentencia: «Ninguno es profeta en su tierra.» Y no pudo allí hacer milagros, á causa de la incredulidad con que le perseguían cuantos le rodeaban. Redújose, pues, á curar algunos enfermos, poniéndoles encima las manos.» Hasta aquí los cuatro Evangelios, que nosotros hemos copiado con ligeras variantes, dándoles más clara expresión, en los libros ortodoxos de la Iglesia católica.

El mesianismo se había poco á poco espiritualizado á la llegada misteriosísima de Cristo. Las ideas helénicas de un lado, el ebionismo de otro, los Bautistas y los penitentes en el desierto, eterizaban la doctrina israelita y comprendían cómo el ánimo, y el espíritu, y la suerte de Israel demandaban á una el Mesías capaz de regenerar moralmente á la tribu de Judá, llevándola, en alas de sus ideas, desde la servidumbre donde yacía ignominiosamente, á un dominio espiritual sobre la conciencia humana y, de consiguiente, sobre la tierra.

El mundo ha llamado, hasta en los romances vulgares, á quienes pensaban así, judíos espirituales, para distinguirlos de los judíos carnales, muy esperanzados también, pero en la fuerza, en la guerra, en la conquista, en el advenimiento de un rey forzudo como David y sabio como Salomón, descendido milagrosamente de lo alto y enviado á tomar de todos los que oprimían patria y raza cruentísimo desquite. Imaginaos una casa de Nazareth, sita en aquellos espacios aromados por las balsámicas esencias de tantas flores y arbustos como exhalaban su incienso natural allí; oreada siempre al beso de las brisas que despedía el cercano mar Mediterráneo; esclarecida brillantemente al amor de aquellos esplendentísimos cielos inundados á la continua por los rayos de un sol deslumbrador ó por los destellos de vivísimos astros, y decidme después, en conciencia, si entre los efluvios de la naturaleza material no habría de conmoverse y aun exaltarse los espíritus de una familia, creyente y virtuosa, confiada en el Eterno, aguardando la hora de una redención que podría devolver á todos el perdido poder, y de un Redentor que podría encarnarse, por designación divina, en las entrañas puras de cualquiera entre tantas doncellas como allí había de casta virtud y de resplandeciente belleza. El consuelo en la tris-

te adversidad que atravesaba la familia de María bajo la dominación sufrida por los suyos, hallábase tan sólo en la recitación ó lectura de viejos profetas y en la esperanza del nuevo Mesías. Los cantos proféticos, en su mayor parte inspirados por las nostalgias del destierro, cuya virtud sugirió aquella elegía nacional sublime, cantada hoy aun en trenos, en salmodías, en lamentaciones, bajo las bóvedas de nuestras iglesias, todos aquellos cantos proféticos habían concluído por generar un conjunto de ideas consoladoras y esperanzas inextinguibles, al cual denomina ya la historia con el expresivo dictado tradicional de mesianismo. ¡Cuántas veces habrían repetido en coro las vírgenes de Nazareth aquellas estancias de Isaías, en las que se anunciaba con belleza verdaderamente poética, de ingenuidad sin par, cómo seca vara petrificada casi por el calor tórrido en los caminos, olvidada á guisa de un abrojo inútil, sin savia y sin olor, había de florecer con galas innumerables y producir ramos de azucenas, resinas de mieles, nidos de palomas! Al oir aquella poesía nacional tan hermosa, modelo eterno del más alto y sublime lirismo, cada joven se creía destinada, según los latidos que oía en su corazón, en sus sienes, en sus pulsos, en sus entrañas, á traer el nuevo David prometido por Dios y aguardado de Judá. La

familia de María, imaginándose con razón descendiente de los viejos sacerdotes y de los destronados reyes, aguardaba con mayor fundamento que las otras, merced á un atavismo generador de tales intuiciones, una designación extraordinaria y extranatural de la más hermosa y más santa entre las doncellas para generar en milagroso engendro al aguardado Mesías. Con su gente bastaba para sugerir á la Virgen aquella esperanza. Los próximos parientes de su casa y estirpe, Zacarías, tío suyo; el Bautista, su primo; en los templos el uno, en los desiertos el otro, debían hablar del término ya próximo á tanto cautiverio como sufriera Israel bajo Roma, la nueva Babilonia, en manos de aquellos Césares, de aquellos tiranos Césares, quienes reproducían en sus altas y soberbias personas los Nabucodonosores, los Baltasares, que mandaran sus hijos á los hornos, sus profetas á las fieras, para caer luego derribados por la cólera celeste, manifestada en apocalípticas revelaciones, por bajo de las bestias.

Además, por Israel andaba entonces validísima la creencia en los ángeles. Tales intermediarios, enteramente disconformes con la unidad que á Dios daban todos los pueblos de origen semita, enemigos encarnizados é intransigentes del antropomorfismo, provinieron de las religiones asirias,

muy copiadas por ciudades como Tiro y por imperios como el fenicio, vecinos y consanguíneos de la inspirada Palestina y del pueblo judío. Los serafines, los querubines, los ángeles, guardan las arcas nómadas y sacratísimas de Israel, á la manera que guardaban templos, altares, santuarios en la vieja Babilonia. Las ideas tienen sus semillas, sus larvas, sus metamorfoseos. Las brillantes alas del mundo angélico brotaron en las orillas del Éufrates, pasando luego con Abraham y sus descendientes desde las orillas del Éufrates á las orillas del Nilo y desde las orillas del Nilo á las orillas del Jordán, adonde llegaran después de haber atravesado Tiro y sus dominios. En estos días de Jesús, el humano espíritu y la humana conciencia tomaban otras direcciones. Los Ptolomeos, encargados por la herencia vinculada en sus nombres de propagar las ideas exparcidas por el conquistador Alejandro, celebraban amorosas nupcias entre las religiones y las ciencias en el seno de Alejandría. Cumpliendo tal destino llegaron de Galilea, en particular, y de Palestina, en general, muchas familias á la desembocadura del río de los misterios, donde su corte sabia, y literaria, y artística, se asentaba entonces. Las gentes de Samaria, con especialidad, habían sido trasladadas por influjo de la política ptolomea á las escuelas alejandrinas. Y como lleva-

ban los ángeles consigo, aquellos ángeles que volaran por vez primera en el cielo de Asiria y que siguieran tantas veces la ruta de Abraham, espiritualizáronlos con ideas platónicas. Para la escuela de Platón, para su primero y más inspirado y más elocuente discípulo el teúrgo Plotino, las ideas aparecen cual átomos espirituales del Señor, á modo y manera que los átomos aparecen cual ideas é inspiraciones del éter. Cada idea para Plotino es una revelación. Y cada revelación toma el aspecto, en su creadora fantasía, de verdadero ángel. Para la Biblia los ángeles quedan reducidos á embajadores del Eterno. Con Rafael manda el Señor á Tobías las medicinas indispensables para sus cansados ojos, y con Gabriel manda el Señor á Zacarías, padre del Bautista, los necesarios avisos. El profeta y el ángel constituyen dos estirpes muy privilegiadas en el semitismo judío. Mas para el griego Plotino, ante sus ojos estáticos, dada la tendencia del platonismo á materializar las ideas y á idealizar los objetos, el ángel tiene otras apariencias, reviste otras formas, goza de otra naturaleza, es algo así como soplo del espíritu increado, como nota del concierto inefable que componen las ideas, como calor de luz espiritual, como aroma de celestiales flores, como letras de la divina palabra, como rayos del verbo creador, como efluvios del pensamiento absoluto

un ideal invisible á nuestros ojos de carne, pero clarísimo á la vista intuitiva de la inteligencia en sus deliquios de comunicación estrecha con el Eterno.

El mazdeísmo, la religión de los persas, trajo al mundo semita primero y luego al mundo alejandrino la guerra perpetua entre los ángeles buenos y los ángeles malos, que chocan cual dos ejércitos espirituales en lo infinito y en lo eterno. Aquellos sendos genios del sol y del abismo, resplandecientes los unos como estrellas y los otros negros como sombras; ora querubes que se visten del éter, ora dragones que se tragan las estrellas, en contradicción perpetua y en guerra inextinguible; después de haber luchado en los horizontes asirios donde las alturas brillan y relucen con fulgores tan espléndidos y donde los arenales llevan como sobrepuestas miriadas luminosísimas de ideas, reprodúcense á una en los frescos y en los retablos monásticos de la Edad Media, donde se ven los ejércitos infernales entre llamaradas del abismo y los ejércitos angélicos en el puro y radioso éter. Desde luego un alma israelita, educada en todas las tradiciones judaicas, debía creer entonces en los ángeles del bien y del mal, deseando conjurar á éstos y con aquéllos entenderse y comunicarse. La desproporción infinita que de suyo existe por

ley natural entre la divinidad y la materia, llenábanla todos aquellos pueblos asiáticos, la mayoría por lo menos, con estos genios alados que rodean el universo como los insectos y los pájaros el planeta. No compadeciéndose bien, á su parecer y sentir, la existencia del oscuro mal con la existencia del divino Creador, ideaban legiones de ángeles malos, trayendo al espíritu sus dudas y sus errores, al mundo sus males y sus engaños, mientras los ángeles buenos traen á una verdades, consuelos, mieles, armonías, inspiraciones, felicidad, amor. El toque de la vida estaba entonces en huir á los unos y buscar á los otros. Moisés, que tanto hablara de la creación material, no dijo cosa de la creación angélica. Y, sin embargo, para la mayoría de los pensadores y de los creyentes, así entre los alejandrinos como entre los judíos, por los tiempos de la generación de Jesús, creíase precedente necesario de la creación material y tangible la creación inmaterial y angélica. En estas creencias, muy vulgarizadas y extendidas, ninguna cosa tan fácil como asentir á la idea de una sobrenatural aparición. Hermosa doncella de Nazareth, oyendo á la continua lo que veían ó creían ver aquella familia de sacerdotes adscritos aún al templo y de reyes destronados para siempre, hallábase con seguridad en el caso de confiar sus penas á los ala-

dos y etéreos seres que iban llevando en coros y en legiones el soplo de vida y el espíritu de Dios por los espacios infinitos y entre los seres creados. ¡Cuántas veces aquellos corazones proféticos de las gentes hebreas y semitas sugerirían visiones por las poéticas tardes palestinas, que dibujaran sobre los arreboles del ocaso, figuras, quienes bien pronto se determinarían, rompiendo embriones y tomando relieves; la cabellera de luz caída sobre los blancos hombros; la frente inundada con ideas divinas; los ojos embebidos en misteriosas visiones; los labios vibrando himnos de alabanza; las alas produciendo en su choque armoniosísimo con el éter dulces y concertadas armonías; abrasadas las almas en la fe religiosa y en el amor celestial; dejando por doquier desprenderse de sus vestiduras delicioso aroma y surcar lo infinito con arpas de oro en las manos y coronas de astros en las sienes! Reunidos, juntos, apoyados unos en otros, sobre la tierra suspensos como la mariposa y el ave sobre flores y nidos, remojarían sus labios en los manantiales eternos á fin de comunicar verdades y consuelos á los eternos infelices. No fueron un tiempo. Como sombras sobrepuestas á sombras yacían en los abismos de la nada. Del no sér pasaron al sér, á virtud y por obra de una palabra divina. Ellos no podían mirar á Dios, porque un rayo

de la mirada divina derretiría los ojos en sus hondos huecos. Ellos no podían pronunciar los nombres inefables del Eterno. Pero alababan á Dios en himno sin fin y llevaban por doquier sus mandatos en vuelos sin término. Por consiguiente, la teología bíblica, comentada por los filósofos alejandrinos, había puesto aquellos innumerables seres en lo infinito, dándoles por encargo el rodear toda la creación. El orientalismo semita, enemigo de las personificaciones antropomórficas, veía los ángeles dejar, tras los aleteos suyos, rastros de luz en la inmensidad, vestir de azul claro los espacios celestes, dorar los astros en el éter, atizar el fuego de los almos soles, impeler los mundos fatigados en su carrera, sugerir á las almas ideales infinitos, poner una oda en los labios del nabí revelador y una nota en las cuerdas del arpa mística, difundir las ideas como irradiaciones divinas, animar el cántico de los profetas, mover las piedras del templo animadas al eco de misteriosas voces como la nave al empuje de los vientos, henchir desde las cimas del cielo, donde se halla sostenido por alas de querubines el solio de Dios, hasta los límites oscuros donde comienzan insondables y temerosos los desiertos de la nada.

Había cerrado la noche. Las esquilas del ganado se callaban. Las últimas voces de los jornaleros

llegados tras las faenas usuales al diario descanso, ya se perdían en el callado sueño. Retirábanse los mozos de las rondas y de las serenatas, acostumbrados á esta manera de comunicarse con sus novias desde lejos, porque si había ventanas y puertas allí, no se toleraba el que las doncellas pudieran abrirlas ni mostrarse de ningún modo á los requerimientos amorosos. Todo yacía en calma y sola se hallaba la que debía ser Virgen Madre y glorificar en sí á todas las mujeres. En sus ojos debían brillar á tal hora los pensamientos íntimos que vagaban á la continua por un alma verdaderamente mesianista, inspirada y tierna. Esos presentimientos que parecen recuerdos; esas intuiciones que desentrañan al exterior lo visto en las profundidades más íntimas y más ocultas del sér nuestro; esa contemplación íntima donde las ideas aprendidas en el templo y en el cántico unas, de labios queridos é inspirados otras, en el ambiente intelectual muchas, se alzan llenas de color y dibujadas con delineamientos armoniosísimos; el éxtasis llegado hasta el deliquio y el deliquio llegado hasta la enajenación del propio sér, en una como suspensión de la vida, todo esto debía sentir la Virgen cuando á la callada iba el momento supremo de la incomunicable anunciación acercándose á sus oídos abiertos á todos los vientos del cielo y á todas las

revelaciones del espíritu. Como Judá esperaba en Dios que sonase la hora de cumplirse las profecías, todas las doncellas de Judá, por su parte, debían creer que se cumplirían en ellas, eligiéndolas Dios para mediante ellas y con ellas restablecer la casa de David y restaurar el trono de Salomón. Los que dudan de la finalidad en los seres no han parado mientes en el mundo, en las manifestaciones de su vida. Como las moléculas tienden á juntarse unas con otras por las afinidades; como los soles y los mundos á sostenerse unos con otros en los cielos; como las especies á cumplir el orgánico impulso puesto en su instinto; como las ideas á desarrollarse todas en serie y convertirse á una en materiales objetos, cada sér espiritual tiende, por su parte, á cumplir un fin proporcionado al temperamento fisiológico suyo, al instinto rudimentario, al amor y pasiones que le poseen, al dogma que proclama y al ideal que lo esclarece y anima con sus resplandores y con su calor. Este conjunto de propensiones, al cual llamamos, tratándose de lo segundo y pequeño, inclinación, pero tratándose de lo alto, de lo sublime, de lo eterno, vocaciones, demuestra palpablemente la relación providencial que hay entre las tendencias generales del alma y los fines á cumplir en la vida, fines restantes luego en la historia. Las letras hebreas componen una especie de himno sublime

á los combates por patria y raza, como á los duelos y lamentaciones de sus dolores, como á la glorificación de sus esperanzas. Indudablemente provendrá la influencia ejercida por la Biblia sobre nosotros de la educación religiosa que todos hemos recibido: respira el humano espíritu á diario ideas y pensamientos múltiples, por sus intuiciones, por sus creencias domésticas, por sus costumbres nacionales, como respiran las aves, no sólo por sus pulmones, sino también por sus plumas. Y si averiguáramos el génesis de nuestros pensamientos, veríamos cuál número de ideas íntimas y de formas bellas provienen de lo escuchado á diario en las iglesias, de lo en familia leído sobre los libros religiosos y los viejos diccionarios del hogar. Lo cierto es que persona ni cosa ninguna en el mundo nos habla del dolor, y de la muerte, y de la eternidad, consiguiendo escalofriarnos, como los acentos de Job llagado sobre su inmundo estercolero; por ninguna ciudad sentimos en el planeta, ni aun por aquellas que llevamos dentro del alma, el dolor experimentado al ver en los trenos de Jeremías, Jerusalen plañéndose desolada como pobre viuda sobre cenizas y abrojos; ninguno de los cánticos antiguos, ni aun los griegos y perfectos, pueden movernos como los misereres que oímos, cuando el tenebrario se apaga en los divinos oficios, y dentro del

templo convertido en catafalco hablan las tinieblas. Nosotros contamos todavía con los dedos en familia las antiguas semanas de Daniel; nosotros vemos pasar en las ráfagas del viento, por las nubes amontonadas en el tope de las cordilleras, al ruido y vapor que alzan los despeñados torrentes, sobre las reverberaciones del día en su cuna y del sol en su ocaso, aquellas visiones del sublime inspirado Ezequiel, que nos evoca en los versículos de sus libros la imagen misma de Dios; y hasta en las majadas y en los oteros, cuando los lirios huelen, y las esquilas suenan, y las ovejas balan, y el rocío cae, las musas de todos los idilios, que pueden conmoveros y penetraros del amor feliz y campestre, se hallan á la verdad, no en Teodorito, no en Garcilaso, no en Gesner, no, en el *Cantar de los cantares.*

Hora sublime de la historia ciertamente la ignorada hora en que Gabriel se apareció á María. Cuando leéis los dos únicos Evangelios que hablan de tal aparición, seguidamente notáis las ideas dominadoras del pueblo de Israel por aquella divina sazón. Los dos evangelistas en quienes hallamos la inefable anunciación de Gabriel, San Mateo y Lucas. El Evangelio de San Marcos empieza por el cumplimiento de los antiguos anuncios. La faz de Isaías, el gran revelador, se le aparece ante todo y sobre todo con sus presentimientos proféticos tan

seguros, que van á cumplirse tales como los dijeran sus labios. El desierto habla con esa voz divina y sublime que suelen exhalar los desiertos y dice á las gentes cómo necesitan aparejar los caminos y las veredas, porque ya se acerca el Señor y ya Juan predica la remisión de los pecados. La predicación del Bautista inicia el Evangelio, pues realmente se abre por las primeras excursiones del Salvador á las orillas del Jordán, que repiten sus primeras reveladoras palabras. De igual suerte procede á su vez el cuarto evangelista. Inspirado por las ideas helénicas, la teoría del Verbo y su consubstancialidad íntima con Dios inauguran su obra celestial. En seguida Cristo aparece, predicando ya por las encrucijadas y reuniendo en torno suyo los primeros discípulos. Las dos maravillosas escenas de la inefable anunciación del ángel y de la encarnación del Mesías en las entrañas de su Madre Virgen hállanse contenidos en el Evangelio de San Mateo y en el Evangelio de San Lucas. Pero, examinando uno y otro texto, encuéntrase cada cual respectivamente influído por las ideas de los judíos, que aguardaban tan sólo una regeneración propia y de los judíos que aguardaban una regeneración universal. San Mateo atribuye al ángel promesas exclusivamente morales, por cuya virtud el hombre pecador se rescatará completamente del

pecado y declinará las tristísimas consecuencias de su culpa. El Evangelio de San Lucas parécenos mucho más judío. Las ideas particulares del templo y las históricas tradiciones del pueblo predominan mucho en su relato. Aquí ya se habla de un trono restaurado, el trono de David; y de una casa reinante para siempre, la casa de Jacob. El sentido general de la política judía predomina en San Lucas muchísimo sobre el sentido más universal de San Mateo. Sea de todo esto lo que quiera, la verdad evidentísima está en la difusión milagrosa de ciertas ideas mesiánicas por todos los espíritus y por todos los ánimos. Aquellos más tiernos, más dulces, más humanos, esperaban una redención moral; aquellos más batalladores, más patriotas, más judíos, esperaban una redención política y nacional; pero todos creían universalmente verse redimidos y todos tocaban como con las manos al Verbo de tales pensamientos y al personificador de tan múltiples y consoladoras esperanzas. Ideas así en pueblos orientales, en el sacro altar de aquellas tierras proféticas, bajo los pliegues de un cielo parecido á solio, sobre los reveladores desiertos irradiantes de fe viva, debían tomar el aspecto de ángeles y debían decir las cosas celestiales con que los emisarios y enviados del Eterno se dirigen á todos los pueblos radicalmente semitas que han

brillado en la historia. Como sobre un campo floreciente y primaveral vuelan en pos las mariposas de colores, en pos las abejas de mieles, en pos los ruiseñores de nidos, en el espíritu mesiánico, por tantas ideas animado, volaban, semejantes á obólidos, en serena y plácida noche del desierto, los ángeles del cielo.

Nada tan persistente como las ideas. El presentimiento esparcido por los senos de Israel y encarnado en la persona de Cristo, alcanza, tras veinte siglos, adoración mayor que la conseguida en los días de su aparición y de su embellecimiento. No hay sino entrar en los templos, en los museos, donde quiera que las oraciones vuelan y que las artes construyen, pintan, esculpen, para ver las brillantísimas alas del anunciador sublime, luciendo á los ojos y resonando en los oídos cual si acabaran ahora mismo de plegarse á nuestra vista y á nuestra presencia. No hay cuna de niño en el hogar desposeída hoy de un ángel que vele por ella en el nombre de Dios, y que la guarezca, en guisa de celestial escudo, con sus nítidas alas, contra los peligros y los daños del mundo. Quien, alguna vez, haya presenciado las horas del anochecer en las orillas de nuestros mares meridionales, al replegar las gaviotas sus alas en el escollo y entonar el cuclillo su cantar agudo en la campiña,

cuando las estelas comienzan á fosforear en las aguas celestes y las luciérnagas en las hierbas humedecidas por el rocío vespertino, mientras el arado vuelve al corral y vuelve al puerto el botecillo, si la campana de la oración suena, os descubrís instintivamente y rezáis, porque al coro de tantos rumores, ante los cuadros de tan varios matices, en las esencias de poesía mística exhaladas por todos los seres que parecen aspirar á lo infinito, veis la Virgen Madre y la bendecís diciendo con el ángel: «salve, salve María, bendita tú eres entre todas las mujeres;» y un concierto universal, en que parece hasta las esferas entrar, acompaña vuestras voces y sostiene vuestra plegaria. Yo no recuerdo haber oído una vez tan sólo en valles y montañas el toque de la campana en lo alto de la torre á la oración, rezada entonces por todos cuantos la oían, sin ver como de bulto en el fondo brillantísimo de los espléndidos celajes compuestos por el beso de los mares con los cielos el ángel Gabriel, vestido de su túnica celestial, caídas las alas como por haber volado mucho, arrodillado en el suelo, con su ramo de azucenas en las manos y los ecos de la palabra divina en el vibrante labio, diciéndole á María: «llena eres de gracia.» Y, en efecto, por desdichado que parezcáis, nunca sois un expósito, desheredado por tal suerte de

afectos, que no hayáis visto y no hayáis encontrado una mujer amada en el camino de la vida. Y cuando recordáis que os animó la sangre de sus venas, que os nutrió la leche de sus pechos, que á manera del polluelo en su nido tomasteis en su alma la iniciación primera de la vida y que siempre hay un puerto para vuestras tempestades en su regazo y siempre un refugio para vuestros desengaños en su maternidad ¡ah! idolatráis á la madre y os acogéis en los naufragios continuos del mundo á los pliegues protectores de su amplio manto. Y esa madre santísima os parecerá siempre virgen, porque desearéis reunir en ella con la fecundidad la pureza. Y el dogma de la Virgen Madre se os impondrá, no tanto porque lo hayan adorado estos ó aquellos pueblos, porque lo hayan bendecido éstas ó las otras generaciones, porque lo hayan puesto en sus altares y en sus templos estas ó las otras liturgias, sino porque vuestro corazón lo necesita para explicaros todo lo que habéis amado y todo lo que habéis padecido sobre la faz del planeta en los combates de la vida. Y así veis que á las letanías rezadas por tantos cleros, dichas al són del órgano, comunicadas por las torres y sus lenguas de metal á los aires, únese otra letanía de todos los seres que hay en la creación material y de todos los seres que hay en la crea-

ción artística, pues ninguno quiere llamarse, ninguno, expósito; ¿qué digo expósito?, ninguno quiere llamarse huérfano, ninguno quiere carecer de madre. Y las amapolas con sus pétalos rojos, y los nidos con su calor vivificante, y las mieles que gotean como nutritivo alimento compuesto de luz, y el ave que sube y la estrella que baja, y los corazones que laten, y los seres que ruegan y que oran todos consagran á una ideas conscientes ó inconscientes á la Virgen Madre.

Así no debe maravillarnos que ocupe la bajada misteriosa del ángel y su anunciación milagrosísima tanto espacio en las artes cristianas. Nosotros tenemos en el Museo de Madrid una tabla, que despierta con la emoción artística la emoción religiosa en cuanto los ojos la miran. Cuatro siglos han pasado ya desde que su autor trazó en ella sus deliquios. La fe ha sufrido innumerables metamorfosis, el tecnicismo en las artes plásticas ha progresado mucho. Aquellas figuras no corresponden á la figura humana. El pintor no las ha tomado en el espacio y en el mundo. Las ha visto primero en los antiguos santuarios, en los vidrios de colores, en los intercolumnios sacros, tras nubes de incienso, iluminadas por las lámparas, y luego las ha visto en su fe ingenua, en sus oraciones diarias, en sus éxtasis continuos, en su misticismo incomprensible.

No son de aquí, no son de nosotros. Aquellos cuerpos más parecen, á la verdad, símbolos que ninguguna otra cosa. Pero aquellos rostros han visto la gloria y aquellas retinas han absorbido y reconcentrado en sí el resplandor de lo invisible. Angélico de Fiesoli se llama el pintor, y Anunciación de Gabriel á la Virgen se llama la pintura. El hecho pasa en florentino palacio. Brilla el suelo reluciendo al reverbeo de los mármoles. Las columnas de corte griego y los arcos de corte romano recuerdan el renacimiento florentino. Y en tan pagano escenario se confunden con el idealismo puro de un monje sin pecado el realborear de las artes antiguas, bien que idealizadas por algo tan sublime como los ensueños de Platón y como los capítulos del Evangelio. El ángel, vestido con túnica muy bordada y coronado por nimbo muy reluciente, anuncia, inclinándose á María, la Encarnación del Verbo. Y la Virgen, recogida, humilde, anegada en aquella luz, estática y fuera de sí al eco de aquellas palabras, las manos plegadas, los ojos bajos, el pudor virginal en las mejillas, el arrobamiento en todo su sér, representa la más extraña y singular de todas las conformidades, la conformidad con una grandeza que sólo puede admitir la sierva del Señor por obediencia incontrastable al mandato supremo y al divino pensamiento. Aunque todo allí

sea profano, el ajuar de la época, el escenario florentino, los trajes que se parecen todos á cuantos veía en su tiempo, aquellos rostros, aquellas miradas, aquellos aleteos, los nimbos y aureolas, aquellas figuras místicas, el ángel y la Virgen os transportan á Nazareth y os revelan el primero entre los misterios de nuestra redención. Hay que adorar por necesidad al angélico artista. Cualquiera diría que torna de los cielos y que trae consigo una corte de santos y de ángeles. Ha recomenzado ya lo que podríamos llamar el neopaganismo; se han abierto los antiguos sepulcros y han resucitado las olvidadas estatuas; Platón ha conseguido lámparas y altares como Cristo; las renacientes Galateas han entrado en los brillantísimos lomos de sus tritones hasta las capillas donde rezan los fieles á las Vírgenes: y el Angélico pintor, de rodillas en el cenobio como quien dice misa ó practica un sacramento cualquiera de su liturgia y de su orden, va dejando sobre las tablas, al culto de las almas tiernas, sus santos beatíficos, sus vírgenes inmaculadas, sus ángeles recién llegados de lo infinito, contemplado todo con los ojos de un éxtasis intenso y visto en el éter de una inspiración completamente mística.

X

Todo buen cristiano lleva en su conciencia, en su corazón, los cuadros envangélicos en que anuncia el ángel á María la encarnación de Jesús en sus virginales entrañas. Cuantos quieren expresar la devoción dirigen á la Virgen las mismas palabras del ángel. Poder de todas estas grandes tradiciones en que al aspecto estético y dogmático se une un profundísimo fondo moral; pasan de labio en labio, quedan como vínculo moral en las familias, engrandecen el hogar hasta convertirlo en templo, moderan las pasiones en el pecho, guían las generaciones en su camino, y, transformando el espíritu, concluyen por transformar también las sociedades humanas y la civilización universal. ¿Quién dejará de representarse todos estos pasos de la historia que llevamos los cristianos contada por nuestras madres en el pecho aun más allá de la muerte? Yo, de niño, me las representaba en mis ensueños, según que me iba durmiendo bajo las dos alas del ángel custodio y tras los besos y las oraciones de aquella santa mujer á quien debí la vida. Figurábame la casa de Nazareth, no como palacio de reyes baldosado de mármoles y cubierto de rica pedrería; mis rudimentarias intuiciones

enseñábanme ya que tales viciosos lujos en el mundo se quedan para las Julias y para las Cleopatras. Mi viva fe de aquellos tiempos delineábame una modesta casa como las frecuentes en el borde luminoso de las aguas mediterráneas, arrullada por las palomas del valle y sombreada por las palmas del desierto. Ya sabía yo por las enseñanzas religiosas aprendidas en mi parroquia y en mi hogar que la hija de Joaquín, la esposa de José, la madre de Jesús, no tendría estancia superior á nuestras estancias, dado el oficio manual á que debían los hijos de Salomón y David entregarse para ganar el sustento. El espíritu divino transforma los objetos más humildes y simples en ideales abstractos á la manera que los ojos del alma miran los objetos y seres criados cual abstractas é increadas ideas. Allí, al cubículo de María, cuando apenas contaba ésta diez y seis años, descendió el ángel enviado por Dios. Suaves aromas embalsamarían los aires; una especie de música incomunicable penetraría por los oídos llegando hasta el corazón y las entrañas; la sonrisa verdaderamente celestial y los ojos místicos de aquel sér dotado con sobrenaturales perfecciones movería la sensibilidad á efectos no imaginados, ni siquiera en las más altas expresiones de nuestras artes plásticas; un deliquio sobrecogería en tal momento á la tierna doncella,

el cual deliquio sólo puede compararse con la satisfacción recibida por Dios y por los ángeles buenos al contemplar la creación primera sin mácula, el primer hombre sin pecado, y oir el concierto de los planetas girando en torno de los soles respectivos y produciendo incomunicables armonías. Al oir la salutación del ángel, sus promesas, las esperanzas que vertía, los bienes que anunciaba, el privilegio dado á una sola mujer para que todas en ella se redimieran, debió María confundirse como si desapareciera de la vida y anegarse por completo en aquellos abismos de misterios y en aquellos océanos de ideas. Los dos evangelistas narradores de tales hechos nos cuentan las dudas que asaltaron el ánimo de José y las resoluciones que llevó á ellas la palabra de Gabriel. En algunos momentos creyó el prometido y desposado que la serpiente del mal se había deslizado en el Paraíso de su casa cual se deslizara en el Paraíso de nuestros primeros padres, y había mordido, cual á Eva en los primitivos tiempos, á la mujer que Dios destinara para quebrantarle bajo su talón la cabeza. Pero bien pronto celestiales anuncios, ensueños misteriosos, palabras de las que oye uno dentro de sí mismo en supremos trances, intuiciones del espíritu, presentimientos del corazón, esos avisos de la conciencia dentro de los cuales Dios ha puesto su pro-

pia voz creadora, dijéronle que allí se cumplía un misterio inaccesible á la sazón y se acababa de celebrar una estrecha nupcia entre la tierra por el pecado afeada y el divino bien y la divina verdad existentes en las cumbres y cimas del universo. Volvió á respirar el olor de santidad en su casa, volvió á sentir la paz de Dios en su corazón, volvió á trabajar sereno en sus talleres, volvió á renacer en la esperanza de un Mesías prometido á su pueblo, volvió á sentir las creencias mesiánicas divulgadas entre toda su gente, volvió á ver el trono de David y de Salomón restaurados sobre las colinas de Jerusalén, volvió á repasar los anuncios de Isaías y Ezequiel comprendiendo que la vara de sus desposorios, puesta en el cancel de los hogares de su novia, entre una euramada y tras una serenata, floreció en ramos de azucenas y brotó nidos de palomas para la salvación y para la prosperidad de Israel.

Si queréis comprender y explicar todo cuanto sigue, os impone un buen método histórico conocimiento profundísimo del estado á que llegara por aquellos días la gente de Judá. El pueblo escogido estaba, por tan suprema sazón, empeñado en que las profecías iban á cumplirse y el mesianismo de sus profetas á realizarse. Bajo tal idea, impulsada por tamaño presentimiento, llevando en sus oídos las

palabras angélicas, latiendo en sus entrañas el hijo celestial, María corre desde Nazareth á Hebrón en busca de su prima Isabel, anhelando contarle todo cuanto le pasa en aquellas extraordinarias circunstancias. Así como los tiempos del profeta Isaías deben llamarse tiempos del profetismo, los tiempos del salvador Jesús deben llamarse tiempos de la realización del profetismo. Judá queda bajo Isaías como representante única de toda Israel. El reinado y el reino de David se transfiguran. El destino de sus lejanos herederos, perseguidos tras destronados, muy sumariamente se compendia en la generación del Mesías. Éste vendrá con seguridad á salvarnos como la serpiente vino á perdernos. En las creencias individualistas nuestras reina el dogma de la responsabilidad individual; en las creencias religiosas de Judá reina otro dogma, la solidaridad en el pecado y la solidaridad en el perdón y en el rescate. Isaías llegó á creer que todas las naciones acabarían por convertirse á Jehovah; y como llegó á creerlo, pregonólo en sus profecías inmortales. Aquel hombre titánico se adelantó en ochocientos años al resto de los hombres y anunció en fulguraciones, bien sublimes por cierto, la redención universal. María estaba en el caso de saber los versos de su profeta en la servidumbre bajo Roma, como sabían nuestros padres en el combate por su inde-

pendencia los versos de Quintana, ó las generaciones oprimidas por el cesarismo contemporáneo, tan odioso como el cesarismo romano, los versos de Víctor Hugo. Aunque no era sacerdote ni monarca, el profeta ejercía por su genio sobrenatural y por su arte divino una especie de realeza espiritual y de sacerdocio innominado más brillantes y más poderosos que todas las diademas y todas las tiaras. Isaías confirmaba sus aspiraciones, á que todo el mundo lo creyera inspirado, mostrando en su lengua inmortal rica vena de inspiración inagotable. Lo que más exalta su figura y tonos más elocuentes á su elocuencia presta, es la reconvención de continuo á Israel dirigida por las ingratitudes enormes de que Israel fué rey. Dios había fundado una familia prosperándola con sus favores á diario; y esta familia se revolvió contra Dios. El buey conoce su pesebre, y su amo el asno; pero Israel no comprendió al Eterno. ¡Oh nación pecadora; oh raza de iniquidad; oh hijos de perdición, que renegaran al santo de Israel y se fueran volviéndole con desprecio las espaldas! Por tal motivo la tierra está desierta, los hogares abrasados y la hija de Sión yace triste y solitaria como cabaña en viñedos y en melonares talados. No le importan á Dios la multitud y copia de sacrificios. El humo de los holocaustos le apesta y le repugna la sangre de los bue-

yes. Cuando el pueblo culpadísimo vuelve á Dios las manos, Dios se tapa los ojos para no verlo; cuando alza plegarias, las orejas para no oirlo. Si el mal cesa y el bien á sus obras acude, y busca la justicia, y condena la violencia, y acorre los huérfanos, y defiende las viudas, le prosperará Dios. Entonces, aunque sus pecados tuvieran el color de la escarlata, volveríanse albos como la nieve. Mas ¿qué aguardar de una ciudad convertida en cortesana? Donde la justicia tuvo su habitación se aposentan ahora los asesinos. Pero Dios tomará venganza de sus enemigos. Y alejaránse todos á una con horror de los terebintos que á ellos gustan y nadie acudirá con holgorios á los jardines donde se huelgan ellos. Serán cual estopa los ricos y cual fuego los ídolos. Y arderán sin que nadie los apague. Plantó su viña Dios, y cuando esperaba racimos, cosechó solamente orujos. Caerá su seto para que la huellen y la talen, pues donde antes lucía el sarmiento y el racimo brotarán las espinas y los cardos.

¡Ay de aquellos que añaden casas á casas, campos á campos y, dueños de la tierra, no dejan espacio para los pobres! Todos esos palacios están destinados al saqueo y todas esas campiñas á la devastación. Tiemblan las montañas y los cadáveres se hacinan por las encrucijadas como los montones de basura por las calles. Las mujeres tomarán

en vez de perfumes infecciones, en vez de rizos decalvación, en vez de túnica sacos, en vez de bellezas estigmatas, en vez de cinturones cuerdas. Pero el día de la justicia vendrá bien pronto y á cada cual según sus obras lo juzgarán. Convertirá-se al cabo Sión en Sinaí, con sus nubes por la mañana y sus relámpagos por la noche. Y entonces las naciones vendrán á su regazo y sus montañas levantarán la frente sobre todas las cordilleras y Dios quedará como árbitro entre los pueblos. De las lanzas se harán sierras y de las espadas arados. Olvidaránse por todos las artes del combate. Estas y otras muchas palabras corrían por los aires de Galilea y resonaban en los oídos de la Virgen desde Nazareth hasta Hebrón. Isaías, Miqueas, dijeran y anunciaran todas estas cosas en su respectivo tiempo, mas la Virgen creía que iban á cumplirse ante su vista. Por eso en el camino, á pie, semejante á las peregrinaciones de los antiguos nómadas, en los recodos, en las encrucijadas, al llegar á las tiendas de los aduares, al pararse solícita en la entrada de las chozas, al cambiar el saludo con los otros viajeros, debía decir todas estas ideas y anunciar todas estas esperanzas escanciadas en los manantiales de la inspiración antigua y transfundida por verdaderos milagros desde su corazón á su sangre.

Los Evangelios no hablan del sitio donde se hallaba Isabel, á la sazón en cinta del Bautista, como le anunciara Dios á su marido Zacarías. Pero todas las tradiciones quieren que su residencia fuese por aquellos días Hebrón. Y, efectivamente, indicios hay sobrados para creerlo así. Como ya lo hemos recordado en otra parte, hallábase inscrito el padre de Juan á la orden sacerdotal, y debía, por ende, habitar un sitio selectísimo y sagrado entre los varios sitios que ungía y santificaba la vieja tradición. Hebrón descuella no sólo en el cristianismo, en las otras dos religiones monoteístas, en el judaísmo y en el islamismo, por sepulcro de Abraham, quien extrajera la familia semítica del estado nómada para conducirla de su mano á la sociedad ya fija y estable, á la sociedad patriarcal. El Corán y la Biblia, de consuno, enaltecen al patriarca, y, por consecuencia, la tierra donde compró una propiedad, y la redujo, tras compra tal, á posesión suya perpetua, eligiéndola por base y fundamento de su tumba. En estas condiciones fácil cosa que una familia teocrática, como la familia de Zacarías, residiera en sitio también teocrático y litúrgico cual esta ungida ciudad. Las tierras calizas, los pedregosos montículos, el salitre natural esparcido por varios de sus terruños, los retorcidos nopales, el áloe de punzantes cactus, el olivo sombrío, la hi-

guera, la palma erguida y resonante, dan al valle del Hebrón, y á la ciudad en el valle sita, los caracteres de un viejo pueblo palestino. Si hay mezquitas, aunque las piedras, muy bien talladas, compuestas de blanco y rojo, alegren los ojos y rompan el uniforme cielo con sus rotondas enormes, no pierde cosa ninguna de su antiguo carácter ni sufre alteración. El cuadrado, su verdadera figura geométrica, la terraza en lo alto, á la puerta su pozo: he ahí las características bien capitales de un pueblo como este. El val próximo, llamado *escol,* provee á Hebrón de agua. *Escol* quiere decir en hebreo racimo de uvas. Y, en efecto, cuando leéis los primeros libros históricos de la vieja literatura israelita, encontráis la satisfacción inmensa que causó á los primeros de su familia establecidos en Canaán cosecha tan excelente como la cosecha de uvas. Valle de racimos, fruta ópima, le llamaron los hebreos. El sitio este privilegios tales goza en la creencia de los fieles monoteístas, que, apoderados los árabes de su dominio, no permiten visitarlo á ningún musulmán, fuera de santones ó nabíes, y menos á ningún cristiano, por creer sacratísima cosa el sepulcro de Abraham. La célebre caverna goza de un privilegio idéntico al que gozara la Meca, siempre recatadísima en alguno de sus sitios, defendidos con pena de muerte á

los cristianos y abiertos tan sólo con promesa de bienaventuranzas al clero musulmán. Los judíos consagran fervorosa devoción, por su parte, á este pueblo abrahámico. Su liturgía supone sucedidas allí muchas de las escenas en que se desarrolla la trágica historia de los hijos de Abraham. Y, en efecto, aquellas colinas en gradería, los cantos enormes por doquier esparcidos y que parecerían rodados á no llevar la marca de nuestra industria, el cúmulo de columnas rotas y de ruinas amontonadas, enseñan bien claramente las condiciones de aquella población. Hay quien sostiene que de su tierra en sus aguas amasada fabricó Dios al primer hombre. Y como Adán quiere decir tanto como rojo, y la tierra en Hebrón fuese roja siempre, los amigos de buscar en todas partes etimologías confirman, por inducción bien poco rigorosa en verdad, el privilegio con que ornan el singular y prestigiosísimo sitio. Los peregrinos de la Edad Media, fáciles en aceptar todas las creencias, matemáticamente señalaban el sitio donde Caín mató á su hermano, y un poco más arriba la caverna donde Adán y Eva lloraron cien años continuos el fin desastroso de su Abel. La consagración del rey David se hizo allí, por lo cual muchos de los sitios con su nombre suenan y muchas de las ruinas esplenden al centelleo de su recuerdo. Amigo le llamaron los

árabes de Dios al territorio aquel, porque amigo de Dios se llamó en su religión y en su lengua el hombre que lo santificara con su presencia, el venerado Abraham. Los terebintos se dan muy bien allí en su terreno riscoso. Y al terebinto profesan los judíos devoción especialísima. En la sombra de sus ramas levantó Abraham la primer ara de su Dios, y sus troncos y sus raíces los dan Egesipo y Josefo como contemporáneos de las primeras creaciones. Lo cierto es que atribuían á tales árboles múltiples virtudes medicinales, que á sus raíces confiaban los muertos, que sobre su tronco ponían y apoyaban los altares, que bajo sus copas posábanse los ángeles cuando los expedía el Eterno á decir algo en los amados oídos de sus profetas y de sus héroes. Reposo de terebinto se llamaba en las frases vulgares y corrientes de Israel á todo prolongado, y seguro, y sereno reposo. En las tierras de Palestina los collados frescos, las hondonadas húmedas, las umbrías consoladoras merecen mucha preferencia, por lo abrasado, y árido, y triste de un suelo candente. Quien recorre largos días el desierto bajo un aire del todo encendido, sobre arenales abrasadores, aquejado tristemente de la sed, batido por el simoún, cuando llega con los labios áridos, la sangre quemada, los ojos relampagueantes, la respiración fatigosa, los músculos cansados, á un

oasis como el Hebrón y encuentra las encinas aquí, especie de tienda que le ofrece guarida y sombra; los terebintos allá, en cuyas raíces duermen los muertos y en cuyas ramas se posan los ángeles; acullá la higuera y el granado con sus ricos alimenticios frutos, entre tantos vegetales próvidos; la palmera de dátiles cargada; bendice á Dios, y se huelga en goces, á los cuales dan el nombre de goces edénicos, como si hubieran de nuevo encontrado su edén perdido en las sombras de su culpa. Las emociones que acababa de sentir María en su Anunciación sobrenatural, acrecentaríanse indudablemente á la presencia de todos aquellos espacios consagrados por tantas y tan hermosas tradiciones. Antes de acercarse Isabel, cada pliegue del terreno y cada suspiro del aire evocarían á sus ojos nuestros primeros padres los santos patriarcas y el rey fundador de su familia. En estas efusiones un lirismo natural surgiría de aquellos terrones, al par aromados por la poesía y por la historia. Seguramente los recuerdos avivaban las emociones y las emociones hacían que palpitasen con mayor fuerza su corazón y sus entrañas. De aquí aquella escena magnífica llamada Visitación á Isabel de María en todos los pueblos cristianos.

No tenemos para conocer la Visitación otro texto que las palabras de Lucas en los capítulos pri-

meros del Evangelio suyo. Para explicar el evangelista los misterios en que la encarnación se halla envuelta y todos los prodigios y todos los milagros con copia tal sucedidos, recuerda que ninguna cosa le es á Dios imposible. Así, pues, tras la encarnación del Verbo en sus entrañas, fuese á Judea la Virgen muy de prisa. Y llegó, y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Ésta, embarazada también, según divinos y sobrenaturales decretos, experimentó en sus entrañas una correspondencia con el estado particularísimo de su prima y hermana. En la efusión del espíritu mesiánico, producida por tantas ideas como se habían divulgado por aquella sazón, Isabel sintió tener el Bautista en su vientre, cual sintió María el Redentor. Estos presentimientos y estas intuiciones, á la mujer naturales, dado su temperamento nervioso, que le granjea proféticos afectos, acreciéntase, á no dudarlo, en el particular estado por que pasaban aquellas dos mujeres. El corazón le dijo á la una que llevaba la premisa en la obra redentora; y el corazón á su vez le dijo también á la otra que llevaba su completa perfección y sus últimas inmanentes consecuencias. Y, al verse y al abrazarse, chocaron en choque luminoso los mutuos afectos de sus dos corazones, y por aquello mismo que sentía cada cual, tanto de sí como de su afín, com-

prendieron y expresaron en maravilloso lenguaje el divino y providencial objeto á que se creían llamadas. Debe notarse, para comprender todo lo que la Virgen, su prima Isabel y Zacarías dijeron en esta ocasión suprema, repitiendo las profecías, el carácter por todo extremo republicano de Israel. Los profetas judíos aseméjanse á los antiguos tribunos. Alzados éstos frente á frente de los reyes, alzados aquéllos frente á frente de los conquistadores, opuestos los unos á la monarquía de Judá por su carácter laico, los otros opuestos al imperio de Nínive y al imperio de Babilonia por sus caracteres de conquistadores y tiránicos, tendiendo siempre á separar Israel de los contactos extranjeros mientras los reyes tendían á unirlo con el extranjero, las liturgias proféticas, ante todo y sobre todo, aparecen un sistema de republicanismo verdadero, sugiriendo al Evangelio y á los evangelistas todos, en aquella hora de grandísima exaltación política, el espíritu democrático irradiado por sus páginas. Pasmosos destinos de la humana libertad, que deben fortalecernos y consolarnos en los combates por el humano derecho. Cuando las Fulvias picaban rencorosas con su áureo alfiler la fluyente lengua de Cicerón; cuando las Julias convertían Roma, la Roma de los tribunos, en lecho de sus prostituciones cortesanas; cuando mo-

rían Catón y Bruto, no encontrando esperanza en sus corazones patriotas ni luz en el cielo infinito; al caer la humanidad esclava y al podrirse la raíz de toda vida, el ideal femenino, dos mujeres, que llevaban en su conciencia el espíritu de Dios y en sus vientres el Bautista y el Redentor, proclaman la república de las almas, que veremos cumplida y realizada, según sus anuncios y profecías, en cuanto el cristianismo, presentido y profetizado por ellas, entre con fuerza y vigor en las leyes, en las instituciones, en las costumbres.

Muchas arengas nos ha legado el mundo antiguo en este instante, que podemos llamar el ocaso de la clásica libertad. Si algunos poetas, más deseosos de vivir en su tiempo que de merecer la inmortalidad, claudicaron por desgracia, en cambio los hubo que volvieron por la razón humana. Aquellas teorías de Séneca el filósofo respecto á la voluntad; aquellas sublimes palabras de Lucano, revolviéndose contra la tiranía para entonar un cántico al derecho herido, nos reconcilian verdaderamente con el género humano y nos dicen cuánto duran y perduran el bien y la verdad en este nuestro misérrimo planeta. Pero la palabra del tribuno y del filósofo antiguo es una palabra de protesta, mientras que las débiles voces de aquellas dos mujeres judías expresan frases y fórmulas de incon-

testable afirmación. Dudad ahora de las ideas; creed que al mal y al error le tocan la última palabra en la consumación de los tiempos. Cesar, Tiberio, Augusto, los tiranos coetaneos de todos estos pasos, que ahora vemos en contemplación extática, subieron á la tiranía sobre los hombros de sus legiones; llenaron los templos con sus efigies y simulacros; se hicieron para sí unos tan enormes tronos, que las gradas parecían tener sus bases en las entrañas del mundo, así como el pabellón de su solio en los pliegues del cielo; y dos mujeres, dos débiles mujeres, cantando salmos de libertad, recogidos en las viejas tradiciones republicanas de su patria, derribaron aquellos soberbios en el polvo, y sobre las ruinas de sus aras y de sus altares, erigidos para contrastar á todas las fuerzas y vencer á todos los siglos, alzaron en su fe y en su esperanza el patíbulo de los esclavos y de los mártires, la cruz del Salvador. No conozco entre las arengas legadas por el mundo antiguo; no encuentro entre los estallidos sublimes con que la palabra, largo tiempo comprimida, tronaba en la revolución francesa invectivas contra los reyes comparables á la fulminada en el octavo capítulo y libro primero de Samuel, cuando Jehovah mismo compara, en su indignación, el principio monárquico al culto idólatra, y dice que rechazar el gobierno de los jueces

por el gobierno de los reyes equivale á rechazar Dios por Baal; pues el rey enganchará como bestias los hijos de Israel á su carro de guerra y desmontará los jinetes para constreñirlos á correr desalados delante de sus yeguas; cosechará lo que siembren y devorará lo que trabajen; arrancará sus hijas al hogar y las recluirá deshonradas en el serrallo; repartirá las siembras, los viñedos y los olivares entre sus favoritos y diezmará los ganados; disputará él pan que lleven á la boca y el vino que lleven á los labios para distribuirlos entre sus eunucos; tratarálos como á domésticos y azotarálos como á esclavos, tanto, que alzarán las manos en su dolor al cielo y no serán oídos por querer la tiranía de los reyes, mayor que la tiranía de los Faraones, y aceptar la servidumbre monárquica, peor cien veces que la esclavitud en Babilonia y en Egipto.

Todas estas ideas, que andaban por las inteligencias de aquellas mujeres, descendieron muy pronto á sus labios y estallaron en profecías expresadas por medio de ardorosos himnos. Podrá llamar una crítica de seca disección, al poner las ideas vivas en el estudio anatómico de los cuerpos muertos, podrá llamar videntes á las mujeres del Evangelio, como á cualquier maga ó hechicera de Asia, y visiones más ó menos neuróticas á sus mis-

teriosas esperanzas y á sus proféticos anuncios, como á cualquier horóscopo de vulgar adivino. Lo cierto es que han por completo cambiado la faz del planeta, y derretido la corona de los Césares, y tronchado las armas de las legiones, y puesto en movimiento hacia el ideal vivo los pueblos asentados en las tinieblas, y traído un espíritu nuevo al seno exhausto de la humanidad envilecida, y rehecho aquellas libertades que parecían expulsas para siempre al acallar la tribuna de los Rostros donde ardían los eternos principios del progreso universal, y entrado en la ergástula de los siervos para darles un derecho idéntico ante Dios y los hombres al derecho de sus empedernidos señores, y santificado la pobreza frente á las dilapidaciones del excesivo lujo, la humildad frente al despotismo de los tiranos soberbios, los amores del alma frente á las brutalidades y excesos del sentido, los que lloran frente á los ahitos, la justicia frente á la tiranía. Por eso el mundo no ha llamado sólo historias á las narraciones de todos estos acontecimientos, las ha llamado Evangelios; por eso la emoción, que despertaran en el ánimo, vivificó las tablas llenándolas de figuras inmortales como la palabra creadora llenó los espacios de soles y de mundos; por eso la oración, que sugiriera en los espíritus, alzó las piedras y

las hizo expresar ideas en las catedrales, cuyas cúspides frisan airosas con lo infinito; por eso ahora mismo estos cantares, acompañados por las notas que despiden las trompetas angélicas ante las aras y conducidos en las espirales del incienso determinan y alientan una incomunicable poesía, la cual toma todos los tonos y tiene todas las solemnidades múltiples de una grandiosa epopeya repetida en coro por cien generaciones. Yo de mí debo decir que allá, por mi lejana infancia, cuando, en los oficios de mi parroquia oía, bien el *Magníficat*, bien el cántico de Zacarías, exaltábase mi espíritu entero hacia el Creador, aunque no pudiera mi razón definir con claridad ni mi juicio apreciar con exactitud la trascendencia de todo cuanto en ellos se guardaba y contenía, reconocido y mostrado tan sólo en la inmanencia perdurable que alcanzan á una en el espíritu y en el mundo todas las grandes y luminosas ideas. Pero continuemos nuestra narración, mejor dicho, leamos á San Lucas. En cuanto vió Isabel á María palpitóle con fuerza el corazón y saltó la criatura que llevaba en su vientre. Después del ángel, á quien Dios confiara el ministerio de su Anunciación santísima, el primero entre los seres á reconocer y pregonar el Redentor y la redención, fué Isabel, como que debía parir al Bautista. La primera manifestación

del esperado triunfo y del advenimiento de un Mesías, por ambas mujeres ya conocido, fué la viva confianza y seguridad en las celestiales promesas. A tal fe viva debe atribuirse aquella intuición maravillosa, por la que adivinara con tal certeza cuánto iba el mundo á presenciar en lo sucesivo. Así es que un sentimiento de divina exaltación la sobrecogió, viendo acercarse, tan modesta y humilde, á ella la madre divina del Salvador de los hombres, y la bendijo antes que la bendijeran y adoróla con verdadero culto antes que pudieran adorarla todas las venideras generaciones, diciéndola: «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.» Entonces vió pasar Isabel en su memoria todas las profecías y á su vista el cumplimiento realizado en aquella hora sublime. Colocada entre un ocaso y un alba, entre la edad antigua que acaba y la edad moderna que amanece, atribuye á la fe viva el cumplimiento de todo lo proféticamente anunciado en aquella prolongadísima sucesión de siglos y de profetas. «Bienaventurada la que creyó, dice, porque se cumplirá todo cuanto le anunciaran de parte del Señor.» Tal palabra resume toda la historia del pueblo escogido. Podría ser mucha esa vulgaridad irremediable, con que le dan en rostro sus eternos enemigos; mucho ese cruel egoísmo que le llevó á guardar el

carácter de tribu y á no adquirir el carácter de nación, aun después de amasados veinte siglos seguidos con todas las naciones modernas; mucha la empedernida ingratitud en su pecho y el aislamiento á que lo condenaban sus celos y sus recelos de todo el mundo: la fe viva en un ideal de justicia le alza hoy mismo entre todos los pueblos y hace que su Dios tenga los viejos altares y la nómada tienda del desierto en los templos donde rezan los pueblos cultos; y sus profecías y sus salmos, todas sus letras, resuenan en los oídos nuestros con igual veneración que cuando se dictaron, y el estudio y las meditaciones sobre su libro único serán el alimento intelectual y moral de todas las conciencias que brillan con verdadera luz y despiden verdadero calor en los infinitos cielos del espíritu. Isabel resumió en sublimes palabras toda la fe y toda la esperanza de su pueblo al decir que se realizaban las viejas profecías.

¿Y qué diremos del *Magníficat*, con cuyas estancias responde á Isabel María? El cántico gregoriano tiene sobre mí un especial influjo. Las monótonas salmodías con que acompaña el coro eclesiástico en las iglesias una letra de tanta tristeza como los versículos del *Miserere*, hanme conmovido más que las estancias sublimes de Allegri, aunque las haya oído entre los profetas y los

titanes de la Sixtina, tronando y maldiciendo. Pues creo que ninguno de cuantos compositores han trazado misas de Réquiem llevó nunca jamás en sus cadencias un escalofrío como el que despiertan en los ánimos piadosos las estrofas sublimes del *Dies Iræ.* Yo creo escuchar el ruido que hacen las losas de los sepulcros cayendo y levantándose á una sobre los abismos, así como el resuello primero de los muertos resucitados al recoger en sus cóncavos pechos el aire de la vida y su terror al tener que presentarse todos sobre los escombros de un desquiciamiento universal en presencia del Supremo Juez para oir el postrero inapelable juicio. Pues el *Magníficat* produce un efecto contrario. Diríais que oís el cántico de triunfo. A sus cadencias la esperanza entra en el pecho, se impulsan con celeridad los movimientos de la sangre como un aire muy oxigenado y por ende muy puro. En Valencia, en aquellas festividades tan hermosas de nuestras iglesias, cuando, poco antes de la procesión, repicando á vuelo todas las campanas en regocijo continuo y encendiéndose todas las luces como estrellas por la noche, alzan los coros al cielo, ante la Virgen, ornada de pedrería, cuyas facetas producen chispas de colores, puesta sobre las andas y peanas de ángeles alados y nubes argénteas, revestidos por sus dalmáticas, al són de los

órganos y al aroma de los incensarios que azulan los aires y de la salvia y el espliego que tapizan los pavimentos, este *Magníficat* cantado por voces innumerables parece siempre el acento de una grande y alegre pascua, difundiendo felicidad y alegría por traernos al corazón y á las mientes una seguridad completa de la victoria del bien sobre el mal en la completa y feliz consumación de los tiempos. Lo he dicho muchas veces y lo renuevo ahora. El *Magníficat* me ha parecido de antiguo el cántico de la república cristiana, y, por tanto, de las repúblicas varias que fundaron en varias coyunturas históricas los ciudadanos de nuestros libres y democráticos municipios, los trabajadores que levantaron esas ciudades itálicas, en cuyas frentes ardieron las llamas del ideal progresivo, los montañeses que difundieron por las laderas de los Alpes el germen de una democracia que ha purificado de muchas manchas á Europa y guardado un germen de progreso bajo las doradas de su espíritu, los cristianos que alzaron en Holanda un verdadero santuario á la razón y á la conciencia libres, los puritanos de Inglaterra, los cuákeros de América, los apóstoles de la libertad universal. ¿Y en quién podríamos personificar mejor, en qué simbólica, esta forma de gobierno tan hermosa, erigida sobre nuestros errores y nuestros

males, que en esta Virgen Madre, la cual ciñe á las amplias sienes suyas el esplendor de todos los ideales, y quebranta, bajo sus pies, con fuerza incontrastable, la serpiente del mal, reuniendo los dos primeros atributos de la mujer, que no pueden por modo alguno en ella excluirse, la virginidad y la maternidad? Quien crea que nosotros exageramos atribuyéndole este sentido al canto sublime de María, no debe hacer más que leerlo y encontrará en sus estancias las venas de ideas que nosotros hemos señalado y lo colocará entre los himnos de la humana libertad.

Strauss no participa de nuestro pensamiento, pues le parece falto de originalidad y sobre otros documentos bíblicos impreso y calcado este himno. Él mismo cita las palabras de Ana en el primer libro de Samuel. Compulsándolas no veo fundamento á su juicio. El espíritu judío brilla más en los cánticos de Ana y el humano espíritu brilla más en los cánticos de María. Las estancias de aquélla repiten los rugidos de los leones de Judá; las estancias de ésta repiten los balidos del inmaculado cordero de nuestra redención. El cántico de Ana me parece un cántico de guerra; el cántico de María me parece un cántico de reconciliación. La mujer del Antiguo Testamento apenas abre los labios cuando habla de sus enemigos; mientras por el evangélico

Magníficat circula un soplo de amor que todo lo dulcifica y orea. El Dios de Israel aparece como una evocación histórica en Ana, encerrada por completo dentro del pueblo judío, mientras el Dios de María rebosa en los límites de Judea y trasciende á toda la humanidad. Así en los versículos de Ana se comienza por loar extraordinariamente al Dios del pueblo escogido y por amenazar con extraordinarios furores las altanerías y las arrogancias de sus enemigos. En verdad, Ana, cual María, rompe los arcos del fuerte para que puedan ceñirse de fortalezas los débiles; arguye á los hartos y satisface á los hambrientos; promete á la estéril hijos y conmina con muchos mortichuelos á la fecunda; levanta del polvo al pobre y lo coloca entre los príncipes; enaltece á los santos é impele á los impíos hacia las tinieblas. Mas todo esto aparece allí como despojo de un combate y resultado de un triunfo. Bien al revés de lo que vemos en el *Magníficat* de María. Esta maravillosa poesía proviene de las efusiones del alma. Un Dios de caridad anima todos sus versos. El presentimiento de la beatificación que tendrá en el mundo cristiano la mujer, impele todas las estrofas: *Beata me dicent omnes generationes*. Y la misericordia resplandece allí más que la justicia. Y á virtud, por eficacia de tal sentimiento, depone á los reyes de sus tronos y

exalta en su corazón á los humildes; despoja de sus riquezas á los potentados y enriquece á los menesterosos: *Potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles: exurientes implevit bonis, et divites missit inanes.* Sí, lo repetimos, la protesta de Cicerón, el holocausto de Bruto, el día de Farsalia, la noche de Filippos, el sublime sacrificio de Catón en Utica, no alcanzaron lo que alcanzó este cántico de María, demostrando cómo la idea, siquier se diga y exprese por una débil mujer, troncha como cañas los cetros y derrite como cera las coronas.

Esta escena de la Visitación influyó muchísimo en la pintura y en los pintores cristianos. Yo no evoco aquí, para mostrar el poder inmenso de los Evangelios y de sus principales pasos en la pintura cristiana, sino aquellas tablas y lienzos recordados por mi memoria vistos por mis propios ojos y con verdadero culto en la memoria. Una de las Visitaciones más notables que hay en el mundo la guarda el ostentoso Louvre de París. Débese tal obra de verdadero mérito á Ghirlandayo. Las creaciones de éste provienen mucho del medio ambiente que le rodea, donde se nutre su espíritu. La escuela de Giotto, proviniente de Cimabué, aunque se había emancipado por completo de la regla y liturgia bizantinas, yacía en el seno de la Iglesia, viviendo á la continua de sus ideas como de una espiritual

atmósfera, perteneciendo á la Iglesia su existencia y su historia, como en la naturaleza cada individuo y cada objeto pertenecen, ó bien á uno de sus reinos, ó bien á una de sus especies. Pero en esta escuela de Giotto brotaron dos direcciones capitales, una encaminada directamente al naturalismo y otra encaminada directamente al idealismo. La encaminada directamente al naturalismo dió de sí á Masaccio, y sus frescos florentinos del Carmine, hasta producir á la postre un Lippi, el naturalista por excelencia; y la encaminada directamente al idealismo dió de sí un Angélico de Fiesole y sus ángeles, que parecen bajados á una de los cielos por divina permisión, ó entrevistos en los cielos desde la tierra por los medios milagrosos del éxtasis y del deliquio. En Ghirlandayo comienza una reconciliación entre las dos escuelas, comienza el moviento que, pasando por Perugino y Vinci, debía dar de sí, como término postrero, los dos dioses del arte, Rafael y Miguel Angel. De este último fué maestro Ghirlandayo. Así las figuras suyas, aunque pertenecientes al medio eclesiástico, tienen ya la desmedida estatura colosal de los titanes paganos, é indican cómo la humanidad ha crecido y entrado por las triunfales puertas del Renacimiento. Este pincel de Ghirlandayo trazó la Visitación en uno de sus cuadros. Un arco de triunfo lo llena, un arco de

triunfo romano de la grande antigüedad, objeto muy repetido en sus composiciones á causa de lo muy fijado en su mente. A un lado y otro del arco vense dos enormes santas, las cuales pertenecen, por sus estaturas desmedidas y por sus actitudes teatrales, á lo más profano que había producido hasta entonces la escuela naturalista. Y tras el arco, en lontananza, resplandece una campiña completamente italiana, de Florencia, mejor dicho, florentino, entre cuyos verdores brillantes y matices variadísimos resaltan muros de trazo muy geométrico y edificios de corte muy elegante. Bajo la curva del arco encuéntranse Isabel y María, joven ésta, de años aquélla, como quiere y pide la más ortodoxia liturgia. Una y otra llevan trajes que se parecen mucho á las pluviales capas de los arreos eclesiásticos. Isabel se postra de hinojos ante su virginal prima, quien se baja con ánimo de levantarla y sostenerla. Mientras todo alrededor suyo aparece profano, todo, el campo, el arco, el paisaje, los objetos allí esparcidos, en los rostros de las dos mujeres hay mucho del idealismo en que sus almas estaban absorbidas y mucho de las sendas esperanzas que latían en sus respectivos senos. Pero la escena de suyo á este respecto más maravillosa es la ideada por el divino Rafael, que puede verse y admirarse á todas horas en el Museo

de Madrid. Las dos santas mujeres se avistan en el campo, y, si queréis, en el campo de la Umbría. Los delineamentos de sus figuras, las armonías de sus cuerpos, el reposo en que se ven plantadas como estatuas fijas en pedestales inconmovibles, la nobleza de sus actitudes, la proporción geométrica de sus formas guardan todo cuanto el arte antiguo nos legara de más acabado en la perfección suma. Pero tras el reposo este suyo, tras el concierto y armonía de la escena, tras la serenidad inconmovible y olímpica en la doncella helénica y en la noble anciana, las dos bellísimas en sus diversas edades, ¡cómo el espíritu cristiano se revela en toda su magnitud, rebosando de los reducidos espacios materiales y trayéndonos lo invisible con lo infinito! La campiña verde, atravesada por el Jordán; la figura divina del Eterno apoyada en los ángeles y parecida en su plástica perfección á lo que llamara prototipos y arquetipos la escuela platónica; las dos mujeres que se tienden la mano con efusión y se hablan de sus divinas misiones en el mundo con elocuencia dicen cuánto ha madurado el espíritu al pie de los altares, y sin disminución y mengua de la ortodoxia cómo se han unido el mundo antiguo y el mundo moderno, con lo cual todos los pueblos reconocerán el mismo ideal y formarán superior síntesis los tres capitales térmi-

nos de la humana historia, el mundo asiático, el mundo helénico y el mundo cristiano.

XI

¡Bendita sea la Natividad sacra del Señor! ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira la noche dedicada por nuestra liturgia tradicional á conmemorar el nacimiento de Cristo! La religión cristiana, como las religiones de Grecia y Roma, santifica los dos solsticios, el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en el más largo de todos los días, la Iglesia celebra la Natividad del Bautista; y en el solsticio de invierno, en el más corto de todos los días, la Iglesia celebra la venida del Redentor, escogiendo el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse, dentro de los límites y relaciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse la enamorada canción del sencillo cuen-

to. Camino de las almas ¡cuán desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en el seno de los aires y las ideas en lo interior de nuestro espíritu. Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en lo infinito moral. Cuando San Lucas narra, con la sencillez propia de la narración evangélica, sublime sencillez, la fuga de José y María escapados á los rigores del censo romano, la venida de la noche al establo de Belén, el nacimiento de Cristo en las pajas de un pesebre, el cántico de los ángeles en lo alto de la gloria, la reunión de los pastores cargados de rústicas ofrendas y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía de ningún modo adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo estas páginas transformaban las almas para desasirlas del sensualismo antiguo y movía las piedras para levantarlas en triángulos místicos por las hermosas catedrales, y elevaba las imaginaciones con alas nuevas á las cumbres de lo ideal, y produducía otros Estados en la sociedad, modificando desde las instituciones hasta las costumbres en renovación lenta, y profundísima, y universal, consecuencia indeclinable de una compenetración mayor entre el humano y el divino espíritu. Pero de-

jemos estas reflexiones, que ni caben ya, ni pueden caber en este nuestro tema. Examinen otros si la Nochebuena se instituyó por la Iglesia helénica ó por la Iglesia romana; si designó San Agustín el 24 de Diciembre para la Natividad, San Epifanio el 6 de Enero, y otros padres, en sentir de San Clemente Alejandrino, fines de Abril y Mayo; si en su Homilia trigésimaprima el Crisóstomo dice que diez años antes de pronunciada tal arenga desconocía tamaña festividad: dejemos á los que de sabios y eruditos suelen preciarse dilucidar tales cuestiones y vamos á recordar cómo la Natividad santísima del Salvador, este acto supremo en la vida sublime de María, suele comprenderse y festejarse por los pueblos cristianos, á que nosotros pertenecemos por virtud y obra de nuestra raza y de nuestra sangre. La vida entre los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde tiene tanta hermosura el suelo y el aire tanta luz, la vida en tierra embalsamada por el azahar, bajo un cielo embellecido por el arrebol, junto á unos mares plateados de espumas que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul, la vida guarda indecible poesía en tan deslumbradores sitios. Para gustarla precisa ir, no á la ciudad, al campo, á las aldeas; no al puerto mercantil, oscurecido por los vapores de la hulla y cubierto por los

productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde, so las aguas, tan transparentes como cristalinos manantiales, se ven juguetear y chispear, quebrando el resplandor de la luz en sus escamas los multicolores pececillos. El día se dobla en la celeste superficie; el aire se carga de unas exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas y chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como aguardando el oleaje á guisa de la Galatea del Idilio; la barca yace inmóvil sobre las arenas esmaltadas de conchas, entre las cuales brilla, como gigantesco trozo de azabache, la brea luciente; aquí saltan los chiquillos, corren con sus trajes de dril azul y sus gorros de lana carmesí; allí mécese la red tendida de higuera en higuera y el cenacho cubierto de algas y aparejado para contener las marinas cosechas; allá cantan los calafateadores que componen las naves apercibidas á desafiar las tempestades; acullá claman las pescadoras, semejantes con sus pies desnudos y sus cabezas coronadas por la circular cesta á las estatuas conocidas entre los griegos con el nombre de canéforas; acullá se dilatan los grandes copos recién extraídos, entre cuyas mallas, prendidas al término de largas maromas, centellean, mezcladas con el moho verdeoscuro, cristalizadas partículas, semejantes á pedrería, y salta la pesca bri-

llantísima coleteando, mientras por los límites del horizonte pasan latinas velas hinchadas de soplos favorables y seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno, acompañadas de los delfines que parecen volar entre las espumas batidas por sus lustrosos cuerpos, rompiendo con la quilla y con la proa el agua para dejar tras de sí fugaces pero luminosas estelas.

En estos grandiosos espectáculos, nuevos á la continua, necesariamente las almas de los pueblos, como las almas de los individuos, toman brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de resultar por necesidad poéticas y alegres. Yo recuerdo aún la poesía que todos los años me reservaba en el santo seno de la familia esta festividad incomparable de la Nochebuena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían á una en descomunales ollones; los recentales, y las gallinas, y los pavos que se aderezaban para el día siguiente; la dulce peladilla de Alcoy; los turrones hechos con azucaradas almendras de Gijona ó de Alicante; los frescos cardos áporcados en los hermosos bancales; tantas gollerías propias de las Navidades. Los muchachos agujereaban los pucheros que les caían en las manos, y tapándoles la boca con pieles de conejo secadas al fuego, en cuyo centro ponían unas cañitas, arreglaban las ruidosas zambom-

bas. Industrias no menos primitivas procurábannos todos los demás instrumentos. El pandero con sus ruidosísimas sonajas, las castañuelas con sus lazos de seda, habían menester más aparato; pero los rabeles, aparejados con una guita untosa y los caramillos de cañas que podría envidiar el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, generalmente fría y lluviosa, mientras el viento aullaba en los ramajes, ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno; bajo las anchurosas campanas de las chimeneas chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces brillaban á guisa de meteoros, entre las columnas de humo, centellas múltiples, y en la roja ceniza deslumbraba nuestros ojos el nochebueno, el inmenso tronco de oliva ó encina, reservado de antiguo para este momento y parecido á una inmensa gigante brasa. ¿Y el nacimiento de Cristo? Las estatuas y los cuadros que luego he visto en mis correrías por el mundo no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis sugerido por aquellas toscas figuras de barro cubiertas por colorines chillones. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana con varios ramajes y flecos. En torno de la mesa nosotros mismos amontonábamos el espliego,

la salvia, el tomillo, recién cortados del monte, que formaban como alfombra mullida, la cual, á nuestras pisadas, despedía fortificadoras esencias. Una peña de cartón polvoreada de vidrio, á cuyas facetillas denominábamos vidrio volador en jerga provincial, representaba el Belén, tomando á los reflejos de las velas contenidas en candelerillos de plomo y en las arañas de latón visos de un rocío luminoso. Por las quebradas, entre hojas de lentisco, descendían, reproducidos en barro, los borregos de blancos vellones y las ovejas, regidas por un pastor, quien llevaba para el Niño Dios, colgado al cuello, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón aderezaba las migas puestas en perol anchísimo á la lumbre; allí una fuerte labriega, con su azul zagalejo y su negro corpiño, sobre cuyos pliegues blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía los potros al abrevadero; más lejos retozona muchacha parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro cofrade suyo, asentado sobre un saco de avena, encentaba el pan ó el queso; en las alturas veíase brillantísima constelación de talco, que guiaba los reyes magos, caballeros en sus hacaneas y envueltos en sus mantos de púrpura y armiño, con sus coronas áureas

á las sienes y sus vasos de mirra en el puño, mientras abajo, sostenido por un ángel de túnica celeste y blanca el *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, y bajo tanta enseña el pesebre con la mula en un lado y el buey en otro por el término primero; por el segundo la Virgen y San José, ambos poseídos de una contemplación extática, y sobre las pajillas el reciénnacido, al cual besábamos como á un pequeñuelo de veras y adorábamos como al Dios de la verdad. Entonces, aunque supiéramos el *Musa, musæ,* no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y, por consiguiente, no llegábamos á comprender toda la importancia conseguida por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio el rostro, bostezando y soñolientos, á quien viniera diciéndonos cómo el buey con la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente, que se alza por los cielos enrojecidos, inspira la idea de que el toro, compañero de su dios Mitra, debe ser el primer animal criado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza de suyo la riente aurora y augura el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y augura la tempestad entre los supersticiosos eslavos; cómo, según los antiguos alemanes, los cuatro bueyes, hijos de Gefión, surcan y remueven la tierra patria con sus

arados, y según los antiguos franceses un toro de piel atigrada engendra la raza de los merovingios al borde mismo de los mares; cómo Júpiter viene, según los metamorfoseos helenos, sobre las ondas jonias á las poéticas orillas donde naciera Europa; en las creencias nuestras de aquel entonces era el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de Diciembre, y la mula estéril por haberse tragado la paja del sacratísimo pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre tal tema delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían á una con verdadera pasión, tan prontos para dar un bollo al pacífico buey como para romper un hueso á la mula espantadiza y estéril! ¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas llenas de perdigones, el campaneo de las almireces, el rasguear de las guitarras y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios con la más desenfrenada alegría y promoviendo las más regocijadoras algazaras. Sin embargo, el

movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas desde las cocinas al Nacimiento, los arreglos del Belén, el cántico y el baile acababan por del todo rendirnos y prestarnos un sueño más pronto y más profundo que nuestro sueño corriente, quedándonos medio dormidos sobre las sillas y los bancos, hasta que las campanas de las parroquias nos despertaban llamándonos á misa del gallo, cantada en la media noche, donde á todos los estruendos se reunían las trompetas del órgano. ¿No os ha pasado muchas veces, viendo moverse un corro de niños en Nochebuena alrededor de un Nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que les reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre copiosa en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en su agonía y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los patíbulos.

El grande arte ha exaltado también, sobre todo la pintura, el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores, entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á pare-

des, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño Dios, desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que á una, con los humos de sus alientos, lo abrigan; el varon justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la madre, absorta en ver y contemplar al tierno reciénnacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bello argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en tal obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura y antigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen todo su fondo. En segundo término álzase lo que podríamos llamar

campesimo sombrajo: una choza meridional, á todos los vientos abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel suelo no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombra. En tan mullido y verde tapiz, bien puede reposar el Niño Dios, con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura, la vejez, contemplan á una, en éxtasis, el cuerpecillo, donde se compendian la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la escena, con reposo digno de cualquier estatua clásica, en edad que no puede atraer á las mujeres ya, muy anciano, diciendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil

mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves, que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más alígero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chío escanciado en copas áureas cincelas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas, que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo décimoquinto y las alboradas hermosísimas del siglo décimosexto, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraor-

dinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble Adoración de los Pastores, preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándonosla para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la fresca encarnación de los tiernos cuerpos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros.

¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! Los mismos pintores del Norte han tratado tal religioso idilio. Alberto Durero llegó á trazar una especie de mesón germánico, donde sucede la Natividad. En la enseña de semejante posada vense con sus propias abreviaturas y cifra el año noveno de la décimasexta centuria, en que pintó su cuadro. Todo responde allí al más exagerado naturalismo: paredes ruinosas, en las cuales ha producido el húmedo ambiente Norte musgos, mohos y otras parietarias plantas; arcos vulgares de ladrillo, como los corrientes y usados en Alemania; la mansión helvética, levantada sobre pilotes y dispuesta para contrastar los vientos y las aguas; el vestíbulo donde hay un viejo trabajador, que vierte un pozal de agua recién escanciada en vulgar ánfora; María, de corte muy ordinario, adorando á su hijuelo desnudo sobre unos pañales; José, cuyo aire piadoso desdice de la general vulgaridad; la mula y el buey, que miran á Jesús con ojos avizo-

res é inteligentes: nada sobrenatural, nada inspirado, nada religioso en este cuadro. No se descubre allí figura celestial de ningún género; no se oye allí tampoco la vulgar melodía que suele cerner sus alas en el más pagano cuadro de Italia. Si el pintor no dijera que ha querido representar á Belén, y no se hallasen María de hinojos y José absorto, nadie imaginara este cuadro un cuadro litúrgico.

Así la verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa, como nadie, los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indoeuropeos, en sus composiciones todas. Nadie ha pintado como él ese resplandor de lo supraesencial, en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación etérea que todo lo esclarece con el calor divino que todo lo vivifica sugiérenle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San Juan, del Evangelista que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo

criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor alguno adivinaciones como las suyas de lo que significan, así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea sustancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama *La Noche* al cuadro maravilloso del museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús. Y le llama *La Noche*, porque todo está osuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mistíca luz desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que, de pronto, vierais en profunda oscuridad la vía láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se crea y adivine por la fe.

A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su Adoración de los Pastores. El sevillano excelso, cuando no traza las Concepciones etéreas, que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas, como cualquier literato y pintor, aquejado, por desgracia, de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad, no hay como ver la Sacra Familia del Pajarito. Banco y formón de San José; devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas á los pies de éste; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje oscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el pañal en que descansa jugueteando su hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, pero sin idealidad ninguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al brazo, vuelve de cualquier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al

cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo, como en el cuadro de Durero, es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Todos estos cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo.

Pero volvamos á la historia. Los dos evangelistas narradores de la Natividad de Cristo, son Mateo y Lucas. El primero la menciona tan sólo al comienzo de su capítulo II, de esta suerte: «Y como naciera Jesús en Belén de Judea, por los días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del Oriente á Jerusalén. Y preguntaron: «¿dónde se »halla el rey de los judíos que ha nacido? Su estre- »lla se ha visto en Oriente, y nosotros llegamos á »reverenciarle.» Oyendo esto el rey Herodes, turbóse mucho y con él toda Jerusalén. Convocados á este respecto los príncipes de los sacerdotes, así como los escribas del pueblo, preguntóles dónde había de nacer Jesús. Y le dijeron: «en Belén de Judea, »porque así está escrito por el Profeta. Y tú, Belén,

»de tierra de Judea, no eres pequeña entre los prín-»cipes de Judá, porque de ti saldrá un guiador que »sostenga y dirija mi pueblo Israel.» Entonces Herodes, reuniendo en secreto á los magos, sacó de ellos el tiempo en que les apareciera la estrella, y, enviándolos á Belén, dijo: «Id allá y preguntad con »diligencia por el niño. Y después que lo halléis, »avisádmelo, para que yo también vaya y lo ado-»re.» Y ellos, oído al rey, se partieron. Y la estrella, vista en Oriente, les dirigía y guiaba en todo el camino, hasta que, llegados á su término, se posó donde Jesús estaba. Y, notada la detención de tal estrella, holgáronse con verdadero intensísimo gozo. Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María.» Hasta aquí San Mateo. Veamos á San Lucas ahora: «Y aconteció por aquellos días que saliera edicto, por Augusto César ordenado, mandando empadronar á todos los hombres. Tal empadronamiento se cumplió gobernando Cirenio la Siria. E iba cada cual á empadronarse en la respectiva ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto pertenecía, según su estirpe, á la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer, su desposada, la cual María estaba en cinta. Y aconteció que, hallándose allí, vinieron aquellos días, en los cuales

debío parir ella. Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el mesón. Y rondaban pastores por la misma tierra, velando de noche sobre su ganado. Y vino del cielo un ángel del Señor sobre todos ellos, y el éter celeste los circundó con su resplandor, y tuvieron gran miedo. Mas díjoles el ángel: «No temáis, porque aquí, »ahora, os doy nuevas de mucho regocijo para todo »el pueblo. Haos nacido en la ciudad de David hoy, »un salvador, que es Cristo. Y se os revelará esto »por señales. Hallaréis al niño envuelto en pañal »y echado en pesebre.» Y súbito fué con el ángel una muchedumbre de los ejércitos celestiales, quienes alababan al Criador y decían: «Gloria en las »alturas á Dios y en la tierra paz á los hombres de »buena voluntad.» Y como los ángeles volvieran al cielo, dijéronse unos á otros los pastores: «pasemos, »pues, hasta Belén, y veamos esto que nos ha su»cedido, manifestado ya por el Señor.» Y hallaron á María y á José con el niño acostado en el pesebre. Y al verle, notificaron lo que les revelaran de él; y todos los que oyeron, se maravillaron de cuanto los pastores decían. Mas María guardábalo en su corazón. Y se volvieron los pastores loando y glorificando á Dios, por haber pasado como se lo anunciaran á ellos.» Hasta aquí los Santos Evangelios.

La vieja literatura, preciada de ortodoxos, no se contenta con esta narración de la Natividad del Señor, en cuya doble autenticidad hay que librar todo lo sabido respecto de tal hecho. Así refiere que María pidió á San José licencia para disponer los fajos y mantillas en que abrigó á su hijuelo. Tela de lino hilada por sus propias manos y urdida le valió para primer pañal; tela de lana ligera y suave le sirvió para la primer mantilla. Tejióle más tarde adrede para él túnica inconsútil. Y no se contentan los escritores ortodoxos con saber la materia de que se componían los vestiditos de Jesús, también saben el color, blanco y morado; también saben que previno José flores y hierbas y otros aromas, de los cuales María compuso agua olorosa, y rociando los fajos, doblólos, y aliñólos, los guardó en una caja, donde los llevó después consigo á Belén. Y saben más, saben que, determinado el día de su partida para cumplimentar el edicto de Augusto, con diligencia salió José por Nazareth en busca de cualquier animalejo sobre que llevar á su esposa, y le costó mucho trabajo encontrarlo por el número de gentes idas á cumplir el edicto. Y saben que, tras varias diligencias y penosos cuidados, José dió con pobre jumentillo, sobre cuyo lomo colocó á María juntamente con aguaderas y zurrones, en que iban panes, frutas y

peces, ordinario manjar de que se nutrían y regalaban. Y aun dicen más, aun dicen que, tras cinco jornadas, llegaron á Belén, sábado, en punto de las cuatro de su tarde, hora en que, por el solsticio de invierno, el sol se despide y se avecina la noche. Y siguiendo en su narración cuentan cómo no hallaron los esposos posada, pues nadie quiso abrirlos; cómo, á virtud y por obra de todo esto, se refugiaron en la cueva de Belén; cómo esta cueva miraba seguramente hacia el Norte; cómo José limpió el suelo y los rincones de la cueva en gran trecho; pues corridos los ángeles de verlo en tal faena, descendieron allí hasta barrerla y desempedrarla por completo.

Inútil decir que para los escritores piadosos el censo prevenido por Augusto no debe ser puesto por ningún erudito en duda. Y, sin embargo, no ya en duda suelen ponerlo á una los escritores racionalistas, lo niegan en absoluto y añaden que no lo hallan en documento ninguno auténtico, cuando tan registradas y reconocidas fueran las relaciones de análogas ordenanzas, extrañando mucho que los escritores romanos de autoridad probada elidan un edicto emanado de Augusto, ellos tan habituados á inscribir en sus anales otros actos de Augusto más ordinarios y sencillos. También les maravilla por todo extremo que, habitando María y José la

ciudad de Nazareth, se fueran para tener su hijo á Belén, sitio muy distante, y por caminos en aquella sazón muy peligrosos. Revuélvese Strauss contra la narración evangélica, y asegura que ha sido exclusivamente dictada por el empeño antiguo de unir y enlazar con la casa del viejo rey David la casa del Redentor Jesucristo. Y como quiera que las profecías anunciasen previamente á Belén como cuna del mesianismo, convinieron Mateo y Lucas en dar al Mesías la villa de Belén por lugar propio de su nacimiento. A todo esto los racionalistas añaden que nunca sus contemporáneos llamaron á Jesús belenita: llamáronle, por lo contrario, siempre Nazareno. Y dicho esto consideremos lo que dicen tales narraciones. No se puede, no, penetrar con tal estrecha crítica en estas religiosas expansiones de la humanidad. Los mismos que niegan y combaten la tradición cristiana encuéntranle muy numerosos antecedentes en las tradiciones índicas. También allí una joven pare al Salvador Krichna, y queda virgen; también allí los pastores, avisados por celestiales voces, corren á buscar esta encarnación misteriosísima de su Dios y la encuentran á media noche; también allí aparece como animal simbólico el buey; también allí las estrellas brillan en este acto con luz más fúlgida y cantan los espíritus y los genios celestiales en coro difundiendo

por la creación y por el espíritu un inextinguible regocijo. Dejemos al género humano encerrar en cuantos símbolos y tradiciones le plazca estas divinas verdades religiosas, y convengamos en que han redimido á la humanidad entera, después de haberla impulsado por los misteriosos caminos del progreso.

XII

Dicen todos cuantos visitan á Belén que un regocijo misterioso despiden sus campos y sus breñas, muy en contraste con la melancolía despedida por los escombros de Jerusalén y por los fantasmas errantes en procesión y en tropel sobre tan sublimes ruinas. En dos ó tres horas á caballo se recorre la distancia que media entre la cuna y el sepulcro de Jesús. En el trayecto han de topar los viajeros por fuerza con el sitio donde se dilataban y lucían aquellos tan celebrados jardines de Salomón, por cuyos pabellones y florestas el harén oriental de tan voluptuoso rey se holgaba, oyendo á la continua el *Cantar de los Cantares,* ó sea el precioso idilio consagrado al amor de los amores. Mas los viajeros añaden que todo ha desaparecido, y que la sucesión incansable de siglos numerosísimos y las cóleras voraces de conquistadores ejércitos no han dejado si-

quiera un despojo tangible de tan celebrados y encantadores edenes. Como en las riberas mediterráneas nuestras, los cactus del áloe y del nopal se retuercen á una entre los pedregales; el olivo sombrío y la clara higuera empolvada tienden las ramas á una sobre ribazos y sendas; de trecho en trecho se levantan las columnas de aisladas palmeras y se oyen las palmas resonantes al beso de los aires marinos exhalados por el celeste y fresco Mediterráneo. Belén, alzado en una eminencia escarpadísima, parece accesible tan sólo por la parte conducente á Jerusalén. Así puede llamársele verdadera península de breñas, por Océano de arenas muy cercada. En lo alto de la colina, con aspectos de antigua fortaleza, las iglesias y los conventos bizantinos forman como una especie de corona litúrgica. No puede la historia señalar con exactitud el sitio donde naciera el Salvador. Las más auténticas relaciones datan del siglo segundo, y se hallan escritas por Justino *el Mártir*. La repugnancia invencible, opuesta por la sinagoga de los judíos á la Iglesia de los cristianos, sin comprender cómo éstos difundían la idea de su Dios por todas las tierras y todas las razas, evitó á los primeros fieles el señalamiento y fijación de los espacios y sitios donde pasan las escenas capitales del Evangelio. Sin embargo, la puerta de hoy,

mirando á Jerusalén, resulta la misma puerta por donde penetraron la noche antes de nacer Jesús los padres á quienes consagramos todos religioso culto.

En Asia bien puede asegurarse que alcanza el agua estimación tal como el vino y la cerveza en los pueblos boreales. La poesía de Oriente se goza en comparar los más hermosos objetos con la nube, con la fuente, con las linfas, con las aguas, con todo aquello propio para recordar á la sed meridional frescores y humedades. Así el pozo está en Belén junto á la puerta y el círculo de su brocal sirve como de centro á las reuniones y á los coloquios del pueblo. Un pozo atrae. La joven corre á él para escanciar agua en su cántaro y conducirla sobre su cabeza de canéfora con garbo á la casa. El mozo espera naturalmente á la moza en aquel sitio. Los ancianos, atraídos por el espectáculo de la bella juventud, congréganse allí donde los jóvenes. Y de todo esto resulta la existencia de un Foro natural y la reunión de unas asambleas populares que duran y perduran por siglos de siglos. Un poco de verdor y otro poco de agua, ¡cuál regocijo para los ganados! Muy sobrios los del Mediodía, apenas han menester alguna que otra hierbecilla para el sustento suyo, mantenidos como todos los habituales seres de tan privilegiadas regiones, por la irradiación de su luz y de su

calor nativos. Cuentan y no acaban de la hermosura congénita con estos pobladores de Belén. Los mozos tienen fama de apuestos y los ancianos de muy longevos. Las mujeres descuellan sobre todo su hermosísimo sexo en Palestina. Ojos, trenzas, el seno, la tez, el cuello revisten perfecciones múltiples, encontradas tan sólo en las mujeres de Grecia y en Oriente. La túnica de color azul adornadas con gayísimos recamados, el manto rojo, las artísticas sandalias, la toca ligera y alba, el casco de áureas y argénteas medallas que componen su dote, le prestan escultórica hermosura, la cual se acrecienta cuando el ánfora de brazos armoniosísimos da mayores y más proporcionadas dimensiones á su estética estatura. El Evangelio no dice que Jesús naciera en una cueva; pero lo dice la tradición. Y como quiera que se hallen muchísimas embreñadas por las riscosas laderas del montículo belanita, ya la devoción ha fijado y todos admiten el sitio donde nació Jesús. La catedral bizantina, esplendente diadema de aquella eminencia, colocó su crucero sobre tal punto. Aunque los altares de las varias liturgias cristianas, aunque los pavimentos de mármoles, aunque los mecheros encendidos en candelabros modernos, aunque las lámparas presentadas por todas las naciones la despojen del propio colorido local, no puede ne-

garse que allí, en aquel sitio, los arrieros y los pastores reunían sus ganados cuando los mesones estaban llenos, y que allí, en aquel sitio, estuvo el pesebre donde naciera nuestro Dios. La tradición se dilata, no sólo por los pueblos cristianos de todas las comuniones, sino también por los pueblos infieles. Hay allí una gruta de religiosa tradición, á la cual denominan gruta de la Leche. Pues bien, la mujer siria, la mujer hebrea, la mujer ismaelita, la mujer idólatra, todas las mujeres de aquellos contornos, aunque pertenezcan á cultos fetichistas, cuando falta en sus pechos el próvido licor indispensable á la nutrición de sus hijuelos, arrancan los blancos terrones de sus piedras calizas y en agua los disuelven á fin de recobrar aquel sacratísimo jugo. Por tal manera trasciende á todos los siglos, á todos los tiempos, á todos los pueblos, á los los cultos, la virtud santísima de Belén.

A esta región acudieron los reyes magos. Ciertos historiadores desconfiadísimos indagan cómo pudieron conocer monarcas de apartadas regiones la Natividad milagrosa del Mesías. Preguntando esto desconocen el estado moral y el estado mental de las generaciones y de las edades que historían. El mesianismo se hallaba tan difuso y radiante por las conciencias, que toda idea, y toda esperanza, y toda grande aspiración mesiánica se cuajaba con

espontaneidad y producía un astro espiritual capaz de guiar y de conducir á las almas. Entonces poblábanse las grutas de sibilas canoras, el desierto estéril producía profetas innumerables, los presentimientos de una renovación mesiánica entraban en los corazones más fríos y ardían en las inteligencias más apagadas, el profetismo de Isaías resonaba en los versos de Virgilio, y no había un héroe ó un sabio sin su correspondiente cortejo de ilusiones, las cuales ofrecían á los ojos enardecidos y arrobados de aquellos pueblos como un verdadero Mesías. La magia, la interpretación sobrenatural de los hechos naturales, el comentario místico puesto á las cosas vulgarísimas y corrientes, extendíase por tal extremo y con tanta dilatación por todo el Asia, que había razas mágicas y reyes magos. Con la magia uníanse las viejas tradiciones astrológicas, intérpretes más ó menos seguras, pero intérpretes al cabo, del movimiento, del curso, del resplandor de los astros. Así no debe maravillarnos que los reyes magos acudieran en aquel mesianismo universal á la región productora de los verdaderos Mesías, y mucho menos que, dada la superstición astrológica del tiempo, una estrella esplendente los precediera en su largo camino y los entrara, mediante sus rayos y centelleos, en la cueva de Belén. Los historiadores antiguos traen relaciones

análogas entre los fenómenos sociales y los fenómenos celestes. A las leyes de Numa y sus ninfas, al nacimiento de Mitrídates, á la muerte de Julio César, á la noche aquella en que se suicidan Cleopatra y Antonio, á la exaltación de Augusto, á mil hechos históricos preceden ó subsiguen las varias apariciones de astros, de sombras, de fuegos, de rayos, que la poesía y la historia guardan y cien generaciones repiten como anuncios infalibles de crisis trascendentales.

A la postre, cuanto sucedía en aquellas horas del génesis de nuestro espíritu, del espíritu cristiano, realizaba las profecías dichas por unas edades á otras edades en su continua sucesión. No hay sino abrir el maravilloso libro de los Números y ver lo que anuncian profetas ajenos, como Balaán, á las creencias de Israel. Llamado por Balac para que maldiga con sublimes acentos á los israelitas, los aclama y bendice al impulso y mandato de Jehovah. Y no solamente los bendice, anuncia la extensión que debía dar á los ideales de Israel su prometido Mesías. Los ojos paganos de su cuerpo cegaron y abriéronse los ojos divinos de su alma, y vió hermosísimas las tiendas de Jacob y hermosos los pabellones de Israel, comparándolos con arroyos fluyentes, con verjeles vecinos al río, con florones de áloes plantados por Dios, con cedros

nacidos junto de las aguas. «Y como Dios extrajo á los israelitas del cautiverio egipcio, les dará fuerzas de unicornio para que devoren á sus enemigos y rompan los huesos de éstos y ericen de saetas sus carnes. Fuerte, como un león, se acostará, fiado en sus fuerzas, Israel. ¿Quién se atreverá, cuál de sus enemigos, á despertarlo? Así una estrella saldrá de Jacob y levantará el cetro de Israel en tales términos que caerán los cantones de Moab y morirán los hijos de Set.» Pues no basta con tales profecías. El mayor entre todos los profetas hebreos, el incomparable Isaías, anunciará también los milagros mesiánicos y apariciones de luminosas estrellas, convocando los reyes de las más apartadas regiones para que conduzcan á los lugares del rey David, á los jardines del rey Salomón, oro é incienso de Sava, camellos de Madián, dromedarios de Elfa, marfiles de la negra Etiopía, mirra de Arabia, presentes y tributos de cien pueblos. Y lo mismo anuncia David en el salmo cuarenta y cinco, cuando dice cómo se ha hermoseado el prometido á causa de verter Dios la gracia en sus labios y amar él la justicia y aborrecer la maldad, por lo cual ungiéronle con óleo de gozo; y mirra, y áloe, y casia exhalaron sus vestidos; y recibió el oro de Ofir, los brocados de Tiro, las perlas de Tarsis, el incienso de Arabia.

Tras todo esto no hay sino reconocer que una tradición, por siglos de siglos difundida, trajo los reyes de Oriente, guiados por una mística estrella de muy esplendorosa luz, hasta el nacimiento de Belén. Esta secular tradición señala Tarsis, Arabia y Etiopía como los respectivos dominios de todos estos reyes magos. Etiopía era, en aquellos tiempos, como un misterio impenetrable, y Arabia como un perpetuo incensario. Desde aquella tierra negra, poblada con hermosos y viejos templos, llenos todos ellos de santuarios tallados en marfil y ébano, venían miriadas de ideas; mientras venían desde Arabia todas las esencias, quemadas en los altares hieráticos y difundidas en los aires verdaderamente sagrados. Por consecuencia, la fe, generada por tantos y tantos profetas superiores, difundida en tantas y tantas edades creadoras, alma de cien pueblos, animó todas estas figuras, vistas en Belén, dándoles una realidad tan viva, que no puede sino reconocerlas y acatarlas de todas veras la historia. Esta duradera tradición fué poco á poco en el tiempo y en el espacio completándose. Los Evangelios no habían dado nombre alguno á los reyes; pero la tradición católica los fué de labio en labio bautizando hasta denominarlos con las palabras, admitidas ya por las creencias vulgares. Desde la décima centuria se llaman Baltasar, que

significa rey del alba y aurora; Melchor, que significa rey de la plena luz; Gaspar, que significa diadema de la oscura Etiopía. Podrá la fiesta de los reyes haberse fijado en el 6 de Enero más tarde ó más pronto; podrán los críticos tachar de inverosímiles y aun absurdas ciertas especies piadosas respecto de tales potentados litúrgicos; pero viven y reinan todavía hoy entre nosotros. La noche del 23 de Junio, la noche del 23 de Diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos, las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres llovíannos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos á esta satisfacción inmensa del anochecer; necesi-

tábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los reyes en la noche, y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicolores lazos, canastilla en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento, y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la Iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud.

Y lo sucedido en mi corazón ha pasado también por el corazón de los primeros artistas cristianos. Yo nunca olvidaré la emoción producida en mi ánimo por los magos del pintor Gentile, tabla interesantísima que ofrece á los ojos el Museo de Flo-

rencia. Bajo tres arcos agloméranse pajes, heraldos, gentileshombres, cortesanos, como cortejo de los reyes venidos en caballos de bellas estampas y de ricos jaeces. La Virgen, primitiva, muy primitiva, baja su frente al niño sentado en sus rodillas, y el niño pone la mano sobre la calva cabeza del rey tendido casi á sus pies, que ha depuesto la corona magnífica, reconociéndose de la humildad y de la pobreza, él, tan rico, según muestran brocados, y joyas, y preseas, y pedrerías, verdadero tributario. Mucho más natural y sencillo este pasaje en el pintor Peselino. A la izquierda los caballos, de corte verdaderamente germano, seguidos por una muchedumbre de caballeros cazadores, que sueltan, poseídos por alegría verdadera, los rapaces y crueles halcones. En el centro los reyes, con su corte, vestida toda ella del esplendor propio al Renacimiento florentino. A la derecha, bajo un portal de Belén, humildemente sentada, con su hijo en el regazo, María, que mira satisfecha las ofrendas y los homenajes. Nuestro Museo de Madrid guarda, entre sus maravillosas composiciones, dos cuadros de dos pintores excelsos representando este mismo pasaje. Uno es obra de Velázquez, otro es obra de Rubens. No conozco dos obras tan apartadas bajo el mismo género, y el mismo asunto, y el mismo tiempo, como estas dos obras inmortales. El pintor

español ha trazado la realidad prosaica; el pintor flamenco ha trazado lo artificioso y lo teatral. Velázquez refleja y reverbera en su lienzo figuras que han pasado por su retina fiel; Rubens figuras que han pasado por su imaginación creadora. No hay en aquél, no, los excesos de riqueza y de adorno que otros cuadros consagrados á este objeto mismo suelen ostentar. La Virgen se asienta sobre piedras rodadas de una construcción antigua, y viste túnica rosácea, manto azul oscuro, blanca toca muy rebozada, sosteniendo con sus manos á la divina criatura, fajada enteramente y ofrecida con amor al culto de los reyes, quienes, de rodillas dos, y uno de pie, acompañado por un paje, que mira con curiosidad las personas y los objetos, presentan sus áureos y magníficos regalos. Pero el cuadro donde se han aglomerado más efectos de luz, más reverberaciones y arreboles, más esmaltes y matices, mayor número de personajes y mayor copia de riquezas en tamaño asunto, es el cuadro de Rubens. Brocados, terciopelos, tisúes, arcas cinceladas, jarrones de oro, cálices y copas, caballos, camellos, dromedarios, pajes vestidos con dalmáticas relucientes, reyes cargados con toda suerte de adornos deslumbradores, los arreos y las preseas usuales entonces en las cortes de nuestra España, de Francia, de Italia, todo se reune allí, tomando movi-

miento vertiginoso, animación extraordinaria, como si el cuadro vibrase, como si las figuras hablaran todas á un tiempo, realzada tal suma de soñados esplendores por un colorido que no ya deslumbra, ciega, cual un rayo de sol, abrasándoos los ojos, entre calientes entonaciones, mezclas inverosímiles de rojo bermellón y sangre, facetas de pedrería donde saltan chispas de colores parecidas á nuestros fuegos artificiales, toques azules y cinabrio, todo ello exagerado hasta la violencia y todo ello parecido á escenas del Ariosto, en que la imaginación, desbordada ó loca, finge y fantasea enormísimas hipérboles. ¡Cuán distante de aquel tranquilo Van-der-Weyden, que pinta un establo modesto, un San José parecido á cualquier aldermán flamenco, de gran correción todo ello, pero de una extraordinaria sobriedad; angulosas y rígidas figuras de color muy apagado y de actitudes muy sencillas! Lo mismo, poco más ó menos, pasa en el cuadro de Boust relativo á este asunto. Una criada, por completo flamenca, se halla de pie tras la Virgen, quien, puesta en una sede vulgar y ordinaria de aquel tiempo, tiende su hijo á los reyes. El primero de éstos que al Niño Dios adora, no parece un monarca de Oriente sino un doctor de Lovaina. Su traje, túnica de terciopelo, se parece mucho á los trajes doctorales, y su corona muchísimo á

los birretes. Aquellas largas cabezas, aquellas rígidas actitudes, aquellas expresiones en el fondo idénticas, aunque tienen un verdadero carácter también tienen verdadera uniformidad. Lo recordamos para demostrar cómo se diferencian y cómo se diversifican entre sí los varios genios de la escuela flamenca. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las obras inspiradas por estas páginas del Evangelio, que han dado al fin de sí el arte por excelencia, la pintura católica.

XIII

A los cuarenta días justos de la Natividad celebró la Virgen su purificación. Ribadeneira explica muy clara y elocuentemente la ceremonia judía, cumplimentada por los padres de Jesús con arreglo á las antiguas leyes. Disponían éstas la oblación del primogénito á Dios. Cuando no pertenecía el hijo primero de un matrimonio á la sacra tribu de Leví, los padres suyos hallábanse obligados, en su presentación al templo y en su oferta consiguiente al Eterno, de rescatarlo por cinco siclos, moneda correspondiente con los francos de ahora. En el rigoroso código litúrgico de los hebreos tal disposición emanaba de otra no menos importante, de aquella que disponía entregar también al sacer-

dote los animales primogénitos para su inmolación y sacrificio. Muy obligados los israelitas á Dios, por haberlos extraído con su fuerza del cautiverio egipcio, conmemoraban todos los actos recordatorios de su libertad. Y así como celebraban la noche del Éxodo con pan ácimo, cordero pascual, báculo en las manos y cinto en los riñones, también celebraban aquel acto de la cólera divina que inmoló todos los primogénitos de sus tiranos y llenó toda la región de lloro y terror, facilitándoles con misericordia para ellos y terror para los demás aquella su redentora fuga. El Talmud guarda las ordenanzas dispositivas de todo el ceremonial usado en matrimonios y partos. Por autoridad imperiosa de tales ordenanzas, toda mujer que pariera hijo debía retirarse una cuarentena seguida con el fin de purificar su cuerpo. Y tal cuarentena cumplida estaba en la obligación de ir al templo y ofrecer un recental, un pichón y una tórtola. Esta cuarentena se doblaba, sumando hasta ochenta días, en caso de parir la mujer hija. Cuando los recursos no alcanzaban á comprar un recental, disponían las leyes que se comprasen ó un par de pichones ó un par de tórtolas. San Lucas refiere así todo lo que nosotros referimos ahora. «Y pasados los ocho días del parto, dispusieron los padres la circuncisión del niño, ponién-

dole por nombre Jesús, el cual nombre habíanlo dicho los ángeles mucho antes de que fuese concebido en el claustro materno. Y como se cumplieran los días de la purificación, conforme con las leyes de Moisés, trajéronlo á Jerusalén y presentáronlo al Señor. Está escrito en las leyes: «todo va»rón primogénito será consagrado al Eterno.» Y queriendo presentar la ofrenda conforme con lo preceptuado en las liturgias, María y José ofrecieron un par de tórtolas. Y como viviera entonces en Jerusalén un hombre santo llamado Simeón, esperaba éste las consolaciones mesiánicas para Judá y la venida indeclinable del Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo le anunció cómo no moriría sin ver cumplida la llegada ó advenimiento de Cristo. Y cuando introdujeron al niño Jesús los padres en el templo para obedecer las leyes y seguir las costumbres, tomólo en sus brazos y bendíjolo en el cántico, alzado á la continua por las Iglesias nuestras, y que se llama, como aquel que lo entonó, cántico de Simeón. «Ya puede morir tu siervo, dijo, conforme, Señor, á tu palabra, en paz; porque han visto sus ojos la salvación, aparejada en presencia de todos los pueblos y venida para revelarse á los gentiles y ser la gloria de Israel.» Y José y María maravillábanse de las cosas que iban escuchando. También se hallaba allí por aquel entonces Ana,

profetisa, engendrada por Famiel, perteneciente á la tribu de Aser, la cual había venido á edad muy crecida y vivido siete años con su esposo. Mas viuda, y de ochenta y cuatro años, no se apartaba del templo, sirviendo á Dios noche y día con ayunos y oraciones y sobreviviendo á él en la hora misma que Simeón confesaba juntamente al Redentor y hablaba de él á todos los que aguardaban la redención de Jerusalén.

Encontrándose Ribadeneira con la purificación, para él extraña, de María, Virgen Purísima, y con el cumplimiento, para él incomprensible, de leyes dictadas por el Antiguo Testamento, explica el caso de la siguiente manera en el capítulo que titula *Fiesta de la Purificación de la Virgen María, Nuestra Señora, y de la presentación de su Hijo en el templo:* «Claro está, dice, que el bendito Niño Jesús y su gloriosa Madre no estaban obligados á la guarda de estas leyes, porque el Hijo era Dios, y legislador, y Señor de la ley; y la Madre era Madre de Dios, y Reina, y Princesa de todo lo criado. Y además de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximían y exceptuaban de aquella obligación, porque la ley de los primogénitos decía que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor, y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Vir-

gen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada. Y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por la vía ordinaria, y la Virgen sacratísima concibió al Verbo eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su natural pureza. La purificación de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; mas la que quedó más limpia que el sol y más hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligación, porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blancura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los días de su purgación, añadió divinamente aquellas palabras, según la ley de Moisés, dando á entender que aquella purificación era según la ley y no según la Virgen, porque, según ella, no podía llegar ese día, porque era la misma limpieza y más resplandeciente que el sol. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palominos para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero é inocente cordero «que quita todos los pecados del mundo,» como porque era pobre, y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo, el cual, siendo rey de la gloria, había tomado hábito y figura de pobre para enriquecernos, y era justo que apareciese

lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presunción y soberbia que, siendo pobres, queremos parecer ricos, y siendo pecadores, queremos que nos tengan por inocentes y santos.» Hasta aquí el padre Ribadeneira.

La festividad hermosísima de la Purificación trae aparejada en el culto y liturgia nuestros un reparto de velas que indica la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego, que todo lo esclarece y que, á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatilizarlo, hacerlo neriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien, las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas, por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de

la Candelaria; y se denomina fiesta de la Candelaria, porque las mujeres, muy especialmente, llevan este día ofrendas al templo, y, en cambio, reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, por su parte sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por Febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores erigieron templos á un Dios campestre que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañinos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por Febrero en su honor; y durante tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece original hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlos de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por la que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. Adonde quiera que convertimos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz.

Todos los inspirados profetas hebreos nos dicen á una en cánticos armoniosos y corales que los cielos narran la gloria de Dios. Todas las voces, desde aquellas que despiden las aves hasta las que despiden los espíritus, entonan á las alboradas y á los amaneceres un himno. Al Oriente atribuímos así la cuna del sol como la cuna del pensamiento. El brahamán indio, el judío levita, el sacerdote latino, el cura católico se vuelven todos á Oriente, pues nuestras iglesias colocan su altar, por regla general, hacia la parte del cielo por donde viene la vivificadora luz. Esa colocación de las fuentes bautismales á la izquierda siempre de nuestras iglesias, los rayos de oro y las constelaciones de pedrería que circundan nuestras custodias, la hostia de harina pura colocada entre cristales resplandecientes, el tabernáculo aromado de incienso, el blanco lino extendido sobre la tabla del altar, la grande lámpara pendiente de los cruceros y encendida con tanto cuidado, las seis velas, tres á la derecha, tres á la izquierda en representación de los escasos planetas conocidos en el antiguo sabeísmo, indican bien claramente por qué usamos las albas candelas en la purificación de María, luna de nuestro cielo espiritual, que nos recoge dulcísima en el seno suyo la claridad, sobrado viva para nuestros ojos, del resplandor divino, enviándonoslo mitigado y

poético, á fin de que podamos recibirlo en lo más hondo y esencial de nuestro sér, sin recelo alguno de que nos ciegue y nos abrase. Comprended ahora toda la razón suficiente que preside á festividad tal como la Candelaria.

XIV

Llegamos á uno de los pasos más controvertidos en la historia de nuestra Madre María; llegamos á la degollación de los inocentes. El único evangelista, que la narra, es Mateo en el segundo capítulo de su Evangelio, enlazándola con la venida piadosa de los reyes magos. Conviene á este respecto no desconocer ni olvidar que Mateo enlaza en su narración ambas escenas y las concuerda. En opinión del primer evangelista, Herodes fué un abominable tirano. Y como fué un abominable tirano, receló de todos los que pudieran disputar á su persona y autoridad el Imperio. Nada sabía del nacimiento de un niño, á quien llamaban rey, venido á la tierra de su predecesor y abuelo David, á Belén. Los reyes magos, con verdadero candor, se lo dijeron, y él encargó á los reyes magos que le participasen el sitio donde se hallaba la criatura prometida por Dios y aguardada como celestial monarca por Judá. Herido el tirano de aquella súbita é in-

esperada rivalidad, insistió en saber dónde se hallaba, en qué sitio de Belén, su odioso rival y nuevo rey. Los reyes nada le dijeron, y se marcharon á sus respectivos reinos mágicos de noche y de callada, sin pasarse por Jerusalén y sin saludar á Herodes. Pero dejemos hablar á San Mateo, quien dice: «Y siendo avisados los reyes, por celestial revelación, en sueños, que no viesen á Herodes, volviéronse á su tierra por otro camino. Y partidos ellos, he aquí un arcángel del Señor, que se aparece á José, en sueños, diciéndole: «Álzate y toma niño »y madre, huyendo á Egipto. Y estáte allí hasta »que yo te lo diga, pues acontecerá que busque al »niño Herodes para matarlo.» Y él, despertando, tomó al niño y á su madre de noche y se los llevó consigo á tierra egipcia. Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: «de Egipto llamé á mi hijo.» Cuando se vió Herodes burlado por los reyes, enojóse mucho con ellos, y mató cuantos niños había en Belén y en todos sus términos de la edad de dos años abajo, conforme al tiempo que había entendido de los magos. Cumplióse aquí lo dicho por Jeremías al exclamar: «Voz oí en Rama, grande la»mentación, lloro y gemido; y fué Raquel, que llo»rara sus hijos, y no quiso consolarse porque pere»cieron. Mas, muerto Herodes, he aquí un arcángel

»de Dios que aparece á José en sueños, diciéndole: «Álzate y toma el niño y á su madre y vete á tierra »de Israel, que muerto han cuantos maquinaron la »muerte del niño.» Entonces él se levantó, y tomó al niño y á su madre y se fué á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba sobre Judea, en vez del rey Herodes, su padre, temió ir allá. Mas amonestado por otra revelación en sueños, dirigióse á la parte de Galilea. Y fué, y habitó en la ciudad que se llama Nazareth, cumpliendo lo dicho por los profetas, que había de ser Jesús llamado Nazareno.»

La historia crítica puso de antiguo muchísimos reparos á toda esta narración. Y digo que los puso, desde lejanos tiempos, conforme con lo que aseveran escritores de la más pura ortodoxia. El volumen escrito por escritor tan católico y piadoso como Pelegrín Casabó y Pajés historiando la vida de María, trae á este respecto citas de muy altos escritores católicos, los cuales hanme precedido en el método por mí adoptado, contando las objeciones corrientes en el racionalismo europeo á la narración evangélica. De luenga fecha habíase notado cómo San Mateo no dice palabra de la presentación al templo, así como no dice palabra San Lucas del degüello de los inocentes. «¿Qué diremos nosotros, exclama San Juan Crisóstomo, traducido

por Casabó, para conciliar esos dos evangelistas, sino que el regreso á Nazareth precedió á la huída á Egipto? Porque Dios no mandó á José y á María el huir á Egipto antes de la purificación, á fin de que la ley en nada fuese violada. Pero, llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente á Nazareth, donde recibieron la orden de huir á Egipto.» Y Casabó continúa de esta suerte: «Una simple mujer, muy amada de la Virgen Madre, nos solventará la dificultad, como vamos á verlo en lo siguiente, que copiaremos al pie de la letra. Y para concluir este capítulo se me ha dado á entender la concordia de los dos evangelistas, San Mateo y San Lucas, sobre este misterio. Porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribían los otros tres y lo que dejaban de decir. Y de aquí es que, por la divina voluntad, escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo, Señor Nuestro, y de la historia evangélica, y en otras cosas escribieron unos lo que omitían otros, como consta del Evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los reyes y la fuga á Egipto y no la escribió San Lucas. Y éste escribió la circuncisión, presentación y purificación, que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida

de los reyes magos, entra luego contando que el ángel le habló á San José para que huyesen á Egipto, sin hablar de la presentación, y no por esto se sigue que no presentaran primero al Niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los reyes, y antes de salir para Egipto, como lo cuenta San Lucas, así también, aunque el mismo San Lucas, tras de la presentación y purificación escribe que se fueron á Nazareth, no por eso se sigue que no fueron primero á Egipto; porque, sin duda, fueron, como lo escribe San Mateo, aunque lo omitió San Lucas, que ni antes ni después escribió esta huída, porque ya estaba escrita por San Mateo. Y fué inmediatamente después de la presentación, sin que María Santísima y José volviesen primero á Nazareth. Y no habiendo de escribir San Lucas esta jornada, era forzoso, para continuar el hilo de su historia, que tras la presentación escribiera la vuelta á Nazareth. Y decir que, acabado lo que mandaba la ley, se volvieron á Galilea, no fué negar que fueran á Egipto, sino continuar la relación, dejando de contar la huída de Herodes. Y del mismo texto de San Lucas se colige que la ida á Nazareth fué después que volvieron de Egipto; porque dice que el Niño crecía, y era confortado con sabiduría, lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que

era después de la venida de Egipto y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón.» Hasta aquí la venerable María de Agreda. Y Casabó añade: «¿No tendría Dios otros fines en la fuga del Verbo encarnado que retirarse éste de Herodes y defenderse de su ira? Más que esto fué la huída á Egipto medio que tomó el Señor para obrar allí las maravillas que hizo de que hablaron los antiguos profetas Ezequiel y Oseas, y muy expresamente Isaías, cuando dijo que subiría el Señor sobre una nube ligera, y entraría en Egipto, y se moverían los simulacros de Egipto delante de su cara, y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y otras cosas que contiene aquella profecía y sucedieron por los tiempos del Nacimiento de Cristo Nuestro Señor.»

La degollación de los inocentes ha sufrido de la crítica moderna y de los críticos racionalistas extensas contradicciones. Los más acreditados y conspicuos de todos ellos, los que dirigen y glorifican la secta, pretenden todos no tener tal tradición otro fundamento que la necesidad en los evangelistas de justificar antiguas profecías. En el camino abierto entre la ciudad que guarda el sepulcro de Cristo y la ciudad que guarda el recuerdo sacratísimo de su Natividad, hay un humilde monumento religioso por igual respetable á judíos, ismaelitas y cristia-

nos. Este monumento es la tumba de Raquel. Madre de la familia israelita, y la familia israelita madre también de las tres religiones fundadas en el monoteísmo, ha de hallar por fuerza un culto muy tierno en el seno de sinagogas, iglesias y mezquitas, donde la unidad metafísica del Eterno resplandece y perdura. Jeremías, el profeta sublime de los trenos y lamentaciones, dice cómo la voz plañidera de Raquel se oía en Rama, quejándose y doliéndose de sus hijos, sin querer consuelo alguno, porque sus hijos no son ya. Inútilmente buscan fuera de tal razón teológica ninguna otra en la historia para fundamentar el relato consagrado á la degollación de los inocentes. Unánimes dicen que los historiadores del tiempo, solícitos en la busca de cargos y acusaciones que lanzar sobre Augusto y su familia, en cumplimiento de las ideas republicanas á cuya inspiración obedecían sus respectivas historias, encontraran pábulo en la crueldad enorme del degüello de los inocentes para sus justicieras invectivas y sus fiscales acusaciones. Cómo, ¿hay un monarca dependiente y súbdito del Imperio romano, que ordena la inmolación de los niños, tan amables de suyo y tan amados en todas las edades por cuantos hayan podido ser padres ó hijos, y no cuentan esa crueldad sin ejemplo los estoicos fiscales, nacidos para desagraviar á la con-

ciencia universal, arrastrando la tiranía por el infierno perdurable de la historia? El que Josefo no diga una palabra de todo esto en su odio á Herodes; el que se callen todos los evangelistas con excepción de San Mateo; el silencio ya indicado antes de Suetonio y de Tácito les maravilla por todo extremo. Hay, sin embargo, un texto de Macrobio que no consiente dudas respecto del degüello referido por San Mateo y conmemorado como una tradición capital por toda la Iglesia. El texto dice, poco más ó menos, así: «Sabedor Augusto de que había Herodes, rey de los judíos, ordenado la degollación en Siria de numerosos hijuelos comprendidos en la edad de dos años abajo, sin excepción de su propio hijo, exclamó: «Preferible ser el cerdo »á ser el hijo de Herodes.» Pues bien, tal indudable párrafo les parece á los críticos modernos una grosera interpolación, fundados en que Antipáter, hijo del rey Herodes, no tenía la edad que le atribuye Macrobio en sus palabras. No obstante las anteriores observaciones, hay muchos historiadores, aun historiadores protestantes, que creen fácil, y hasta probable, una demencia, como la cruelísima demencia del rey Herodes. En sentir de sabios tales redújose la disposición tiránica del rey al casco de Belén. Y como en Belén, pueblo pequeño á la sazón, solamente podía, en aquel tiempo, haber escaso

número de criaturas pequeñas y recién nacidas, comprendió á muy pocos la infame resolución, y comprendiendo á muy pocos, no pudo trascender muy lejos. Aducen más todavía los defensores de la indudable autenticidad del hecho, aducen las dificultades naturalísimas para que historiadores latinos, por su natural residencia en Roma necesitados de componer una historia en cuyas dimensiones cupiera toda la historia romana, pudieran tratar al por mayor, y con minuciosidades, historia por su propia naturaleza tan oscura como la historia de Judea. Pero no persuaden estas reflexiones á los críticos racionalistas, empeñados todos ellos en tratar la degollación de los inocentes cual hecho de mera historia; y como escribieran largas críticas respecto del portal de Belén, respecto de la estrella guía del grupo regio que llevó al portal de Belén las regias ofrendas, empéñanse todos á una en la negativa y sostiénenla con más ó menos especiosas razones. Dados á su tema declaran interesantísimo para los evangelistas rodear la infancia del Salvador de cuantos peligros quieren la historia y la leyenda circundar el nacimiento y la juventud de todos los grandes hombres. Herodoto, dicen, al contar en su libro primero la niñez del conquistador Ciro; Tito Livio en los comienzos de sus relatos, al contar la increíble

adolescencia de Rómulo; Suetonio, al descrirbirnos los primeros años de Augusto; el Génesis, al transmitir las tristezas de Abraham joven; el Éxodo, al recordar cómo sus padres tuvieron que poner la cuna de Moisés á merced de las aguas del Nilo; todas estas historias y todos estos historiadores han creído congruente con el ministerio representado por los hombres venidos á esclarecer un siglo y salvar una raza estas persecuciones, dirigidas contra todos los que representan el progreso por todos los que representan la reacción en el mundo; Strauss añade que respecto del Bautista y Herodes también hase formado una leyenda por muchas almas piadosas admitida, por muchos pintores y otros artistas puesta en los cielos y en los altares del arte, pero apócrifa, del todo apócrifa en la historia. Y hay un Herodes que mata, una Salomé que persigue y una degollación que pasa, como la degollación de los inocentes, á las tablas del arte, á los altares del culto. El único precedente que halla Strauss para explicar la tradición, recógelo en las profecías de Oseas, donde se dicen estas palabras, por el Evangelio ya citadas: «He llamado de Egipto al Hijo mío.» Luego la presentación de Jesús al templo y la vuelta de sus padres á Nazareth sirve para que diserte Strauss con mayor ó menor crítica sobre la degollación de los inocentes.

Pero cúmplenos decir á nosotros que siempre fué para los judíos Herodes el *Grande* un pecaminoso tirano, y, por consecuencia, los hechos, que se le atribuyen por la tradición y por la historia religiosas, concuerdan mucho con su temperamento y con la impresión profundísima de su nombre y de su recuerdo en la conciencia y en la historia. Primeramente los pueblos asiáticos engendran tiranos, como los desiertos asiáticos engendran víboras. Y un tirano de Asia no considera la vida humana con respeto, ni le guarda estimación de ningún género, si el sacrificarla conviene, ó bien á sus intereses corrientes, ó bien á sus miras para lo porvenir. Los Abasidas inmolaron, en banquete nocturno muy esplendoroso y muy rico, á sus convidados los Abderramanes, con tal exacta crueldad, que uno solo de la familia inmolada, muy joven, casi niño, uno solo, escapó al general degüello. No no debe maravillarnos la enorme atrocidad atribuída por el evangelista San Mateo al tirano Herodes. Los abogados inscritos en su defensa, una especie de originales y extravagantes historiadores, quienes, por llevar á todo el mundo la contraria, defienden hasta la traición de Judas, refiérennos que habiendo tenido Herodes una bien triste arbitrariedad, la de poner el águila, símbolo de la tiranía imperial y de la religión pagana, sobre los pórticos

de aquel magno templo, que recordara en Jerusalén su Dios y su libertad á los judíos; como éstos depusieran el símbolo de su deshonra y de su esclavitud, Herodes cogió á cuarenta de tan celosos patriotas y los quemó vivos en sus jardines de Jericó. Tan cruel tirano perteneció á los idumeos, y en tierra judía un idumeo nunca olió á santo. Esaú fijó allí habitación y residencia después de vendida su primogenitura; y todo nieto de aquél, que la heredara, guardábale invencibles repugnancias y conocía su tierra con una denominación que significa tanto como tierra cruentísima. Nunca estuvo aquella especie de tribu confinante con Judá en república, ni en teocracia, cual habían estado sus próximos parientes los israelitas. En cambio estuvieron muchas veces cautivos. Por último, cuando se restableció el reino judío, tras la cautividad en Babilonia, incorporaron á Judá Idumea, más nunca la tuvieron en gran predicamento. Así Herodes, á pesar de reconstruir el templo y hacer sus pórticos más amplios y más hermosos que los antiguos, y elevar sus paredes, compuestas de piedras blancas relucientes, á una inconmensurable altitud, selló con marca de ignominia, con el águila rapaz de los romanos, la propia obra suya, y fatigadísimo del ceño que veía en su pueblo, se retiró á la tierra heterodoxa, digámoslo así, de Jericó. Esta

ciudad antigua de los cananeos, aunque sita cerca del Jordán, hallábase fuera del territorio codiciado por Israel y prometido á su descendencia. Por esta razón Josué la sitió, como enemiga de Israel. Y el sol se detuvo contra ella en su curso diario; y las murallas de ella cayeron al sonido estridente de las trompetas hebraicas. Hoy no restan de Jericó ni las ruinas. Aquella tierra de Canaán, codiciada por tantos pueblos, parece un cementerio, de cuyos muertos ha esparcido el terremoto los huesos, el huracán las cenizas. Apenas queda un seto que recuerde sus murallas y unas cuevas de animales, no de hombres, que recuerdan sus palacios. Y, sin embargo, el cinamomo tan alabado por las profecías judaicas, el sauce que llora la muerte sobre las tumbas, el ciprés que al cielo mira y recuerda la inmortalidad, las palmas que de antiguo significan el triunfo, los alabados sicomoros, la rosa de Jericó en el *Cantar de los Cantares* encarecida y por todos los profetas á las auroras del Oriente comparada, los vegetales asiáticos, así los que huelen á gloria como los que nutren y alimentan nuestra especie, campeaban allí bajo un cielo esplendoroso, regados por las aguas de próvidas fuentes, cuyas virtudes trascendían á flores y á frutas sin cuento. Mas en la tradición judaica Herodes representa el tirano, y representando el

tirano, Herodes lleva consigo crímenes que solamente se ocurren á la feroz tiranía. Por eso no puede maravillarnos que le hayan atribuído las tradiciones cristianas el degüello de los inocentes. Paso tal como este ha trascendido á la memoria de todos los tiempos y ha entrado en el seno de todas las artes. Nuestra catedral de Avila, tan hermosa, guarda en su trascoro un bajorelieve, representativo de la degollación. Aunque la escultura, de suyo serena y clásica, se preste poco á la violencia de los verdugos que matan pobres criaturas inocentes y á los extremos de madres que defienden aquellos frutos de sus entrañas y quisieran ver antes despedazados sus corazones que sus hijos, hay en aquel grupo de nuestro Renacimiento trágica expresión é ingenua propiedad. La mujer, que grita en la puerta de un castillo al pedir socorro, parece clamar ablandando las piedras, y las otras mujeres que defienden las amadas prendas, á quienes trucidan tantos ferocísimos sicarios, parecen águilas en defensa de su nido, leonas en defensa de sus cachorros. Más verdad hay allí que no en el cuadro de Guido Reni representando paso igual. A la izquierda se descubren, por el fondo, algunas vulgares casas; á la derecha grandiosos edificios que recuerdan los monumentos romanos; allá, en lo alto, vense dos ángeles, muy vulgares

entre nubes arremolinadas y con palmas puestas en los hombros; todas las mujeres allí perseguidas recuerdan las coetaneas de Reni, y todas están, no tanto estudiadas en el natural, como fingidas por una escuela del todo artificiosa; los degolladores también representan, más que seres naturales, reminiscencias clásicas; á la derecha corren dos madres aterradas y gritando; en el centro numeroso grupo, admirablemente vestido y mejor peinado todavía, finge un dolor teatral entre sus hijos, ó amenazados en el regazo por la implacable persecución, ó muertos á sus plantas ya en diversas actitudes; á la izquierda huye una, pero el sicario la coge por su cabellera y amenaza, frenético, inmolar al niño que lleva la infeliz en sus brazos; todas recuerdan cómo el arte italiano ha decaído en el siglo décimoséptimo y cómo la escuela de Bolonia, en cuyo seno está inscrito Reni, degenera, precipitada en lo que más denigra y envilece las artes, en una imitación servil, en cuyo seno se reunen y compendia todas las degeneraciones. Estos cuadros, á pesar de su imperfección, demuestran cuánto duran las energías de inspiraciones como las que ha sugerido el cristianismo y cuánto influyen los Evangelios, con qué santa eficacia, en la historia y en las tradiciones artísticas.

XV

En la historia de María y en la historia de Jesús hay fuentes que los historiadores aprovechan, aun estimándolas apócrifas el sentido común y la Iglesia católica. Pero sucede con estos documentos en el relato histórico algo de lo que sucede con los documentos poéticos. Ni la Ilíada, ni la Odissea, ni los poemas del hierático Hesiodo, ni las tradiciones reunidas por Ovidio en sus Fastos, ni otros muchos manantiales históricos pueden validarse á los ojos de una buena crítica en examen matemático y exacto cual verdaderos testigos generadores de certidumbre y evidencia. Pero hay en ellos recuerdos tan vivos, tradiciones tan acreditadas, un espíritu tan inmanente á todos los tiempos, que no deben descartarse, no, de nuestras narraciones por completo sin disminución y mengua de la verdad histórica. El clero convino de antiguo en admitir sólo cuatro Evangelios. San Irineo, tan cercano á los apóstoles, que bebe casi en sus labios, oye lo dejado en los oídos de generaciones muy próximas, compara los cuatro Evangelios verdaderos con los cuatro simbólicos emblemas en la visión de un Ezequiel y con los cuatro puntos cardinales ó los cuatro vientos en los espacios del

cielo. Pero esta declaración de la Iglesia y estas reminiscencias de Irineo nos enseñan las tentativas hechas para unir los Evangelios apócrifos con los Evangelios ortodoxos. Contemporáneos de San Lucas intentaron ya reunir todas las tradiciones referentes á Cristo. Apenas un apóstol había muerto, cuando ya se levantaba en torno suyo la piadosa tradición canónica mezclada muchas veces con leyendas y nacida originariamente de cualquier hecho efectivo y real. Luego, los diversos predicadores de sectas más ó menos heréticas, trazaban Evangelios más ó menos auténticos. Orígenes refiere que Basilides, un heresiarca de los primeros siglos, había escrito su Evangelio correspondiente. Y así escribieron otros diversos Evangelios, atribuídos á cada cual de los apóstoles: Evangelio de los egipcios, Evangelio de los árabes, muchas veces reunidos, en las alternativas de aquellos tiempos y en las circunstancias históricas á los Evangelios ortodoxos. La crítica moderna registra treinta Evangelios por lo menos, de los cuales hay algunos que sólo nos han transmitido su título. Pero sucede algo muy singular, que debemos escribir aquí para darnos cuenta exacta de todo lo relativo á la vida excelsa de María. Los Evangelios canónicos pasan muy de ligero sobre la infancia del Salvador. Alguno apenas la menciona, ó la menciona

por incidencia, deseoso de presentarnos á Cristo en la plenitud completa de su vida y en el colmo entero de su predicación. Pero muchas de las tradiciones referentes á la historia cristiana, y sobre todo á la infancia de Jesús, que han penetrado en las creencias vulgares y han vivido en las iglesias ortodoxas desde los tiempos más remotos, provienen á una de los Evangelios apócrifos. Por consecuencia, necesitamos verlos y apreciarlos.

Hay Evangelios de tal estirpe, que historian la infancia de Jesús, y hay otros que historian su pasión y su muerte. Hállanse entre los primeros el Protoevangelio de Santiago y la Historia de José. Hállanse, á su vez, entre los segundos, el Evangelio de Nicodemo y las actas de Pilatos. De todos estos hablaremos en su oportuna sazón; hablemos ahora de aquéllos. Denomínase Protoevangelio de Santiago una composición histórica, la cual guarda minuciosidades respecto de la infancia del Salvador, que han pasado á la tradición, y de tradición hanse convertido para muchos en fe viva y en heredada creencia. El nombre de Protoevangelio proviene de que así lo denominara en el Renacimiento Guillermo Poster, quien tradujo tal obra del texto griego á texto latino. También hay otro Evangelio de la infancia, que lleva el nombre de Tomás Israelita, redactado en siriaco y en griego, luego

vertido á latina lengua. Existe otro, que se denomina Pseudo-Mateo, y que se llama libro de la Natividad de María y de la infancia del Salvador. En realidad todos estos libros obedecen al espíritu del Oriente y repiten así las ideas como las tradiciones orientales. En el Pseudo-Mateo la ida de la Santa Familia en busca de refugio á Egipto llena desde el capítulo XVIII al capítulo XXV. ¡Cuán diversa la increíble amplitud con que trata el Evangelio apócrifo la fuga del Salvador, y lo conciso, y lo sumario, y lo breve de la misma narración sagrada en los Evangelios ortodoxos! Mientras éstos, fuera de lo dicho en su capítulo II por San Mateo, apenas dicen cosa ninguna, pues Marcos empieza con la predicación de Cristo; Lucas habla de la vuelta del Salvador á Nazareth, pero no del viaje á Egipto; Juan, proclamado y definido el Verbo, inicia su Evangelio con el testimonio de San Juan Bautista y con la vocación de los primeros discípulos ¡ah! las leyendas apócrifas narran toda la juventud primera del Salvador y toda su estancia por las orillas del Nilo. En los pueblos cristianos menudean doquier piadosísimas consejas respecto de toda esta escena evangélica. Las golondrinas, que rozan á Jesús las taladradas sienes; el tamarindo consagrado por una devoción litúrgica; las palmas convertidas en sacros símbolos; la higuera próvi-

da de suyo hasta ofrecernos dos frutos y dos cosechas en el mismo año relaciónanse á una en la poesía popular con el Éxodo á Egipto de María y Jesús, con la fuga y la peregrinación en tantos poemas cantadas y reproducidas en tantos y tan preciosos cuadros. Pues bien, la mayor parte de todas estas leyendas provienen de los Evangelios apócrifos, y principalmente del Evangelio árabe de la infancia. El espíritu de la raza, que lo concibiera y dictara, se trasluce á cada línea en el Evangelio este y lo esmalta con alharacas y con arabescos propios del Asia y del genio asiático. Jesús y María van precedidos por lo sobrenatural; y como dotados ambos del dón de los milagros, obran maravillas á granel y sin tasa. Especialmente su relación y comercio con los idólatras fetichistas y con los falsos dioses impresionan muy profundamente al cándido y crédulo escritor. No penetran en templo cuyas paredes no zozobren ú oscilen á su presencia, y no ven ídolo alguno capaz de resistir al poder sobrenatural de la verdad que llevan en sí ó de la revelación que tras de sí dejan. Para comprender con más facilidad el genio de tales narraciones, cojamos uno cualquiera de sus innumerables episodios. Jesús y María se acercan á lo más grande y más maravilloso de aquella región, á sus templos. La eternidad parece vincula-

da en el frío pórfido y en el granito rosa, que se dirían arrancados á una de los fundamentos y bases del planeta. Las columnas gigantes con sus arquitrabes maravillosos; los tabernáculos de metales preciosísimos; las piedras rectangulares que cubrían el suelo y soportaban las columnatas interminables; los pilares de aquellos inmensos pórticos, semejantes á triunfales arcos erigidos para dar paso á una ciudad; las terrazas elegantísimas; las cámaras apercibidas á la oración y el recogimiento; las esfinges con sus jeroglíficos en las bases conteniendo misteriosas ideas; las agujas y los obeliscos; aquella serie de tumbas, donde los muertos parecían esperar en sueño tranquilo el día de la resurrección; todo este conjunto de maravillas religiosas debía temblar y desparecer, después de haber temblado á los estremecimientos del terremoto, así que vieran de cerca las dulces figuras de Jesús y María, tan ajenas á todos los colosos hieráticos. El ídolo egipcio en las narraciones apócrifas redúcese á polvo y ceniza en cuanto columbra la Sacra Familia. El habitante de aquellas regiones, dispuesto á quedarse allí con sus viejas creencias y sus viejos dioses, huye, así que ve las efigies antiguas disueltas y deshechas por la presencia de ignorados extranjeros. Y, sin embargo, Cristo, y María, y José no saben sino hacer bien.

Hay allí un muchacho endemoniado, á quien todos los diablos atosigan, hasta no dejarle punto de reposo. Pues bien, se procura un pañal de Jesús, y con sólo ceñírselo, á modo de turbante antiguo, por la cabeza, los demonios huyen, por el aire unos, por la tierra otros, en forma, los aéreos, de voraces cuervos, y los terrestres, de venenosas serpientes. En vano los esbirros del rey Herodes quieren perseguir á la Sagrada Familia: montan camellos y dromedarios unos, caballos árabes otros del fecundo y amplísimo desierto, mientras los perseguidos llevan tardigrado borrico, sobre cuyo lomo van la Virgen María con Jesús, guiados y conducidos por San José con el ronzal de su alimaña en la mano y el báculo de su peregrinación al hombro. Pues bien, caballeros unos y otros en monturas de tan diverso paso, los montados mal escapan á los montados bien, y con suma frecuencia. Pero cuando ya les pisan los talones y les echan mano para detenerlos, un rosal ó un jazmín, que del suelo asciende á las alturas; unas palmas ó unos higuerales, que de las alturas descienden al suelo, abren sus ramas y los ocultan hasta salvarlos. Cuando han derribado los fugitivos con su milagrosa presencia el ídolo, temen dentro de su refugio la persecución misma que dentro de su patria, y huyen; pero al huir dan, por su mal, en una re-

gión infestada por todas partes de bandidos, que la depredan y aterrorizan. Mas, como entidades verdaderamente divinas que son los fugitivos, marchan á manera de un escuadrón ó de un cortejo militar, que hundiera el suelo al choque de las herraduras de sus caballos y difundiera por el aire las resonancias de sus clarines y trompetas. Un asnillo cachazudo y modesto, paciente de complexión, tardo, y mucho, de paso, hace vibrar con vibraciones tan estruendosas el aire que respira y la tierra que pisa, cuando apenas se atreve ni á levantar las pezuñas ni á despedir un rebuzno. Pero así pueden salvarse á tal número de crueles asechanzas y conservar sus personas y sus vidas los tres actores de la redención humana, cumpliendo el ministerio sacratísimo para cuyo desempeño los animó y suscitó la divina Providencia.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir los milagros hechos por el santo grupo en su peregrinación egipcia. Aquí una mujer, poseída también por el demonio, le debe la quietud; allí una hermosa novia muda le debe la palabra por haberle confiado celeste adivinación quién era el niño y quién María; más allá una campesina, en cuyo cuerpo acaba de prenderse y enroscarse formidable serpiente, recobra la disposición libre de sus miembros. Ya un aromático baño, por aguas clarísimas

y por flores bien olientes y por esencias aromáticas arreglado y compuesto, donde Jesús ha metido su cuerpo, sirve de medicina pronta y universal á centenares de leprosos; ya un joven, hallándose por su desgracia maleficiado en las alegrías de regocijado festín, sana con sólo columbrar algo divino en los huéspedes recién llegados; ya los encantamentos de ciertas brujas, que han convertido en mulo á un pobre hombre, se desvanecen por virtud de una señal de Jesús; ya los asesinos dejan caer sus armas, petrificados por sobrenatural visión, cuando iban á inmolar el niño; ya los dioses huyen, y los Faraones caen como al precipitarlos en el Mar Rojo la cólera celeste, y aquellas poblaciones sacras, tan llenas de altares y amuletos, truécanse á una en montones de arena que dispersan los vientos del desierto. La meditación de todos estos relatos nos muestra cómo correspondían á tradiciones ampliadas al pasar de labio en labio y de oído en oído. A veces la imaginación de todas estas gentes, que narran á una con tal credulidad y fantasía, exáltase hasta el delirio; y cuando cuentan que á la presencia de aquellos seres errantes y fugitivos se han roto las aras, se han ido los dioses, se han destrozado los santuarios, también refieren que se han entreabierto las entrañas de los arenales africanos, que se han es-

clarecido las profundidades insondables del abismo como si penetrara en ellas el día, que las momias en sus pintados ataúdes han sentido el calor de la vida, y que, mientras de un lado los muertos levantaban la cabeza, rompiendo losas y rasgando sudarios, de otro lado descendían los ángeles con sus nimbos de luz en la cabeza y sus arpas de oro en las manos, á fin de loar la Sacra Familia y prometer la santa redención.

Los autores de todas estas narraciones, á la verdad, tenían ese carácter anónimo que tienen los autores de nuestro romancero. Una persona, un escritor, una individualidad cualquiera, no podía fácilmente concentrar en foco único todos estos rayos rotos de tradiciones griegas, árabes, persas y siriacas. Pero por tal modo la presencia de Jesús y María resplandecen hoy en Egipto, que algunas ventanas, algunos viejos árboles de tiempo inmemorial, muchísimos brocales de cisternas, bosques de palmeras, manantiales por terebintos y sauces asombrados, anchos espacios en las riberas del Nilo, chozas y cavernas recuerdan el paso de la Sacra Familia por allí, é inspiran á las gentes, como consagrados por santísimos recuerdos, una devoción verdadera. Los coptos especialmente, ó sean los egipcios cristianos, cuentan historias diversas, á cual más milagrosas, de tan proceloso viaje. Lo

cierto es que, si atendemos á los autores instruídos en historia religiosa, la devoción á San José, tan divulgada entre los cristianos de Occidente, brotó entre los cristianos de Oriente. Allí, en Egipto, consiguió el pobre carpintero un Evangelio, considerado por la Iglesia como apócrifo, mas, no obstante tal carácter, escanciado por todas las almas piadosas como agua viva de fuente clara, cuando quieren referir la historia de José é inspirar á los fieles devotos afectos por su persona sacratísima. En 20 de Julio ponen los calendarios coptos la fiesta del padre putativo de Jesús. Y esta historia de las fiestas, además de merecer grande atención, por mezclarse las festividades católicas á nuestra vida y costumbres, la merece por mostrarnos el desarrollo de los dogmas y el predominio de unos aspectos de la religión sobre otros en las sucesivas edades y en las varias generaciones. No pueden los historiadores eclesiásticos fijar con exactitud la época cierta en que la fiesta de San José pasó desde los orientales á los occidentales. Fillemont cree que, á fines del siglo décimocuarto, los carmelitas, en sus peregrinaciones, transmitieron á Europa y á la Iglesia latina esta devoción hacia San José y su fiesta oficial de Marzo, muy celebradas y usuales en Asia y Africa por las iglesias de griego rito. Dom Calmet, autoridad res-

petadísima en asuntos eclesiásticos, no pasa por esto, y declara mucho más antigua en Occidente la festividad augusta del padre de Jesús, derivándola del siglo décimo, en cuyos días llegó á los mayores extremos la exaltación religiosa, pues aterrorizados los espíritus católicos por sus creencias arraigadísimas en la proximidad inmediata del juicio final, buscaron intercesores numerosos que los preservaran de las tentaciones del pecado y les abrieran las puertas del Paraíso. Cuantos han profundizado estas materias quédanse perplejos y en duda entre tan acreditados autores. Mas Variot, sabio doctor francés, que ha escrito libro muy estimado y estimable sobre los Evangelios apócrifos, cree promotor de tal devoción á un pensador católico tan venerable como Gersón, alma de aquel concilio de Constanza, donde los espíritus católicos de primer orden pensaron echar las bases de un régimen parlamentario en la Iglesia, que, una vez fundado y establecido, nos evitara la revolución del siglo décimoquinto y sus consecuencias, tan dañosas á la vieja y santa unidad cristiana. Entre los muchos trabajos que intento de tal trascendencia daba en aquellos días al inmortal teólogo, tuvo tiempo sobrado para fomentar devoción tan piadosa como el culto á José, modelo perfecto de padres cuidadosos y tiernos. Y, en efecto, del Egipto de-

bía venir este manantial de afectos religiosos, porque la protección, prestada por José á la débil mujer y al tierno niño en aquellos trances terribles, designa y señala con toda exactitud el ideal de todo ministerio y poder paterno en la familia cristiana. ¿Qué fuera de un organismo viviente tan delicado por sí como la familia y su vivo espíritu á no defenderla el Padre contra la cólera de los elementos y la cólera de los hombres en trances tan supremos como la ida inevitable á Egipto? El cristianismo no presenta sólo á los fieles aquella suma riquísima de ideas en que los espíritus nuestros á una se alimentan y nutren; también ofrece un conjunto de acciones á cual más bellas, enseñando así, no solamente á creer, sino á vivir y amar. Pues bien, esta idealización de San José como padre próvido en amarguras acerbas, norma perfectísima de una familia santa, debía presentarse por fuerza en el sitio donde con mayor energía brotó y llegó á ejercerse, debía presentarse por fuerza en Egipto. Después, trasladada la Sacra Familia, una vez Herodes muerto, á Nazareth, y crecido el Salvador, quien inicia su predicación, San José desaparece. Y la historia, tanto de su vida como de su muerte, no hay que buscarla en los Evangelios canónicos, muy avaros en el relato de todo hecho no concerniente á la vida religiosa del Salvador, hay que buscarla en estos

Evangelios apócrifos, y con especialidad en este libro consagrado á las virtudes y á las obras del santo carpintero.

Allí, solamente allí, hanse recogido por los escritores más ortodoxos las noticias con que abrillantan sus libros más acreditados. Tal guía les enseñó que los fugitivos errantes, la Sacra Familia, detuvieron su marcha y aposentaron sus personas en bosque de palmas é higuerales muy cercano á Ramla; que cruzaron las montañas de Galilea y descendieron á las planicies de Siria; que desde una ciudad marítima filistea pasaron á Egipto con las caravanas reunidas allí al fin de dirigirse al Nilo con alguna custodia y la relativa seguridad posibles en tales tiempos y países. Solamente bebiendo noticias en tan originales fuentes pudieron los escritores ortodoxos referirnos cómo prefirieron en su fuga las vías más tristes y solitarias, las hondas cañadas abiertas en las aristas de los montes, los bosques y espesuras, el culebreo de los senderos asperísimos, y cómo llegaron al término de la peregrinación explorando José, á guisa de escucha militar, los horizontes con ojos avizores, y estrechando María el Niño Jesús con sobresaltada efusión entre sus brazos y contra su amante seno maternal. Sólo estos escritores apócrifos hanse parado á describir el desierto con todos sus horrores, las

bestias feroces y venenosas con todas sus amenazas, el arenal inmenso con todas sus arideces, el aire abrasado con todos sus incendios, la muerte bostezando y abriendo sus fauces negras como los abismos al pie del santo grupo. Solamente los Evangelios apócrifos y los evangelistas fantaseados nos refieren aquellos consuelos, invenidos por José y María en las escuelas de judíos alejandrinos, que vertían las obras bíblicas al griego y derramaban sobre la Biblia y el Evangelio en abundancia incalculable los principios y los pensamientos de la escuela platónica, donde hallarán todos los siglos luminosas revelaciones acerca de Dios y su providencia, del alma y su naturaleza inmortal, del Verbo y su consustancialidad con Dios. A escritores apócrifos, á obras no declaradas canónicas por la Iglesia débense relaciones como la que historia el nombre y condiciones de la ciudad llamada Lentopoli, donde se reunían los judíos pertenecientes á las escuelas alejandrinas y propagadores de los dogmas platónicos. El pueblo de Matarea se halla en la geografía de los controvertidos libros á que nos referimos, y en ese pueblo, la tradición muestra el hogar de la Sacra Familia fugitiva; los bancales de rosas y jazmines, por cuyos bosquecillos Jesús discurriría con el inquieto movimiento de la niñez; el palmeral, de que los ángeles del Señor cortaban

sus palmas; y aquel sicomoro, bajo cuyas ramas han dicho misa los sacerdotes cristianos en sus peregrinaciones y han al Eterno invocado los mismos ismaelitas, fieles á todas las tradiciones religiosas representativas y recordatorias de la divina unidad. Pietro Della Valle, literato italiano, nos recuerda la inmanencia de tal tradición en sus clásicos viajes. Caminando entre un laguillo dimanado de filtraciones del sacro río egipcio y un canal trazado para la irrigación de aquel próvido suelo; por amplia vía sombreada misteriosamente de gruesos y copudos árboles; alejada siete millas del Cairo, encuéntrase una especie de aldea, en la cual se conserva humilde casa, donde vivió la Virgen algunos años durante su emigración á Egipto, en la cual casa vese todavía un ventanillo, antes armario, convertido en retablo para que digan en su presencia misa los devotos sacerdotes cristianos. Guárdase allí un agua de cuya linfa escanciaban la indispensable al amasijo de los panes consagrados al alimento del Dios Niño; y cerca de allí un huerto, entre cuyos arbustillos y árboles veíase uno cargado de gomas balsámicas; por todo lo cual veneran aquellos lugares, hoy mismo, los árabes, muy admiradores del Profeta, como ellos le llaman á Jesús, y muy creídos todos ellos del milagro puesto en gran crédito por Nicéforo y Zozomeno, quienes aseguran haberse

visto por muchos en los tiempos del Salvador las arboledas de la vieja Hermópolis, como animadas por un espíritu interior, descender sus ramas, cual si fuesen cañaverales doblegados por el viento, y aunque fuertes y enormes, tocar la tierra, inclinándose para bendecirlo y adorarlo.

Estos libros apócrifos describen Gaza tal como la encontraron los divinos viajeros; la Tebaida, en cuyos arenales comenzaban á reunirse ya, como por adivinaciones milagrosas, los penitentes que luego habían de testificar con el oráculo de sus pensamientos y con el testimonio de sus maceraciones la verdad entera del cristianismo; Hermópolis, de copudos árboles, dóciles á la voz del Salvador; los manantiales en que la Virgen se proveía de agua y lavaba las ropillas de su hijuelo; el recinto de Menfis, donde temblaron los viejos dioses del desierto á la llegada completamente desconocida de viajeros divinos; el templo viejo, cuyos obeliscos descargaron ideas en la frente de las generaciones cristianas, cual hojas y esencias un floreciente árbol sacudido y meneado; los altares misteriosos y los nichos ocupados por la Isis egipcia, envuelta en su blanca túnica, semejante á pálidos rayos de la luna, y velada por su negro crespón, sembrado con estrellas de oro, quien conoce que toda su sangre, prestada por la savia del campo, se le hiela

en las venas; que se le agota en los pechos aquella nutritiva leche, con la cual había un tiempo amamantado á tantos dioses; que se le van alma y vida, porque resuena en el tiempo una hora nueva del espíritu, y aparece por las alturas del cielo, como un sol espiritual encendido para esclarecer universo, nueva revelación divina, guardadora de un Dios creador y su incomunicable Verbo. Hay algo de poema en aquella pintura, épica verdaderamente, de un suelo sacro, mellado por tantas procesiones religiosas, que se resquebraja y estremece; de unos pórticos, abiertos en viejo granito egipcio, rivales por su duración y solidez de las montañas, los cuales pórticos se arruinan, como el tejado frágil en pobre choza; de unos altares, cuyas aras habían soportado las ofrendas faraónicas y lucido los símbolos de la fortuna y de la fuerza, naufragando en el mar encrespadísimo de las ideas, como cualquier frágil nave que los vientos desarbolan y los abismos se tragan; de unas oraculares sibilas, quienes, al terror promovido por oscuro matrimonio de trabajadores, llevando en su compañía un mísero niño, se desconciertan y enmudecen; de unos ídolos, tan colosales como los dioses y los genios en guerra del dualismo antiguo mazdeísta, que bajan la escalera de los panteones y piden al desierto un sepulcro y á las arenas un sudario; de todos

aquellos dioses cargados con filtros y amuletos, dioses industriados en la quiromancia y en la magia del sabeísmo, de luz vestidos, de astros coronados, con una estirpe divina oculta en la eternidad y con una progenie de descendientes que llevan, tejiéndolos en sus dedos, los hilos de la vida para envolver al universo, como lo envuelven los espacios y que, al conjuro de los recién llegados fugitivos y errantes, huyen como aves nocturnas por el día sorprendidas: milagro, sí, milagro patente, debido á la inmanencia de los grandes principios, revelados á la hora providencial oportuna para sustituir el viejo Dios-Naturaleza, gastado, exhausto, el Dios de la casta, el Dios de la fatalidad, el Dios de la esclavitud, el Dios faraónico de los crueles tiranos, el Dios de la reacción universal, con este Dios espíritu, con este Dios hombre, con este Dios Verbo, con este Dios revelador infalible de la libertad y motor inmóvil del progreso.

XVI

Veamos á María durante la infancia de Jesús. ¿Dónde residió la Sacra Familia, tras el regreso desde las riberas del Nilo á Palestina? Para nosotros residió, con arreglo á lo dicho por San Lucas, en Nazareth de Galilea. No quieren asentir á esto los

críticos escrupulosos, que aplican el sistema de Niebhur á la historia de María. Ellos no tienen por cosa clara, ni mucho menos, la residencia reconocida por nosotros. En sus cavilosidades, arraigadas y múltiples, aseguran que, si un evangelista de los que algo se refieren á la infancia del Salvador, Lucas, por ejemplo, admite Nazareth como habitual residencia de Jesús, otro evangelista, Mateo, admite como habitual residencia el sitio de su nacimiento, admite Belén. Según Lucas, en Nazareth pregunta el arcángel Gabriel por María, y encuentra su casa y cumple los encargos de la sobrenatural anunciación, y le sugiere un viaje á Belén, y tras tal viaje la impele de nuevo hacia su casa materna y allí la tiene de por vida. En Mateo sucede todo lo contrario. Jesús nace en Belén, y allí recibe la visita de los magos, y de allí se parte hacia Egipto; y cuando vuelve quiere instalarse allí, de lo cual una sugestión celeste le disuade, mandándole á Galilea. Por consecuencia, una tradición constante coloca la casa matriz de Jesús en Nazareth y la cuna en Belén. Allá en la ciudad galilea nace María, se casa con José, se reinstala de nuevo á la vuelta de su destierro, y vive hasta que los apostolados y los dolores de su hijo la llevan á Jerusalén. Quede, pues, completamente averiguado esto, en correlación plena con lo que asienta el Evange-

lio. Jesús nació en Belén, pero Jesús creció en Galilea. Para indagar cómo lo educaría su madre, precisa volver los ojos á las costumbres ya establecidas antes de su nacimiento y á las leyes con rigor observadas por sus padres. El judaísmo prescribía la circuncisión, y circunciso fué Jesús. Este ingreso en la religión judaica verificábase ocho días después del nacimiento. Los circuncisores, operando á los niños, pronunciaban las siguientes palabras: «¡Bendito sea el Señor, nuestro Dios, que nos ha santificado, mediante sus preceptos, y nos ha prevenido la circuncisión!» El padre respondía, cual suele responder un coro en las iglesias nuestras, con estas palabras: «que nos ha santificado con sus preceptos y concedido el ingreso de nuestra criatura en la alianza de Abraham, su padre.» Por virtud y eficacia de tal ceremonia tomaban su nombre ya propio los niños, fundados sus padres en la razón de haber Dios cambiado el nombre de Abraham cuando instituyeran la circuncisión. A todos estos procedimientos atuviéronse los padres de Jesús en la circuncisión de su hijo, como fieles observadores de viejas leyes no derogadas por el reciente legislador recién nacido, pero que no había aun revelado la nueva ley con su palabra ni selládola con su sangre. Los conocedores de las antiguas costumbres judías ase-

guran que la educación se daba, por los tiempos de Jesús, en las respectivas casas y familias, teniendo cada cual por maestro á su padre. Aseguran los más profundos talmudistas no haber podido rastrear escuelas oficiales de ningún genero antes de la cautividad en Babilonia. Y tras la cautividad fundáronse por los escribas. Pero estas escuelas, asentadas en la vieja liturgia y reducidas al comentario y reproducción de los viejos libros religiosos, nada tenían que ver, y por ningún lado podía comparárselas, con los institutos llamados entre nosotros escuelas públicas. Cuantos rastrean estas materias de histórica erudición, muy de fiar por los testimonios en sus obras aducidos y por la paciencia con que han profundizado el Talmud, no ven las escuelas organizadas, ni aun como estuvieron en Grecia y Roma, por la religiosa Palestina, sino media centuria después que crucificaron á Cristo. El Sumo Pontífice, llamado hijo de Gamala, promulgó disposiciones relativas á la pública enseñanza, en las cuales constan el organismo que debe darse á las escuelas y el número de ellas que deben existir en cada población, obligada, por lo menos, á tener una sita en la Sinagoga, si la población contaba con escaso número de habitantes, y fuera de la Sinagoga, con los caracteres propios de nuestras escuelas primarias,

allí donde la población alcanzaba ciertas dimensiones y cierto número de pobladores. Para todo cuanto se refiere á esta materia precisa consultar el Talmud y atenerse á su letra, pues compila usos, leyes, tradiciones, las litúrgicas ceremonias, la organización de Israel. Hasta en los tiempos más apartados y primitivos reina esa ley del progreso que perfecciona los individuos y las colectividades, distinguiéndolos y diferenciándolos entre sí. Dentro de la bellota están los troncos, las ramas, las hojas, los frutos de la encina que se desarrolla y crece, diferenciándose de la semilla, generadora del organismo suyo; dentro del huevo están los plumajes, alas, gorjeos del ruiseñor, que se perfecciona, rompiendo la cáscara donde se ha empollado y huyendo del nido en que lo ha puesto su madre. La escuela judía proviene de la Sinagoga, como la escuela moderna proviene de la Iglesia ó del Convento. Mas, así que un espíritu colectivo se mueve, que una civilización nacional se perfecciona, va creando instituciones diversas y apartadas de la madre común, en cuyas diferencias y separaciones hay muchas fases de futuros progresos. Las escuelas públicas de Israel fueron separándose de las escuelas religiosas en edades maduras, al adquirir una verdadera plenitud el espíritu de aquellas gentes.

Muchas investigaciones han hecho los historiadores cristianos en averiguación de los medios de instrucción que pudiera ofrecer Nazareth á Jesús durante su edad juvenil, cuando crecía su cuerpo y se desarrollaba su espíritu, según lo que había de humano en su naturaleza. Lo mismo Sabatier en la *Enciclopedia de Ciencias religiosas*, que Stapfer en su libro de la Palestina, dan á este respecto noticias, emanadas todas ellas de un cálculo de probabilidades y no de un conocimiento cierto en la materia. Nadie puede acertar, segun los monumentos históricos de que disponemos, en tales problemas. Ignoramos por completo si había escuelas, relativamente laicas, apartadas en aquella sazón de la Sinagoga, escuelas en cierto modo civiles y libres, cuando Jesús crecía. Quizás, acomodándose á usos muy extendidos y á ideas muy corrientes, Jesús asistiría, en la fiesta del sábado, á lo que se llamaba entonces la catequización, instituto muy parecido, mucho, á las escuelas dominicales nuestras. En todas las páginas del Talmud se tropieza con descripciones de maestros, llamados azanes, dependientes de la Sinagoga y consagrados á enseñar la vieja ley religiosa, ni más ni menos que nuestros eclesiásticos enseñan, aparte los oficios propios de su ministerio y exigidos por el culto cristiano, en el recinto de las sacristías á los mu-

chachos. La Virgen debió, hubiera escuelas ó no en Palestina entonces, ocurrir á la enseñanza de su hijo como acostumbraban todas la madres israelitas. Cual aprenden las avecillas en el nido, escuchando el cántico de aquellos alados seres, que les han infundido vida, los melodiosos gorjeos, aprendía en Judá el niño los versos maravillosos de sus profetas, muy parecidos, por la poesía que los perfumaba y por las cadencias con que sabían en aquellos tiempos recitarlos, muy parecidos á dulces y melodiosos arpegios. La existencia de Dios, los beneficios con que distinguiera siempre al pueblo de Israel, su próvido auxilio en los trabajos, el consuelo en las penas, los esplendores de su justicia; todo lo referente al sér incomunicable suyo, unido con los fines históricos de la gente y de la raza israelita, con sus nacionales aspiraciones, con sus esperanzas mesiánicas, constituían la ciencia no aprendida, que la madre, musa, oráculo, profetisa, genio sacerdotal de los hogares, transmitía con empeño á sus hijos para constituirlos en dignas imágenes de Dios y prepararlos al servicio de su tribu, necesitadísima de cuantos milagros podían hacer entonces la religión y la fe. María debió tener, como era vieja y tradicional usanza en las familias de su religión y de su gente, dentro de armarios amplios, benditos, recatados, especie de ca-

pillas, el Thorá, como llamaban los antiguos á las leyes suyas, escrito con los caracteres asirios que recogieran sus predecesores en Babilonia y Nínive, cuando arrastraban cadenas y adquirían pensamientos. En tales rollos Jesús, por ley natural sujeto, en cuanto hombre, á las instituciones y costumbres de su tiempo, en estos rollos debió aprender los principios de teología semita y los cánones de su religión antigua. Y muy cumplidor de las leyes, á los doce años, cual todos los compatriotas suyos, debía conocer el schema, ó sea fórmula de su oración diaria, recitándola en alta voz de corrido y guardándola de coro cual todos los muchachos de su edad y de su pueblo. Como un astro despide centelleos, como un puño de mirra é incienso aromas, como el oreo de las brisas y el baño de las aguas frescor, el espíritu verdaderamente piadoso despide plegarias y oraciones. El schema, que Jesús estaba en la obligación de recitar dos veces al día, desde que cumplió los años reclamados por las leyes, el schema, llamado así porque comenzaba con este imperativo, «escucha,» se componía de alabanzas al Creador, de bendiciones á su nombre, de protestas consagradas á su amor, de aspiraciones á cumplir los mandamientos y recitarlos al dormirse, al despertarse, ligándolos como cuerdas á los brazos, colocándolos como frontales ante los ojos, inscri-

biéndolos en las vigas de sus techos y en las hojas de sus puertas. El israelita debía saber que, pronunciando estas oraciones y cumpliendo estos preceptos, obligaba por modo tan estrecho al Eterno consigo, que la lluvia rociaba sus campos, el grano henchía sus trojes, la molienda se amontonaba en sus molinos, el aceite corría en sus almazaras, engordábanse los rebaños de fresca hierba, y sus domésticos hasta hartarse comían. Pero si caían en las idólatras seduciones, y dejaban el corazón cautivo de los paganos, y divertían los ojos del Eterno para convertirlos á otros dioses, inflamaríase Jehovah contra tales pecados, y volviéndose completamente sordo el cielo á toda plegaria, cerraríase á la lluvia, quedando yermos los campos y muertas las personas. Y así hasta las franjas de lana celeste, prendidas y bordadas en sus mantos y en sus túnicas, debían recordarles á una las leyes y los preceptos, para que se creyesen con todos ellos revestidos y de todos ellos acompañados, como de su piel, como de sus huesos, como de su sangre. Ignoro si los que me leyeran, tuvieron, como yo, en su niñez, la costumbre piadosa de rezar el rosario. Arreglado este rezo á cierto antiguo simbolismo, compónese de cinco partes, y cada parte de diez Avemarías, las cuales, en familia y en coro, se recitan, evocando unos días los

misterios gozosos y otros días los misterios dolorosos que componen la vida y muerte de Nuestro Señor Jesuscristo. ¿Por qué no decirlo? Nuestras madres, piadosísimas, unas santas, recitaban el rosario con verdadero fervor; pero nosotros, muchachuelos inquietos, con el afán de jugar para crecer, lo recitábamos como verdaderas máquinas, apresurados, irreflexivos, impacientes, sin curarnos, en el apresuramiento, ni de aquello que oíamos ni de aquello que hablábamos. Lo mismo hemos advertido en todos los pueblos que recitan estas oraciones litúrgicas por costumbre. Al cabo de cierto tiempo se repiten maquinalmente y sin advertir su verdadero sentido. La Virgen debió mil veces rezar el schema de su religión, como rezaban el rosario nuestras madres. Pero Cristo, exento, por su naturaleza divina, de nuestras humanas culpas, no debió rezar nunca el schema de su religión heredada con el pecaminoso descuido, que ponían nuestros corazones de niño, en el rosario de familia todas las tardes. Una observación muy congruente con este asunto. Cristo recomienda en todos sus encargos á los fieles cristianos que no recen mucho, con lo cual no caerán en rezos dichos maquinalmente y en repeticiones inútiles.

La humana cultura por María y José apercibida con el fin de instruir y educar á Cristo, en cuanto

hombre, nos interesa por todo extremo é interesa por todo extremo también al conocimiento de la vida excelsa que historiamos. No cabe dudarlo, todo fiel israelita, observante de las patrias leyes religiosas, recogía y guardaba en sus alacenas un Thorá, indispensable para mantener y atizar el fuego de una religión, heredada en la conciencia y en el ánimo de su famila. Esta costumbre debieron tenerla, y la tuvieron observantes de la religión bíblica tan escrupulosos como José y su mujer, antes de la proclamación del cristianismo, traída por su hijo celestial. Y no solamente leía Cristo el Thorá en la sinagoga, en la escuela, en la casa, leía también, como vemos por sus palabras y sentencias, con sumo cuidado los profetas. Estos inmortales reveladores de la idea divina, circuídos por discípulos, que adquirían fe viva en danzas y en canciones litúrgicas; muy dados á tañer la cítara de oro y acompañar con sus melodiosas vibraciones los afectos que tronaban en sus almas tempestuosas; vestidos con pieles de carnero, que apenas cubrían sus huesos casi petrificados y su pellejo rugosísimo; escanciando en los huecos de sus manos las claras linfas de los manantialas para extinguir la sed ardiente y nutriéndose por todo alimento con las hierbas de montañas y campiñas; emboscados en las selvas del Carmelo, desde cuyas cum-

bres veían el mar de los milagros, la Tiro de las idolatrías y de las riquezas, la Jerusalén de las revelaciones, maldiciendo á la una por tal modo y elevando á la otra, que las generaciones israelitas cogían las frases desprendidas de sus labios para convertirlas en aforismos, y levantaban aquellos titánicos genios que así mantenían la vivificadora lumbre de sus ideas y el calor de sus sentimientos á los cielos en carros de fuego semejantes á las constelaciones nocturnas, y con una gloria superior á la gloria de los mismos arcángeles; porque si éstos bajan del trono altísimo, merced á la divina gracia, al trono del Altísimo subían aquéllos por el mérito de sus obras y en las potentes alas de su alta y sublime ciencia. Cuando leemos el Evangelio, notamos cómo la figura del gigantesco Elías, las palabras de aquellos otros profetas que plañeran el dolor de Jerusalén ó anunciara el Mesías y el mesianismo, habíanse fijado en su ánimo con tal fijeza, que muchas veces repetía sus mismas palabras en los anuncios proféticos, en los apotegmas dogmáticos, en las visiones apocalípticas. Lo cierto es que la conquista de los judíos por Pompeyo y el predominio de los romanos en aquella Palestina poblada por tan patrióticas razas habían en tiempo de Cristo prestado un fervor tal á los jóvenes, que muchos entonces acostumbraban á

holgarse con la vanidad íntima de llevar las leyes grabadas en su corazón y repetirlas de coro en las orejas abiertas á todas las revelaciones. Desde que los niños entraban en el duodécimo año de su vida, tenían que ir al templo en pos de piadosas enseñanzas durante las fiestas, que atenerse á los ayunos como las personas mayores, que sufrir la expiación como cualquier penitente. Stapfer, tan erudito en todas estas materias, nos resume así las prescripciones dadas á los niños en el arte de instruirlos y prosperarlos. A los cinco años debían deletrear el sacro alfabeto; á los diez oir la tradición; á los trece conocer los mandamientos del Eterno; á los quince perfeccionar, cual hombres muy consumados, todos sus estudios. Al que llegaba en este desarrollo intelectual á la ciencia y quería luego comprometerse con los escribas en el empeño de ampliar sus estudios y advenir á lo que podríamos llamar ciencias mayores, acababa por tener una iniciación en la enseñanza y adquirir el título de maestro. Rabí significa maestro mío. Y maestro suyo denominaron las gentes á Jesús. Nosotros no podemos comprender la importancia dada por sociedades y pueblos, muy diversos en costumbres, á la denominación de maestros. En Francia la reservan para los hombres extraordinarios que llegan á la cumbre del saber ó irradian el

éter divino de un verdadero genio. Entre los judíos no alcanzaba tal nombre tanta trascendencia, pero sí quería decir persona sapientísima é industriada en los estudios teológicos. Aparte su divino ministerio, por todos proclamado ya en la historia, Cristo brillaba tanto, hasta en el concepto mismo de quienes, cerrados en su corazón y en su inteligencia, no lo seguían, que le llamaban las muchedumbres, el vulgo, Maestro, y Maestro divino, como cumplía seguramente á lo sobrenatural de su palabra y de su genio.

Aquello que principalmente, ya lo hemos dicho, debían saber los judíos, era la oración, el schema. Esta oración, dimanada por completo de las primeras fuentes bíblicas y puesta de los labios en los oídos tradicionalmente de todas las generaciones judías, ha ido creciendo en trascendencia é importancia, según las necesidades múltiples de los tiempos y de los espíritus; pero ha quedado una y sola, tanto en su esencia como en su expresión. El israelita debía compenetrar con Dios ánimo y pensamiento, fijar sus leyes en el pecho como está fijo allí el corazón y cumplirlas en su persona y en la persona de sus hijos. Las alabanzas del Señor se repetían en estos laudes, cantados muchas veces al són del salterio y de la cítara. «Alabado seas, exclamaban, Dios de Abraham y de Jacob, pode-

roso, firme, terrible, dispensador de toda gracia y hacedor de toda criatura. Enviaras un libertador á tus hijos para que glorifiquen el nombre tuyo y te manifiesten su amor. Tú hinchas las nubes, tú soplas las brisas, tú sostienes á los vivos, tú resucitas á los muertos; quien sabe, debete la sabiduría de su entendimiento á ti; quien obra bien, la pureza de su voluntad. Perdónanos, Padre nuestro, porque todos hemos pecado; absuélvenos, porque todos te hemos ofendido; míranos y seremos curados; ayúdanos y seremos socorridos. Pon el rocío en nuestros árboles y la semilla en nuestros sembrados. Suena la trompeta de nuestra emancipación y extiende las banderas cuyas ondulaciones deben guiarnos á la guerra contra el mal. Vuelve sus sedes á nuestros magistrados y reina tú solo sobre nosotros. Que los orgullosos sean humillados, que los omnipotentes abatidos, que los calumniadores no tengan esperanza ninguna de ser escuchados. Prospera el vástago de David, y revela sus glorias por tus auxilios. Apiádate de nosotros, atiende nuestras súplicas, acepta nuestras plegarias. Que nuestro culto sea grato siempre á tus ojos, que todos los vivientes á una te alaben. Bendícenos con la luz de tu rostro, Dios eternal.» Estas y otras palabras decían los judíos en el siglo primero y debió repetir María en los oídos de su

Jesús. Compuesto el schema con frases de los Salmos y de los profetas, reunía sublimes apóstrofes á expansiones verdaderas de amor y esperanza. Las fórmulas más altas y salientes de todos estos símbolos bordábanlas á una en los flecos de sus vestiduras las diversas clases del pueblo judío, para que nunca se apartasen de sus personas. Como se lleva comúnmente hoy un alfiler, un botón, un dije, una cadena de reloj, llevaban los antiguos judíos pergaminillos sacros, pendientes de correas duras, puestos unas veces como collares en la garganta, otras como cíngulos en los riñones, otras como amuleto en la cabeza y sienes. Allí se inscribían versículos del Deuteronomio, arrancados al capítulo IV. «Vosotros, decían estos versículos, que os acercasteis á Jehovah, vuestro Dios, todos estáis vivos. Por tanto, guárdate y guarda tu alma con diligencia. No des al olvido las cosas que has visto, ni se aparten de tu corazón y de tu memoria todos los días de la vida. Enseñarlas debes á tus hijos y á los hijos de tus hijos.» Los versículos, grabados en los pergaminillos que llevaba cada fiel encima, tenían el nombre de filacterias, porque además las inscribían en los flecos de sus vestiduras. Y cuanto en ellas encerraba la piedad religiosa debía repetirse con verdadera frecuencia. Jesús no condena las filacterias, condena su repetición

maquinal y la falta completa de conciencia con que solían salmodiarlas en su siglo. Pero muchas de las frases hoy corrientes y consagradas en las oraciones y misas nuestras, copia son literal de las frases inscritas en los pergaminillos judíos y llevadas como reliquias ó amuletos por los fieles aquellos en sus vestimentas. Padre nuestro, dicen los talmudistas; como Padre nuestro decimos los cristianos. Vénganos el tu reino, se dice á una en el Talmud y en el Evangelio. Toda oración exclamaban los talmudistas, donde no se menciona el reino de Dios, deja de ser oración. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, decimos nosotros. Y lo mismo, sobre poco más ó menos, dicen los talmudistas. Líbranos de todo mal, pedimos nosotros y piden ellos. Que tu nombre sea bendito, decimos á una en las sinagogas y en las iglesias. Los que han encontrado relaciones tan estrechas entre las palabras del Talmud y las palabras del Evangelio, Maupassant y Stapfer, no se contentan con designar las relaciones existentes entre los judíos y los cristianos, desígnanlas también, y muy estrechas, entre los judíos, los cristianos y los árabes.

Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo. Todas estas lecturas, todos estos apotegmas, todas estas sentencias, escribíanse á una en

las franjas de los vestidos, de las túnicas, de los mantos. Y la demostración de que acontecía así está en los mismos evangelistas. Ellos nos dicen que, habiendo tocado una mujer, muerta de flujo casi, la franja donde llevaba el Salvador escritas estas sentencias, quedó en el acto sana. Luego Jesús, en su predicación misma, en su mocedad, cuando ya iba distinguiendo su doctrina propia de la doctrina judía, llevaba los apotegmas bíblicos, no sólo en lo recóndito de su mente, en la franja de sus vestiduras. ¡Cuánto más no debía su infancia empaparse toda ella en las enseñanzas bíblicas y en sus viejas revelaciones! Aun refiriéndonos á Cristo, no podemos prescindir del medio ambiente, de las circunstancias históricas en que nació, de la tierra y del aire que lo nutrieran. Así él mismo hablaba de los objetos circunstantes, y á ellos refería ciencia y doctrina. ¡Cuánto más no debió hablar de las ideas que permanecen, de las ideas que iluminan, de las ideas que influyen, de las ideas que dirigen, de las ideas que todo lo circundan, de las ideas que forman como el sol y como el ambiente para los espíritus! No puede prescindirse, no, del tiempo en que Jesús estuvo bajo las dos alas de José y de María; no puede prescindirse del tiempo que media entre la vuelta de Egipto y la hora en que inicia su predicación.

Los evangelistas hablan de todo esto con una extrema sobriedad. A lo sumo encontramos en ellos alguna que otra referencia, como la hecha por Lucas en el capítulo segundo, versículos cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos: «Y el niño crecía, y fortalecíase y se llenaba de ciencia; y la gracia de Dios era con él. É iban sus padres todos los años por pascuas á Jerusalén. Y cuando fué de doce años, subieron ellos á Jerusalén, conforme á la costumbre del día de la fiesta.» Ya hemos dicho qué significaba en lengua hebrea la palabra Rabí, como ya hemos dicho que le llamaban Rabí y Rabonini, así los discípulos todos como aquellos que imploraban su auxilio, aunque no perteneciesen á su escuela y á su creencia. Nosotros no sabremos decir si Cristo en algún modo cursó las enseñanzas rabínicas ó no; lo que sí debemos decir es que pintaba magistralmente la fisonomía material y moral de los fariseos, ó sea de los sacerdotes de su tiempo. Ved el capítulo veintitrés de San Mateo y decidme si puede haber nada más maravilloso. «Entonces habló Jesús á las gentes y á sus discípulos diciendo: «Sobre la cátedra de Moisés asentáronse los escribas y los fariseos. Así todo aquello que os dijeren guardar, guardadlo; y todo aquello que os dijeren hacer, hacedlo; mas no copiéis, no, sus obras, porque dicen el bien y hacen el mal;

porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar y las ponen sobre los hombros de los demás, pero ni con su dedo quieren moverlas. Antes bien todas las obras las hacen para ser mirados de las gentes, y á los ojos de ellas ensanchan las filacterias y extienden los flecos de sus mantos, y gustan de las primeras camas en los festines y de los primeros asientos en las sinagogas, y que los saluden en las plazas llamándoles Rabí, Rabí. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque obstruís las vías celestiales á los hombres, y ni entráis, ni á los que están entrando dejaislos penetrar! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os coméis las casas de las viudas y luego creéis excusaros con largas oraciones! Mas por todo esto llevaréis mayor horrendo castigo. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque rodeáis la mar y la tierra para ganar un prosélito, y cuando fuere ganado lo hacéis hijo del infierno, doble más que vosotros! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, por que limpiáis lo que está de fuera del vaso y del plato más dejáis lo de dentro lleno de robo é injusticia!» No acabáramos nunca, si hubiéramos de mostrar cuánto conocía Jesús la casta sacerdotal de su tiempo y con qué grande actividad la condenaba su voluntad incontrastable y con qué firmeza la perseguía su divino juicio. Pero no solamente

debió conocer Jesús la Palestina, debió, en su naturaleza de hombre, conocer también el Egipto. Esta residencia en las orillas del Nilo, tan abundantes por aquella sazón extraordinaria en magias y sortilegios, dió pie á muchos enemigos del cristianismo para estimar las maravillas de Jesús, los hechos milagrosos, las doctrinas reveladas y sobrenaturales, el carácter divino resplandeciente desde la cuna en todo el sér suyo, como cosa de pura hechicería y encantamento. Celso, enemigo implacable de la roligión cristiana y de su milagroso fundador, desliza con empeño una especie, tan de suyo engañosa, como que había el Salvador puéstose á servicio de brujerías y brujas en las orillas de aquel Nilo, tan ricas en cosas del mundo inferior y diabólico, adquiriendo así una manera de proceder completamente propia de los teúrgos, y quiromantas, y magos, y hechiceros, y embrujadores, que regularmente nacían al resplandor de las estrellas asirias y luego se iban por los desiertos asiáticos y africanos diciendo á los viandantes la buenaventura leída en las líneas de sus palmas y en las constelaciones de su cielo. Los talmudistas mencionan poco á Jesús; pero muy enemigos naturalmente suyos por haber ampliado una ley que recluían ellos en la secular y seca tradición, creen á Jesús discípulo de un miembro insano del

Sanedrín, en cuya compañía se instruyó de todas las supersticiones disueltas por las aguas del Nilo y guardadas en los recónditos santuarios donde se recluían los genios de la magia. Indudablemente, cuando el Egipto sacudía sus jeroglíficos de las piedras monolitas, cuando los anuncios proféticos de Daniel constituían como una historia filosófica cercana de cumplirse, cuando los fariseos reducían las leyes á lo externo puramente, cuando el saduceísmo caía en ideas materialistas, cuando el esenio poblaba los desiertos haciendo penitencia en busca de una revelación sobrenatural, cuando el judío alejandrino allegaba la idea del Verbo, cuando el platónico heleno se hacía judío por haber encontrado en la Biblia el Dios mismo de Platón, cuando los inquietos del yugo romano en Palestina profetizaban el advenimiento de un Mesías y constituían el mesianismo, cuando el Bautista iba clamando por las orillas del Jordán con anuncios de que se acercaba pronto aquel que había de venir, Jesús concentraba en sí todas estas irradiaciones del espíritu y constituía la doctrina en torno de cuyo foco gravitaban todas las inteligencias.

¡Cosa verdaderamente singular la costumbre judía! En aquel tiempo, y entre aquellos hombres, difícilmente solían las más altas personas exentarse de un oficio manual. Aun los dados al cultivo

de las ideas y al empleo de las altísimas facultades intelectuales tenían algo de menestral. Nosotros apenas podemos comprender que fueran los duchos en saberes y ciencias diestros artesanos. Dado el poco equilibrio que todavía guardamos entre la educación física y la educación intelectual, para nosotros, los modernos, la destreza en las artes y la sabiduría en las ciencias acusan inhabilidad natural ó adquirida en los menesteres de un oficio mecánico. Algunos ingleses, aunque sumos políticos y consumados escritores, acostumbran á remar en los barcos y á podar en los bosques. Pero tal moda no ha pasado el Estrecho y no ha venido al continente. Entre los judíos acontecía lo contrario. Ya fuera por ejercitar las fuerzas, ya fuera por adquirir con verdadera honra el pan diario, ya fuera por equilibrar lo físico y lo intelectual, todos á una, con raras excepciones, industriábanse, desde su infancia, en artes útiles y mecánicas. Jesús, por indicación de María y José, tuvo igual oficio que éste, fué carpintero. Así le llama San Mateo (τεκτῶν) en el capítulo XIII, versículo LV. Strauss estudia este nombre griego, y dice que la mayor parte de los traductores, y la más granada, lo vierte con la palabra carpintero; pero que algunos le han creído cerrajero, albañil y esmaltador en oro. Los Evangelios apócrifos no se

contentan con atribuirle al joven Jesús este oficio de carpintero, sino que saben los artefactos en cuya construcción empleaba sus fuerzas y dicen cómo hizo carretas, yugos, cribas, cofres, mesas, puertas y hasta un trono. El Protoevangelio de Santiago le supone un maestro de obras. Pero no cabe duda respecto del oficio que tenía Jesús. Ya en otra parte de la misma obra esta, hemos recordado las palabras, muy célebres, de los evangelistas, cuando las gentes de Nazareth se alarman, oyéndole hablar con tal abundancia y se preguntan unos á otros cómo pudiera decir cosas tales un carpinterillo, engendrado, y nutrido, y criado por el carpintero José. En el Evangelio árabe de la niñez, cuéntase una particularidad que Strauss también cita. Dice aquella relación, muy copiada por los historiadores ortodoxos de María, que su hijo acompañaba siempre á San José en calidad y categoría de oficial. Y como el santo padre putativo no fuera una estrella en su oficio, pues poco ducho en matemáticas y mal medidor, sacaba unas veces cortas y otras largas las vigas ó maderas por él aserradas y compuestas, el niño Dios milagrosamente, por una mera operación intelectual, dábales con exactitud su justa y necesaria medida. Jesús fué, pues, como su padre José, de oficio carpintero. Bien es verdad que ya lo hemos dicho; en Judea

querían las costumbres que los hombres dados á trabajos intelectuales aprendieran también un trabajo manual. Rabí Judá, citado por Stapfer, dice: «Quien á su hijo no enseña un oficio lo hace bandido.» Las clases acomodadas huían de ser arrieros ó marinos, pero tomaban los demás oficios mecánicos. Hiel y Aquiva, dos ilustres rabinos, eran aserradores; Juanán, zapatero; Nanacha, herrero; San Pedro, pescador, y tejedor San Pablo. Jesús fué carpintero. Mucho se ha disertado sobre la condición material de Cristo. Su pobreza parece cuadrar con la obra que debía cumplir en el mundo. Para empequeñecerse y humillarse, aquel que había criado ángeles y estrellas, debía revestir la forma indudablemente más humilde y baja de la vida social, así como pasar por una de las mayores tribulaciones y angustias que pueden aquejarnos en este mundo, por la pobreza y la miseria. Deseosos de unir los dos extremos del ser en la persona de Cristo, llámanle muchos religiosos autores misérrimo siervo, mostrando y encareciendo así cómo pasó por la servidumbre aquel que nos diera con su espíritu y soplo la santa libertad. Sin embargo, hay quien le cree rico, fundado en que San Juan lo viste con una toga inconsútil, vestimenta de los muy acomodados y felices. Pero Jesús mismo nos asegura en el Evagelio de San Mateo no tener una

piedra donde reclinar su cabeza, mientras las zorras tienen cuevas y nidos las aves. Y cuando San Lucas nos presenta en el capítulo II á María y su purificación, dícenos también cómo llevaba en ofrendas al sacerdote, no el recental debido por los ricos, las cándidas palomas de los pobres. Pero ¡ah! que la naturaleza en el Mediodía, por las orillas de aquellos mares verdaderamente celestes, ofrece al hombre medios de vivir apenas concebibles en las regiones del Norte. Hoy mismo, cuando el sentimiento de la propiedad individual tiene tanto arraigo, nadie pone tasa en los campos valencianos á quien come brevas de aquellos higuerales, uvas de aquellas viñas. ¡El calor ayuda tanto á vivir! ¡La espléndida luz tiene un tan socorrido alimento en su éter! Los tomillos y el espliego embalsaman los aires en términos tales; el dátil se cría tan lejos del cultivo y se desprende con tanta facilidad de lo alto; las hierbas del campo y las frutas bravías resultan de suyo tan delicadas y nutritivas; es todo allí tan próvido, que bien podía el hijo del hombre vestirse como los lirios del valle, con aquellos blancos linos casi espontaneos, y creerse, al extender los brazos en lo alto de una colina perfumada, alzado sobre los tronos de Salomón ó David, y hablar profético lenguaje, no aprendido, como no aprendieron jamás sus gor-

jeos los ruiseñores ocultos entre jazmines ó rosales, y comer el maná de aquellas uvas que nutren como el pan y la miel depositada en los troncos de aquellas hayas que parecen colmenas, y dormir al raso bajo el solio de un cielo sin relentes ni sombras, velado por el resplandor de unas estrellas que, según lucen allá en la oscuridad, semejan voladores ángeles, quienes os traen á una en la sugestión de los sueños felices el ósculo de la increada luz y el eco de la creadora palabra.

XVII

Hay en la vida é historia de María períodos largos, durante los cuales hállase la Virgen separada por completo de su hijo celestial. Desde su reingreso en Nazareth hasta la predicación del Salvador median veinte años, y dos ó tres veces tan sólo con él está en los actos de su vida pública la santa Madre. Acostumbraba ésta, según los Evangelios, cuando vivía José, á llevar el Niño al templo en las fiestas de Pascua. Estas anuales peregrinaciones á sitios santos usábanse mucho entre las gentes israelitas y pasan de preceptos litúrgicos á costumbres universales. Doce años contaba Jesús cuando, por tercera ó cuarta vez, le condujeron al templo de Salomón, reconstituído ya, con cuidados muy dig-

nos de aquella liturgia sus próvidos y cuidadosos padres. En la obediencia del pueblo judío al rito religioso los caminos debían de muchedumbres henchirse cuando se acercaba festividad tan solemne como la Pascua. María, Jesús, José, iban por aquellas vías, no como fueron á Egipto, huyendo y recatándose de las muchedumbres, no, en acompañamiento y comunidad con todos los vecinos de Nazareth. Siete días estuvieron allí en Jerusalén, y durante la sacratísima semana entera no faltaron ninguno de los tres á los ejercicios y ceremonias que les correspondían y en el respectivo sitio donde á cada uno le correspondía, según la edad, condición y sexo. Cristo especialmente debía en circunstancias como aquellas acudir á las aulas, donde se aprendía y enseñaba la vieja ley con arreglo á la ciencia de los doctores conocidos como intérpretes natos de la doctrina tradicional y consagrados á su necesaria debida enseñanza. Lo cierto es que aquí pasó uno de los hechos más característicos en la vida é historia del Salvador y de su Madre. Llegado el día séptimo, y con él cumplida la semana de tradicional devoción, regresó la familia, desde la gran ciudad, á la modesta Nazareth. En la hora de partirse acudirían por obligación religiosa naturalmente al templo para ofrecer á Dios cualquier devoción y llevarse de los pontífices ó sacerdotes algu-

nas bendiciones. Como en las sinagogas judías hoy mismo las mujeres tienen por prescripciones legales que hallarse apartadas completamente de los hombres, María debió ir por un lado con sus convecinas al sitio habitual suyo y debió ir por otro lado y á otra parte José. Debió creer éste que su hijo iba con la madre, mientras la madre debió creer que iba con su padre. Lo cierto es que, llegados á un sitio, donde confluían los fieles de la sinagoga salidos por diversas puertas, sitio que ya estaba muy lejano de Jerusalén, halláronse los esposos desgraciadamente sin el divino hijuelo. Aquellas penas, experimentadas cuando Herodes lo condenó á muerte y le persiguieron sus homicidas sicarios, debieron renovarse ahora en este crítico supremo instante. Y se renovaron, pero con mayor intensidad. Mientras huyeran, llevaba María el hijo suyo en los brazos, oprimíalo contra su amante seno, llenando su rostro de lágrimas y besos; pero en el camino de Nazareth estaba sola, sin su hijo. Quien haya visto á una madre cualquiera en trance semejante compadecerá y comprenderá el dolor de María. Las angustias, las zozobras, las penas maternales, en cualquier caso análogo á éste, revientan en el pecho, suben á los labios y á una se desahogan, ó por lo menos se exhalan, en clamores, lamentaciones, preguntas á los viajeros, violencias de actitud

y de gesto parecidas al delirio de un loco y al estremecimiento de un epiléptico. Madre que ha perdido á su hijo y no acierta dónde hallarlo, corre sin saber por qué, grita desaforadamente, llora, se retuerce los brazos, se revuelca en la tierra, se mesa los cabellos, pierde sus sentidos, como si vida y alma se le huyeran del desgarrado cuerpo. No tenéis más que apartar el nido á cualquier ave, á cualquier cuadrúpedo la cría, y veréis cómo el dolor se halla esparcido hasta en los más inferiores seres por esos afectos intensísimos comunicados á todas las especies para que se difundan, y se conserven, y se perpetúen, pues la vida resulta de suyo penosa y los lazos y las cadenas con que nos unimos al mundo han de ser muy fuertes, á fin de que no los rompamos con facilidad en lo intenso y terrible de nuestra pasión, en lo áspero y cruentísimo de nuestro calvario. María echó á correr desalada juntamente con su esposo en busca de su hijo. Y al fin hallólo en el templo disputando con los doctores de la ley antigua. Giotto nos ha dejado un admirable monumento pictórico de tal escena. Pasa ésta en florentino salón. Como en todas las obras toscanas, aquella estancia, si bien gótica, trasciende á la vieja sobriedad propia de los etruscos. El Salvador, muy bien representado, entre la infancia y la pubertad, puesto sobre cátedra eminente y ce-

ñido del áureo nimbo místico, pronuncia una plática y señala con el dedo índice á sus oyentes lo mismo que dice y enseña, cual si contemplara sus ideas escritas en el aire. Vense los doctores, unos atónitos, otros absortos, maravillados éstos, extáticos aquéllos; todos á una suspensos. Mas por la derecha del espectador aparecen, penetrando en la estancia, José, muy viejo ya, y hasta cierto punto muy sereno; pero en cambio, María, especie de religiosa estatua, como las que Juan de Pisa tallaba en el mármol, envuelta en los pliegues de su capa, que le cae hasta los pies desde la cabeza, hermosa de aspecto, correctísima de líneas, que mira con fijeza el hijo recién encontrado y le tiende las manos, como cuando estaba de pequeñuelo en la cuna, para llevárselo consigo amorosa y feliz. San Lucas nos refiere así esta circunstancia de la divina historia. «Iban los padres de Jesús en la fiesta de pascua todos los años á Jerusalén, dice, y cuando fué de doce años el hijo subiéronlo consigo, conforme á las costumbres en días de tal festividad. Y, acabada ésta, volviendo ellos, quedóse Jesús en Jerusalén de suyo, sin saberlo ni su padre ni su madre. Y pensando los dos hallarse junto con la compañía en que todos iban, veinticuatro horas anduvieron, mas no lo encontraron ni entre los parientes ni entre los conocidos. Y como no lo halla-

sen, volviéronse á Jerusalén para buscarlo. Y aconteció que tres días después lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles é interrogándoles. Y todos los que oían á Jesús pasmábanse de su entendimiento y de sus respuestas. Y cuando le vieron sus padres, maravilláronse y díjole María: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? »Aquí tienes padre y madre, que te buscamos con »dolor.» Entonces Jesús les respondió: «¿Qué hay? »¿Por qué me buscasteis? ¿No sabíais que me con- »viene atender á los negocios de mi Padre?» Mas ellos no entendieron el sentido de la palabra que les habló. Y descendió con ellos y fuese á Nazareth y estuvo á ellos sujeto. Y su madre ocultaba todas estas cosas en el corazón.»

Muchas reflexiones despierta el relato evangélico de San Lucas, y estas reflexiones deben fundarse todas en el recuerdo vivo de que Cristo reunía en sí dos naturalezas, la humana y la divina. Como Dios, no hay para qué hablar. La omnisciencia, la omnipotencia, estaban de consuno en él virtualmente sumadas todas las perfecciones supremas. En su calidad y naturaleza de hombre no estuvo Cristo sujeto ni al error ni al pecado; infalible, impecable, tres veces santo, como dicen nuestros rezos litúrgicos. Pero si no estuvo sujeto á errar ni á pecar, sujeto estuvo al dolor y á la muerte. Sufrió

como sufrimos todos é hizo también sufrir á cuantos le amaban, de igual suerte que hacemos todos en el mundo sufrir á quienes por nosotros viven y se desvelan. Y Cristo hizo ¡ay! padecer y sufrir muchísimo, por necesidad inevitable y fatal, á la mujer inmaculada que le diera la vida y naturaleza de hombre. Los escritores más piadosos, aquellos que la Iglesia reconoce maestros y modelos de la moral y de la doctrina, convienen á una en que, desde la niñez, entregado Cristo á las vocaciones verdaderamente sobrehumanas impuestas por el divino ministerio suyo, recatábase á las caricias maternales, huía del trato con todos los suyos y se transportaba en alas de sus ideas á la contemplación extática de los fines para que lo envió á la tierra y á la humanidad su Eterno Padre. No puede, no, desconocerse que á los reveladores y á los profetas el ministerio suyo les impone así como un apartamiento necesario de la familia y del hogar. Los que viven para todos, no pueden vivir para el escasísimo número de personas que funda y constituye la sociedad privada y doméstica. Cristo sabía desde su niñez la grandeza del destino á que le llamaba el cielo y la suma incalculable de acerbísimos dolores, compañeros de todas sus grandezas. Cristo debía prever con exactitud matemática todas las amarguras que iban á traerle su naturaleza

sobrehumana y su ministerio divino. El arte católicos, en us intuiciones maravillosas, ha trascrito este natural estado y condición de Nuestro Salvador. Los niños, en talla y en pintura, llamados Niños de la Pasión, fresquísimos, y sonrosados, y tersos, cual cumple á la niñez, pero con sus espinas en la cabeza y su cruz al hombro, nos muestran el presentimiento de las penas y de los dolores que debían acongojar, desde los comienzos de su infancia, un corazón como el corazón propio de los sublimes redentores. Así, mientras otros niños de Nazareth, quizá mal hallados con los ritos del templo, que siempre incomodan á la infancia, ó poco atentos á las lecturas altas y sublimes de la sinagoga que la infancia no puede comprender, se irían satisfechos y regocijados á su aldea, tras una semana de oficios divinos como la semana de pascua, á Jesús, venido para salvarnos, para esclarecernos, para redimirnos, aun le parecían pocos aquellos largos ejercicios y se quedaba en compañía de los que divulgan por motivo y razón de su ministerio las ideas para empaparse de continuo en ellas y por ellas vivir y morir en este mundo. Así el Salvador no se cura de las penas que su extravío engendrara en los amantes padres, quienes le amaran á una con tal exaltación y le criaran á una con tan solícito cuidado. Para su excelsa na-

turaleza, la vocación de predicar está sobre todo, y con ella la necesidad inevitable de padecer y de morir por todos. Cuando su madre se duele y queja, en el momento de hallarlo, Jesús, no excusas, querellas y reconvenciones por su parte da. Y la respuesta cuadra con todo aquello que pide su naturaleza de Redentor y su vocación de mártir. A los padres de un día que le han revestido con su carne mortal para que la ofrezca en holocausto, y que le han transfundido su roja sangre para que la vierta sobre las cumbres del Gólgota, y que le han prestado todo cuanto hay en él de humano, díceles cómo tiene otro Padre allá en el cielo, quien le ha destinado en sus designios providenciales á generar con el soplo de su espíritu y con las ideas de su creadora mente para el hombre alma nueva y luminosa, limpia del error, pura del pecado, por obra y eficacia de un sacrificio, cuya virtud trae consigo lógica y necesariamente la redención universal. He ahí cómo en el niño está patente desde los primeros albores de su inteligencia, desde los rudimentos primeros de su voluntad, desde los comienzos é iniciaciones en la vida, aquella vocación misteriosísima que le llevaba desde Nazareth á Jerusalén, desde Jerusalén á la sinagoga de los doctores, desde la sinagoga de los doctores al templo y desde aquel templo santo á las cumbres de su cruentísimo Calvario.

A pesar del natural despego que todos los historiadores de María reconocen y proclaman á una en Jesús, la tradición piadosa y cristiana quiere que haya sentido mucho la muerte de su padre José. No hay libro alguno de autenticidad histórica y de verdadero carácter testimonial que nos refiera el tránsito de José. Los evangelistas danse de ojo para prescindir, casi por completo, de todo cuanto se relaciona con los años primeros del Salvador. No los mencionan Marcos y Juan; los menciona poco Mateo, y el más lato en este punto es el minucioso Lucas. Mas, á pesar de sus minuciosidades, no dice palabra ninguna respecto de la muerte del santo carpintero. Para encontrar noticias debemos buscarlas en documentos de suyo inciertos, como el calendario copto y el relato apócrifo que se denomina la *Historia de José*. Los coptos dan como día del eterno descanso al Patriarca el 20 de Julio, y lo señalan así en su calendario: *Requies sancti senis justi Josephi fabri lignarii, Deiparæ Virginis, Mariæ sponsi, qui pater Christi vocari promeruit.* La historia de San José nos refiere particularidades múltiples de la vida y de la muerte del Santo. Ella nos dice cómo le construyó al niño una tarima, sobre la cual pusiera una manta, y tarima y manta eran el único lecho donde reposaba el Salvador de los hombres. Pero de lo que

principalmente los escritos estos tratan es del trance último de José. Larguísimos años vivió en Nazareth, sano de alma y robusto de cuerpo, á la manera que los antiguos patriarcas. Así pudo llegar nada menos que á ciento y once años. Habíalos ya cumplido, cuando, muy ajeno á todo presentimiento fúnebre, un celestial emisario, un verdadero ángel, baja de las alturas y le anuncia y le comunica la hora de su muerte próxima. José, conturbado como todos cuantos deben pasar de esta á otra vida y volar de este á otro mundo, corre al templo en busca de fortaleza moral y se confiesa públicamente con palabras arrancadas á los quejidos de Job. Tras esto dirígese á los ángeles, invisibles para todos los demás, que deben cruzar en rápido vuelo por sus abrasadas retinas, y los conjura con grandísima insistencia rogándoles persigan los leones cuyas garras le amenazan en su camino, le saquen á salvo de los océanos ardientes que debe atravesar su cuerpo y le abran las puertas del Paraíso. Concluída esta plegaria en el templo, recuéstase tranquilo sobre su lecho de muerte. Allí los terrores del próximo fin le asaltan, con el sudor frío sobre su cuerpo y con las angustias extremas sobre su ánimo, y vuelve los ojos á la persona del Salvador, y pliega en su presencia las manos, y le recuerda con palabras de ternura

exquisita los dolores pasados en tantos y tantos trances por él sufridos para criarle y acorrerle. En estos estertores, ya suspiros, ya sollozos, ya resuellos, pide que le perdone por si acaso alguna vez le ha reñido con sobrada dureza ó le ha tratado con aquella vivacidad que suelen usar frecuentemente los viejos para con los niños. En este momento Jesús corre y busca solícito á María, llevándola en presencia del esposo moribundo y diciéndole con tal ocasión los adjetivos más dulces del idioma romano; illibata, amantísima, veneranda, benedicta, sancta, pura. En cuanto María llega, pónese Jesús á la cabeza de su padre y á los pies la Virgen. Ésta se acongoja en tales términos y vierte lágrimas tan amargas, que su hijo le recuerda cómo se halla sujeta, sin excepción, la universalidad de los humanos, al trance de la muerte. Mientras Cristo sostiene y conforta de tal modo á María, los parientes van viniendo todos y echándose unos en brazos de otros con lágrimas y lamentaciones que partirían las piedras. En este duelo terrible se aparece de súbito, como un esqueleto, cóncavos y vacíos los ojos, desposeídos los huesos de piel y enfriados, con sus alas de murciélago, el ave nocturna que habita en las tinieblas eternas y que se llama la muerte. José, no obstante hallarse á su lado el Redentor de las gentes y haber de

un arcángel recibido el aviso y noticia de una muerte serena, rematada por una gloria beatífica, se retuerce á la vista del espectro y pide á grandes voces auxilio y socorro. Entonces Jesús, puesto de pie, levantadas las manos al cielo, se promete de los arcángeles Miguel y Gabriel que vengan por su padre. Y á esta invocación los arcángeles llegan, pero al llegar está ya José muerto. Y Jesús vuelve á los circunstantes para decirles: «Concluyó el viejo carpintero.» Y dicho esto, entrega el cuerpo á los emisarios celestiales, quienes lo revisten de túnica luminosa. La noticia de su muerte difunde la mayor desolación y luto en toda Galilea. Jesús abraza el cuerpo de su padre y aprovecha la concurrencia que le circuye para encarecer y recomendar la devoción á San José. Y seguidamente promete que no exhalará su cuerpo el hedor de la muerte ni se corromperá su carne á impulsos de la corrupción; que no se desprenderá de su cabeza un solo cabello ni un solo átomo se aniquilará de sus huesos y de sus fibras; que su cuerpo quedará embalsamado y entero como en blando tálamo y como en dulcísimo sueño hasta el día de la resurrección; que todos cuantos conmemoren el recuerdo sacratísimo de José y le ofrezcan exvotos en el día de su aniversario recibirán el condigno premio en el seno de la gloria; que los misericordiosos.

capaces de acorrer al pobre, consolar á la viuda, proteger y adoptar al huérfano, en recuerdo y amor al santo Patriarca, nadarán en inacabable abundancia; que los piadosos, cuyas manos hayan tendido un vaso lleno de licor al sediento, entrarán con Cristo en el festín de los mil años, recibiendo, según sus méritos, treinta, sesenta y hasta ciento por uno; que los historiadores consagrados á narrar una vida como la vida santa de aquel á quien todos lloraban obtendrán una muerte beata y una gloria segura; que todos los devotos de San José verán quemados los libros donde constan sus culpas y encontraránse de todo castigo exentos en los días del Juicio final; que los llamados, como él, y que, como á él llamen á sus hijos, gozarán de una casa nunca herida por la indigencia y de una familia nunca probada por la enfermedad. En cuanto Jesús dice todas estas especies, los discípulos proceden al sepelio del cuerpo de José. Y al dirigirse á depositarlo en sacra gruta, salen á su encuentro los apóstoles y preguntan cómo aquel hombre singular pudo morir sin levantarse cual Elías y Henoch hasta las constelaciones del firmamento y los ángeles del empíreo. Jesús aprovecha esta circunstancia de las palabras temerarias dichas por los apóstoles para conmemorar la humana igualdad y decir cómo reina la muerte sobre

todos y á todos nos tiraniza de manera que hasta Elías y Henoch morirán en la última hora del Universo á manos del Antecristo, justificando así el haber consentido la muerte de su padre.

Este libro apócrifo presta indudablemente á Cristo un amor humano á su familia que no concuerda con lo que dicen los libros ortodoxos. Así los grandes autores eclesiásticos de otros días, como los autores eclesiásticos de nuestro tiempo; así la venerable franciscana sor María de Agreda y el gran escritor jesuíta Ribadeneira y los á nosotros vecinos ó contemporáneos como Casabo, Maimard, Orsini, Veuillot, confiesan que muchas veces Cristo llevó el trato con su padre y con su madre hasta los límites rayanos con el desabrimiento y el despego. Piadosos, piadosísimos todos ellos, los antiguos y los modernos, pecando más bien por exceso de fe que por exceso de crítica, se afanan por cohonestar este proceder con la perfección propia de Cristo y de su naturaleza. Ya metidos en tal empeño, dicen que nuestro Salvador refrenaba el amor natural de sus parientes poniéndoles ante la vista, con observaciones veladas, pero transparentísimas, la naturaleza verdaderamente sobrenatural suya y el Padre celeste que tenía él allá en las cúspides inaccesibles del universo y en los senos inefables de la gloria. Y explíquenlo cual quieran los historiadores

místicos, debe constar que los cuatro Evangelios y los cuatro evangelistas canónicos rehuyen hablar del parentesco tenido por Cristo con tantos y tantos mortales. Todavía el Evangelio de San Mateo y el Evangelio de San Lucas, escritos á la sombra de la sinagoga, se gozan hablándonos de la familia, de la infancia, del nacimiento, de la peregrinación por Egipto, de los primeros años del Salvador; pero el Evangelio de San Marcos, empezado en la predicación de Juan, y el Evangelio cuarto, empezado con las definiciones del Verbo, apenas dicen cosa de los parientes del Salvador, y si la dicen, resulta siempre tan breve como áspera. Sólo en el milagro de Caná y sus bodas influye directamente María Santísima. Caná, riente villa de Galilea por los tiempos del Salvador, aparece hoy á la vista del viajero como confuso montón de tristes irreparables ruinas. El valle, cual todos los valles galileos, brota, donde quiera que se filtra una fuente ó que fluye un manantial, espléndida vegetación, rica y varia. El espinoso azufaifo, cuyas ramas aparecen como esmaltados plumajes; el cactus retorcido que se diría de metal; aquellas copudas y umbrosas hayas; los olivos de toque oscuro y ceniciento; el granado tan brillante con sus rojas flores ofrecen una flora que á una enriquecen tanto arbusto salvaje, tanto vegetal oloroso como allí se produce con

espontaneidad; salvia, espliego, tomillo, alcaravea, zarzamoras y zarzarrosas, es decir, flores abundantes, frutos abundantísimos, aromas embriagadores, jugo de la tierra para nuestras venas que luego se trueca en humana y ardentísima sangre. Pero, entre todas estas maravillas del mundo vegetal, sólo hay escombros. Las mezquitas de Mahoma sembradas allí doquier por los árabes y las basílicas remedadas de Bizancio que, á su vez, y por su parte, construyen los cristianos helénicos, dispútanse con empeño el sitio donde Cristo hiciera el primer milagro que le atribuye su inspiradísimo evangelista San Juan. Piedras rodadas quizá por las edades prehistóricas, colinas semejantes á cementerios mahometanos, columnas rotas como esos árboles que troncha el huracán ó arrastra la inundación, cornisas aparejadas para bebederos de bestias, grutas y cavernas donde buscáis los recuerdos religiosos é invenís las alimañas errantes; he ahí lo que resta del Caná evangélico, tan exaltado por los pinceles católicos. Y allí en Caná pasó la escena que, al pie de la escrita letra, copiamos en el Evangelio de San Juan: «Y de allí á tres días, como se verificaran unas bodas en Caná de Galilea, fué á ellas la madre de Jesús. Y fueron también Jesús y sus discípulos. Y como faltara el vino, la madre de Jesús le observó: «No tienen vino.» Y Jesus le

dijo según el texto latino: «¿Qué nos va en eso á mí »ó á ti?» Según el texto griego: «¿Qué tengo yo »contigo, mujer? Todavía no ha sonado mi hora.» Y dijo la Madre á los que servían: «Haced cuanto »él os dijere.» Y había seis hidras allí de piedra destinadas á las abluciones para los judíos. Y en cada cual de ellas cabían dos ó tres cántaros. Y Jesús les dijo: «Henchid estas tinajuelas de agua.» Y llenáronlas que rebosaban. Jesús les dijo: «Sa»cadlas ahora y lleváoslas donde está el maestre»sala.» Y las llevaron. Y en cuanto gustó el agua hecha vino, éste, no sabiendo cómo ni de qué provenía, si bien sabíanlo todos los sirvientes por haber sacado el agua, llamó al novio el maestresala y le dijo: «Todos ponen primero el buen vino, y cuan»do ya están satisfechos los convidados, entonces »danles el peor; pero tú guardas el vino hasta »ahora.» Tal fuera el primer milagro por Jesús obrado en Caná de Galilea, manifestando así la gloria suya, por lo cual creyeron en él sus discípulos.

Mientras los heterodoxos discuten el caso este sin tasa y sin medida, los ortodoxos no acaban jamás de comentarlo y hacerse lenguas respecto de su trascendencia y significación. En sentir de los escritores piadosos, tal milagro representa una profecía en símbolos é imágenes, profecía de hecho

ciertamente mucho más trascendental que las profecías dichas ó habladas por los antiguos profetas. Para creyentes de fe tan pura, el poder de María sobre su hijo estalla en este supremo instante. Sus palabras les parecen oraciones mudas que dirige á su hijo la Madre Santísima. A pesar de traducir la reconvención de Jesús á María en el sentido más duro y áspero, como diciendo que nada existe de común entre hijo y madre, atenúanla, derivándola, no del carácter humano, del carácter divino y sobrenatural de Nuestro Salvador. La frase de María ordenando á los criados hacer cuanto Jesús les dijese tradúcenla por una revelación interior, que pasa desde Jesús á su madre, sin gestos y sin palabras, innecesarias para dos espíritus en contacto. Las seis ánforas apercibidas para la purificación judía; el agua en sus entrañas vertida por los criados y que por sus bocas rebosaba; la conversión de tal contenido en mosto de un sabor y de un aroma indecibles parécenles á los ortodoxos un motivo determinador, una razón suficiente de aquella fe viva, en la cual debemos todos librar nuestra salvación, como la libraron también los primeros apóstoles. Mas en Cristo, según la ortodoxia, no dominan los hechos circunstantes, no influye, no, el medio ambiente, no valen los apóstoles y los discípulos, por no hacer él cosa

ninguna que no tenga un misterio y no aporte una enseñanza, en virtud de lo cual esta contestación asperísima, dada con toda voluntad á su madre, aparece una de las primeras, si no la primera revelación de su divino carácter, indispensable, cuando comienzan sus predicaciones, con sus predicaciones sus combates, con sus combates sus dolores, con sus dolores los apercibimientos y la preparación para su vida purísima de apóstol y su muerte de Redentor. Al indicarle María cómo los asistentes al festín aquel no han vino, dirígese á la naturaleza sobrehumana del hijo suyo, y espera de la omnipotencia y de la omnisciencia, reconocidas por ella en él, un milagro. Y aquí explican la terrible palabra del Salvador cuando, en vez de llamarla madre, como solemos todos los mortales en alegrías y en penas dirigiéndonos al amado sér cuyas entrañas nos engendraran y cuyos pechos nos nutrieran, en vez de llamarla madre, le llama rudamente mujer; y en vez de holgarse, complaciéndola con toda su voluntad, le demanda ¿qué hay de común entre los dos?

Así traduce Veuillot, el célebre ultramontano, en su *Vida de Jesús*, la frase dirigida por éste á María: «Y dicen aquéllos que pasan como voces y oráculos de la Iglesia: aunque María fuera la Madre del Hombre Dios, y por la indisolubilidad en-

tre las dos naturalezas la Madre también de Dios, sin embargo, no es Madre de su divinidad, y bajo este concepto nada puede haber de común entre su persona humana y la persona de aquel Dios, cuya hora no suena todavía en aquella sazón. Muchos escritores irreflexivos, añade la ortodoxia, maravíllanse de lo que llaman ellos dureza de lenguaje en Cristo, sin comprender cómo el divino Maestro debe antes luces al mundo que caricias á la madre. Así María, ni se queja ni se duele de haber sido reprendida, más bien que acariciada, pues conociendo la fuerza de su poder sobre la voluntad altísima de su hijo, advierte á los servidores que hagan cuanto Jesús les diga para que se cumpla el milagro por ella deseado. Al cambiarse, continúan ellos, el agua en vino, tal maravilla se obra por virtud intrínseca de una palabra interior, no articulada, por virtud intrínseca de la interior y calladísima voluntad celestial. La diferencia entre la palabra humana y la palabra divina está en que nuestra palabra significa solamente y dice, mientras la palabra de Dios crea lo mismo que dice y significa. Tras tal apotegma elévanse los doctores católicos á las inaccesibles alturas teológicas y dicen que antes de hablar Dios y su Verbo sobre los espacios desiertos y vacíos, no había tierra, no había cielo, no había mar, no había estrellas en las

alturas, no había especies en el planeta; y á una palabra de sus labios, creadora palabra, todo luce, todo nace, todo se cría, los ángeles en el empíreo, los animales en el polvo. Y como ha nacido á la palabra suya el universo, también á la palabra suya puede aniquilarse. Y si crea y si aniquila todas las sustancias, esta palabra, creadora ó destructora, según la divina voluntad, en quien se juntan la muerte y la vida, también puede, también, transformarla. Si Dios lo quiere, precipítanse las criaturas en los abismos de la nada; si Dios lo quiere, toman las criaturas alas y suben hasta las inaccesibles eminencias de los cielos.» El inspirado San Ambrosio afirma que Dios acostumbra desde los primeros días de la creación á mostrarse autor de todo lo criado, transformándolo. Y la varilla férrea de Moisés tórnase culebra ó serpiente; y el ramo seco de José florece con azucenas y se anima con palomas; y las murallas de Jericó se tornan polvo al són de las trompetas bíblicas; y las aguas amargas se vuelven dulces, cuando cree necesario extinguir la sed ardiente de su pueblo. Renovando en Caná, dicen, esta señal de soberanía, obra de manera súbita, lo mismo que todos los días hace y renueva, sin que lo advirtamos ni lo pensemos. A diario y á la continua el rocío celestial, caído de las nubes y filtrado en el campo, absórbelo por sus

raíces, otras tantas bombas, la cepa, y destilándola en el alambique de un racimo, por los rayos del sol madurado, cambia el agua en vino, sin que gritemos: milagro. La transmutación instantánea, según los dichos escritores, no es más difícil ni menos misteriosa que la otra. Quien de la nada primero hizo las sustancias todas y luego los útiles de su transformación, bien pudo transformarlas, prescindiendo por completo de los instrumentos por él apercibidos y dispuestos. El cambio de agua en vino figura para los piadosos otro cambio más humano y trascendental en la naturaleza nuestra. Los meros cántaros, ó urnas, ó ánforas, agrándanse hasta significar los magnos períodos que hay de Adán á Noé, de Noé á Abraham, de Abraham á Moisés, de Moisés á David, de David al cautiverio babilónico, del cautiverio á Jesucristo. Estos períodos contienen la revelación del futuro Mesías expresada y significada por el agua en el estilo de la Escritura. Y sin esta revelación, indispensable á purificar los judíos, quedaran todos los siglos, predecesores de nuestra redención, estériles y vacíos. Cristo se hallaba oculto en la Biblia como en las aguas el vino. Y las ánforas, todas seis, rebosan cuando rebosan las profecías también. Así al exclamar María que no tienen vino los novios de Caná, y que precisa un milagro, en realidad quiere

decir que no tiene ya espíritu el mundo antiguo y que necesita una revolución. Y Jesús, cambiando el agua en vino, después de haber escuchado el ruego de su madre, anuncia cómo se reemplaza el sentido literal por el sentido espiritual en la religión, la letra que mata por la idea que vivifica, la figura y el símbolo por la viviente realidad. No sólo cambiará el agua en vino, cambiará el espíritu idólatra en espíritu cristiano, embriagará las almas, dirá que todos escancien ideas en la nueva doctrina. Volveránse castos los impúdicos, humildes los soberbios, y hasta los tímidos valerosos, para confesar á Dios. El misterio de la Eucaristía se anuncia en sentir de los místicos desde tales bodas. De aquellas ánforas proviene ahora el vino rebosante de los cálices en la cristiana misa. Como cambia el agua en vino para los convidados cambia el vino en sangre suya para los fieles. En concepto de los escritores ortodoxos, el novio de aquellas nupcias fué Simón, apóstol después, y la novia una de tantas mujeres como acompañaron á María en todo el transcurso de su vida y la siguieron hasta el Calvario. Las letras místicas descubren á una en tal escena todo cuanto constituye luego el símbolo cristiano, comienzo de la Iglesia, intervención de María, fe de los discípulos, pan y vino eucarísticos, muestra del poder divino y de la naturaleza

sobrehumana que hay en Cristo, comunión de los santos.

Imposible pasar ante una escena evangélica de tal importancia sin ver y considerar cómo la expresa el arte. Venecia distínguese por haber hecho asunto capital de sus pintores más magníficos todo este paso de gloria y de gozo. Las azules y argénteas cintas de sus canales; el centelleo y fosforescencia de tantas estelas dibujadas por las quillas en sus claras aguas; los muelles de mármol á cuyos pilotes de colores las góndolas misteriosas y negras están atadas; los monolitos de reluciente y dura materia que parece como un metal, coronados por animales simbólicos; las galerías altas y aéreas con sus diademas de maravillosas estatuas; los intercolumnios de pórfido, entre cuyas pilastras entallaban los brillantes y multicolores mosaicos, ofrecían teatro vastísimo y apropiado para las mesas llenas de áureos jarrones con relieves artísticos, de copas cuajadas por chispeante pedrería, de cristales finísimos como el aire, de un teatro y decoraciones apropiadísimos á los innumerables brocados que vestían tantos patricios resplandecientes, y á los innumerables tisúes que vestían tantas mujeres hermosas, y á las orquestas muy concertadas, y á los goces por todo extremo intensos, y á las fiestas orgiásticas. El pintor veneciano, llámese Giorgione,

llámese Tintoreto, llámese Carpaccio, llámese Pablo Veronés, llámese Ticiano, ya pinte la Natividad, ya pinte las Adoraciones de los Reyes y de los pastorcillos, encerrará todos estos asuntos pictóricos en el relumbrante Lido, en el muelle de los Esclavones, en la piazzeta y en la plaza de San Marcos, en las islas que parecen jardines flotantes ó naves fantásticas con velámenes de tisúes y cordajes de oro y palos de coral, en donde quiera que la ciudad ofrezca una decoración maravillosísima, sin curarse ni de la propiedad histórica, ni del color local, ni de ningún otro objeto que no sea la reproducción maravillosa de su patria. Bajo tal imposición de las convenciones sociales y de las leyes históricas, Pablo Veronés olvida completamente que la milagrosa escena de Caná pasó dentro de humilde aldea, bajo la sombra de árboles asiáticos, entre gentes modestísimas de los campos, en el sencillo escenario evangélico, con trajes severos propios de los nazarenos, según la semítica patriarcal costumbre, y forja una decoración como sólo puede ofrecerla en todo aquel esplendor el gran canal de Venecia, y llena la decoración fingida, verdaderamente maravillosa, de muchedumbres vestidas con todos los ricos trajes venecianos, que han eclipsado en esplendores todo el maravilloso lujo anterior y posterior á ellos, oyéndose chocar las copas, cantar

los coros, sonar las orquestas, reir los bufones, respirar los placeres, hervir la embriaguez, extenderse por todas partes como una savia que dé fiebre los delirios de la orgía, latir como un corazón impulsado por el amor ó como unas sienes agitadas por la inspiración, la vida exuberante de aquellos siglos, en que los despojos de todos los mares caían á los pies de la diosa Venecia. Y he aquí por cuáles transformaciones la simple comida nupcial, donde María mostró el influjo sobre su hijo y éste la fuerza milagrosa de su poder divino, se trastrueca en una orgía ideada por la imaginación en delirio de un artista pagano y puesta, no obstante un tal paganismo, en las iglesias católicas, bajo las bóvedas por donde vuelan las oraciones y sobre los altares en que se dice la sagrada misa.

XVIII

A pesar del influjo ejercido por María en Jesús para el milagro de Caná, es indudable que pretendió el Salvador siempre mostrarse como desligado y aparte de su familia humana, para que así resaltase mejor lo divino y lo sobrenatural, tanto de su origen como de su ministerio. Cuando, en aquellas parábolas confiadas al viento, como le confían su fecundante semilla las palmas, Jesús

toca en lo sublime, y dice verdades absolutas, de las cuales todos los espíritus habrán de alimentarse hasta la consumación completa del mundo y del tiempo, sus enemigos le dan en rostro con su nacimiento humilde, con su villa galilea, con su cuna de pajas, con su oficio de carpintero, con sus padres modestísimos, profeta, revelador, mártir, Jesús enseña que aquel corazón suyo no cabe dentro del nido estrecho de un hogar; que la familia humana y temporal suya no corresponde á quien desea tener por hermanos en una especie de familia espiritual á todos los hombres; que posee un padre, sí, pero un padre allá en los cielos; una madre, sí, pero una madre, á la cual debe llamársele propiamente la eternidad, por estar en ella el arquetipo de todas las ideas y la palabra creadora de todos los seres. Según esta razón, Cristo se afecta, como de una molestia y de una contrariedad, si le recuerdan su origen idéntico al origen de todos los hombres, y sus padres parecidos á cuantos conservan por el amor nuestra especie. Y si al gesto de incredulidad, que oponen los duros oyentes, percibiendo aquella palabra, cuyos ecos elevan á Jesús de su aparente condición humilde á las más excelsas alturas, únese la presencia de los padres mismos, recordados por los incrédulos como testigos de su identidad vulgar con todo el mundo, enton-

ces repele su familia, cual todos aquellos venidos á este mundo para sacrificarse y morir por sus semejantes. De tal estado en su ánimo y en su alma ofrécennos testimonios fehacientes los evangelistas todos en los respectivos Evangelios. Veamos el primero, el Evangelio de San Mateo.

Hállase Cristo en una de las mayores ocasiones de su predicación. Los fariseos reconvienen á sus discípulos, porque han cogido espigas y mascado su trigo en día de fiesta. Y Cristo entonces reconviene á los hipócritas por la observancia externa del sábado, en que no hacen sus corazones, endurecidos por observancias maquinales, ninguna obra benéfica. Después de haber así condenado la falsa piedad, que se contenta con lo aparatoso y con lo externo sin llenarlo de virtudes y de verdades, Cristo reanima, como si á un leño seco le devolviera su sangre, y mueve, y agita, y acalora, la diestra de un manco. Y al obrar tanto prodigio, aquellos que no quieren creer en su doctrina, y por despego á su doctrina tampoco mirar las obras suyas, argúyenle así como de brujo y hechicero, atribuyendo á Belceebub mismo sus maravillas y sus milagros. Es el momento de la divina contestación que opone Cristo á la incredulidad ciega de los empedernidos sacerdotes. Invectivas de una sobrenatural elocuencia vierten sus labios; comparacio-

nes entre los idólatras ninivitas y los que se llaman sacerdotes del Eterno, vejatorias para éstos, pasan por su mente; y cuando más absorto está en tan creador trabajo, y más derribados tiene los infieles, ¡oh! sus parientes aparecen; y Cristo muestra, en cuanto lo sabe, una contrariedad franca y acerbísima. San Mateo la expresa, en los versículos últimos de su capítulo duodécimo, como sigue: «Y hablando aun Jesús á las gentes, su madre y sus hermanos, que se hallaban fuera, quieren verle. Y uno le dijo: he aquí tu madre y tus hermanos están fuera, mas quieren hablarte. Y respondiendo Jesús á quien le anunciaba esto, díjole: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia los discípulos, dijo: he aquí mi madre y mis hermanos. Todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, el cual está en los cielos, ese habrá de ser mi hermano, y mi hermana, y mi madre.» Indénticas palabras pone San Marcos en labios de Jesús, y una escena muy parecida relata. En su capítulo tercero el Salvador cura la mano de un manco, reune innumerables muchedumbres, elige á los doce apóstoles y contesta con verdadera indignación así á los dicterios del fariseo como á las blasfemias del escriba. Y cuando los infieles y los incrédulos atribuían todas estas verdades absolutas de su doctrina, y todas estas perfecciones indeci-

bles de su palabra, supersticiosos al espíritu diabólico, vienen sus hermanos y su madre y le llamaron. Y la gente, sentada en derredor suyo, dijéronle: «He aquí tu madre y tus hermanos, que te buscan fuera.» Y respondióles él, diciendo: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?» Y mirando á los que estaban sentados junto á él dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.» Suspenderemos ahora citas para no repetirnos ni uniformar demasiado la narración; pero algo debe decirse todavía, como que otros relatos evangélicos hacen llegar á la madre y los hermanos de Jesús movidos por deseo natural de cuidarlo y proveer á su bien y salud, habiéndoles dicho las gentes que se hallaba en aquel momento como fuera de sí. Al llegar María, Jesús, desfallecido, estaba para comer. Mas las gentes, reunidas en muchedumbre incalculable, no le dejaban de ningún modo ni sentarse á la mesa ni partir el pan, desosas de oirle, y á medida que le oían, más deseosas aún de continuar oyéndole. Pero su madre aparta la gente con sus brazos y llega en presencia de Jesús. Al verla, recordándole su naturaleza mortal, tórnase á ella el Salvador con la firmeza propia de una voluntad sobrehumana, que iba derechamente á su fin, y le recuerda

cómo el padre de aquel hijo, á quien amaba tanto ella, residía en lo alto del cielo, desde donde le comunicaba con su aliento su espíritu, y cómo su familia, su prole, su descendencia, todos sus parientes se hallaban en aquellos apóstoles que iban á predicar su doctrina, en aquellos discípulos que recogían su enseñanza para transmitirla de siglo en siglo, en aquellos mártires que se apercibían á perecer por Él y por su Iglesia.

Cuando se miran todos estos pasos con los ojos de una crítica estrecha, encuéntrase motivo en ellos á la maravilla y al asombro. ¿Cómo? Jesús llega, en tales momentos, al colmo de la grandeza; desde ignorado niño se alza en alas de su Verbo á inspirado y sublime revelador; las gentes le siguen por todas las vías con el ansia de recoger y sembrar su palabra; los milagros le acompañan en aquella predicación, donde los apólogos más sublimes coinciden á una con los hechos más extraordinarios y maravillosos; á sus maldiciones, los escribas, y los fariseos y los poderosos del mundo retroceden como espantados; á sus plegarias el paralítico anda, el ciego ve, resucita el muerto, las piedras laten como corazones y los corazones en el pecho estallan, suspendiéndose hasta el movimiento de los cielos á la verdad y á la hermosura de su divina palabra, que parecen traerle á los labios ángeles invisibles, y ser

el eco de aquella primera sublime, resonante en los espacios vacios, y productora de toda la creación. Al rayar tan alto, al sentirse tan grande, al ver las ciudades todas á una despoblarse para poblar en su compañía los desiertos, Jesús estaba en el caso de compartir con los suyos, con su familia, con sus hermanos, con su madre, con todos cuantos le habían amado y había amado él en la tierra, ese goce de la gloria merecida y del poder moral acatado, á que ningún otro humano goce puede compararse. Y, sin embargo, cuando tiene abatidos los fariseos á sus plantas, maravilladas las muchedumbres á sus arengas, el cielo abierto sobre su cabeza, lloviéndole inspiraciones, el milagro dócil á sus conjuros y á sus mandatos en testimonio de la verdad que predica, llega su madre, y le huye, y no la reconoce, dando una maternidad metafísica solamente á su alma sobrenatural y reconociendo su familia en los viandantes que ha encontrado al paso y que han asentido á su enseñanza y á su doctrina. Hasta determinado punto le movían á proceder así la incredulidad y la impenitencia de sus convecinos y de sus paisanos. Cuanto más de Nazareth se alejaba, más los pueblos creían á una en él, adoptando sus enseñanzas y reconociéndole sus milagros. El misterio sirve á todas las revelaciones, como la noche á todos los astros. Lejos de su hogar, entre los que

no habían visto su cuna, el joven inspirado y hermosísimo, que levantaba los ojos y los brazos al cielo, pidiéndole ideas para sí, bendiciones para sus oyentes, parecía un sér sobrenatural, en cuyos oídos hablaban los ángeles y de cuyas palabras se nutrían los espíritus. Pero una vez que llegó á Nazareth, é inspirado como nunca, supo decir sobre la tierra en que se desarrollara y creciera, bajo el cielo testigo de sus primeras miradas y de sus primeras sonrisas, todo cuanto le sugiriera su inspiración divina; las muchedumbres movieron incrédulamente su cabeza, y negaron toda virtud á sus palabras y á sus obras, porque lo habían visto á los pechos de su madre María, conducido en brazos de su padre José, jugueteando en la fuente con los pequeñuelos de su edad, blandiendo el martillo de carpintero sobre las mismas tablas componentes de sus ventanas. Al verlos el Salvador tan impenitentes é incrédulos, anuncióles cómo no volvería jamás á predicar en su recinto, y cómo no haría en su presencia ningún milagro, por aquello de que ningún nacido es profeta honrado en su patria. Pero no provienen de aquí las advertencias dirigidas por Cristo á su madre y á su familia, no. Cristo dice y enseña con sus repulsas, cómo él, predestinado para servir á la humanidad, tiene forzosamente que cerrarse los horizontes de la vida ordinaria; que salirse del hogar donde los otros

mortales se recluyen; que por familia escoger, no los padres naturales generadores suyos, ni la restricta prole pariente suya, lo colectivo, lo perdurable, lo ideal, pensamientos abstractos, venidos como rayos etéreos de otras inteligencias, generaciones dormidas todavía en los abismos del no sér, pueblos ingratos, razas enteras, los mundos y la humadad. Quien oye vocaciones tales no podrá encerrarlas en el nido estrecho de una casa y de una familia; voláranse de allí con alas invisibles por los espacios infinitos. A causa de los más tendrá que descuidar á los menos. El ideal será su sol, será su tierra la escuela ó la Iglesia que funde, será su alimento la doctrina y enseñanza que produzca, será su vida la muerte y el sacrificio por aquellos á quienes cree redimir y salvar. No lo retendrá ninguna pasión individual, no le cautivará ningún interés personalísimo, no le dominarán amigos ó deudos: el género humano lo necesita, y al género humano se consagrará por entero, sin acordarse, no ya de la gente suya, sin acordarse de sí mismo. Mezquinamente juzgará de Jesús quien busque ó investigue la idea que lo nutrió, el medio ambiente donde respirara y viviera, la obsesión de sus vocaciones varias, el minuto interior en que se creyó á sí Mesías: ministerios tan providenciales impónense á los predestinados extraordinarios desde la hora de su na-

cimiento al primer asomo y alborear de sus almas, cuando todavía las ideas rudimentarias no se han dibujado en su inteligencia naciente, cuando todavía los primeros afectos no se han despertado en sus corazones tiernísimos, desde los limbos casi de su primera gestación. Quien ve á cuál precio se rompen los eslabones de una cadena, cuántos esfuerzos se necesitan para impulsar un pueblo y esclarecer un alma, qué martirios exige al Redentor el más mínimo bien ofrecido á su pueblo y á su tiempo, si los predilectos seres á quienes ama con su cariño puramente individual se le aparecen, y piensa en su interior los mares de lágrimas en que habrá de anegarlos por causa y razón de su misma grandeza y de su altísimo destino, rechazarálos por amor y no querrá verlos acercarse con él á su pasión y á su Calvario.

Jesús necesitaba tanto más esta indeclinable adopción de una colectividad, superior á la familia, cuanto que sus enemigos crecían, y entre otras imputaciones, á cual más absurda, señalábanlo como relacionado y en estrecha comunión espiritual con los demonios. Leed el capítulo noveno de San Mateo. Jesús, asentado humildemente sobre las piedras, no da señal ninguna de su poder sobrehumano. Pero los ciegos le rodean pidiéndole á una luz. El Salvador se maravilla del ruego y les

pregunta por su fe. Y como ellos afirmen que, de no creer, huyeran y no se acercaran, pónelos el Salvador la diestra sobre los ojos y ven. Seguidamente viene un mudo endemoniado, y Cristo le devuelve la palabra, el Verbo, como había devuelto á los otros el día. La plebe circunstante se maravilla y pregona por doquier el portento, de cuyas imágenes los giros del aire y los resplandores del sol se llenan. Pero el fariseo está en aquel sitio viendo cómo á tales revelaciones nuevas la vieja religión se desvanece y se derrumba el antiguo templo. Y no sabiendo qué decir ni qué hacer este colegio de sacerdotes, en cuyas manos el espíritu y el culto antiguo se han, de puro espíritu, convertido en cosa material y tangible, imputan á Cristo la producción de todos aquellos prodigios, no por obra divina, por obra diablesca. Jesus calla y sigue su camino. Pero nueva ocasión de mostrar su gracia se ofrece, y nuevamente los fariseos le persiguen á una con sus amenazas y le insultan con sus dicharachos. En vano revive á su voz una muchacha muerta, que las convecinas, endechando y plañéndose, iban á enterrar; los fariseos, cuyo espíritu se hallaba más frío que todos los cadáveres, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Un endemoniado, á quien podríamos llamar doble, alza las manos á Jesús, que iba por las vías de su predica-

ción, y Jesus le abre los ojos cerrados y le desata la lengua paralítica. El sacerdocio judío no puede con aquella nueva demostración de la virtud encerrada en el símbolo y atribuye todo lo acaecido á Beelcebub. Era éste jefe, ἄρχων, de los demonios en las creencias del tiempo. Tambien le llamaban dios de las moscas. Adorado como á tal, como sér divino, en Eccron, teníanlo por diablo todos los monoteístas enemigos de las idolatrías y de los ídolos. No podía lanzarse imputación más dañosa entonces á la cabeza de un joven como el Salvador. Indignado éste se defiende á sí mismo y acusa terriblemente al ciego sacerdocio. Leed su milagrosa invectiva en San Mateo, capítulo duodécimo: «Si Beelcebub, exclama, echa fuera de un cuerpo endemoniado los demonios, échase á sí mismo. Y, como todo reino dividido, perecerá; y toda casa contra sí levantada no perdurará; el demonio se torna enemigo de sí mismo, y sea cualquiera quien lo mueva, ó por lo que se mueva él mismo, sucumbe.» Así patentiza que obra por virtud y delegación del Espíritu Santo. «El que no es conmigo, añade, contra mí es; y el que á mi lado no cosecha, derrama y derrocha. Y cualquiera que hablare contra el Hijo del Hombre, serále perdonado; mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este mundo ni en el otro.» Pero en vano decía to-

das estas maravillas, mayores que los milagros, por ser como rayos y luces del alma. Los fariseos altercaban á la continua con él. En la mala fe de sectarios semejantes demandábanle que diera de su poder sobrehumano signos celestiales. Algo así como la estrella, guía de los magos, como la columna de fuego encendida por Moisés en los desiertos, demandaban la incredulidad y la impenitencia sacerdotales. Para ellos la idea cristiana, más brillante y más fecunda que todos los soles sumados, no brillaba; y en cambio podría lucir un aereolito cualquiera que atravesase los espacios en el momento por ellos demandado, para caer, tras haber lucido un minuto, frío é inerte á sus plantas. En las ideas, y sólo en las ideas, estaba el verdadero milagro. Allí había qué buscar el calor ablandando las piedras; el soplo volviendo á los cadáveres la vida; el resplandor espiritual llegado hasta la ceguera más negra y más honda; el Verbo divino reanimador de las mudas lenguas y de los apagados ideales. Ellos no veían lo que volaba por el cielo en la palabra cristiana de luz tan viva, y pedían un astro material, á cuyo resplandor nada, ó poco por lo menos, hubieran visto. De aquí las palabras puestas por San Mateo en boca de Jesús, hacia el capítulo décimosexto de su Evangelio, palabras adorables: «Cuando en la tarde, so-

léis decir, sereno, porque tiene arreboles el cielo, y á la siguiente mañana, tormentoso y nublado, porque os parecen tristes los albores, hipócritas, acertáis á distinguir las diferencias en el cielo y no acertáis á distinguir las diferencias en esta generación.» Y no menos adorables las recordadas por Lucas en los versículos últimos de su capítulo duodécimo: «Cuando veis la nube que avanza de Poniente, agua viene, decís, y es así; cuando sopla el austro, calor habrá, y lo hay. Sabéis examinar por ende la faz, así del suelo como del horizonte, y no sabéis examinar vuestro mismo siglo.» Ninguna enseñanza tan bella para demostrar cómo los hombres, mirando siempre con sus ojos de carne, ven los fenómenos naturales en el espacio y no ven los fenómenos metafísicos en el espíritu. Un relámpago con trueno, el rayo que desgaja la vieja encina, el obólide que vuela como las luciérnagas aladas en oscura noche, la cola rojiza de un cometa, la combinación arbitraria de los astros caídos en el espacio como los dados en el tablero, podían convencer á tales ciegos del alma y no les convencían las palabras, verdaderamente divinas, escapadas á los creadores labios de Cristo. Así éste hacía en ciertas supremas circunstancias lo posible para ocultar ante aquellas muchedumbres, del todo ciegas, lo que unía su persona con la tierra y le daba

un aspecto humano puramente. Y tal observación explicará cómo le contrariaba ver que al momento más crítico y sublime de su predicación, cuando las palabras más inspiradas caían de sus labios y las bendiciones más fecundas y santas de sus manos, apareciesen los deudos y próximos á recordarle cómo también él había nacido de mujer, y contado, como los mortales, cuna y hogar en este nuestro mundo.

Necesitando, ante todo y sobre todo, Cristo, difundir su doctrina, hizo cuanto debió, en su naturaleza de Redentor, diciendo cómo eran su padre, y madre, y sus hermanos los que adoptaban su idea, resueltos á vivir y á morir por ella. Con efecto, en la idea, no en su soplo material, estaba el aire de las almas; en la idea, no en su mirada luminosa, estaba el resplandor de lo ideal; en su idea, no en la sangre de sus venas, estaba el espíritu vivificante y renovador de la mísera humanidad. Sus enemigos no creían esto, y cuando escuchaban palabras tan sublimes como las dichas por Jesús en aquellos momentos de su inspiración sobrenatural, decían unas veces que lo habían embrujado y otras veces que estaba completamente loco. La imputación corría tan válida y se asentaba en apariencias para los hombres aquellos tan claras, que muchos, entre los allegados á Jesús, creíanle fuera

de sí. Así, el evangelista San Marcos, por el capítulo tercero de su Evangelio, nos relata el acto de sus parientes, intentando llevarse á Jesús para recogerlo y guardarlo en la familia, como se recoge y se guarda generalmente á toda persona enferma. Era una de las mayores ocasiones presentadas en aquella vida tan sublime. Acababa el Salvador de penetrar en la sinagoga, y con su ingreso allí penetraba el nuevo espíritu. A su presencia los hasta entonces paralíticos andaban; y los espíritus, que tenían recogidas sus alas, abríanlas para volar por la inmensidad. El fariseísmo creíase perdido, como ahogado en aquella inundación de reveladoras ideas. Y los adscritos al templo farisaico, y los partidarios del tirano Herodes, conjuráronse para matarlo. Tres años, si muriera en aquel día, se adelantara su inmolación y sacrificio. Iban á precipitarlo de una montaña sus dos enemigos capitales: aquella vieja teocracia supersticiosa y aquella monarquía herodiana, los eternos conjurados contra todo progreso. Pero innumerable muchedumbre, ya judía, ya galilea; los ciudadanos de Jerusalén misma; los habitantes del Jordán y allende; aquellas ricas tribus mercantiles de Tiro y de Sidón, seguíanle por los desiertos y escuchaban como extáticos la reveladora palabra suya, tan cargada y henchida por innumerables ideas. Y se apercibía y se preparaba Je-

sús nada menos que para la fundación y consagración del apostolado. Servíale como de brillantísimo dosel este cielo de Asia, tan azul y luminoso; las colinas asemejábanse bajo sus plantas á peanas y tronos; los transparentes lagos de aquella región relucían, juntándose allí sobre su clara superficie con los linos de las barquillas, los plumajes de las aves; y como nombrase á los que debían seguirle, acompañarle, recibir su inspiración, organizando el apostolado, todo el genio de la reacción vociferaba contra Cristo y le dirigía insultos con amenazas. En hora tan solemne, cuando más había menester de los suyos, de sus amigos, de sus parientes ¡ah! San Marcos lo cuenta en el versículo veintiuno, capítulo tercero, de su Evangelio: «Y como le oyeran los suyos, vinieron para prenderle, diciendo: «está fuera de sí, ó mejor dicho, está loco.» Semejante incredulidad y escepticismo de aquellos más próximos á los grandes hombres hállase confirmada por la ciencia y la observación vulgares en dichos, cuentos, tradiciones, consejas y refranes divulgados y difundidos al habla popular. Aquel dicho de que nadie será profeta en su patria, rebajado un punto, se traduce con este refrán conocidísimo en la vulgar lengua nuestra: «no hay ningún hombre grande para su ayuda de cámara.» Imaginaos qué minuto escogieron los parientes de

Jesús para tacharle de loco, en su afán legítimo y natural de á toda prisa defenderlo contra los maquinadores de su muerte y fin; el momento en que la vieja Sinagoga se caía rendida bajo la pesadumbre de sus ideas; el momento en que bramaban los espíritus inmundos, como les llama San Marcos, de la reacción fariseaica; el momento en que se constituía y organizaba el genio de la Iglesia futura con la fundación de aquel sublime apostolado, que debía difundir la idea y luego regarla con su preciosísima sangre. Así no es maravilla lo sucedido, cuando, al alabar una mujer del pueblo á la Madre Santísima que llevara en su vientre á Jesús, dijera éste, como en resultado último, no conocía otra madre sino su divina y luminosa idea. En efecto, el Redentor de los hombres no podía vivir para sí; no podía vivir para su hogar; no podía vivir para su familia. Teniendo que levantar el género humano á las cumbres de una idealidad superior, salvándolo y enalteciéndolo, debía romper todos los lazos que le ataban á la tierra, sobreponerse al organismo, al instinto, á los más naturales afectos, y entrar, como un pensamiento abstracto, en el inmenso luminosísimo cielo de lo sobrenatural y de lo infinito.

XIX

Tres actos preceden á la muerte de Cristo y á la soledad terrible de María: el bautismo en las orillas del Jordán, su apartamiento y sus tentaciones en el desierto, su predicación. En los dos primeros actos no aparece nunca María; en el tercero apenas aparece. Aunque Juan Bautista era hijo de Isabel, y Zacarías pariente cercano de Jesús, no le acompaña en su infancia, no. A la hora de avistarse María é Isabel, hora llamada por el Evangelio de la Visitación entre aquellas dos parientes, entona Zacarías el cántico suyo, que aun oímos bajo las bóvedas de nuestras iglesias, entona la Virgen el *Magníficat,* Juan habla en el vientre de su madre; mas no vuelven á verse todos reunidos en el mundo. Las tradiciones piadosas, los Evangelios apócrifos, hablan de que José y María visitaron á sus parientes en su viaje á Egipto; pero no confirman tal aserción los Evangelios canónicos. Juan, como su primo Jesús, tuvo altas y verdaderas vocaciones de apóstol y de Redentor. En cuanto la juventud le movió á vivir por sí, huyóse al desierto, como aquellos esenios que habitaban lejos de las gentes. Pobreza y castidad sistemáticas entraron á una en sus propósitos y en sus votos. Descalzo, descubier-

to, desceñido de todo lienzo, sin más apoyo que su báculo, sin más vestimenta que su piel de camello ceñida por un apretado cíngulo á los riñones, Juan huía del doble absolutismo de los Césares romanos y de los Herodes idumeos, hasta el punto de que, no queriendo vivir en una sociedad esclava, se decidió á dejar de vivir en toda sociedad, y opuso á la coyunda vil de los hombres un refugio buscado á su libertad en brazos de la naturaleza. El credo de los esenios contaba entre sus ritos, como cosa principalísima, las indispensables abluciones, y pedía con exigencias imperiosísimas á los iniciados é inscritos el bautismo. Por consecuencia, el Bautista, nombre que significa en su acepción más común, quien se baña en el amanecer, bautizaba con amor á las gentes y sustituía este rito de iniciación á las viejas circuncisiones judías. Jesús, que iba, como hemos visto, al templo; que iba, después del templo, á las escuelas; que disputaba con los doctores de la mosaica ley; que reunía en torno suyo todas las gentes, debió ir al desierto, donde Juan habitaba, y pedirle aquella iniciación misteriosa en su doctrina que se lograba por medio de un símbolo espiritual y de un bautizo en las aguas. Juan se nos aparece como un tribuno en los Evangelios. Cuando escucháis aquellas oraciones tan excelsas de sus labios, creéis escuchar un dis-

curso de los reformadores modernos. Alimentado de langostas y mieles recogidas entre las piedras del camino y los troncos de las hayas; adscrito á pensar en la reforma de aquella sociedad y en el bien de aquellas gentes; bajo los reyes reivindicaba la nativa libertad del hombre; bajo el sacerdocio material y oficial aquellos principios de moralidad que salvan y limpian toda vida; bajo la dominación romana el celo por su tierra y por su tribu; entre los ricos fenicios de las antiguas ciudades mercantiles el reparto de bienes y el tributo de limosna como un derecho de los pobres exigible al poderoso; entre los publicanos la sobriedad y entre los ejércitos la paciencia y la paz. Así Juan ha dado su nombre á los que llamamos todavía Bautistas, á los que preparan, á los que aperciben, á los que anuncian, á los que presienten, á los que profetizan, á los que abren las vías como cauces de las nuevas ideas y señalan la renovación en los tiempos y ven por sublimes anticipaciones los Mesías, antes, mucho antes, de que vengan y lleguen. Por eso, cuando las muchedumbres corrían en torno suyo; y necesitadas para sus males de una redención, le creían y le tomaban como Redentor, disuadíalas Juan, asegurándoles que quien debía venir vendría necesariamente, apareciendo tan puro, tan elevado, tan sublime, que no podría él, no, desatar

la correa de sus sandalias. Y vino, pues, llegó á pedirle su bautizo Jesús. Entonces Juan vertió sobre su cabeza las aguas purificadoras; y la tierra palpitó de gozo; y se abrió el cielo altísimo; y se oyeron sobrenaturales voces; y el espíritu divino, tomando la forma de cándida paloma, batió sus alas á una sobre la frente del Salvador; y reconoció todo el mundo como Hijo de Dios al Hijo del hombre. Mas hallándose la castidad entre los principios de San Juan Bautista, y habiendo Antipas, hijo del tirano Herodes, puesto fragorosísimo escándalo en Palestina con mujer merecedora del nombre de incestuosa, se revolvió contra tamañas maldades, y el tirano, herido, lo encarceló y lo degolló en desahogo de su cólera y para satisfacción de sus venganzas. Tal aparece la historia de San Juan Bautista, según los relatos evangélicos; y tal se ha cuajado, cristalizándose con brillantísimas facetas, en los templos, en los libros, en los cuadros innumerables, en los viejos dogmas canónicos. Pero á muchas almas piadosas no les basta y satisface todo esto; quieren más, siquier no haya necesidad para sostener la ingenuidad completa en la fe cristiana de añadiduras é interpolaciones baldías. Los libros piadosos dicen que, así como Juan bautizó á Jesús, éste bautizó á María. No sabemos en qué fuente hayan bebido tal especie. Leed las cuatro histo-

rias, consagradas por el viejo dogma, y no encontraréis afirmación semejante. Digo más, yo no recuerdo tradición piadosa ninguna, libro de rezo, cuadro de liturgia, bajorelieve de Iglesia que semejante cosa recuerde y diga. María estuvo harto santificada por llevar al Verbo en sus entrañas para que necesitase de la iniciación del Bautista. No existe, no, testimonio ninguno que certifique aserción tamaña. Nuestras aseveraciones quedan por los Evangelios confirmadas; María no acompañó á Cristo en su bautizo, no le acompañó en su desierto y le acompañó muy poco en su predicación.

San Juan Bautista nos enseña cómo el mesianismo estaba en la médula de todos los huesos judíos y en el pensamiento de todos los espíritus. Aquellos esclavos aguardaban salir del cautiverio de Roma, como había salido Moisés del cautiverio de Egipto, y como habían salido sus padres en tiempos más próximos del cautiverio de Babilonia. Esta impaciencia por su libertad había forjado la idea de su redención, y esta idea de redención le había traído reversiones continuas hacia el profetismo y hacia los profetas. Éstos, guías del pueblo, dividiéronse de antiguo en lo que hoy llamamos hombres de pensamiento y hombres de acción. El profeta de pensamiento se llamaba Elías, refugiado en el Carmelo, y desde allí, tronando como nube tempestuosa y

mugiendo como las cataratas en las inundaciones y en los diluvios. El profeta de pensamiento se llamaba Isaías, que agotara la sublime lírica de las esperanzas y de las promesas, ó Jeremías, que agotara la sublime lírica de los dolores y de los lamentos. Por cualquier modo, exigíase para un profeta un desierto. En los arenales creció Abraham, en los arenales creció Moisés, en los arenales creció Mahoma. El profetismo se relaciona con la soledad. Más propenso á la política San Juan Bautista que Jesús, mucho menos tolerante al cabo con aquellos reyes y aquellos gobernadores impuestos á Judá por la implacable Roma, lanza rayos á las diademas regias, que debían, rebotando en ellas, herir la espaciosa frente del revelador y profeta. Le rodea la soledad por todas partes, aquel Jordán parecido á un río del infierno según lo amarillento y triste, aquel mar plúmbeo á cuyas aguas casi sólidas llamaban los hebreos muertas, aquel páramo inmenso de la Judea triste y solitaria; pero su palabra penetró en el palacio de los reyes y conmovió las entrañas de los tiranos, en términos de creerlo el pueblo su Mesías Redentor y de inmolarlo sin piedad los reyes. Aunque había ido Cristo al sitio que ocupaba Juan, aunque recibiera de sus manos el bautismo humildemente, aunque llevárale discípulos propios á la comunión esenia que disputaban de con-

tinuo con los discípulos y sectarios del Bautista, lo cierto es que, al verse perseguido éste, no arrastró en su persecución al Salvador, quien, más ignorado quizá por los mismos á quienes debía herir, se puso en cobro, salvado por su oscuridad y por su modestia. Entonces, viendo cuántas cosas mostrara el desierto al Bautista, en el desierto recluyó su persona, confiándole sus pensamientos y bebiéndole sus revelaciones, cual todos los altos y sublimes profetas asiáticos. Imaginaos la inmensa extensión del cielo relacionándose con la inmensa extensión del arenal; aquellos profundos abismos de soledad y de silencio, donde solamente de vez en cuando resonaban aullidos de fieras; imagináoslo con los recuerdos múltiples de tantos profetas como han pasado por aquellos senos inmensos, con el centelleo de las estrellas que parecen despedir pensamientos, y decidme cómo se alzaría un alma, idealista de suyo, á la más abstracta idealidad. Inútilmente quiso el diablo tentarlo con la oferta de reinos inacabables y de tronos indestructibles; aquella su alma purísima, rompiendo todas las ligaduras, alzóse á la concepción de un reino de Dios, por el cual todavía hoy suspiramos, y en el cual todavía hoy creemos. Cristo no vino de manera ninguna con ánimo resuelto á disputarle su dominación material á los Césares como Catón y Bruto; Cristo

se propuso, desde los comienzos de aquella su vida espiritual, realizar una república de las almas, en cuyos amorosísimos senos todos los hombres fueran iguales y hermanos. Por eso, al ofrecerle Satanás un reino limitado, bien supo lo que realmente le ofrecía, y bien supo, como saben todas estas cosas los genios de la reacción y del mal, que nada podía perder á Jesús cual una dominación tangible y positiva, cuando el cumplimiento de su fin y el mérito de su obra se hallaba en reservarse por completo la dominación sobre los espíritus. Así nosotros nos figuramos como la noche más crítica del cristianismo aquella noche suprema en la cual Cristo vió desde lo alto de una montaña los reinos y los dominios mundanales á sus plantas. El diablo le representaría en las reverberaciones de aquel cielo azul y en los espejismos de aquel desierto caldeado las antiguas coronas de los Nabucodonosores y de los Baltasares; aquellos coros de mudas y frías esfinges, con sus diademas en las cabezas misteriosas; aquellos obeliscos donde las manos de los siervos entallan en el duro pórfido los nombres sobrenaturales de las dinastías eternas; aquellos palacios en cuyas puertas duermen ejércitos y en cuyos salones se ocultan harenes henchidos de goces; los esclavos, en guisa de cariátides, ofreciendo las amoratadas espaldas, como bases de tantas

moles, y los colegios de sacerdotes elevando la persona y el nombre de los reyes á las alturas donde se hallan los dioses y ciñéndoles coronas de luminosísimas estrellas; en una palabra, todo cuanto la reacción hacia el cesarismo, la reacción hacia el paganismo, la reacción hacia la materia, la reacción hacia la fuerza, la reacción hacia la esclavitud, podía ofrecer al joven y santo Redentor venido para destruir y soterrar todos esos monstruos.

XX

Durante la predicación de Jesús le acompaña muy poco María. Leed los Evangelios, y apenas encontraréis junto al Salvador su divina Madre. Las bodas gozosísimas de Caná; la interrupción de las arengas pronunciadas por Cristo en la hora de fundar su apostolado; el célebre monte, que se denominaba de los *Temblores* á causa del terror sentido por María cuando los fariseos trataron de arrojar y despeñar al hijo de sus entrañas; estos y otros pocos recuerdos van unidos en la historia evangélica de Jesús al nombre de su madre. Pero María, digan cuanto quieran los escritores ortodoxos, más píos que críticos, María no asiste al bautizo de Jesús en el Jordán, y mucho menos asiste á la transformación maravillosa en el Tabor. Esta montaña,

que se desprende un poco de las cordilleras galileas, en su forma de aislado cono parece como un pedestal dispuesto á la transfiguración. Nada tan hermoso como un monte meridional. Aunque áridos, el rebote de los resplandores diurnos en sus aristas y el aroma de las plantas leñosas y secas en sus faldas, ofrecen á los ojos y á los olfatos embriagueces de aromas y de luz. La mezcla del haya con la encina, de los algarrobos con los robles, del suave lentisco y olorosísima salvia con el tomillo y el cantueso, de la flor del romero con la flor del madroño, dan al aire una especie de voluptuosidad que se comunica fácilmente á la sangre, y de la sangre se precipita en el corazón, y del corazón asciende á la cabeza y á la mente, sugiriéndoos plástica poesía. El Tabor pertenece á las montañas calizas, y á pesar de su carácter y de sus orígenes, relativamente modernos, reviste la forma de un viejo volcán extinto. En este cráter, donde la resplandeciente luz asiática rebota con fulgores indecibles, el Salvador se transfiguró, presentando á sus discípulos, en una especie de transporte divino, todo el aspecto sobrenatural del sér sobrehumano suyo. No puede, no, hablarse de todo esto sin recordar el cuadro magnífico de aquel pintor, quien, á manera de lo que Fidias hizo con el paganismo, hale dado á la historia una religión cristiana de

puro carácter estético. Aquel monte, natural en su parte de abajo y sobrenatural en su parte de arriba; la diferencia entre los grupos admitidos á ver de lejos la transfiguración, que parecen disputar sobre su realidad, y los grupos admitidos á mirarla de cerca, quienes parecen cegados por el éter de aquella idealidad y tendidos en el suelo bajo la pesadumbre de tanta grandeza; los dos extáticos ángeles, puestos á la sombra de un árbol sacro como para preservarse del éter espiritual, cuya intensidad puede abrasarlos y consumirlos; el boquete abierto de gloria en la cima, iluminado con rayos, tan deslumbradores, todos ellos rotos en celestiales condensaciones del aire azul celeste; los dos viejos profetas, volando sin alas, sustentados en el espacio por místicas atracciones, fuera de la gravedad natural, menos atónitos y menos extrañados que los apóstoles, y, sin embargo, en una contemplación extática, no tan sublime ciertamente como la representada por el Cristo Redentor transfigurado, quien, perfecto en su varonil belleza, con los brazos abiertos como para estrechar al género humano entero, y con los ojos alzados á lo infinito, parece contemplar la creación tal como salió en sus primeros días de la palabra creadora, cuando no habían podido afearla, no, las manchas del pecado, ni oscurecerla tampoco las sombras del error. ¡Qué

diferencia entre la colina de Nazareth, donde las gentes amenazaban á Cristo, y la montaña del Tabor, donde Cristo resplandecía transfigurado entre los profetas redivivos, los ángeles absortos, los apóstoles trémulos, entreviéndose un pliegue de la gloria realzado por la fe viva y henchido de santísimas esperanzas! Allí es donde Cristo comienza en su existencia y en su predicación á revelar el reino de Dios; y allí es donde nuestro espíritu, el humano espíritu, deja su tosca vieja larva, y toma sus alas de colores, que lo ascienden al cielo infinito é invisible. Pues bien, María no se halla en el momento de la transfiguración al lado ni en presencia de su hijo. Los evangelistas narran todos las minuciosidades más pequeñas de tal hecho, sin perdonar absolutamente rasgo ninguno. Dicen cómo quiso quedarse allí San Pedro; describen el monte iluminado, el cielo revelador, los tres discípulos predilectos designados por Jesús con el fin de que le asistiesen á una en aquel acto, el blancor tomado por sus vestidos, la transfiguración de su rostro desde lo humano á lo sobrehumano, la resurrección de Elías y Moisés en presencia del nuevo Dios, la proposición de Pedro para quedarse allí en aquel sitio, las nubes que llovían ideas y que resonaban armoniosas con místicas palabras, la voz del Eterno como animando nuevamente á la creación; y entre tantas

maravillas asombrosas, no dicen ni una palabra de María, como significando que no eran instantes aquellos para evocar el origen común de Cristo con toda la especie humana, cuando tantas y tan extraordinarias señales el Redentor traía de su carácter sobrenatural y de sus orígenes divinos.

Y, sin embargo, bien humanas son las predicaciones y en ellas aparece frecuentemente María, citada sólo en las ocasiones dichas antes. Para todos los que adoramos á Cristo hay en su predicación momentos humanos, muy humanos, pero superiores, muy superiores al Tabor. No hablemos de aquellos en que aparece como un combatiente y un tribuno, ya maldiciendo á los escribas con los fariseos, ya golpeando á los impúdicos mercaderes que habían puesto sus mesas de cambio en las avenidas y en los atrios del templo santísimo. Hay escenas dulces, tiernísimas, en las cuales tampoco aparece María. Pocas tan bellas como la referente á Jairo. Este príncipe de la Sinagoga odia, como todos los príncipes eclesiásticos aquellos, al Salvador de los hombres. Sus apóstoles, y discípulos, y creyentes le sublevan el ánimo. Aquellos esenios que se bañan al amanecer y no tienen lecho ni hogar; aquellos ebionitas ó pobres que truenan por los desiertos en tribunicias invectivas contra los poderosos y contra los ricos, parécenle revolucio-

narios merecedores de la muerte. Si lo pudiera el; si lo toleraran las amplias costumbres galileas y la libertad connatural á los desiertos; si la indiferencia romana por las predicaciones religiosas en tierras cuya religión tradicional nada tenía que ver con Roma lo hubieran permitido, Jairo destruyera todos aquellos discípulos y maestros de una secta que anatematizaba continuamente á sacerdotes, reyes, ricos, poderosos, y sólo tenía esperanzas ó alientos para los humildes y para los pobres. Mas de pronto, su hija, hermosa virgen, muere. Hanla ya endechado en elegías fúnebres las mozas convecinas suyas, cuando pasa Cristo con su palabra en los labios y sus discípulcs alrededor. Entonces Jairo, comprendiendo cómo la idea nueva puede vencer hasta la muerte y resucitar hasta los muertos, vuélvese hacia Cristo y le pide la devolución de su hija. Cristo la concede, y aquella hermosa virgen se despierta del sueño eterno. No menos reveladora la parábola de Marta y María. Jesús llega y se aloja en el hogar de tan buenas mujeres. Marta, viéndose con tal huésped, ocurre á disponer la casa de manera que no pueda obsequio ninguno faltarle al joven é inspirado Nazareno. María, su hermana, hace todo lo contrario que la buena y solícita Marta. No coge una escoba, no muele su molino, comprendiendo que lo más necesario á la vida

y alma suyas en aquel momento es oir la reveladora palabra del Salvador; á sus pies recogida se asienta y lo escucha extática. Entonces Cristo, dándole á Marta las debidas gracias por su diligencia y solicitud, proclama que María, con oirle absorta, le sirvió mejor, pues se consagró á lo que había en él de superior, á su doctrina y palabra.

La más conmovedora escena de la predicación resulta para mí el encuentro con la Samaritana, y la más extraordinaria y sublime, á no dudarlo, aquel conjunto de máximas á que llamamos todavía el Sermón de la Montaña. Hablemos de todo lo relativo á samaritanos y Samaria. Enclavábase la vieja región entre las dos regiones habitadas por judíos y galileos, mereciendo los sendos implacables odios de unos y otros. Provenían tales afectos de tiempo inmemorial. Para conocerlo, para conocer la rivalidad entre Judea y Samaria, no hay más que abrir la Biblia, como para conocer la rivalidad entre Pisa y Florencia no hay más que abrir el Dante. Los profetas judíos están llenos de maldiciones á Samaria y á los pobres samaritanos. En sus cóleras patrióticas, aquellos inmortales tribunos de Judea y de los judíos no pueden perdonar al samaritano que se llevase diez tribus de las que constituían el pueblo federal israelita. Jeroboán levantó Samaria frente á Jerusalén, y le-

vantó un templo frente al templo de Salomón. Heridos por las desgracias comunes á las gentes israelitas; acosados muchas veces por los asirios de Babilonia y Nínive; cautivos como sus próximos deudos los judíos á las orillas del Éufrates y del Tigris, no supieron los samaritanos conservar el monoteísmo en toda su pureza y lo mezclaron sin escrúpulo con viejas divinidades asirias. Expuestos á invasiones los territorios aquellos de Palestina y sus anejos, encrucijada necesaria en el camino de muchas gentes, uniéronlos ó separáronlos de Jerusalén según el grado y capricho de sus conquistadores. Alejandro tuvo Samaria separada por completo de Judea, y los romanos volvieron de nuevo á reunirlas; mas no unieron sus espíritus. El templo de Garicius sosteniendo su vieja rivalidad con el templo de Jehovah constituyó cismas ó herejías, más odiosos á los israelitas que las idolátricas sectas y los paganos templos. Aunque constituídos en una hermandad forzosa, odiábanse los judíos, los galileos y los samaritanos entre sí de muerte. Aquella tierra ofrecía más fácil camino entre Nazareth y Jerusalén que ninguna otra; y, sin embargo, esquivábanla todos, así judíos como nazarenos ó galileos, por no contaminarse con su espíritu herético. Transigir con un samaritano, hablar á un samaritano, equivalía en la intolerancia

judaica del Sanhedrín entonces á cometer un verdadero pecado contra el dogma. Imaginaos cómo procederían sacerdotes de hace veinte siglos, cuando nosotros los hemos tenido hace tres no más que prohibían el comercio á nuestro pueblo con los pueblos protestantes. Pues Jesús inauguró la tolerancia religiosa en su durísimo tiempo, pasando por la defendida Samaria y departiendo con los cismáticos samaritanos. Éstos no podían dar crédito á sus oídos y á sus ojos cuando consideraban un judío tan puro y santo como el Salvador en comunicación estrecha con ellos. Samaria ofreció, pues, á Jesucristo, las ocasiones más bellas y la materia más alta para extender los horizontes del humano espíritu y esclarecerlos con el divino ideal de la libertad. Entre tantas bellezas, todas sobrehumanas, como contienen las parábolas evangélicas, para mí se contarán siempre como primeras la parábola del samaritano y la parábola de la Samaritana. Iba Jesús por la vía de Jericó y encontró por casualidad un herido en el suelo. Pasa un sacerdote y no le mira; pasa otro sacerdote de categoría superior al antecedente y le huye; mas pasa un hereje, un cismático, un samaritano, y se detiene ante la desgracia, y rasga su lino para procurarle vendas, y escancia el aceite que llevaba del mercado próximo para curar las heridas, y consuela y

acorre al desgraciado, sin acordarse de sus mutuas diferencias religiosas, mientras los otros, los correligionarios y levitas suyos le abandonan, demostrándose así que no las creencias comunes religiosas, no el mismo templo, no el mismo clero, no el mismo dogma une á los hombres, ¡ah! los une la caridad ó el amor.

Más bello todavía el apólogo de la Samaritana. Mientras los israelitas ortodoxos, como ya hemos dicho, tomaban el camino muy largo por la Perea, al ir de Jerusalén á Nazareth, Jesús tomó el camino de Samaria. Naturalmente, por las razones expuestas arriba, el judaísmo rigoroso prohibía comer y beber con los samaritanos. El pan suyo estaba condenado como la carne de puerco. El agua suya sabía como á ponzoña de viborezno, pues emponzoñaba los corazones y las almas. Jesús pasó, no obstante prohibiciones fundadas en la intolerancia religiosa, por la tierra de Samaria; y no solamente pasó por la tierra de Samaria, sino que, sudoroso y fatigadísimo, se detuvo ante una cisterna, conocida en la comarca toda con el nombre de pozo de Jacob. Era el mediodía. El sol se desplomaba sobre las cabezas con ardores terribles. Metían las estruendosísimas cigarras esa fragor de sus chirridos, al cual todos los meridionales nos rendimos como á un beleño, pidiendo y necesitando la indispensable siesta. Una

mujer de Siquén, á la que todos hemos visto, á la que todos hemos tratado, pues hanla reproducido en sus cuadros y en sus bajorelieves nuestros artistas, la Samaritana de liturgia tradicional, presentóse con su ánfora sobre la frente á recoger agua del pozo. Bajo aquel sol, y á la hora de siesta, un cántaro poroso, en agua empapado, evaporando frescor y despidiendo gotas, atrae al sediento, como no podrá figurárselo jamás un hombre del Norte. Y Jesús tenía sed. Y como tenía sed, pidió agua de su cántaro á la Samaritana. Oirlo ésta y quedarse como fuera de sí, en extrañeza indecible, fué obra de un minuto. El pasmo y el asombro llegaron á darle aquella rigidez que nuestra lengua vulgar compara con la inercia fría de una estatua marmórea. En efecto, un espíritu nuevo pasaba por los ojos de aquella mujer privilegiada, y un verbo nuevo se oía retumbar como celestial voz en sus orejas. Distinguido israelita, de juvenil edad, y por lo mismo necesitado, como todos los jóvenes, del aura popular, pedía nada menos que agua para sus fauces á una samaritana, en quien sus correligionarios y compatriotas sólo veían veneno de víboras. Pasado el primer estupor, y satisfecha la sed ardiente de Cristo, empezó aquella cismática impenitente á departir con éste y á observarle cómo ambos á dos, dirigiéndose la palabra y escanciando

aquel cántaro, cometían un pecado contra su patria, contra su religión, contra su liturgia, porque mientras los padres de los samaritanos decían que se necesitaba venerar á Dios en el monte mayor de su tierra, los padres de los judíos decían que se necesitaba venerar á Dios en el templo altísimo de Jerusalén. Al oir esto levantóse Jesús, y abriendo los brazos, apartó como dos ríos los dos tiempos, el de la vieja y el de la moderna historia; convirtiendo los ojos al cielo, iluminó con su mirar divino el alma y el pensamiento de la humanidad. «Sí, dijo, mujer, sí; tus padres adoraron á Dios en el monte cercano, mis padres lo adoraron en el salomónico templo; pero ha llegado la hora de no adorarlo ni en montes, ni en templos, sino en espíritu y en verdad.» Sublime la palabra dicha en los primeros capítulos del Génesis, cuando, inclinado Jehovah sobre lo vacío, dijo: «Habrá luz, y hubo luz.» Pero mucho más sublime, á no dudarlo, esta fórmula murmurada por el Salvador de los hombres en los oídos vulgares de una pobre cismática, porque ha creado el espíritu, más esplendente que la luz material, y ha erigido el templo más digno de Dios, la humana conciencia.

El episodio más bello de la predicación cristiana sucede, ya en las orillas, ó ya en las olas del celeste lago de Tiberiades. Las montañas que le sirven

de marco y toman reverberaciones cambiantes á los cambios del día; la compacta superficie de sus aguas cristalinas y celestiales; las coronas de mirtos y adelfas, bajo cuyas ramas los ascensos y descensos del agua dejan piedras pulidas y conchas pintadas; la multitud innumerable de pececillos multicolores que chispean en sus linfas y la no menos innumerable de pájaros que parecen, como decía nuestro Calderón, ramilletes con alas; el esplendor de los aires unido á la dulzura del clima; la copia de frutas comparables sólo á la copia de flores; el jilguero y el ruiseñor aquí; allá las alondras y los verderones; más lejos los mirlos azules; en los peñascos las blancas cigüeñas; por doquier las palomas y las tortolillas; el rebaño, el enjambre, los odres rebosantes de leche, la espiga llena de granos, la parra con sus racimos, todo en aquella región, todo produce un idilio, convidando á creer que los hombres pueden pasar en la contemplación del ideal, alimentándose como las aves del cielo, que ni siembran, ni aran, ni cosechan; vistiéndose como los lirios del valle, que no hilan ni tejen, y Dios los ha vestido con lujo tal como no lo tuviera el mismo Salomón en su trono. Tierras así parecen ocultar las fatalidades innumerables reinantes á una sobre nuestro Universo. El hambre, que puede aquejar en otros más tristes y ásperos

climas; la deznudez, que pueda helar á otros hijos más desdichados de la naturaleza; el dolor, esparcido como un soplo de la muerte por todas partes; el combate perdurable y cruentísimo entre las especies en guerra. Por eso allí, en aquellas montañas, pudo seguramente decirse la sublime arenga que repetirán en coro todas las generaciones: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han sed y hambre de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los pobres, porque á ellos pertenecerá el reino de los cielos. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. En verdad os digo que pasarán el cielo y la tierra, mas no pasará ni una coma, ni una tilde siquiera de mi ley, hasta que todo se haya consumado. Si trajerais presentes á los altares y allí os acordarais de que vuestros hermanos tienen algo contra vosotros, deja tu ofrenda y vete, y cuando vuelvas en amistad con tu hermano, preséntala y ofrécela en las aras. Habéis oído que fué dicho á los antiguos: no perjuraréis. Mas yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Oísteis que fué dicho á los antiguos: ojo por ojo y diente por diente, mas yo os

digo: No resistais al mal, antes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, ponle también la siniestra; y al que quisiere ponerte á pleito y tomarte la túnica, déjale también el manto. Al que te pidiere, dale; y al que quisiera tomar de ti emprestado, no se lo rehuses. Oísteis que fué dicho: Amarás á tu semejante y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo ahora os digo. Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnian para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, quien hace que su sol salga sobre malos y buenos y sus nubes lluevan sobre justos é injustos. Porque si amarais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazarais á vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis demás? ¿No hacen también así los gentiles? ¿Quién de vosotros podrá con afanes añadir á su estatura un codo? Pues si no podéis aun lo que es menos, ¿para qué afanaros de lo más? No os curéis de lo que deba comer ni vestir vuestro cuerpo. La vida es más que su alimento y el cuerpo más que su vestido. Los pájaros del aire, ni siembran, ni siegan, ni tienen cillero, ni alfolí, Dios los alimenta. ¿Cuánto de más estima sois vosotros que las aves? Dios viste las hierbas que hoy están en el campo y mañana en

el horno, cuanto más á vosotros, hombres de poca fe. Vosotros, pues, no procuréis que hayáis de comer ó que hayáis de beber, ni estéis en perplejidad ansiosa. Todo esto inquieta de seguro á las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe lo que necesitáis. Buscad el reino de Dios y su justicia, pues todo lo demás ya lo encontraréis por añadidura. Sed perfectos como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos.»

Estas palabras fundan la eterna redención del espíritu. Allende lo que dicen ellas nada podría decirse. Imaginando una divinidad superior á cuantas han entrevisto las más claras inteligencias y han revelado los más altos cielos, no podría esa divinidad concebir superiores ideas á las encerradas por Cristo en el Sermón de la Montaña. Y no digáis que antes Krichna enseñó parábolas como esas en las orillas del Ganges; no digáis que los libros referentes á los muertos en el viejo Egipto contienen esperanzas análogas respecto de la inmortalidad; no digáis que Sócrates había ya bebido la cicuta por el Dios de su conciencia y que Platón había revelado la espiritualidad íntima del alma bajo los árboles del Pireo: las revelaciones cuasi nacionales ó de raza difundidas por las riberas del Ganges y del Nilo sacros; los dogmas encerrados en una escuela ó secta; los dichos profundos y sabios de un

filósofo cualquiera; la doctrina sublime neoplatónica; el principio moral estoico; todo lo coincidente con las alboradas y albores de la revelación cristiana ó todo lo anterior no puede acercarse, ni de lejos, al Sermón de la Montaña, inspirado por el primer corazón de la humanidad. No disputaremos nosotros la perfección clásica del diálogo que leía Catón poco antes de morir para fortificarse y resolverse al sacrificio por la república y por la patria. Los acentos del Timeo, lanzados por Platón, el profeta, el divino, el sublime, consolarán un alma patricia con pensamientos hondos como la humana ciencia; pero no serán aquellos granos de trigo que llevaba Jesús por Nazareth, por Tiberiades, por toda Galilea, en sus manos, y con los que reclama para sí las almas de los pobres, de los infelices, de los ignorantes, de los humildes. Esa ¡oh Redentor nuestro! ha sido la ciencia tuya, esa la virtud tuya, superiores á todas las virtudes y ciencias. Tú has caldeado los divinos pensamientos de la sabiduría universal en las llamas de tu corazón ardentísimo; los has contenido en parábolas ingenuas y sencillas como el olor de los lirios y como el cantar de las alondras; los has dado en comunión á los labios de los perseguidos, y de los opresos, y de los esclavos; luego has muerto por ellos. Los espacios podrán enrollarse como un pergamino al fuego del incen-

dio universal; podrán extinguirse como pavesas frías arrastradas por el soplo de la muerte los astros del firmamento; pero tu Evangelio jamás podrá cerrarse y tu Verbo divino jamás extinguirse, porque los han dictado la caridad y el amor.

XXI

Ya lo hemos dicho, no aparece apenas la Virgen María en el apostolado y predicación de Cristo. Los Evangelios á una la eliden, presentándola tan sólo en alguna que otra circunstancia dolorosa de aquellas dolorosas escenas. He dicho dolorosas y he dicho mal, porque también hay un minuto gozosísimo en que María está junto á su hijo: las alegres bodas de Caná. Fuera de tal fiesta, solamente se ve á la madre cuando los fariseos quieren despeñar á su hijo, y cuando éste, por la exaltación de sus predicaciones religiosas, se halla en peligro de una enfermedad segura ó de una muerte súbita. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesará siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular y privada. Entre las terribles señales de nuestro tiempo, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del pú-

blico, indagando con preferencia los actos animales, privados, particularísimos de un grande hombre, todos ellos pasajeros y circunstanciales, más que las ideas y los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la ciencia como á la historia. Embargada la inteligencia de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida particular sino aquello que se necesita para la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Así nos presentan poco, muy poco, la familia de Jesús. Pero la fe cristiana, y la tradición universal, y el sentimiento de todas las generaciones han suplido este silencio, evocándonos la Madre del Salvador con mayor frecuencia y muchas más veces que á la hora de su apostolado y de sus triunfos á la hora de su pasión y de su muerte. Acércase á más andar ésta. El pueblo, tornadizo y voluble, se aira contra el Galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, en Jerusalén innumerables, comunícanse unas á otras lo dicho por aquel tribuno, que se presenta, en su increíble soberbia, como Hijo de Dios, y promete derribar el templo de Jehovah con una palabra tan sólo y reedificarlo á los tres días. La clase oficial romana oye con menos interés lo relativo al profeta, por haberlos muy numerosos y muy frecuentes en toda Palestina, incen-

diada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos á César, y algo de su regia dignidad personal. Desmayan los mismos discípulos, tan ufanos cuando las palmas y los ramos de oliva saludaban á su Maestro y tan abatidos cuando le amenazan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar, Judas á vender; y en medio de tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías de muerte, alza las manos al cielo desde aquel huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodomos de su pasión y los anuncios de su muerte, pide la intercesión del ángel con Dios para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz.

¿Cuál porción, de bebida tan acerba, le tocó á María? Tamaña pregunta puede contestarse de maneras varias, apelando á los documentos históricos y apelando á la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del hijo en los Evangelios canónicos. Pero si atendemos á lo que nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de los cuales son sus hijos víctí-

mas. Sin embargo, los tres primeros evangelistas no aluden siquiera, ni de cerca ni de lejos, á María durante la pasión y la muerte de Jesús. Como hemos hecho en otras ocasiones, y ahora con mayor motivo, copiara nuestra mano en este mismo sitio lo referido por las historias evangélicas. Como todo el mundo sabe, cuatro Evangelios ha consagrado la Iglesia y admitido la cristiandad entera, sin diferencia casi de comuniones y de credos. Llamamos primer Evangelio al Evangelio de San Mateo, segundo Evangelio al Evangelio de San Marcos, tercer Evangelio al Evangelio de San Lucas, cuarto Evangelio al Evangelio de San Juan. Todo cuanto sabemos de la muerte del Salvador está contenido en estos libros. De su narración provienen los conceptos, que nosotros tenemos hoy del triunfo con que recibieron á Cristo en la Pascua Jerusalén y sus hijos; del dolor en la tristísima velada que presenció el monte Olivete; de la cena, que luego nos han transmitido, en cuadros y en sermones inolvidables, la elocuencia y la pintura cristianas; del prendimiento amañado por aquella horrible traición de Judas y del arrojo con que Pedro quiso defender al Salvador por fuerza y espada; del tristísimo envío desde Anás á Caifás, desde Caifás á Pilatos, desde Pilatos á Herodes, desde Herodes nuevamente á Pilatos, en los varios

amarguísimos trances; del horror que llena toda la pasión; del suplicio que remata la redentora obra. Pues bien, ¿cuándo y cómo los evangelistas hablan de la Virgen Madre al relatar la muerte y pasión de su hijo? Veámoslo. San Mateo no dice ni una sola palabra. Consagra el capítulo veintisiete á referir la pasión, y refiere lo que sigue aquí, en los versículos cincuenta y cinco y cincuenta y seis: «Y estaban allí (en el momento de morir Cristo) muchas mujeres desde lejos mirando, las cuales habían acompañado á Jesús por Galilea y servidóle, viéndose entre todas ellas á María Magdalenà y á María la madre de Jacobo y de José y á la madre de los hijos del Zebedeo.» Como se observa, ni de pasada menciona San Mateo á la Virgen Madre. Pues lo mismo, exactamente lo mismo, sucede con el Evangelista San Marcos. Éste consagra el capítulo décimoquinto á la muerte de Jesús, y tres versículos de tal capítulo á las mujeres, que se llaman del Evangelio, el treinta y nueve, el cuarenta y el cuarenta y uno: «Y también estaban, dice, algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales hallábase María Magdalena y María la madre de Jacobo el menor y de José y Salomé, las cuales, cuando todavía estaba Jesús en Galilea le acompañaran y le sirvieran. Con éstas hallábanse juntamente otras muchas que habían subido á Jerusalén.» Pues no

menciona tampoco á María. Lucas dedica el capítulo veintitrés de su Evagenlio á esta misma narración, y dice por el versículo cuarenta y nueve: «Mas todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido á una desde Galilea estaban allí mirando desde lejos estas cosas.» Tampoco habla de María. El único en mentarla es el cuarto Evangelio, escrito, como todo el mundo sabe, por San Juan apóstol. Su capítulo décimonono relata la pasión y muerte y sepultura de Jesús. Desde su versículo veinticinco á su versículo veintisiete, Juan habla de la Virgen Madre al pie de la cruz: «Y estaban Junto á la cruz de Jesucristo su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y como viera el Salvador á la madre y al discípulo amado, presentes los dos: «mujer, exclama, he ahí tu hijo.» Después dice al discípulo: «he ahí tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo.» He ahí todo cuanto dicen los Evangelios referente á la presencia de María en el Olivete, y en la calle de la Amargura, y en la cima del Calvario.

Narremos la pasión. Imposible comprenderla sin explicarnos el sitio donde sucede. Ya no estamos en los rientes valles de Galilea. El desierto arenoso ha sustituído al mar de Tiberiades; la colina semejante á un semítico sepulcro á la vegetación

multicolor y aromosa. Finjámonos Jerusalén, tal como estaba en la hora de aparecer por sus calles Cristo en triunfo. Aun las palmas y laureles yacían por el suelo, aun los vítores por el aire todo resonaban, cuando Cristo lloró sobre aquella ciudad tan triste, prediciendo las desolaciones y las ruinas que le reservaban los tiempos venideros tras su muerte. Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los albores de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth hanse desvanecido aquí, sustituídas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras. Apriétanse los hogares unos á otros, levantados en grande número sobre las colinas, y parecidos en su forma de cubos blancos á cisternas destacadas en cielo azul oscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad, uno, que representa su fariseísmo estrecho y rigoroso, el templo de su Dios Jehovah; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto á la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan á la ciudad un aspecto hiératico aumenta-

do por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del santuario, mas aparte del templo, domina todos aquellos patios como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia. Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes, y sesenta torres parecen como una guarnición distribuída para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas asemé-janse mucho á las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar á cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer á los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio riscoso, donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada, conocida con el nombre de puerta

de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad, en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes á la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas más medios de transporte que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas. Las sinagogas eran innumerables. Como el judaísmo á la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó cirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Lo más admirable y lo más rico de Jerusalén, por aquel entonces, era la mansión de su rey Herodes. Graderías enormes la sustentaban como al rey el trono; jardines floridísimos la ceñían de bien olientes guirnaldas; estanques muy claros alimentaban en sus patios y en sus florestas numerosos cisnes; el marfil, y el oro, y la púrpura se prodigaban allí como en los alcázares de Tiro; la pared que lo cercaba tenía trece metros de altura; la ma-

teria que lo componía era de mármoles, y jaspes, y ágatas; alfombras asiáticas tapizaban el suelo y piedras preciosas resplandecían en las incrustaciones del techo. Tal y tan extraordinario lujo Herodes ostentaba en aquella sociedad generalmente considerada como centro de la maceración y de la penitencia. Dadas las prescripciones bíblicas respecto del agua y su empleo, el judío entonces necesitaba mucha para sus abluciones, y así había innumerables albercas.

En esta ciudad, sólo hacia su parte oriental hallaba el ánimo de sus habitantes algún recreo. El monte de las Olivas, riscoso como todos aquellos alrededores, ofrecía con sus ramajes alguna sombra y algún solaz entre tantas breñas. El sitio de Getsemaní, como su nombre indica, era lo que nosotros llamamos en lengua meridional una grande almazara, ó sea un molino de aceite al aire libre. Allí sucedió el prendimiento de Jesús, motivado por sus predicaciones. Y entre tales predicaciones, la que más indignaba contra Jesús á los judíos eran sus amenazas y sus maldiciones al templo. La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, constituían toda la vieja liturgia israelita, y esta vieja liturgia israelita se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás por Salo-

món y reconstruído en la edad misma del Evangelio por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo nos hablan á una con admiración idéntica de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, decláralo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día. Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríaselo en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrándolo mucho los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: «No quedará de tanta mole piedra sobre piedra.» Todo lo construído por Herodes cayó en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes, cual montañas, pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo. En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesante, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos, aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación

religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo. El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustado y esculpido sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de varias pero regulares figuras sus patios, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parra de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los inciensos; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semipersas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas; en otro sitio los holocaustos,

y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos. Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas que un día el construído por Salomón y preparado por David se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del Templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra. Y, sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo antes de que la profecía del Salvador se cumpliera.

Mas para el materialismo judío amenazar al templo era tanto como amenazar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y acerbidades, empapan todos ellos con sus lágrimas los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del templo de Salomón. Así es que los acusadores,

concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse, por descendiente de Salomón y David, rey del pueblo judío. El Sanhedrín se movió á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos, congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal toda la población judaica y hacía de juez todo el judaico sacerdocio. Las condiciones del Sanhedrín en la edad aquella de Cristo resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban en una especie de federación gigantesca gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanhedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio. Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobre-

excitada la ira judaica por la conquista y dominación extranjeras, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indispónerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús. Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero, una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oirle y le insultaron y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se completaba y se perfeccionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo sereno y tranquilo por todos nosotros.

Hay en el proceso de Cristo dos partes: una política, otra religiosa. Por haberse llamado Mesías é

Hijo de Dios, estaba en el caso de perseguirlo el sacerdocio; por haberse llamado rey de los judíos, estaba en el caso de perseguirlo el pretor. La clerecía de Jerusalén comenzó la causa. Ella prendió á Cristo, ella intentó las primeras declaraciones, ella infligió los comienzos del castigo y puso al divino reo en la vía del ignominioso patíbulo. Mas, al llegar la hora de imponer una pena capitalísima, se asustó de sí misma y remitió Jesus á Pilatos. El romano pretor no quería matarlo, indiferente á que se llamara ó no Mesías prometido en aquellas discordias religiosas, y á que se llamara ó no rey de los judíos en aquellas discordias políticas. Así dijo á las clerecías y magistraturas israelitas que lo mataran ellas. Pero los fariseos antiguos hicieron algo de lo que después hicieran los inquisidores modernos. Defiéndense todos éstos de haber causado víctima ninguna, entregándolas todas al secular brazo de la justicia civil y laica. En el sacerdocio aquel vemos un eterno farisaísmo que luego trasciende á todos los tiempos, como en el pretor aquel vemos un eterno cesarismo que trascenderá también á nuestros días. Contra su voluntad Pilatos recogió el triste ministerio de castigar á Jesús, y ya recogido, apeló á todos los recursos imaginables para salvarlo completamente. Los Evangelios canónicos no lo dicen, pero lo dice con amplitud el

Evangelio de Nicodemus. La esposa de Pilatos compadeció mucho al joven reo é hizo supremos esfuerzos para salvarle. Preguntado Cristo por su ministerio, respondió que sólo consistía en predicar la verdad. E interrogándole Pilatos para que dijese qué fuera la verdad, callóse profundamente, compadeciendo la horrible ceguera de su espíritu. Con esto y con todo, creyendo el pretor que aquella plebe necesitaba carne, ofrecióle á devorar el reo Barrabás. Mas no le satisfacía presa de tan poco vuelo y reclamaban á gritos la muerte de Jesús. Entonces Pilatos, cumpliendo una parte de su ministerio y aplicando á la víctima otra parte del derecho penal consuetudinario, flageló á Jesús y sacólo al balcón del pretorio casi desnudo, atadas las manos, ceñida con corona de abrojos la frente, una caña por cetro, unos sayones por corte; y desgarrado, ensangrentadísimo, con los huesos casi en descoyuntamiento, con los ojos casi apagados, lo presentó diciendo: «Ahí tenéis vuestro hombre: *ecce homo.*» Las muchedumbres insistieron despiadadas en pedir su muerte, Pero Pilatos lo remitió á Herodes, y encargóle de ver cuanto se pudiera, en pro del rey de los judíos, hacer. Herodes le puso un manto de escarlata y lo expidió á Pilatos entre burlas y jácaras del pueblo, diciendo que merecía la última pena. Lavóse Pilatos entonces las manos, costumbre muy

admitida, no entre su gente, no, entre la gente judía, para indicación de que obraba todo aquello contra su voluntad, mal de su grado, y entregó el Salvador á sus verdugos. Había varios géneros de pena en aquella sociedad: la multa, el apaleamiento, las flagelaciones, la horrible lapidación, y, por último, las crucifixiones. El verdadero castigo capital en el derecho judaico fué la terrible lapidación. A ella sujetaron aquellas gentes el protomártir de nuestra religión, Esteban. La crucifixión fué un castigo romano. Aplicóla el pueblo rey á los esclavos. Los compañeros del mártir Espartaco se levantaban á un lado y otro del camino por donde iba su horrible vencedor en cruces regadas con roja sangre de siervos. No diremos que fuera el más doloroso aquel de cuantos suplicios conocían los hombres entonces; pero sí le llamaremos el más afrentoso, cual si nuestro Redentor hubiese querido bajar las gradas todas del sér hasta su escalón último, apurando las últimas ignominias para que hasta lo más bajo se levantase á las alturas, y lo más maldito mereciera bendiciones, y lo más afeado por la culpa se lavara en tan sublime instante de rescate y de redención universal.

Por fin Cristo entra en la calle de la Amargura. Este paso del Salvador desde su Pretorio á su Calvario queda más impreso que ningún otro en la

conciencia y en la memoria humanas. El divino Morales, en cuadro que resplandece por Toledo, nos ha presentado la cabeza de Cristo al concluirse la flagelación, al pisar la vía del Calvario, y aquel rostro dolorido, la negra cruz junto á él, la diadema de abrojos en la frente, los cordeles al cuello, las lágrimas nublando la mirada profundísima, la sangre corriendo por los surcos de las mejillas y goteando de la negra barba, la respiración convertida en una especie de suspiro y sollozo tienen tal realidad, que veis pasar todos los dolores humanos juntos y sentís allí la crucifixión á que os adscribe y sujeta vuestro propio sér, desposado el infeliz desde su nacimiento con la pena y con la muerte. ¿Quién que se haya criado en los pueblos católicos no recordará la triste procesión del Jueves Santo por la tarde? Yo creo ver la de mi pueblo, y viéndola, traigo á mi corazón los afectos primeros trágicos de la inocencia y de la infancia. La torre del templo muda; los hogares, como si en todos hubiese algún difunto, cerrados; sin vestidura las aras y sin sacras; lós candelabros esparcidos; las lámparas extintas; el tenebrario extinguiéndose y causándoncs con su oscuridad sucesiva escalofríos como si el sepulcro se abriese á nuestras plantas y el juicio final viniera sobre nuestras cabezas; todos estos tristores de tan solemne día no llegaban á la congoja sentida

cuando la Virgen Madre iba solitaria, envuelta en túnicas negras y negros mantos, sus manos amarillas como las de un cadáver, amarillo su rostro como las manos y lleno de lágrimas cuajadas cual granizo, porque nuestro terror trágico, al verla entre las elegíacas endechas del miserere entonado por voces lamentosísimas, nos sugería la idea de que nosotros pudiéramos en tal momento morirnos y quedarse como aquella mujer sin consuelo, como aquella sombra de la desesperación y de la muerte, nuestras pobres madres. No recuerdo si las efigies aquellas merecían ó no, según su valor artístico, la representación del religioso paso; mas recuerdo cómo herían mi corazón y llegaban á sugerirnos pena tal que allí comenzaron los primeros manantiales del río y del mar de nuestras lágrimas. Cuando, por un lado, en aquella procesión, se veía la Soledad, y por otro lado llega el Nazareno, como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia y el corazón se ponían en aquel caso, y las penas horribles, y los desengaños mortales, y los combates eternos, y las tragedias infinitas é innumerables agolpábanse á nuestro corazón y nos traían el recuerdo completo de cuanto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el presagio de todo cuanto deberemos á una sufrir todavía en todos

nuestros descendientes. Las angustias en el huerto, angustias del género humano son. Todos tenemos traiciones de Judas en la triste vida. Nos han negado personalmente los discípulos más queridos y han renegado una doctrina salvadora como si fuese mal y error. Todos los labios han probado la hiel acerba que despiden las fauces del calumniador. Todos hemos bebido el agrio vinagre de los desengaños y todos hemos amasado con hieles el pan de cada día. La tierra es una infinita calle de la Amargura, por la cual vamos, cayendo y levantándonos, con la cruz al hombro y las espinas en las sienes; calle de la Amargura terrible, á cuyo término sólo descubrimos el Calvario de todos con patíbulos en las cimas y con el sepulcro á las plantas.

Rafael ha pintado por maravillosa manera el paso de Cristo desde casa de Pilatos al Gólgota. Es el momento en que, agotadas las fuerzas de Jesús, necesita que le auxilie y acorra el Cirineo. Está Cristo en el suelo caído. Los golpes que le han dado, las heridas que le han abierto, la cruz que le han puesto sobre los hombros, las espinas con que le han taladrado la frente, los insultos y las vociferaciones de tanto calumniador como lo ha perseguido y acosado, el dolor sugerido por los abandonos y por las traiciones, el coro infernal de blasfemias, la bofetada, la flagelación, la pública ignomi-

nia, en tales términos han acabado con él, que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida, y cae como un árbol seco derribado por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece con padecimientos más acerbos todavía, su pobre madre. Jesus parece no querer verla, por no resultar al cabo en aquella horrible situación, con su aspecto y con su tristeza, verdugo involuntario de quien le dió la vida. Y se dirige á las mujeres y les dice viéndolas á todas afligidas y sollozando: «No lloréis por mí, hijas de Jerusalén, llorad por vosotras y por vuestros hijos.» En efecto, Cristo vió todas las consecuencias inminentes de aquel terrible minuto; vió el templo arruinado, el santuario destruído, las generaciones de la Ciudad Santa enclavadas como él en la cruz, Sión hecho un monte de cenizas, y las generaciones de Sión, que se creyeran señoras de la tierra, dispersas y maldecidas, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la férrea cadena de los esclavos, el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas encerradas en sus viejos ideales. En el cuadro que llaman las gentes Pasmo de Sicilia, en el cuadro de Rafael, no miréis los verdugos y sayones que tienen mucho de clásicos, la cara del Cirineo recordando filósofos pertenecientes á la escuela de Atenas, el romano gobernador á la derecha, á la iz-

quierda, un legionario anacrónico en traje de la Edad Media; lo que hay allí de sobrehumano es el ideal, condensado todo en la cabeza esférica de Cristo, y el dolor de su madre, con los brazos tendidos á la prenda de sus entrañas y el rostro lleno con el dolor interno é iluminado por los rojizos relampagueos de la tempestad universal. ¡Oh!, sí, el dolor de los dolores todavía no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la cruz.

XXII

El cristianismo corresponde y concuerda, como ninguna otra religión real, con la naturaleza humana. El cielo de los antiguos admitió solamente la fuerza del poder y consagró las ventajas del triunfo. Las penas, que nos traspasan el pecho y que nos entenebrecen el espíritu, estaban como proscriptas de los viejos olimpos. A lo sumo entraba en ellos ese aspecto del universo que se denomina el combate universal por la existencia. Luchaban soberbios los dioses antiguos, mas no padecían humildes. La ventaja del cristianismo sobre las demás religiones, aun visto solamente por su aspecto humano y moral, se halla en su divinización del dolor. Todos en esta baja tierra sufren, y todos encuentran en los altares de Cristo, no dire-

mos explicadas, pero sí diremos sentidas sus penas. Entre las mayores hállanse aquéllas que tocan en el acerbo común de nuestros comunes dolores á las pobres mujeres. Nosotros hemos nacido para luchar; ellas para sufrir. El combate activo quita muchas acerbidades al dolor, mientras que le añaden muchas la conformidad y la paciencia femeniles. Por eso nuestra religión ha idealizado la naturaleza humana, idealizando el dolor, tal como ha tocado en suerte á las mujeres; y para expresar esto, no ha podido tener símbolo tan bello como la Virgen Madre al pie de la cruz donde agoniza y muere su hijo. El mundo helenolatino, al revés del mundo semita, compartió la divinidad entre los dos sexos. Mientras en Jerusalén y en la Meca, en aljamas y sinagogas, truena un Jehovah, ó un Alá solitarios, en las cumbres de los montes paganos, donde se hallan las divinas sedes, vense conjuntamente sentados los dioses y las diosas. Pero éstas, ó expresan una felicidad material absoluta, como puede verse aún hoy en las serenas estatuas suyas, ó sienten, á lo sumo, femeniles rivalidades. Los sendos y pasajeros dolores de las diosas antiguas por los respectivos héroes en lucha no pueden compararse con el profundísimo dolor de mujer simbolizado en nuestra soledad tristísima ó en nuestra Madre dolorosa. El viaje de Ceres por su Proserpi-

na, coronada durante seis meses reina y diosa en las regiones infernales, para brillar luego en el éter y en el aire otros seis meses, aparte su rural simbolismo, no puede compararse con las penas de María en las cimas del Calvario, donde atraviesan su corazón todos los horrores que puede una madre sentir aquí en la vida. Para comprenderlo necesitamos tan sólo recordar el claro ministerio cedido por la naturaleza y por la Providencia de consuno á la madre. Sólo un amor como el suyo podría superar los dolores congénitos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones al sacrificio, que parecen como un suicidio lento, y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su huevo en el nido ajeno, como en la universalidad casi de ellas el sentimiento maternal fija inquietas alas é inquietos nervios en el nido, y los tiene allí como petrificados é inertes, dando el calor propio suyo á los menudos seres encerrados en la corteza del huevo y en las lanas del nido. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse, y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico, entregada por completo á la encubación, que pide y necesita la perpetuidad indispensable de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas: así que la mu-

jer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo, ha resumido y compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolores, cuando esa cuna se torne en sepulcro y la criatura idolatrada un yerto cadáver. El dolor de María en la cruz excede al dolor de Cristo, porque la pasión de éste se agranda, y exacerba, y recrudecen al pasar por las telas del corazón maternal.

Las madres, allá en las especies inferiores, viendo un hijo, recordarán solamente las penas congénitas á parto y crianza. Pero allí donde comienza el humano espíritu comienzan á una con él amarguras indecibles. No es ya el dolor material de un parto, ni siquiera es el cuidado prolijo de la nutrición y de la cría, es algo superior, la inquietud propia de quien debe cumplir un ministerio tan complejo como el ministerio de la educación de un alma. ¡Cuál transfusión de su sér propio en el sér por ella engendrado y parido! Una madre lo sabe todo con saber solamente que ya es madre. Ningún telescopio ve lo infinitamente grande y ningún microscopio lo infinitamente pequeño como ve una madre desde las mayores aspiraciones hasta las menores necesidades en el alma y en el cuerpo de su hijo. Por eso jamás podrá sustituirse, jamás, en la naturaleza, la primera educación maternal

con otra ninguna. Una madre sabe más medicina que todos los médicos juntos cuando se trata de su pequeñuelo. ¿Qué doctor sigue los aspectos de una enfermedad sobre la cuna como quien dentro de la cuna se recluye y encierra? ¿Cómo puede saber nadie los grados varios de calor en el cuerpecillo cual aquella que lo recoge solícita en sus brazos, y lo pega con amor á su seno, queriendo reincorporarlo nuevamente á sus entrañas y nuevamente nutrirlo con la sangre de su corazón? Pues nadie sabe de seguro en el mundo educar, hacer un alma, como lo sabe por propio instinto una madre. Como su medicina instintiva conoce las enfermedades y los remedios, su filosofía conoce los consejos, su arte las inspiraciones, su intuición profética los presentimientos, su amor los afectos, su fe los dogmas que cuadran al hijo de sus entrañas, por quien vive y muere. Hasta para enseñarle aquella nueva familia con que debe continuar y completar la recibida en su cuna, ó para elegirle aquel corazón que debe llevarse consigo el criado por ella, sirve una madre, como que su vida toda es vida entera de sus hijos, pues desea verlos en la hora última inclinados á una sobre sus ojos para cerrarle los párpados, y, en cambio, difundir en ellos el sér propio con el postrer suspiro y el alma propia con la postrera mirada. Imaginaos cuál do-

lor sentirá cuando todas estas leyes de la naturaleza lleguen á subvertirse, muriendo, como en el caso de Jesús, los hijos antes que sus madres. He ahí el dolor que representa María, siempre al pie de la cruz, el dolor de una madre destituída por la muerte de su hijo. Como no hay dolor ninguno comparable á este dolor no hay escena ninguna en la Pasión tan dolorosa como ésta. Los personajes de la escena son muchos y están agrupados en la religión y en el arte, según tradiciones inextinguibles. Pues bien, puede asegurarse que la humanidad no compadece tanto á Cristo en la cruz como á su Madre al pie de la cruz. Por ella, y sólo por ella, dijo el profeta estas sublimes palabras: «¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por los caminos, paraos y ved si hay dolor comparable á su dolor en el mundo!» Y, efectivamente, no lo hay.

Ver muertos los venidos naturalmente á sucederlos y heredarlos, extraña y hiere de tal suerte á los padres, que su corazón en pedazos mil se rompe y se huye hasta tocar en el desvarío su inteligencia. Desde los primeros dolores á los últimos cuidados que cuesta la vida de un hijo se les aparecen y asaltan como en tropel. Imaginaos cuánto el corazón de la Madre Santísima se desgarraría en el Calvario á la muerte del Unigénito con las memorias y los recuerdos de su vida. La

emoción experimentada en la inolvidable anunciación de Gabriel, resplandeciente con los reflejos y reverberaciones de los cielos; el salto de la bendita criatura en sus entrañas, oyendo los cánticos de Isabel y las palabras de Zacarías; el portal de Belén, donde se mezclaban las esquilas de los ganados con los rabeles de los pastores y los conciertos de los ángeles; el espectáculo de la estrella solitaria, que guiaba los reyes magos, y de las ofrendas que circuían la cuna; el viaje á Egipto, en que los ángeles interponían sus alas para preservarlos y las palmeras bajaban sus ramas para esconderlos; el eco de aquellas predicaciones cuya virtud resucitaba los muertos y convertía las piedras en corazones; las bodas de Caná, donde le dieron ocasión á convertir el agua en vino; la triunfal entrada en Jerusalén, los recuerdos todos estos atenacearíanle con horribles dolores las entrañas, en virtud y por obra de una comparación intuitiva con los verdugos y sayones, maltratando las carnes besadas por ella tantas veces; con los legionarios romanos que se repartían las vestiduras hiladas en sus ruecas y husos; con el estruendo de los martillos hundiendo en el madero los clavos y desgarrando sin piedad las manos y los pies que abrigó tantas veces en el maternal regazo; con los dicharachos, y los insultos, y los vejámenes, dirigidos á

quien ponían los ingratos judíos en su ceguera por bajo de las bestias, y ella sabía bien que se identifica en su naturaleza con la esencia misma del Eterno. Los horrores ofrecidos por el universo, al morir Jesús, debieron acrecentar su dolor. Los estremecimientos del suelo, tan intensos fueron, que desentrañaron los abismos interiores del planeta, y tan extensos que llegaron á Egipto, donde un solitario exclamó al sentirlos que ó bien se acababa la tierra ó bien moría Dios. En efecto, cuando el cielo se ocultaba y se oscurecía el sol; y las tinieblas por doquier dilataban su espesa oscuridad; y un color siniestro y rojizo, como de sangre ardentísima, teñía los límites del horizonte á la manera que relampagueos del infierno, para hacer más palpable la noche; y los montes se descuajaban; y las colinas se convertían en polvo como cadáveres deshechos; y los muertos levantaban las losas de sus sepulturas con los cráneos; y la tierra se abría en grietas como surcada por un terremoto, el dolor de María debió crecer, viendo cómo los seres inanimados sentían más la desgracia de su hijo que los corazones humanos y acompañaban á una con mayor caridad su amarga pena. He aquí la superioridad capitalísima del cristianismo sobre las demás religiones conocidas en la tierra, su divinización del dolor. En efecto, aquel que pusiera la gota de rocío en la rosa

y las claras fuentes en los valles, tuvo sed; el que iluminó en la celestial inmensidad el sol, tuvo frío; el que alimentara con el calor de su vida todos los seres, tuvo hambre; sufrió todas las amarguras quien había criado todos los dulzores de la tierra; devoró los odios el que había juntado las moléculas con su cohesión, y los astros con sus atracciones múltiples, y los humanos con el amor; aquel cuyo soplo animó nuestras atmósferas no encontró aire para su pecho, y autor de la libertad, llevó sobre sus hombros el patíbulo de los esclavos, y autor de la vida, murió ignominiosamente. Y todos los dolores de Jesús, toda su pasión terrible, desde las angustias del huerto hasta las angustias del Calvario, centuplicáronse con terrible multiplicación en el pecho de su madre.

Así el dolor de la mujer tiene su representación más alta en la Virgen al pie de la cruz, en la Virgen sosteniendo sobre su seno al muerto, en la Virgen adorada, ora con el nombre de la Soledad, ora con el nombre de los Dolores. Por tal modo sienten todas las madres horror á la más espantosa desgracia posible para ellas en el mundo, á la muerte de sus hijos, que no hay casa de familia cristiana donde no se halle alguna conmemoración de la Soledad y de los Dolores. El corazón ardiente de la Virgen Madre atravesado por las siete litúrgicas

espadas representa un simbolismo verdadero en los hogares católicos. Yo he visto el corazón doloroso de María en urnas á santuarios parecidas; yo he visto el corazón doloroso de María bordado en escapularios, transmitidos por unas generaciones á otras generaciones en una sucesión incalculable; y este símbolo quiere decir cómo resonarían en su pecho los golpes asestados á su hijo; cuáles dolores tendría cuando levantaba éste los ojos y la voz al cielo en aquella interrogación al Eterno dirigida preguntándole por qué lo había en tal trance abandonado; cómo se desharía en lágrimas oyendo aquel perdón generoso impetrado así para el ladrón moribundo á su diestra como para los implacables enemigos que se reían y le atormentaban; cuánta sed acerba la afectaría considerando que su hijo necesitaba en su fiebre beber algo y le proponían aquellas mixturas de hiel y vinagre; cuán horrorosa pena en la consideración de que si todo estaba consumado en la obra redentora, se debía principalmente al holocausto de su corazón, y cuán mayor pena verlo morir á él sin poder morir ella. Lo hemos asegurado ya y lo repetimos ahora: la pasión de Cristo se agranda reflejada en el océano de lágrimas que vertió María.

Si queréis comprender cuánto significa la Soledad en el arte cristiano, convertid los ojos á todos

los pintores católicos y no encontraréis escuela capital ni genio primero que no haya querido reproducir esta gran tristeza, en cuyas espesísimas sombras tanta parte de nuestros particularísimos dolores encuentran el corazón y el ánimo. La madre dolorosa vuela desde los tiempos de las catacumbas á nuestros mismos tiempos, envuelta en evaporaciones y nubes de lágrimas. Toda mujer que ha perdido un hijo renueva sus facciones y repite su faz en la vulgar vida ordinaria nuestra y en el prosaico mundo que habitamos. La rígida escuela bizantina presentarála en mosaicos rígidos y rudos, faltos de movimiento y expresión, parecidos á las momias egipcias y á las iluminaciones de antiguos misales monásticos; pero la presentará muchas veces, porque la Virgen María generó en la religión al Salvador, pero generó en la estética el arte cristiano por excelencia. Nada tan fácil como clasificar los cuadros consagrados al dolor y á la soledad virginales por los pinceles cristianos. Pero el asunto exige otro lugar y otro estudio. Aquí solamente podemos y debemos decir cómo han delineado esa figura de tristezas y penas los genios que, á manera de ángeles, en sus alas multicolores, han sostenido esos cuadros religiosos ante los cuales á un tiempo se arroba nuestra piedad y se recrea nuestra fantasía. No obstante los caracteres varios de

las escuelas y las facultades individualísimas de los diversos genios, el dolor sobrehumano que siente una madre desolada lo supera todo y aparece de suyo en todas las figuras católicas, por igual manera que aparecen las medallas hechas y vaciadas en solo un troquel. Aunque Ticiano haya querido lucir en la Virgen solitaria y dolorosa el esplendor de sus añiles y de sus púrpuras; aunque Murillo no haya osado negarle aquel éter riente donde nadan los ángeles y los bienaventurados producidos por su creador pincel; aunque la Dolorosa de Rembrant tenga mucho de la vulgaridad en que caen todos sus maravillosos tipos, más bellos por el resplandor de su iluminación y por la transparencia de sus ideas y de sus pasiones que por la forma plástica y exterior, indudablemente, así en las minuciosidades propias de las escuelas alemanas cual en el regocijo propio de las escuelas venetas, en la naturalidad excesiva del arte flamenco y la corrección clásica del arte florentino, los rasgos permanentes del dolor quedan, se ve la tristeza maternal en el minuto de morir los hijos y se oyen aquellos sollozos, los más amargos despedidos indudablemente desde las tristezas humanas á las alturas celestiales. ¡Ah! Evoco ahora yo en tropel mis recuerdos estéticos á este respecto, y no creo fácil una sabia elección, por lo inspirados que han sido

todos los artistas cristianos en tamaño asunto. La Madre aquella del Giottino, que abraza al Hijo á la hora de acostarlo en el sepulcro; la María bellísima del Angellico, puesta de hinojos, con las manos plegadas, contemplando á Cristo desenclavado, cuando José de Arimatea lo sostiene y Magdalena le besa las yertas plantas; el desmayo de Botticelli, donde María pierde por completo el sentido en brazos de San Juan, mientras las demás santas mujeres á una se arrojan por el suelo y los apóstoles lloran en coro; la Pietta de Miguel Angel, perteneciente, como todos los arquetipos suyos, á las titánicas edades aquellas del Renacimiento regenerador, hermosa, joven, robusta, presentando su hijo, desnudo y muerto sobre las rodillas, con sus crispadas manos, por donde corren las chispas eléctricas del dolor, á los remordimientos universales, en actitud y gesto dignos del antiguo Jeremías, cuando hablaba de su Jerusalén viuda y llorosa; la Soledad misma de Rafael, quien ha pintado el dolor más amargo y las lágrimas indudablemente más ardorosas en rostro no afeado por la desesperación y sus tormentos; las varias figuras, así de Weidem como de Rubens, como de Van-Dik, aunque representen las condiciones, á veces opuestas y contradictorias, de sus respectivas fantasías creadoras y el diverso gusto de sus particulares tiem-

pos, permanecerán ahí como la expresión de las penas y de los dolores sentidos por la mitad más tierna y más hermosa del humano linaje.

En verdad ha tenido María su pasión como Cristo. De todos los aspectos múltiples, que toma este ideal femenino, el más permanente y más amado es la Madre dolorosa. Muchos gozos vienen á su corazón tras esta pena infinita; pero ninguno borra ya las copiosas lágrimas que han llovido sus ojos en las cumbres del Calvario, aumentando el mar sin riberas de los humanos dolores. Vendrá el día de Pascua, y á la par que rompen las avecillas el huevo y las flores el capullo, cargándose los aires de armonías y esencias, Cristo resucitará para transfigurarse, no en el bajo Tabor de Galilea, en las eternas cumbres celestiales. Luego María, rodeada por todos los apóstoles, recibirá en el cenáculo aquella comunicación del Espíritu Santo, por medio de la que se comunicará el Verbo cristiano á todos los discípulos de Cristo, y comunicaránlo á su vez los discípulos de Cristo á toda la tierra, y entre todos los hombres, en la comunión santísima de la Iglesia universal; irá luego, sobre mística barca, por las aguas azules del Mediterráneo, entre las islas griegas, donde cantaban todavía las hermosas músicas sirenas, y podrá, en visión beatífica, pronunciar entre gozos, y arreboles, y melodías el *Consummatum*

est que su hijo pronunció entre los estertores de su horrible agonía, viendo la obra cristiana en que los dioses mueren y acaban bajo las aguas celestes y las ondas argénteas, donde se mecieran al nacer, arrullados por los cantares homéricos; verá, por fin, los ángeles y los querubes asirios, transformados en las revelaciones semíticas, llegar desde los lejanos Tigris y Eufrates, después de haber bañado sus alas en el Jordán, á posarse atónitos sobre los bajorelieves helenos. Y no habrá para ella muerte. Llamaránle á su día último el tránsito de la Virgen. Los discípulos rodearán la cama, donde se cierran para nuestro planeta sus ojos de carne; los ángeles bajarán á recogerla y á conducirla por lo infinito en sus espaldas; rosas místicas olerán en su camino, embalsamando todas las vías conducentes del tiempo á la eternidad; cuando pasa preguntaránse los habitantes de todos los planetas cómo se llama y quién es aquella hermosura unida con tal bondad; recobrará la pristina luz el resplandor que tuvo al despedirla en los espacios la palabra creadora; reanimaránse, viéndola, en amor divino, todos los soles; el coro de los seres criados entonará letanías sin fin; erigiránse á su nombre catedrales que cuajen y cristalicen su culto; el universo entero le servirá de peana, el cielo inmenso de solio, la Trinidad Santísima de corona; y, sin embargo, la Madre dolorosa

brillará más que todo eso en demostración de que lo permanente aquí, en esta contingencia y en estas limitaciones de nuestra humana especie, serán siempre la muerte y el dolor.

La contemplación de los por Cristo sufridos reanima de tal suerte á nuestra especie, que allí, en el Calvario, sintió por vez primera su inmortalidad. Ni en la religión judía ni en la religión helena estaba el dogma de la individualidad eterna de nuestra alma tan claro como en la religión cristiana. Sombras parecían los muertos aquellos errantes por las alamedas de los Elíseos Campos ó dormidos en el inmenso seno de Abraham. Cuando á la vista desaparecen los restos del Salvador encerrados bajo la fría losa de un sepulcro, la religión quiere que haya bajado, como el sol en las noches de nuestro hemisferio, á iluminar otros hemisferios de la vida, convirtiendo las sombras en almas, y en almas con verdadera conciencia. Digan cuanto quieran unos filósofos, que creen haber suprimido los problemas relativos á la espiritualidad y á la inmortalidad del sér humano apagando el alma como quien apaga una bujía, y apagándola con el alma misma, con su soplo vital, con la idea, nuestra especie ha subido en su ascensión maravillosa desde sér inorgánico á ser orgánico, desde sér orgánico á sér animado, desde sér animado á sér es-

piritual, desde sér espiritual á sér inmortal, por una suma de grandiosos esfuerzos, los cuales han conseguido que la muerte, de suyo tan temible, sea para todos lo que fué para Cristo en el Calvario, una transfiguración que nos acerca y hasta identifica en el abismo de sus sombras á la divinidad. Tal es también el ministerio de María: penetrarnos por completo del alma como del aire y éter celestiales. Merced á esta santa mujer aquello que parece puramente animal en nuestra especie sube á idealidad tal, que su resplandor quema las retinas del cuerpo y esclarece las retinas del espíritu. Las nupcias, los partos, la nutrición de los hijos, el apareamiento de los seres; todo esto, natural y rudimentario, hasta confundir la especie nuestra con las especies inferiores, tórnase ideal y religioso en María y en su Sacra Familia, para que hasta lo más animal de nuestro sér humano se alce á las alturas y se divinice allá en lo ideal. Los filósofos y los poetas helenos humanizaban á los dioses, y los filósofos y los pintores cristianos han divinizado á la humanidad. El hogar se torna como templo, las sencillas sedes donde la familia se asienta como aras, la cuna del niño barca para llevarnos á la grande nave donde iremos embarcados á lo infinito y á lo eterno. Por eso la madre cristiana engendra, pare, lacta y queda virgen, ignorando todo cuanto de

animal hay en estas necesidades inferiores de la vida mortal nuestra, como Eva en el Paraíso antes de su pecado. Pues al pie de la cruz resuelve María una contradicción mayor que la contradicción entre nuestra espiritualidad y nuestra animalidad, resuelve la contradicción entre la vida y la muerte. Nosotros, que abrazamos en el alma conceptos tan contradictorios como aquel á cuya luz vemos en los límites casi entre el sér y la nada el gusano roedor que mina y destruye todas las cosas criadas mientras en los puntos de contacto entre la naturaleza y la divinidad el ángel creador que ha sembrado de mundos los espacios infinitos, nosotros no podemos comprender la muerte olvidando por completo de que al morir para un mundo nacemos para otro mundo mejor. Pero al pie de la cruz María con todos sus dolores nos recuerda y nos asegura la inmortalidad. Su imagen santa en Belén idealiza el nacimiento, en Nazareth el trabajo de cada día, en Caná el poder de una madre sobre su hijo; pero en Jerusalén idealiza nuestras horribles agonías y nuestra muerte prometiéndonos y asegurándonos la inmortalidad. Por eso ha confirmado la historia lo dicho por ella misma en su *Magníficat: Beata me dicent omnes generationes.*

FIN DEL OCTAVO Y ÚLTIMO TOMO